

Solo
para
mujeres



SI BUSCAS ENAMORARTE

Raico Calamonte

SI BUSCAS ENAMORARTE

Raico Calamonte

Aviso legal

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los personajes y escenarios son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: Si Buscas Enamorarte

Primera edición: octubre 2019

Contenido

SI BUSCAS ENAMORARTE

Aviso legal

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Agradecimientos

Referencias

Prólogo

Puede que tengas emociones que al principio no sabías que podías sentir. Quizá te has acostumbrado a iniciar cada nueva etapa de tu vida con la mente limpia y cero expectativas. O tal vez, nunca hayas tenido una conversación con una persona que, apenas verte, ya te conoce casi a la perfección.

"Que genial es hablar con alguien que me entiende, que me reta, que me enseña, que me impulsa a querer sentir más de su compañía, que me envuelve con la fortaleza que brinda un abrazo, que me causa el anhelo de poder clavarme en sus ojos. Unos ojos que me dan el calor de una tierna mirada, y me transmiten una sensación de ternura, alegría y amor."

Ahora ya lo sabes: descubrirás un sentimiento que entenece, y a la vez, te intrigará a querer saber más, a desear sentir más, a poder ver más.

Capítulo 1

Siento que ha llegado la hora de conocer a una nueva persona, el momento de hablar y compartir una opinión, el tiempo de entablar una conversación con alguien diferente.

¿Alguna vez te ha pasado que... sumergida en la burbuja de tu confiado andar... te invaden ciertos pensamientos, una imprevista quemazón besa con radiante calor tus talones, fruto de tus alarmados pies en un brusco detenerse, pies que han osado desobedecer a la inercia de tu cuerpo aún en movimiento, frenas en seco para dar claridad a lo que ves, aparcas el motivo de tus pasos por un instante, y un frío helado convierte en escarcha cuanto abarca tu vista alrededor, tu mente ha decidido enfocarse en visualizar una oleada de imágenes que emanan desde tus adentros, imágenes que asoman sin avisar, no han pedido permiso y no tienen espera, reclaman tu atención, pensamientos que se suceden con la suavidad con la que una cortina se desliza por un riel al empuje del viento, fotogramas que reviven una película que aciertas a distinguir: son tus inquietudes y deseos, de los que asientes desconocer su arbitrario desenlace, afianzando en ti un reflejo inconsciente que te hace aguardar la llegada de un suceso, similar a un relato que conmovería tus emociones, pero que aún no han narrado a tus oídos, y entonces, de repente, de camino a tu habitación, oyes desde el salón ciertas noticias por televisión?

Por norma general no prestas atención a las noticias, pero hoy están hablando de algo que te interesa: en un tono acalorado discuten de forma coloquial, dando respuestas a los interrogantes que sobrevuelan tu mente. Sin mirar directo a la pantalla, pasando de puntillas por el salón, consigues distinguir tres voces de dispar tonalidad. Voces que parecen dirigirse a ti y querer hablarte. Con estupor, sin detenerte, ralentizas tu paso para atender a cada palabra que navega a tus oídos desde el televisor, y te cuestionas: ¿cómo es posible que estén respondiendo a mis preguntas?

Ya dentro de tu dormitorio, una melodía familiar interrumpe el flujo momentáneo de tus pensamientos. Se trata de una notificación que hace girar tu rostro hacia la pantalla de tu teléfono móvil. Una luz anaranjada se enciende y te ilumina. Ya lo ves, tienes un nuevo mensaje.

En un acto mecánico, casi de forma instintiva, accedes a tu cuenta de correo electrónico. Solo que esta vez, hallas allí un mensaje inesperado.

Aquel que, la mayoría de las veces habrías catalogado como correo no deseado. Sin embargo, una palpitación en tu sentir interior te lleva a proceder de manera impulsiva, y te convences de que: voy a abrirlo.

Con cejas rectas y mirada vigilante a la pantalla, sujetando el celular entre ambas manos, en un gesto más propio de un animal de montura, asestas una certera patada para empujar atrás la puerta de tu dormitorio. Desatendida en su inercia, la puerta se cierra con parsimonia, como si sus bisagras quisieran prolongar tu espera con un lento y despreocupado giro. Tras una breve demora, el chasquido de la cerradura ratifica el cierre a tus oídos.

Cautivada por lo incierto del mensaje, olvidas accionar la luz de la estancia. Y aun cuando fuera, en la calle, persiste la claridad del día, en la penumbra de unas cortinas corridas, la semioscuridad te acompaña. Una semioscuridad que, a decir por el semblante de tu rostro, te encanta.

Inclinas tu cuerpo para sentarte. Te sientas al fijo de tu cama, buscando un apoyo para sujetar tu espalda. La intimidad de tu cuarto te hace sentir segura. Tu privacidad, allí, se fortifica al saberte a solas.

Bajo el resplandor del dispositivo móvil, cuya intensidad lumínica en cuestión de segundos se debilita, varios párrafos descansan esperando ser leídos. Con el índice sobre el cristal templado, deslizas tu dedo por la pantalla táctil, a fin de examinar de un rápido vistazo la longitud del texto, y provocas que, el brillo en tu cara, al despertar de la luz, resurja de nuevo.

Tu curiosidad da el pistoletazo de salida, tus incrédulos ojos recorren el texto de la primera línea, y un deseo de anticiparte incita el movimiento de tus labios, que rompiendo el silencio, susurran cada término que lees en voz baja. Lo que oyes a tu espalda es el murmullo de tu voz, que ha optado quedarse de aliado en tu lectura, al tiempo que tus ojos resbalan al final de cada renglón, para acudir con premura al nacimiento de la siguiente línea. Con labios apretados, sonríes ante el asombro de no poder dar crédito a lo que estás leyendo. Una risa contenida arquea tus facciones, y ahonda dos simpáticas muecas que hornean la expresión de tu rostro, nacidas en tu nariz para abrazar ambos lados de tu boca.

La vitalidad sobrevuela a tu alrededor, como un río atravesado a saltos sobre piedras que se tambalean, cuando sabes que no puedes detenerte. Un mensaje que llega en el momento adecuado. Palabras, que al deslizarse por tu pantalla, dan significado a oraciones que parecen entenderte. Oraciones que describen sentimientos que encajan con tus valores. Y mientras lees, tu inquietud se acrecienta. Y lo que lees, abre y expande tu mente a límites que

jamás pensaste que sería posible, como si alguien hubiese puesto ese mensaje en tu buzón a propósito, como si tuviera algún conocimiento para anticipar los pensamientos que circulan dentro de ti.



Con espalda reclinada hacia adelante y antebrazos apoyados sobre el astillado marco de la ventana, he dispuesto concederme una pequeña tregua, reposar mis manos que yacen al exterior tendidas boca abajo, y premiar a mis pulmones con una ligera brisa. El placer de una amplia e interminable habitación contrasta con un mobiliario envejecido. A lo largo de la longitud del techo, agolpadas manchas de humedad enmudecen el olor a lluvia que se avecina.

Dedicar unos minutos a observar el horizonte desde el ventanal se ha convertido en mi distracción de descanso favorita. La ventana es el escaparate que arrastra mi curiosidad, el receptor que narra las noticias de mi nuevo mundo, el televisor de mi reciente hogar.

Desde la altitud de un octavo piso, personas diminutas transitan por las aceras. Un vehículo rojo, del tamaño de un insecto, decrece su velocidad en busca de estacionamiento. Sin encontrar un hueco, el automóvil alcanza el final de la avenida, y vuelve por una calle paralela. Justo ahora que regresa, un vehículo blanco sale del aparcamiento. El rojo aún no se ha percatado de su suerte... Demasiado tarde, un conductor avisado se le ha adelantado.

Asomarme a la ventana relaja mis percepciones, aunque en ocasiones me hostigan insólitos sobresaltos. Razones, en efecto, tengo para inquietarme. Avistar sucesos desde una altura que provoca vértigo agudiza mi afinidad sensorial, palpo el filo del abismo, el temor a despeñarme, un dolor entripado aumenta mi agitación y alarmismo, un cosquilleo en forma de inoportunos temblores adiestra mi intuición, me vuelvo suspicaz, sufro escalofríos que me indican como ubicarme, atisbo el lugar apropiado y el momento correcto de los acontecimientos, lo que deja mi cuerpo en un estado de alerta, algo así como a la espera de una llamada o indicación.

Agotados los últimos destellos del atardecer, la oscuridad se ha adueñado del cielo. Las estrellas centellean de manera diferente a noches anteriores. Más dispersas de lo habitual, forman premeditados grupos para no divulgar lo que hablan entre ellas. En su afán por mantener sus secretos, el firmamento alardea esta noche de un negro más intenso.

Al fondo, una montaña con varias cumbres asoma en la distancia. Una montaña de cumbres onduladas que mis ojos ya tuvieron en días anteriores oportunidad de observar. Y más allá de la silueta de aquellas cúspides, al otro lado de la ladera, anticipo el frescor de un mar que aún no han visitado mis ojos, pero que he marcado en mi agenda con planes de saludar.

Un largo cable de alta tensión, sostenido por una torreta eléctrica, acapara la atención de mis pupilas. En la cima de la torre, con base sólida, un entramado de pequeñas ramas conforma un robusto nido. Tras mi llegada a este hogar, hace solo unos días, el nido ha estado frecuentado por una única cigüeña. Pero justo hoy, tras la puesta del atardecer, ha surgido en el nido la llegada de una visita.

A la vez que el vuelo de la cortina, de flecos casi transparentes, se levanta por acción del viento y se interpone con disimulo frente a mi presencia, finísimas gotas de lluvia, pidiendo paso, descienden resbalando por mis dedos. Gotas que, deseando abarcar más sobre mi piel, se vuelven gruesas. Lunares de agua, cada vez más persistentes, mojan el blanco de mi camisa. Pintadas que se acumulan sobre mis hombros formando minúsculos charcos.

El trazo zigzagueante de un relámpago anuncia el sonoro estruendo de una tormenta. La lluvia, hace un momento a esparcidos intervalos, ahora se torna intensa. En el retumbo de unas nubes resentidas, un leve guiño de luz me deja un instante a oscuras, lo que recuerda a mi mente el aviso fundado por mi casera: —mantén cerca una linterna y comprueba que enciende, me aconsejó. Sufrirás frecuentes apagones en caso de tormentas.

En la penumbra de esta adentrada noche de invierno, ante la complacencia que me causa el mirar al cielo, nubes teñidas de gris, unidas en alianza, me sugieren al oído el cerrar cristales y volver dentro.

Cuando ya había dispuesto poner fin a mi descanso, un incipiente perfume se ha colado por el resquicio dejado entre las hojas que sirven de cierre a la ventana. El perfume prolifera y se extiende con encanto, descubriendo cada rincón de la habitación, empapando de hechizo las vigas del edificio. Un perfume que impregna todo cuanto a su paso encuentra, capaz de acallar el olor de la humedad más terca. Es el aroma de una primera conversación ante el perfil mojado de dos cigüeñas que se miran, el olor pulverizado que desprende lo nuevo e inexplorado, la indecisión que alimenta un encuentro inicial, el inquieto placer de desentramar lo incierto de una inaugural visita.

Con ventanas ya cerradas, vuelvo a la noción del tiempo. El tic-tac de un

reloj sobre la estantería me percata de lo tarde en la hora. Camino al cuarto de baño y me sitúo frente al espejo. Una luz insuficiente de una delgada bombilla crea sombras en mi nariz y boca. Paseo la firme palma de mi mano por mi barbilla, como una lija aplana las puntas astilladas en la superficie hostil de una madera. Una barba, de varios días, pincha como alfileres mis dedos. — Debes afeitarte —le ordeno al espejo.

Con la cara enjabonada en blanca espuma, la cuchilla de afeitar ha encontrado diversión rasurando los nacientes pelos de mi creciente barba. Y en su divertimento, un nuevo apagón, esta vez más pronunciado, me vuelve a dejar a oscuras. ¿Te preguntas que veo? No atisbo a palpar. No distingo que tengo delante a un centímetro: mis ojos cegados por una densa negrura.

Con cuchilla en mano, me giro, queriendo tocar donde estoy, y sin el reflejo proyectado en el cristal, un dolor conflictivo me obliga a tragar saliva. Dame un segundo, ¿puedes? El sabor frío de un agudo pinchazo desciende por mi garganta. La cuchilla ha cabalgado a rienda suelta, y en un corte seco, en línea recta, un hilo de sangre que no veo, pero siento, supura por el costado de mi cuello. Una punzada que, de un plumazo, se ha convertido en añoranza.

El dolor nostálgico de la sangre se mezcla con el sensual aroma que irradia la inaugural conversación de dos cigüeñas. Palabras, flotando en el ambiente, coquetean con mi nariz, y rocían de azucarada fragancia la estancia. Una combinación de extrañeza y ansiosas ganas por conversar reaviva el fuego de mis inquietudes. Y al mezclarse el dolor de una cuchilla con el aroma de unas primeras palabras, un inusual resplandor me transporta a revivir sucesos de mi infancia. Imágenes se suceden en mi mente con ligereza, una tras otra. Una descarga en mi agitación interior desnuda mis más primitivos sentimientos. Y en ese preciso instante, una revelación se apodera de mí a modo de presentimiento. Una visión me abarca: visualizo la hora de conocer a una nueva persona, el momento de hablar y compartir una opinión. Y bajo la envoltura de esta corazonada, como en un soplo de aliento, has surgido tú.

La luz regresa y te veo. Como puedo advertir, al observar tu rostro, tengo la impresión, más bien la certeza de que, nunca antes nos habíamos conocido, ¿correcto? Desconozco la causa por la que iniciaste esta lectura. Quizá, en el aire polvoriento de una biblioteca hallaste estas páginas entre muchas otras. O acaso, de forma fortuita, en un tumulto de libros, encontraste este ejemplar al azar. Sea lo que fuere, hay algo en claro: es evidente que hemos coincidido.

Mi móvil, sobre el lavabo, se ilumina. Echo una ojeada rápida y descubro una llamada perdida. ¿Es este tu número? Tal vez estabas intentando

llamar a alguien mientras leías, y has presionado un dígito diferente. Una llamada perdida con fecha reciente, de hace tan solo segundos. Y en realidad, no me importa cómo me has encontrado. Tan solo había imaginado compartir mi tiempo con una persona distinta, y has aparecido tú. ¿Mística? Admito que estas casualidades fortuitas, llamémoslas coincidencias, inspiran en ti algún tipo de fuerza espiritual. Sí, lo reconozco, lo mismo sucede conmigo.

Entra. No te quedes ahí. Este es el lugar donde resido, el sitio al que me he acostumbrado a vivir. A veces, uno no sabe el porqué, pero te adaptas a un nuevo estilo de vida antes de lo que imaginas.

Me encanta este hogar por sus ventanas, lo que llena el salón de enorme claridad, aunque solo cuando cesan las tormentas, ya que llueve con asiduidad. Tener un escritorio, junto a la ventana, por el que asoman rendijas de sol a ratos, incita una sonrisa en mi rostro, aun con un cielo encapotado.

Mi cuaderno descansa ahí, encima del escritorio. ¿Puedes pasármelo? Utilizo este cuaderno de anillas para tomar notas de ideas que surgen en mis pensamientos, y para garabatear algunos bocetos que aparecen de forma fortuita en mi ocurrencia. Muchas de estas páginas presumen de verse pintorreadas con mi apresurada y emborronada escritura.

No resulta fácil encontrar en librerías cuadernos de hojas blancas en su totalidad. La mayoría de los cuadernos que se dispensan, se venden con hojas a rayas o cuadrículadas. Los cuadrados te encasillan, y las rayas te arrastran como ríos de fuerte torrente. Solo el puro blanco permite la creatividad. Ese es el motivo por el que visto a mis cuadernos de pulcro blanco, sin nada más.

Mi cuaderno contiene enigmas en su interior. Cuando el tiempo es apacible, utilizo los rayos del sol para descubrir los misterios que ocultan sus páginas. Puesto que llueve, y además, ya se ha hecho la noche, utilizaré la luz de la linterna para simular al sol. Ven, te lo mostraré sobre el cristal de la mesa en el salón. Con mimo, separo una hoja del cuaderno y te la ofrezco. Contempla con detenimiento esta lámina de papel.

Tus manos en el papel, lo cogen para examinarlo. Con ojos bien abiertos, observas en su rectangular figura, su blanco intenso. Lo vuelves del revés, con sutileza, para analizar su reverso. Y mientras lo examinas, anticipo en tu mirada tu respuesta, justo antes que la vocalicen tus labios.

Sí, cierto, es blanco, con filos casi cortantes. No sé si te has dado cuenta, pero, entretanto indagas la hoja de papel, estoy mirando a tu rostro, a tus gestos, y tus expresivos ojos me revelan ciertos rasgos distintivos de tu personalidad. ¿Quieres saber lo que tus ojos me indican?

Intuyo que eres una mujer inteligente. ¿Qué cómo lo sé? Lo deduzco por la forma cuidadosa en la que ojeas el papel que sostienen tus manos. Es tu habilidad de prestar atención a un nivel de detalle superior al que otras personas logran percibir.

Cuando el papel se asienta sobre el cristal, la luz de la linterna, debajo de la mesa, lo ilumina. Instante en el que los pequeños detalles se desvelan.

Fíjate. ¿Qué ves ahora? ¡Exacto! Es la silueta transparente de un perro que sostiene una correa en su boca, dibujada en el fondo de la hoja, solo visible cuando la luz penetra a través del cristal. Algunas páginas de mi cuaderno albergan la agradable sorpresa de atesorar relieves en su fondo, ocultos trazos que sobresaltan el perfil de las figuras.

Me gusta la textura áspera y a la vez suave de estas páginas. La aspereza de sus gránulos al pasar el dedo con lentitud, y su sedosidad cuando aceleras: una sensación despreocupada y placentera. Además, me entretiene pasar tiempo descifrando el contorno de las siluetas, un proceso de descubrimiento creativo, más bien un juego de niños, que a mí me apasiona.

Cojamos otra hoja del cuaderno y pongámosla a la luz del cristal. Veamos que contorno esconde. Tan pronto como colocamos la hoja de papel sobre la mesa, la luz de la linterna la ilumina, y su silueta resplandece. ¡Mira! ¿No te parecen bonitos? ¡Son copos de nieve! Transparentes copos de nieve cubriendo el fondo de la hoja. No sé a ti, pero a mí, ¡me encantan!

Probemos una vez más. Pongamos una nueva hoja de papel sobre el cristal y..., en esta ocasión no distingo silueta alguna. ¿Acaso tú sí? Esta hoja no viene impresa con ningún relieve de fondo. No todas las páginas contienen ilustraciones, aunque podemos subsanarlo creando un grabado a la medida de nuestra imaginación. Acércate. Te mostraré como pintar un contorno de color transparente sobre el papel.

Descansa tu mano sobre el cristal iluminado. Delega por un instante el movimiento de tu dedo índice en mí. La palma de mi mano reposa con sumo cuidado sobre el dorso de la tuya. El frío de la firme planicie del papel se ve contrarrestado por el calor de mis dedos. Un sándwich de calor y frío, que originado en tu extremidad, se expande por tu cuerpo, desciende hasta tus piernas y te inunda por entero. Tu dedo estirado se tensa al sentir mi roce, y mientras permites que la respiración te salga, tu muñeca me concede que guíe tu desplazamiento. A lo largo del papel, arrastro con suavidad tu mano por la superficie granular. Un áspero cosquilleo se irradia en la yema de tu dedo. Es el vaivén irregular del papel rugoso al deslizarte. Tu dedo se convierte en el

lápiz responsable de dibujar líneas transparentes.

Muevo tu mano en una dirección distinta, al tiempo que pintas un nuevo trazo. La punta de tu dedo dibuja tres líneas en forma de tejado. ¿Intuyes qué es? Extiende cada partícula del trazo y conecta cada raya en tu imaginación. Visualiza la silueta resultante en tu mente. Dime: ¿puedes imaginarlo? ¡Correcto! ¡El contorno de una casa! ¡Lo has acertado en tu primer intento!



Y llegó el día, el motivo por el que he recorrido cientos de kilómetros, la razón por la que he dejado atrás todo cuanto tenía. El cuello de la corbata me aprieta un poco, más bien bastante. Aunque admito que, para días como este, debe apretar: una gran empresa de perfumes me espera.

Abrochados los botones, me ajusto las mangas de la camisa. Me dispongo a rociarme en perfume cuando la inesperada llamada del timbre interrumpe que la fragancia se esparza. Sobrecogido, me pregunto quién será a estas horas tempranas de la mañana. Deslizo el cierre por la cerradura y atisbo al otro lado de la puerta a Vanesa, mi vecina.

—¡Tengo la suerte de cara! —me dice—. Por un momento pensé que no estarías en casa. Seguro que estás preguntándote porque he venido.

Me mira de pie, sin rozar el marco de la puerta, con una bata polar, y unas mangas largas metidas en los bolsillos. Inclina su cara con picaresca, alzándose de puntillas, como si quisiera entrever más allá, dentro de mi piso, de lo que mis hombros le permiten.

—Pues bien, te lo explico —sigue diciendo—. Estaba preparando el desayuno a mi hija y me he dado cuenta de que no queda nada de leche en el frigo. He mirado en la despensa y tampoco. Ni gota.

Sus ojos, una vez saciados de husmear el interior del piso, me contemplan.

—¡Qué conjuntazo! ¡Pues sí que te has arreglado! ¿Es para lo del trabajo? —Y sin darme tiempo a responder, prosigue. —A estas horas, la tienda de abajo está cerrada, así que no puedo ir a comprar leche. Ya que tengo las llaves de la cafetería, había pensado ir allí y coger un bote de leche, pero mírame como estoy: con el pijama arrugado de anoche y con estos pelos recién levantada.

Concedo su petición y la miro al detalle. Ni rastro de un pijama en su apariencia. Solo distingo su bata, de textura suave, con cierre de cremallera.

Parece que ha saltado de la cama para llamar al timbre.

—No me atrevo a salir con esta pinta a la calle. ¿Crees que puedo salir así? —Retira sus cobijadas manos de los bolsillos, y con acertada manicura, alza sus brazos hacia su cabeza para estirar dos mechones de abundante pelo: una melena castaña, brillante y vigorosa, hoy caótica, confundida en sus enredos. Extiende su pelo al tiempo que gira su cuerpo dando sobre sí misma una vuelta. En un elegante giro, amenizado por su inacabable sonrisa, el vuelo de su bata destapa aún más su figura. Una bata, muy corta, que acaba donde comienzan sus desvestidas piernas. Muslos y rodillas al descubierto que obligan a preguntarme: ¿llevará bragas puestas?

Habiendo soltado sus dos mechones, detiene su movimiento. Con su cuerpo en estado de espera, me observa con un dedo apoyado en sus labios, como si quisiera de mí un comentario.

—Entra, toma asiento —respondo. —Vuelvo enseguida—. Y me dirijo a la cocina, en busca de un lote de botellas de leche para coger una. Al volver, la encuentro en el sofá, sentada de piernas cruzadas, ojeando una revista.

—No sabía que leyeras la moda femenina —me dice, agrandando la expresión de su sonrisa. Suelta la revista en la mesa y me mira confiada.

—Mañana iré a pasarlo bien con mis amigas. Ya sabes, lo típico de mis noches. Me apetece divertirme. ¿Se me nota? —Y se levanta del sofá, cogiendo en su mano uno de los cojines que aprieta en su pecho. —Me encanta bailar. Tengo alma de bailarina. En un grupo de chicas, seguro que alguno se nos acerca. En el modo que froto mi cuerpo y mi forma de moverme en la pista, a los tíos se las pongo tiesa—. Continúa hablando mientras me limito a observarla en silencio. —No pienses que soy una alcohólica. Tampoco soy de esas que van a que la inviten. Se me da bien las noches. Eso es todo. Pescaré un galán atrevido. Y si me hace reír, terminaré compartiendo mis sábanas con un desconocido. Aún soy joven. Tengo un cuerpo atractivo y no pierdo la fe. Sueño con un hombre romántico que me llene de emociones. No deseo quedarme sola en la vida solo porque soy madre soltera.

—Tienes mi apoyo en lo de la perseverancia —respondo. —El día menos pensado surgirá quien colme tu felicidad. Pero si no obtienes los resultados que esperas, puede que sea el momento de modificar tu estrategia, y buscar de forma diferente al hombre de tus sueños.

—Quiero pedirte algo más —habla como si no hubiese escuchado lo que acabo de decir. —Necesito que Emilia no esté en casa cuando regrese. No quisiera que me pille con el maquillaje corrido, besándome con un extraño.

—Me imagino lo que vas a pedirme —le aclaro.

—Quiero pedirte que cuides de ella. Será solo una noche. Tu piso es grande y acogedor. Mi piso es más pequeño. Además, tienes camas vacías. ¿Podrías hacerlo por mí? Al menos hazlo por ella. Emilia se lo merece.

—¿Y cómo te las arreglabas antes, cuando aún no me conocías?

—Siempre me las he ingeniado —dice—. Decidí independizarme cuando Emilia aún estaba en mi barriga, cuando ya estaba sola. Mis padres no viven cerca, y a ninguna de mis amigas les puedo colgar el marrón de servirme de madres, y cuidar de mi hija. Lo mejor que hago es improvisar. No puedo fiarme de un hombre sabiendo que Emilia está en casa. Como tengo las llaves del bar, a veces voy allí. El sexo sobre las mesas me excita al principio, pero después duele. No es nada confortable. ¿Nunca lo has hecho sobre la barra de un bar? Puedo dejarte las llaves, pero que sepas que no son mías, sino de mi jefe. Tengo las llaves para cuando toca limpieza.

—Siendo mi primer día de trabajo, no quisiera llegar tarde —le digo mirando al reloj. —Hablaemos de lo de Emilia mañana. ¿De acuerdo?

—Lo tomo como un sí por respuesta, y gracias por la leche. La pobre Emilia estará esperando su taza de cereales. Te la devolveré mañana sin falta. O si quieres, pásate por la cafetería donde trabajo. Te serviré un gran tazón de café con leche gratis, sin que te cueste nada. No se enterará mi jefe. Te compensaré por lo que haces por mí. Tengo muchas formas de compensarte. ¡Ah! Y una cosa más: suéltate la corbata. La llevas que ahoga.

Vanesa se marcha. El tiempo se me ha echado encima. Espolvoreo unas gotas de perfume sobre la chaqueta, y salgo de prisa, no sin antes verificar que he cerrado con tres vueltas de cerradura la puerta. Mis piernas, en su empeño de cooperación, bajan tan veloz las escaleras que casi resbalo. ¿Por qué estoy bajando a pie si puedo tomar ventaja del ascensor? A toda prisa, vuelvo sobre mis pasos. Se me está haciendo tardísimo. Lo sé, y así me lo recuerda el reloj en mi móvil. Ya dentro del ascensor, presiono repetidas veces, y sin efecto, el pulsador que me llevaría del octavo piso a la planta baja. La puerta automática, con su sosegado cierre, se esmera en contribuir arrojando incertidumbre a mi primer día de trabajo.

Desciendo en el ascensor, y con un guiño de paz y conceso, más bien para afianzar mi propia calma, saludo a mis compañeros: mi maletín y mi paraguas. Un maletín con documentos que ilustran cómo combinar sustancias, además de un muestrario de perfumes distribuidos en pequeños frascos y una amplia gama de potenciadores y estabilizantes del olor.

Sin un taxi que aligere mi camino, me dispongo a recorrer los veinte minutos a pie que separan mi vivienda de la empresa. Ya los recorrí ayer, a modo de prueba. Durante la travesía, ando por un puente peatonal que separa en dos mitades la ciudad, similar a una callejuela angosta, una larga calleja sin recovecos ni salidas a ninguno de sus lados, tan solo un estrecho pasillo con aberturas en ambos extremos. El lugar perfecto para ser secuestrado.

Tras ofrecer mis buenos días a la señora y su hijo a la puerta de la floristería, ante mí, un imponente edificio, con un majestuoso pórtico, me da la bienvenida. En un grabado bañado a enormes letras semejante al oro, leo el eslogan de la empresa: Felice Feltali, Fragancias y Fertilizantes.

Capítulo 2

Unas puertas correderas se abren a mi paso y autorizan mi acceso al interior del recinto. Al entrar, un amplio pasillo forrado en piedra de granito blanco me conduce a algún lugar desconocido. Camino por un corredor de escasa iluminación, casi en penumbras. Focos de tenue luz empotrados en el techo se suceden cada siete pasos. Un suelo enmoquetado de color rojizo otorga al pasillo una apariencia señorial. Por encima de todo, me cautiva el olor característico a materiales nuevos. Un aroma a edificio recién construido corteja a mi calibrado olfato.

Numerosos cuadros se distribuyen a lo largo de la pared. Unos cuadros hablan del pasado y el presente, el resto del futuro. Solo dispongo de imágenes borrosas del ayer, pues he aprendido a no arrastrar mi pasado. El ayer no me ayuda a predecir el mañana. Uso el futuro para hacer planes que más tarde se derrumban en la realidad. Es por eso que recelo confiar del futuro, aun cuando lo intento.

Al final del corredor encuentro un interior prodigioso en su arquitectura: paredes firmes sin el menor rastro de rasguños ni desconchones, y suelos que deslumbran por su impecable brillo. Ante mí, emerge un gigantesco salón techado, de magnitudes inmensas, con la geometría de un círculo perfecto. Sin el sustento de unas columnas, la emoción a libertad me estremece el cuerpo. Mirar a lo lejos es el descubrir por mis propios ojos la dimensión del espacio abierto, una superficie que parece no tener límites, de tamaño semejante al perfil circunscrito por una plaza de toros. Entrar a su interior me hace sentir pequeño, ante la elevación y majestuosidad de sus techos. Una edificación cuadrada en su fachada exterior, que no obstante, fascina a mis sentidos por su disposición circular cuando en su intimidad me adentro.

Tres focos imponentes de intensa luz amarilla revelan el emplazamiento donde se ubica el mobiliario de recepción. Una chica joven de rostro cubierto por un rubio flequillo, y orejas vestidas con auriculares inalámbricos, se mantiene ocupada con un bolígrafo tomando algunas notas. En un rápido gesto me sugiere que espere, mientras vocaliza unas palabras por su micrófono.

De forma gradual, cada empleado ocupa su puesto dentro de la empresa. Unos caminan con diligencia inmersos en conversaciones fogosas, otros se mueven semidormidos con caras que les delatan recién levantados. Algunos

suben escaleras al estilo de querer comerse el mundo, otros, por el contrario, sujetando un vaso de café, y con ciega fe en que los despierte, caminan a paso lento, casi arrastrando los pies, hacia sus despachos.

Sus ojos verdes reclaman la atención de los míos. —¿En qué puedo ayudarle? —la recepcionista se dirige a mí con actitud risueña, levantando su mirada al dar por concluida la llamada, al tiempo que se desprende, como si deslizará una diadema por su pelo, de sus auriculares.

—Buenos días, me he quedado prendando por la magnitud del edificio — respondo, entretanto me surge el deseo pero me abstengo, de probar el confort de un sofá de dos plazas, desocupado, de acogedor terciopelo, ubicado junto al mostrador de recepción. —Hoy es mi primer día —le digo.

—¿Tiene usted cita?

—En realidad desconozco el protocolo, aunque adivino que alguien de la empresa acudirá en mi busca.

—Comprobaré la existencia de su cita en el sistema informático —me dice—. ¿Podría facilitarme su nombre, por favor? —Dispuesta a teclear, apoya sus muñecas sobre el teclado, mostrando unas refinadas uñas maíz mazorca que lucen en impecable juego con su flequillo. Antes de dar respuesta a su pregunta, alzo mi vista a lo más alto, para deslumbrarme de nuevo por una cúpula abierta de enorme claraboya. Techos abovedados de doble acristalamiento iluminados por un lucernario. Una poderosa luz penetra a través del techo de vidrieras. Con semblante presto, la recepcionista retoma el bolígrafo con la punta apoyada sobre el mostrador, dando golpecitos.

Un hombre de aire extrovertido y andares seguros, desprendiendo arrogancia a cada uno de sus pasos, como si viniera de vuelta de todo en la vida, desciende por unas escaleras. A cada escalón que baja, se apoya sobre el pulido mármol del pasamano, haciendo degustar a su mano del sentir lujoso del edificio.

—Sospecho que aquel es el hombre que viene a recibirme —hablo a la recepcionista. La chica, que esperaba conocer mi nombre, detiene su juego del saltamontes con el bolígrafo, y prosigue en sus quehaceres atendiendo una llamada entrante.

—¡Has tomado la elección correcta, hijo! —exclama un hombre de mediana edad, tez morena y ojos marrón almendra, con asustantes ojeras, como si no hubiera pegado ojo en más de una década. Sus desaliñados pelos, con signos de decaimiento, le dan no obstante, un aire gracioso y pintoresco, al poseer un remolino que alza su cabellera.

El hombre me abraza. Un eufórico abrazo de bienvenida traquetea las vértebras de mi espalda, y en un fornido zarandeo, las hace crujir, una a una, al más relajante estilo de una sesión de fisioterapia.

—¡Bienvenido a la mejor multinacional de perfumes del universo! —dice exaltado, como si me conociera de toda la vida, quien intuyo que es Felice Feltali, el máximo mandatario de la empresa. Un magnate italiano cuyas ropas desprenden el olor a su buena relación con el dinero.

—¿Conoces mi lema? —pregunta en tono acertijo, y sin darme tiempo a meditar, me ofrece su respuesta. —¡Vístete para el puesto que te gustaría ocupar! —dice casi gritando, dando un paso atrás a fin de ampliar su ángulo de visión. —Has venido muy trajeado, hijo. ¡Vienes vestido para ser jefe! —y se ríe en una carcajada desmedida que retumba en mis oídos, y en el interior de la estancia. Me abraza de nuevo con ímpetu desbordado, en un ardor y optimismo descontrolado, como si hubiese completado con éxito el primer paso para ser el jefe de proyectos que de mí espera.

—Tal como te mostraré en breve —me dice—, tenemos planes muy ambiciosos. Para el año que viene, por estas fechas, nos convertiremos en el operador número uno en fragancias. Ese será nuestro objetivo.

Camino sin saber a dónde me dirijo, tan solo sigo los lentos pasos de Felice. Por su modo de hablar, descubro que es un tipo al que no le cuesta hacer amigos. Me conoce de hace cuestión de minutos, y sin embargo, conversa en la confianza, como si estuviese tomando conmigo una jarra de cerveza en la barra de un bar.

—Hemos invertido una cuantiosa suma de capital en dotar a nuestras instalaciones con las más altas tecnologías —prosigue. —Nuestro futurista proyecto se ha capacitado con las más avanzadas maquinarias. Poseemos las mejores máquinas de medición del mercado, y los artilugios más sofisticados en cuanto a composición de mezclas, además de contar con el personal más cualificado y talentoso. Hemos reunido a los mejores perfumistas, químicos y biólogos del mundo. Laura ha realizado un gran esfuerzo en traerte con nosotros. Sin lugar a dudas, tienes un currículum impecable, hijo. Estoy seguro que vas a aportar un gran talento al proyecto. ¿Te apetece un café?

Aparta su brazo echado encima de mi hombro y me guía hacia la máquina dispensadora de cafés. Durante mi andar, me pregunto cuál será ese currículum impecable del que habla, pues mi experiencia no va más allá de dos empleos, y se sustenta en repartir cartas en la oficina de correos de mi ciudad natal, y en el trabajo realizado en la tienda familiar de mis padres, durante los

meses de verano, vendiendo jabones artesanales. Eso sí, mi pasión por los perfumes y la formulación química me capacitan para mucho más, incluso para más de lo que Felice se enorgullece y vaticina.

—Con todo ello —prosigue con entusiasmo—, hemos afianzado los cimientos para que el proyecto que hoy iniciamos solo pueda llegar a buen puerto: ¡será un rotundo éxito! —exclama mientras mueve con una cucharilla de plástico su negro café cargado. —Nuestras metas conocerán sus resultados en un año, para cuando a ese tiempo, esté circulando en el mercado nuestro más innovador y sofisticado producto. Un producto que nos abrirá las puertas a la fama, y que ni siquiera ha sido objeto de ocurrencia de nuestros mayores competidores y adversarios.

Lo escucho, doy vueltas a la cucharilla de mi café, y observo las puertas que recorren de forma radial la espaciosa sala. Me detengo ante una de las muchas puertas de madera. Felice apura el último sorbo de su café y gira el pomo para abrirla. La puerta, en su reticencia, prefiere persistir cerrada, por lo que Felice aprieta sus nudillos contra el resistente roble para golpearla.

—Quiero que tú y Laura os compaginéis a la perfección —dice, exhibiendo un semblante inflexible. —Tengo grandes aspiraciones de que ella se haga con las riendas del negocio. Será ella quien regente la poderosa multinacional de su padre en un futuro cercano, la futura heredera de mi gran legado.

La puerta se abre desde el otro lado. Felice inclina su cuerpo para besar de forma fugaz la mejilla de una mujer que lo conoce. —Te dejo con ella. Te mostraré el laboratorio —me dice y se aleja.

Ante mí, de pie, sobre unos elevados tacones, hallo a una mujer joven, en la flor de la vida, todavía en sus últimos años de juventud, a la que cualquier vestido le sentaría bien sin preocuparse de tallas. Me quedo inmóvil, en ese instante en el que a cualquier hombre se le caería el café de las manos, y que yo, sin embargo, sostengo.

Su radiante pelo negro, rebosante en vitalidad y energía, da fe de su esplendor y frescura. Su melena a media espalda, alterna largos cabellos que caen sobre su pecho, haciendo casi invisible sus hombros, por más que me esfuerzo en verlos, con otros que, cayendo a ambos lados, cubren sus orejas, a las que no dan resquicio de atisbar la claridad de los días. A su vez, otros cabellos de su espesa melena, quizá aquellos sumidos en su mayor timidez, deciden refugiarse y encontrar cobijo a su espalda, ocultándose en el dorso de su cuerpo.

Sus labios, ni gordos ni finos, más bien pronunciados, como un resalte saliente en el borde contorneado de una mesa, posan desnudos sin el abrigo de un lápiz labial que los cubran. Labios, sin pintura, que pretenden pasar desapercibidos, y delegan a sus ojos el mérito de su inherente guapura, pues solo sus ojos se mantienen realzados con maquillaje.

Me pregunto el motivo por el que desestima el poderoso recurso del maquillaje de labios. Y mientras me lo pregunto, sin poder apartar mi vista de la piel rosada de sus naturales y carnosos labios, fantaseo sobre el cómo sería el saborear su aliento, al caluroso abrazo de mi boca conociendo la suya en un succulento beso.

Me mantengo de pie, estático, prolongando el silencio en el tiempo, sin reaccionar ni realizar acción ninguna, otorgando a ella la ventaja de la iniciativa. Escojo que sea Laura quien decida, si desea aproximarse a mí, y donar a mi mejilla un beso de circunstancia, o por el contrario, prefiere decantarse por la forma más cortes y tradicional de emprender los negocios, y establecer relaciones sociales estrechándome su mano.

Con risa forzada, llena de cortesía, Laura estira su brazo para afianzar entre ambos un cordial saludo. Me aproximo para encoger aún más el espacio que me separa de ella. Y cuando prolonga sus dedos en gesto de conciliar un apretón de manos, no ejecuto ninguna presión ni fuerza, me limito a rozar con dulzura, en un sutil tocamiento la palma de su mano. Ante la extrañeza por mi falta de esfuerzo a la hora de establecer el contacto, el semblante de su rostro viaja desde el desconcierto a la sorpresa, al tiempo que el tacto fugaz de la yema de mis dedos, explorando su piel, evoca en mi mente una pasajera experiencia, como si la conociera a través de las vivencias de un lejano viaje emprendido juntos.

—Venga conmigo, le indicaré el camino al laboratorio—. Reacciona en un tono un tanto cortante, como si quisiera pasar página de la primera impresión.

—Puedes tutearme —le sugiero. —La cortesía, aunque halagadora, me hace cumplir más años de la edad que tengo.

—No se trata de cortesía, si eso tanto le incomoda, sino de modales —y adelanta su paso, hasta situarse delante de mí y andar dándome la espalda. — No obstante, si es lo que desea, le tutearé a partir de ahora.

Transito de una habitación a otra, entre pasillos, perdiendo la noción del camino de vuelta. Deambulo siguiendo sus pasos, que me guían por un conjunto de corredores interconectados. Al final de la ruta, Laura pasa una

tarjeta electrónica con sus credenciales por el lector de la puerta. Una puerta que conduce al laboratorio.

—Seguro que sabes mucho de perfumes —me dice abriendo una estantería para coger una bolsita transparente que contiene unas gafas bioquímicas.

—Me apasiona los perfumes, y he dedicado tiempo a entenderlos —respondo, entretanto me deleito descubriendo a mi alrededor cada estantería.

Un olor a desinfectante se esparce y perfuma cada escondrijo del laboratorio. Huele por todas partes. Un olor intenso al que estoy acostumbrado en mis prácticas universitarias, y que agrada a mi olfato.

—¿Crees que el perfume adaptativo es un proyecto viable, o solo una fantasía irrealizable de un soñador como mi padre? —Su tono se vuelve más dócil y familiar. En su voz se han limado asperezas. Rasga con sus uñas el endeble plástico, saca unas gafas, y me las ofrece, como si una amistad se hubiese abierto paso a zancadas, para quedarse.

—Tu padre ha ideado un proyecto de gran calado, una revolución total en la industria de la perfumería. Me siento confiado en que se trata de un proyecto factible, de otro modo, no habría aceptado tu oferta de trabajo —contesto colocándome las gafas sobre mi rostro.

—Tus nuevas gafas de bioquímico te aportan el talante de un perseverante alquimista —me espeta en tono burlón. —Tienes la apariencia de un científico tenaz, obcecado en la elaboración de fórmulas —y se ríe en una repentina carcajada, a treinta dos dientes, que la hace perder su compostura, mientras admiro lo bello de su dislocada risa. —Con esas gafas resultas un auténtico entendido en la materia. Ya solo queda que lo demuestres con tu trabajo —añade como si estuviese dudando de mí, o quizá retándome.

—Presta atención a los de color azul —digo cogiendo en mi mano un puñado de cristales luminosos. —Los azules permiten mayores porcentajes de filtrado. La filtración se encarga de limpiar las impurezas.

Laura permanece atenta al proceso que ejecutan mis manos. —¿Acaso brillan con más intensidad? —pregunta mostrando cierto interés, como si su curiosidad por entender los efectos de la química fuera en incremento. —No parece que reluzcan en absoluto.

—Eso es porque no te has puesto las gafas —respondo desvistiendo las mías de mi cara. —Toma, pónelas.

—¿Son esos cristales con los que planeas elaborar el perfume adaptativo? —Su semblante expectante reafirma mi sospecha: su curiosidad se

ha despertado, y así lo demuestra su mirada a la espera de mi respuesta.

—En realidad, el perfume adaptativo es el resultado de combinar dos conocimientos: el de los perfumes junto con el de los fertilizantes. Esta conjunción de saberes permitirá la creación de una fragancia, que al contacto con la piel femenina, desprenda un olor diferente en cada mujer. Un perfume que la identificará de forma unívoca, y la hará única por su esencia. Cada mujer se sabrá única al aroma de un olor distinto.

—¿De verdad puede crearse tal perfume? —pregunta con ojos llenos de incredulidad.

—Por supuesto que sí. El perfume adaptativo, al contacto con la piel de una mujer, medirá su temperatura corporal. Bien es sabido que la temperatura estimula el nivel hormonal de reservas ováricas, lo cual está relacionado con su fertilidad. Establecida una escala de valores fértiles, el desafío será confeccionar un perfume que reaccione, en su envoltura química, a las variaciones de temperatura, para después polimerizarlo en caliente, y emitir así una fragancia diferente según la etapa de su ciclo ovulatorio.

—Aquí tienes la lista de materiales que pediste —dice Laura, cambiando de tema, con cara entre sorpresa y escepticismo, como si quisiera eludir lo escuchado. —Embudos, vasijas, frascos de diferentes tamaños, termómetros, tubos de ensayo, vasos de precipitado, lentes, mecheros, pipetas, batas y tapabocas. Los tienes todos guardados en las estanterías, etiquetados por secciones. Y ya que hablas de temperaturas, te llevaré a ver las calderas.



El burbujeo de mis juntos labios, sorbiendo por una pajita un zumo de melocotón, hace que tu cara se gire en la dirección del sonido producido por mi aspiración. Un fino tubo de plástico, de aspecto blanquecino, se oscurece a medida que el melocotón lo recorre y lo baña en su interior. El melocotón, en forma líquida, asciende con fluidez por el tubo que se comunica en mi boca. La cavidad que abarca mi mandíbula, en la profundidad de un lago, se llena al sabor de esa fruta. ¿Quieres probarlo? No sé si deseas poner tus labios en el mismo lugar donde han absorbido los míos. Tus ojos atentos siguen el movimiento de mi nuez en la acción de mi garganta al tragar.

—Te has manchado —me dices riéndote, señalando con tu dedo el bigote que el zumo ha creado en mi cara.

Al verte reír, me apresuro a limpiar el rastro de zumo con mi mano. —

¿Te gusta colorear tu rostro con maquillaje? —te pregunto.

A lo que contestas, moviendo tu cara, con un sí como respuesta.

El primer día de trabajo ha tocado a su fin. Lanzo el cartón vacío de zumo a la papelera. Ha sido un día intenso en lo de conocer a gente. Ahora toca relajarse. Me cuesta respirar al entrar en casa, a causa de un aire cargado que no ha encontrado salida. ¿A ti no te cuesta respirar? Me quito la chaqueta. Necesito aire fresco, hacer que el aire corra. Abro todas las ventanas: las del salón y las de las habitaciones, la del cuarto de baño y la cocina, si es que puede llamarse cocina a un diminuto rincón con una hornilla y un fregadero.

Desde la ventana principal diviso algunas nubes pasajeras. Se aproximan con ligereza y van cobrando vida a medida que se acercan. Pasan frente a mí distraídas, como si todavía no hubiesen percatado mi presencia. Entonces, de modo casi fortuito, levantan sus miradas al instante de cruzarse conmigo, me miran durante el tiempo que dura un fugaz destello, y ostentando atrevimiento, pretenden intimidarme como si fueran a descargar sus premeditadas lluvias. Sin embargo, ya lo han decidido: agachan otra vez sus miradas y se marchan con la ayuda de un viento tranquilo, que las empuja sin volver la vista atrás.

Junto a la ventana, una estantería de baldas abombadas por el excesivo peso, soporta una colección de libros caducados de fecha. Libros que no pierden la esperanza que alguien los acaricie y los lea. Y al deslizar mis manos por sus desgastadas páginas, despiertan de su letargo, impregnando con sus bostezos la habitación a un aroma seco y polvoriento. Encuentro algunas motas de humedad en los bordes de sus páginas por efecto del tiempo. ¿Te apasiona la lectura? Échales una ojeada mientras lleno de leña la chimenea, ábrelos, descubre sus hojas, pero asegúrate que podrás detener tus estornudos. Por desgracia, todo en este piso es obsoleto, a excepción de mi teléfono móvil y mi laptop.

Un tocadiscos antiquísimo, habituado a prolongados baños en polvo gris, denota la lejanía en el tiempo de su última recitada melodía. De aspecto consumido y desgastado, quizá conserve fuerzas de alegrar la habitación al compás de sus discos.

Puede que te resulte extraño un piso sin fotografías familiares, tan solo cuadros que reflejan paisajes lejanos y gente desconocida. Los hogares acostumbran a conservar recuerdos plasmados en sus paredes. Aquí no encontrarás retratos colgados de mi familia ni de mi infancia, más aún, si se trata de una casa recién alquilada, que ya posee su propio estilo de decoración.

—Háblame de ti —me pides, mientras devuelvo el libro a la estantería.

¿De mí? Puedo narrarte algunas curiosidades de mi niñez, si eso te agrada, siempre y cuando me prometas que, otro día, para saldar tu deuda, me contarás cómo es la niña que llevas dentro. ¿Trato?

Pues verás, durante mi niñez fui un niño lleno de inseguridades. Un niño a quien le gustaba pasar tiempo jugando en solitario. Parece que no he cambiado mucho desde aquella época, aunque dentro de mí, sé bien que sí he cambiado. Por aquel entonces, mi padre se mantuvo ocupado reparando lavadoras y secadores de pelo, y no encontró el momento de enseñarme cómo aprender a sentirme seguro de mí mismo.

El padre de mi madre, mi abuelo, fue la persona que tomó la responsabilidad de mostrarme cómo debía comportarse un hombre en la vida, y yo lo admiro por ello. Le encantaba fumar cigarrillos y beber whisky. De hecho, se convirtió en un alcohólico. Le apasionaba deambular por un bar llamado La-Prisión, y a mí me encantaba acompañarle. Era un bar sucio con un fuerte olor a vino derramado en el suelo, donde las cucarachas formaban parte de la habitual clientela. Todos los hombres en La-Prisión mostraban una similitud. Todos, de forma accidental, escupían en tu cara mientras te hablaban. Cada vez que uno de ellos se dirigió a mí, sentí el rostro salpicado en un frío y húmedo escupitajo, deslizándose despacio por mi cara abajo.

Mi abuelo se estableció como un hombre popular en La-Prisión. Tan pronto como aparecía por la puerta de entrada, el dueño del bar invitaba a todos los presentes a una ronda gratis de cerveza. Él fue quién me obsequió con la primera moneda para insertarla en una máquina tragaperras, y me premió con estas sabias palabras: quien siempre sigue las reglas, pierde. Y quien sigue a veces las reglas, gana. ¿Lo has entendido? ¡Escríbelo en el espejo de tu cuarto de baño!

El día que mi abuelo se jubiló, su familia le prohibió para siempre que fumara y bebiera alcohol. Ni siquiera se le permitió visitar La-Prisión durante el resto de su vida. Su casa se convirtió en su verdadera prisión.

Tanto como puedo recordar, no fui un niño al que le gustara coleccionar soldaditos ni esas cosas que los niños de diez años coleccionan. Sin embargo, por aquel tiempo, sentí pasión por recopilar un muestrario de botellas de vino y otras bebidas alcohólicas en miniatura.

Cada noche, cuando la ocasión me era favorable, cruzaba la carretera para visitar a mi abuelo en su casa. Su familia le había prohibido las bebidas alcohólicas. Y allí estaba yo, en su dormitorio, junto a mi abuelo, en el

momento en el que ya se encontraba con su pijama puesto, tendido en su cama, pero todavía con los ojos abiertos, con una pequeña botella de alcohol para él, incumpliendo todas las reglas familiares.

Aún recuerdo su cara de placer mientras saboreaba un sorbo de whisky, una cara de perpetua gratitud hacia mí. Y al contemplar su semblante, en silencio, en la compenetración de un acuerdo secreto, sentí que había ganado, había roto las reglas tal como él me enseñó a hacer. Sus ojos me abrumaron en ternura, y gané el premio de la más tierna mirada con la que un abuelo puede mirar a un nieto.

Esto es cuanto de mi niñez te contaré por ahora. Espero que este episodio de mi infancia haya saciado tu curiosidad. De no ser así, puedes formularme cuantas preguntas quieras. Eso es lo que yo hago contigo, preguntarte, pues ya perdí la timidez de hacerlo.

Y hablando de preguntas, ¿sabes qué es lo tercero más bonito de tu cuerpo? ¿Quieres saberlo? Son tus orejas. Orejas que han sido creadas para escuchar mis palabras. Palabras que, selladas con el timbre de mi voz, se mueven de forma sigilosa, siguiendo un camino ondulado, a lo largo de una línea imaginaria, hasta dar atención a tus oídos. Oídos a los que les encanta que les narren una historia, que les relaten el devenir de los acontecimientos.

Lo creas o no, conversar contigo me permite indagar en tu personalidad. Intuyo que tienes una manera de ser alegre y ocurrente. Cuando se te conoce, eres risueña y dicharachera, un tanto absorbente. ¿Me equivoco? Tu cuerpo y tu mente tienen necesidad constante de sentir vida. Si las dosis de felicidad se vendieran en los quioscos al igual que se venden las chokolatinas, muchas mujeres las comprarían. Una dosis de felicidad empaquetada, que sin embargo, tú, no necesitas, pues siento que tu vida es una gran fiesta. Endulzas con tu buen humor a los que te rodean, o al menos lo intentas.

Cuando te miro, algo me dice que eres muy sensitiva y emocional, aunque a veces pareces querer no demostrarlo. Te entenece lo que ocurre a los demás, te identificas con otras personas, poniéndote en los zapatos de otros, y cualquier hecho, ya sea positivo o negativo, te afecta. Y es en la emotividad que fluye en ti, donde descubro que, por alguna razón desconocida, quizá porque en cierta ocasión te sentiste dolida, no llegas a exteriorizar todo tu afecto. Adivino que guardas emociones contigo que no terminan de florecer, como el vapor de agua de una ducha, que asciende por las baldosas y no logra alcanzar el techo, pues encuentra un recoveco y se esfuma por la ventana.

Siento que eres de naturaleza inquieta, a veces impulsiva, incluso

alarmista. En ocasiones, te preocupas por cosas que luego te das cuenta de que, no eran para tanto. Y cuando estás angustiada, es como si tu afán por hacer las cosas de forma engrasada y rigurosa, te maniatara.

Tengo la sensación de que, algo que te gustaba se ha ido de ti, pero quizá no ha sido un adiós para siempre. Entonces, la vida te ha puesto en la situación de retomar aquello que habías dejado, como si quisiera acercarte a ese algo para recuperarlo. El paso de un tren te ha devuelto la ilusión, y el gusanillo de comenzar de nuevo te ha transformado, y tu ser, como refleja tu semblante, se ha revitalizado. ¿Tiene esto sentido para ti?

Capítulo 3

Bajo los tímidos rayos del sol, que avanzan despacio, a pasos temerosos, cubriendo de forma progresiva, con su débil luz, las tarimas del suelo de madera, amanece un nuevo día encapotado, con nubes desparramadas a todo el largo del cielo.

El viejo reloj, encima de la estantería, se mueve con dificultad, anda con un bastón, luce un aspecto desmejorado, y aun así, sus ganas de seguir adelante hacen que confíe en él, pues se esfuerza en ofrecerme a cada paso que da, la hora exacta.

Unos minutos me separan de partir hacia la multinacional de perfumes. Sin otra mejor tarea donde entretenerme, me siento en el sofá del salón a esperar el transcurrir del tiempo, ordeno mis ideas, debatiéndome entre recordar lo que dejé atrás, o mirar con entusiasmo a lo que está por llegar, con el flamante proyecto de los perfumes que ahora tengo entre manos. Pienso en lo que me deparará el día de hoy, y visualizo con una sonrisa positiva lo que de él me espera.

Ubicados en la misma posición de ayer, los cojines del sofá permanecen inmóviles, aletargados, conservando el calor del recuerdo, recordando la maravillosa caricia que Vanesa, con el roce de su cuerpo, les provocó. Apoyo mi columna vertebral sobre ellos, y los aprieto, dejando caer en ellos el peso masculino de mi espalda.

Otro peso, el de la responsabilidad de dirigir a un equipo de científicos en el proyecto del perfume adaptativo, recae sobre mis hombros. Un reto que afronto con diligencia, armándome de fe y paciencia. Una carga que, sin embargo, ahora aligero, descargándola también en los cojines, que suspiran oprimidos, casi aplastados, pidiendo un respiro, desinflando el aliento que los mantenía hinchados.

Una revista de moda femenina, abierta por la mitad, reposa sobre el cristal de la mesa. Allí permanece tranquila y pausada, desde el momento en que Vanesa la acogió en su regazo y otorgó su atención a sus páginas.

¿Te preguntas por qué guardo conmigo una revista de pasarelas, últimas tendencias y moda de mujer? No, no se la olvidó aquí mi casera. Puede que sea por el tema de la moda o porque te divierta conocer cómo llegó aquí la revista, lo cierto es que tu cara ha cambiado, y ahora se ha vuelto más

expresiva. ¿Tú también lo notas? Detecto en el color de tus mejillas, la sensación física de tu impaciencia. ¿Eres siempre así de curiosa? Unas mejillas que, en su acaloramiento, desean calmarse con mi respuesta. Verás, tiene una sencilla explicación.

Escalar una montaña se hace con intención. Una elevación natural que, desde su cima, te permite distinguir las calles de toda una ciudad. Al igual que un montañero lee las rutas de un mapa completo, me divierte leer esta revista en particular, y no otra, porque en sus páginas aparecen mujeres retratadas de cuerpo entero. Así es. Me complace observar el cuerpo femenino de arriba abajo, porque cada mujer, en sus atildadas vestimentas, libera su ferviente autenticidad, y revela su vigor e impulsiva vitalidad, lo que aporta a mi curiosidad gran número de detalles. Ahora ya lo sabes. Un rasgo que tenemos un común. Yo también soy curioso, igual que tú.

Te miro y provocas mi sonrisa. ¿Qué ocurre? No sé por qué, pero tu reservada mirada pone una sonrisa en mi rostro. ¿Acaso recelas de lo que te estoy diciendo? Ya entiendo. Intuyo lo que estás pensando. Piensas que solo miro a las chicas, y no a lo que visten o cómo combinan sus ropas. ¿Y sabes qué? Estás en lo cierto, aunque lo que observo no son sus caras ni sus cuerpos, sino sus posturas. Atiendo a las posturas en la que posan en cada fotografía. Y ya que hablo de posturas contigo, quiero que sepas que, he descubierto a mujeres que de arriba abajo miran a otras, y no son sus posturas lo que en concreto miran.

Mi espalda se inclina hacia adelante. Alargo la mano para coger la revista por debajo, como la bandeja llevada por un camarero, y suelto la revista con suavidad, viajando a tus manos, justo por la página donde quedó abierta.

Fíjate en esta fotografía: una mujer viste un largo vestido de fiesta y elásticos guantes de terciopelo. Su brazo derecho, en forma de jarra, descansa apoyado en la marcada curva de su cintura. Haber optado por poner su brazo en su cintura, cuando podía haberlo colocado de cualquier otra manera, demuestra su deseo inconsciente por recibir un comentario, su predisposición a aceptar de buen agrado una opinión, su apetencia por oír unas palabras en relación a su vestido o a ella.

La mujer de la siguiente fotografía supone la cara opuesta de una moneda. Al dejar caer sus brazos, a ambos lados, a lo largo del contorno de su cuerpo, denota su intransigencia. Una mujer que muestra desinterés e indiferencia, ensimismada en su mundo, perdida en sus pensamientos, se aferra a su verdad,

no agradece mis palabras ni acepta mis ideas, infravalora cualquier opinión que no encaje con la suya propia, con actitud de quien escucha como el que oye llover, haciendo imposible un diálogo abierto. Una sutil diferencia en los brazos, pero significativa a la hora de entablar una conversación con ella.

¿Con cuál fotografía te identificas? ¿Puedes decir de ti que, eres una mujer que contigo misma, nunca estás satisfecha porque llegas a ser muy exigente con los resultados? ¿Eres una chica muy metódica, que te gusta planear cada paso por adelantado, y en tu afán por tenerlo todo controlado, rechazas un mundo donde des rienda suelta a tus deseos, reprimiendo que aflore en ti, tu lado más afectivo y emocional?

La mujer de la primera fotografía reúne muchas cualidades positivas. Mientras posa, con la otra mano se allana su largo pelo, lo que expresa su deseo de sentirse observada, y responde con una hermosa sonrisa a mi mirada. ¿Lo ves? Sus piernas, un poco más separadas de lo habitual, hablan de sus ganas por comunicarse, porque dialogar, incluso con extraños, supone para ella un acto muy natural.

Ella es la mujer que, delatada por su receptiva postura, se queda oyendo con gusto mis palabras. Y a su vez, la reconforta que yo la oiga, puesto que, casi sin darse cuenta, cuando su agitación y nerviosismo le demanda conversar con alguien, incluso con un extraño, y desahogarse, le encanta el hecho de saber que puede contar con otra persona. Y es en ese instante donde, envuelta en el deseo por narrar sus experiencias, me expresa sus profundos sentimientos, y entretanto se expresa, me transmite su lado más afectuoso, sin formulismos ni ceremonias. Y como un barco se adapta a las imprevistas condiciones del mar, su cara busca el descanso en mis hombros, compartiendo conmigo sus momentos del día, encontrando un respaldo en el confort de mi pecho, para así temporizar su dolor o alegría, permitiendo que sus decisiones varíen conforme a mi interacción con ella.

Una mujer que sabe hacer concesiones, y me autoriza acceder a sus inquietudes, no como observador de sus actos, sino como participante de sus ideas. De naturaleza amoldable, como el agua se amolda a un recipiente, se siente conectada conmigo, y expresa un sincero interés si algo me sucediese.

Una mujer de incorregible dulzura, que no se da a probar, sino que me sumerge en el aroma de su encanto. Y por si fuera poco, posee una rápida adaptación. Y es justo su adaptabilidad lo que me cautiva. En su mirada, descubro que sabe valorarse, ganando el afecto de quienes la miran. Además de destacar por su saber estar y su talante al comportarse, haciendo gala de sus

buenas maneras, sin importar cuantas situaciones y lugares diferentes deba afrontar. ¿Te das cuenta de cuánto puede aprenderse de una postura? Y una cosa más, que quizá no hayas notado y es digno de resaltar: ¡otra vez se me ha hecho tarde en el trabajo!



Diversos líquidos se calientan a fuego lento en las cubetas de destilación. El sonido provocado por la agitación de un conglomerado de burbujas, hirviendo con fervor en el interior de las vasijas, dificulta mantener una conversación dentro del laboratorio, a menos que se alce la voz. Algunos fluidos, al evaporarse, debido a la condensación del aire, provocan que las baldosas de las paredes se llenen de resbaladizas gotas.

Laura guarda la tarjeta electrónica, con la que accede al laboratorio, en el bolsillo de una larga bata blanca que la cubre por entera. Elevada su figura con sus tacones, con un giro sensual de sus caderas, los pasos relajados de sus largas piernas se dirigen hacia mí, regalándome una sonrisa que, de lado a lado de su boca, refleja su bienestar, como si viniera a deleitarme con unas buenas noticias.

—Llegas tarde —me dice—, pero no te preocupes. Mi padre no te ha visto llegar. Ser un virtuoso de la puntualidad es una de sus cualidades.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —respondo asumiendo mi culpa, sin saber si llegaré temprano al día siguiente, mientras me apresuro a buscar unos guantes entre los estantes de una repisa.

—¿Qué es esa sustancia pegajosa parecida al pegamento? —pregunta Laura al ver mis manos manchadas de una espesa gelatina.

—Es un líquido conector de emociones que estoy desarrollando, todavía en su fase experimental—. Y me dispongo a analizar la acidez de una reacción química.

Laura se aproxima aún más a mí, y apoya sus largos brazos sobre la mesa de ensayo, haciendo retroceder el filo de sus mangas, dejando al descubierto sus muñecas.

—Esa pulsera, rodeando tu muñeca, resalta por su brillo e incomparable belleza —le digo. —Aprecio, por el resplandor que reluce, que se trata de oro.

—Oro y diamantes —me corrige. —Está personalizada con mis iniciales escritas en diamantes blancos —y la acerca a un palmo de mis ojos para que

lea las dos letras de sus iniciales, como si quisiese restregarme el olor al elevado coste de cada diamante, mientras su rostro, levantando su barbilla, se enorgullece con aires de ostentación.

—Ele-efe —pronuncio, haciendo una pausa entre ambas consonantes, seguido de su nombre completo—, Laura Feltali —que aunque no aparece escrito en su pulsera, añado, como si narrara la última línea de una historia con final feliz. Su cara se llena de goce y satisfacción, al oír de mis labios su nombre y apellido. —Te aconsejo te abstengas de vestir joyas de gran valor en tus visitas al laboratorio —le advierto. —La alta condensación de vapores podría dañar el oro, y ocasionar, no solo un deterioro abrasivo a tu pulsera, sino a tus sentimientos, pues intuyo que ya le has tomado cariño, y no querrás desprenderte de ella.

Mi comentario desvanece su sonrisa. Se me queda observando con una mirada hiriente, como un cuchillo recién afilado, durante un breve instante, y su gesto se torna en una cara poco amistosa, como si mis palabras hubiesen desnutrido de alimento a su hambriento orgullo.

—Si se daña, compraré una nueva pulsera aún más bella —me dice—. Por si no lo sabías, en mi familia no me educaron en la escasez del dinero—. Su semblante destaca ahora sus descuidadas maneras a la hora de gastarlo. —Lo bueno de ser la única descendencia de un padre millonario, es que puedo ir de compras, y elegir todo aquello que me plazca sin mirar el gasto.

Su respuesta, por el tono engreído en su criterio de valorarse a sí misma en exceso, provoca que tenga que apretar mis labios y contener mi risa.

—Es muy halagador conocer que, vienes a verme al laboratorio con el pretexto de mostrarme tu pulsera.

—No he venido a eso —responde de forma contundente.

—¿No? Entonces, ¿a qué se debe la razón de tu presencia?

—He venido a hacerte una pregunta —dice Laura, al tiempo que obtiene de su bolsillo su dispositivo móvil. —¿Cuál es el elemento indispensable en la composición del perfume adaptativo? —me pregunta, como si ya se hubiese hartado de hablar de su pulsera.

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Nunca contestas lo que se te pregunta? Te he pedido que me digas el nombre de la sustancia más importante —dice con voz un tanto enfurecida.

Ando por el laboratorio el largo de tres mesas de ensayo, pensativo, debatiendo conmigo mismo mi respuesta, mientras ella, sigue con su mirada cada uno de mis pasos, como si los estuviese contando.

—Estoy preparando un pedido —me aclara—, y necesito incluir aquellos elementos de mayor demanda —añade, para romper de este modo mi silencio.

—Citrato de sodio —respondo. —Esa es la sal compuesta que buscas. Aunque a estas alturas, todavía en fase experimental del proyecto, el compuesto más requerido podría variar.

—Citrato de sodio —repite mis palabras con lentitud, sirviéndole de recordatorio. Las escribe en su móvil. —He confeccionado una lista de proveedores a los que contactar. Algunos de ellos proporcionan succulentos descuentos, con la condición de que el pedido se realice en un único pago. Claro que, para optar a estos atractivos descuentos, además de pagar por adelantando, es necesario realizar un pedido en enormes cantidades de producto. ¿Crees que debo comprar a lo grande o en porciones pequeñas?

—¿De qué grandes cantidades hablas? —le pregunto.

—De toneladas: camiones enteros transportando el producto.

—Lo más sensato será adquirir muestras pequeñas —le sugiero. —Sería beneficioso realizar una compra mínima, y analizar en el laboratorio la pureza de los elementos recibidos. Una vez garantizada la calidad de las muestras, será el momento oportuno de ampliar los pedidos.

—¿Estás hablando de dejar escapar unos apetitosos descuentos? —dice alterada en un gesto desafiante, como si pronto fuera a enseñarme los dientes.

—Mirando tu pulsera, apostaría a que no existe tope de gasto en la empresa —le digo—, por lo que imagino que, dejar escapar un cupón de descuento no supondrá ningún contratiempo.

Su semblante se torna en rebeldía, haciendo una mueca hacia arriba con la comisura de sus labios, como si un insecto en su cara le molestase.

—¿Acaso no te fías de los proveedores que he seleccionado? ¿A qué se debe tanta desconfianza por tu parte? —me pregunta.

—Desconozco los proveedores de tu lista, aunque me consta que, algunos de ellos suministran compuestos adulterados de escasa calidad, por lo que es indispensable realizar pruebas y permanecer atentos a los resultados. Además, no existe suficiente cabida en las instalaciones de la compañía para albergar tan inmensa cantidad de producto, si la compra, como sugieres, se realizase al por mayor.

Laura anda a paso lento entre las mesas. Su atención se mantiene fija en la pantalla de su celular, escribiendo mis palabras en su libro de notas electrónico. A causa de sus altos tacones y el vapor condensado, resbala y casi cae. Solo su habilidad de apoyar sus manos con rapidez evita su caída.

—¿Te encuentras bien? —me apresuro a mostrar interés por su situación.

—¡En perfecto estado! Ha sido un insignificante susto.

—Deberías usar cómodas zapatillas, en vez de altos tacones en el laboratorio.

—¿Otra vez dando consejos? —me recrimina. —¡Deberías cerrar tu boca y ofrecer consejos cuando se te pida! Para que te vayas enterando, me desagrada muchísimo que me digan lo que debo hacer.

Sus groseras palabras me dejan petrificado, como cuando un toro a pleno sol, mascando hierba, moviendo con parsimonia su mandíbula, levanta su mirada y se queda pasmado, boquiabierto, contemplando el paso de un tren por primera vez. En alguna ocasión, había presenciado los gritos de mujeres exaltadas, que incluso se atrevieron a estrellar contra la pared el vaso de donde bebían. No obstante, la ira que brota de Laura me resulta impropia e inexcusable para una mujer adinerada de su categoría, lo que lleva a cuestionarme si, acostumbrada a realizar siempre su voluntad, Laura se comporta con agresividad si se la contradice. Desafortunadas palabras las tuyas que sin embargo, decido obviar para no complicar aún más el fuerte y repentino genio de su mal carácter.

—Tu resbalón me ha recordado que debo ir de compras por unas plantillas. Los nuevos zapatos que compré a mi llegada a la multinacional de perfumes me molestan —le digo—, me originan un amargo roce en los talones. Necesito probar los zapatos con unas nuevas plantillas. Me pregunto si...

—¿...si deseo acompañarte? —Laura interrumpe mi frase para terminarla ella. —Soy una mujer muy intuitiva. Tengo la virtud de anticiparme a lo que los hombres piensan —dice con vanidad, echando su melena hacia atrás. —¿Ir contigo de compras por unas plantillas para tus pies? ¿Es a eso a lo que me invitas? —Sus mejillas se marcan de puntos rojos, como si fueran pecas, fruto de su creciente irritabilidad. —Tengo asuntos más importantes que atender esta tarde. No gastaré mi preciado tiempo en unas miserables plantillas.

—Puede que comprar unas plantillas no fuera la actividad que tuvieras en mente realizar conmigo —le digo. ¿Qué tal acompañarme a comprar un casco? A lo mejor, de ese modo, mi ofrecimiento estaría más a tu altura.

—¿Te refieres a un casco de motorista? En tal caso, aceptaría sin dudar. Tienes que saber que, nunca he vestido zapatos tan desgastados como para contemplar la necesidad de renovar sus plantillas.

—No intento repararlos, sino sustituir las plantillas por otras de mayor calidad—. Mi aclaración, más que ayudarla parece confundirla. Se aleja de

mí, al otro extremo del laboratorio, para luego volver sobre sus pasos.

—El término reparación no existe en mi vocabulario —responde con gran desaire.

—¿De qué reparación hablas? ¿Acaso no te reconforta arreglar las cosas? ¿Ni siquiera la reparación de una persona que ha sufrido un perjuicio? —Mi pregunta, un tanto inesperada y fuera de contexto, provoca que su cara se vuelva mustia, como una flor a la que no han regado en días. Con gesto abatido, sus labios balbucean como si quisieran componer una respuesta, pero después de intentarlo sin éxito, se detienen creando silencio. Y Laura, como si viviera en un mundo que yo no he conocido, permanece muda y distante. Su postura, con ambos brazos caídos a lo largo de su cuerpo, me recuerda a la mujer de la segunda fotografía, perdida en sus pensamientos.

—Si me acompañas, te mostraré algunos rincones inéditos de la ciudad que desconoces —se me ocurre ofrecerle para persuadirla.

Como la transformación del agua, desde el estado líquido al gaseoso, su rostro varía desde la sequedad a la risa. Una carcajada sale de su boca tan elevada de tono, que hasta las triunfantes hormigas del laboratorio, que en fila desfilan en un batallón de instrucción, a lo largo del descansillo de la ventana, rompen filas de manera inmediata y buscan refugio asustadas.

—En todo caso sería yo quien te enseñara a ti a caminar por la ciudad —dice sin poder controlar su imprevista risa. —Vivo en este lugar desde mi niñez, tú solo llevas aquí un par de días—. Y continúa riéndose hasta que por fin, consigue frenar su risa. —¿Conoces la nueva tetería que se ha abierto?

—Sí, la conozco —respondo. —¿Por qué la mencionas? ¿Deseas que la visitemos juntos?

—No me gusta el té y menos con desconocidos.

—De eso se trata, de que nos conozcamos —afirmo.

—Te espero esta tarde a las seis en la plaza del reloj, junto a la tetería —dice mientras me señala el punto exacto, señalando con su dedo índice el lugar desde la ventana—, debajo del tejado en la entrada principal a la iglesia.

—De acuerdo, allí estaré —replico, con la satisfacción de haber alcanzado con ella un acuerdo.

—¡Espera!” Reclama mi atención. —Me temo que para ese tiempo estaré ocupada telefoneando a los proveedores. Había olvidado la urgencia con que se necesitan determinados suministros de ciertos productos químicos. ¿Qué tal a las ocho? Supongo que para esa hora habré terminado con las llamadas —me dice segura de sí misma, con garantías, como si ya tuviera previsto el sí de mi

respuesta.

—¡Me encantaría! —contesto.

—Aunque ahora que lo pienso —continúa diciendo—, tengo una agenda muy apretada. Me toca sesión de entrenamiento. Dos veces en semana modelo mi cuerpo en la piscina haciendo gimnasia acuática. Practico natación. Podríamos quedar a una hora más avanzada, en la que ya no queden quehaceres ni obligaciones que cumplir. ¿Qué me dices a las diez?

—Está bien —respondo—, te veré a esa hora en la explanada a la iglesia. Aunque a la hora que propones ya estarán cerradas las tiendas.

—Es verdad, y además existen muchas posibilidades de que llueva.

—Si llueve, pintaremos con gotas de lluvia dibujos sobre los cristales en los escaparates de las tiendas —le digo.

—¡Qué tonterías dices!” Su sonrisa retoma su cara, marcando con intensidad las finas y tan bien acabadas líneas de su rostro. —Los escaparates sirven para comprar lo que ellos exhiben, no para manchar con pintadas sus cristales. Te denunciaré por alteración del orden público si me obligas a pintorrear cristales de escaparates—. Su tono juguetón me llama la atención, pues no lo había notado en ella con anterioridad. —¿Qué tal el fin de semana?

Me quedo observándola con gesto precavido, con la cautela de un hombre que actúa con reservas, pues ya no me atrevo a aceptar su propuesta. Mientras lo pienso, Laura consulta su teléfono, buscando algún tipo de información, como si estuviese comprobando su horario.

—¿He dicho el fin de semana? No puedo acudir a la cita. ¡Qué pena! He quedado con mi padre para ir con él a una finca. Está interesado en la compra de unos terrenos y me ha pedido que lo acompañe. Le gusta llevarme con él cuando tiene que cerrar acuerdos. Dice que le traigo suerte en los negocios.

—Dame tu número de teléfono y te llamaré en otro mejor momento —le sugiero, a fin de encontrar un remedio a la falta de acuerdo.

—Mejor te doy el teléfono de la oficina, allí es donde paso la mayor parte del día—. Con deliberación, una a una, Laura va rechazando mis peticiones.

—Sería todo más sencillo si me detallaras el día y la hora en tu agenda en la que estás libre —añado, una vez mi instinto me avisa que quizá debería dudar de su palabra.

—¿Eres así de persistente con todas las mujeres?

—No con todas. Solo con las que no pueden evitar que se les note su deseo de acompañarme—. Y me quedo mirándola a los ojos sin articular

palabra. Un silencio que, a ella le incomoda y responde apartando su mirada. —¿Conoces las cualidades de la composición espejo? —le pregunto para cambiar de tema.

—No —responde. —No sé de qué me hablas.

—La composición espejo es un tipo de sustancia acuosa que proyecta hacia ti tu reflejo al observar en reposo sus partículas, de ahí le viene su nombre.

—¿Qué significa eso de reposar las partículas? —me pregunta.

—Te lo mostraré en vivo y en directo—. Abro un frasco de composición espejo y lo vierto en una palangana de escaso fondo. La sustancia se expande en todas direcciones, como un cucharón de sopa vertido en el interior de un plato. Las partículas se agitan y chocan entre ellas.

—No veo que pase nada extraordinario —me dice.

—No seas impaciente —replico. —Espera un instante hasta que la agitación de las partículas se estabilice, y queden en reposo.

—¡Impresionante! Veo mi cara reflejada con nitidez —dice Laura exaltada. —¿Qué efecto...? —Inicia una pregunta pero cambia de opinión y enmudece.

—¿Cómo dices? —le pregunto. —¿Qué efecto qué?

—Olvidalo. Ha sido una estúpida ocurrencia.

—De acuerdo, ya la olvido —respondo sin darle más importancia.

—¿Qué efecto tendría tomar un baño de composición espejo? —Expulsa por fin de su boca, a toda prisa, sin tomar aliento, en una larga bocanada de aire, donde su atrevimiento sale victorioso frente a su interna lucha con su prudencia. —¿Lo has probado? —Sus ojos arden iluminados, en su fantasía por verse desnuda, proyectando su cuerpo sumergido dentro del compuesto.

—No tiene ningún efecto —respondo. —No se refleja lo que se sumerge dentro. Para verte reflejada debes mirarte desde el exterior—. En su cara leo su desencanto. Una decepción que apaga su ardiente mirada.

—Una mujer desnuda, frente a un espejo —hablo a los oídos de Laura mientras continúa observando su reflejo—, de pie, en su dormitorio, revisa su silueta. Se mira de arriba abajo, revisa su perfil, alzándose de puntillas, y gira su cuello a un lado para consultar la belleza de su espalda. Pasa sus manos por sus sensitivos pechos, acariciándolos, y las desliza hacia su vientre. Y mientras recorre su piel con sus manos, decide qué partes de su cuerpo desea retocarse. Visualiza en su mente el cómo sería su cuerpo tras la cirugía. Por otro lado, otra mujer, sintiendo la presión de sus dedos bajando por su vientre,

muerde sus labios excitada, y fantasea acerca de pasar la noche con el hombre de sus sueños. Ahora dime, ¿qué parte de tu cuerpo retocarías?

—Ninguna —dice orgullosa como si fuera la pregunta más fácil que le han hecho en su vida. —Me gusta como soy. Tengo un cuerpo divino.

—Si me dices que no eres de las que desean retocar tu cuerpo, entonces debo pensar que eres de las que se excitan tocándose frente al espejo.

Laura refleja con ojos agrandados, como bolas de fuego, su malestar por mi afirmación, a la vez que su rostro delata su sorpresa por mi forma directa de hablarle sin rodeos, como si hubiese destapado el frasco de su sexualidad.

—¿Cuál sería el último lugar a donde me invitarías? —le pregunto.

—A mi cama —dice sin titubeos, sin pensarlo dos veces.

—¡Una intuición prodigiosa! —exclamo elevando mi voz. —De nuevo me has deslumbrado.

—¿Por qué? —Laura deja escapar su fogosa curiosidad de niña.

—Como ya hiciste antes, tu respuesta se ha anticipado a mi siguiente pregunta.

—¿Y cuál es? ¿Cuál es esa pregunta? Quiero saberla.

Clavo mis ojos en sus pupilas. —¿Y dónde me hospedarías por primera vez?

Capítulo 4

—Como acordamos, te dejo a Emilia para que cuides de ella —dice Vanesa, cuando retiro el cerrojo, nada más abrir la puerta.

—¡Mira! ¡Traigo una sorpresa! —grita Emilia con el entusiasmo que la caracteriza cada vez que me visita. —¡Tengo muchas ganas de enseñarte mi perrito!” Un perro de corta estatura entra en casa a toda prisa de forma inesperada. No soy un gran entendido en razas caninas, pero advierto que se trata de un cachorro de Boston Terrier. Si bien las visitas de Emilia suelen ser breves, no más de varios minutos, hoy me hago cargo de ella durante toda una tarde y noche.

—¿Te gusta la brillantez de mi cara? —pregunta Vanesa. Y desliza sus manos sobre el brillo sonrosado de sus mejillas, para extender su colorete y difuminarlo por sus pómulos. —Todavía no he terminado de maquillarme—. Da un paso adelante para acercar su cuerpo al mío, y que yo preste atención a su cara. —Todavía me queda aplicar la máscara de pestañas—. Al fijarme en sus ojos, descubro su interés por elevar aún más sus pestañas, cuando ya las tiene bien levantadas. —Además, me falta pintar mis labios en un tono seductor. ¿Qué me dices? ¿Estoy tan atractiva que me comerías? —Vanesa se gusta a sí misma, y con todo, solicita mi aprobación para sentirse irresistible.

Su vestido amarillo limón, de corte ajustado, se adhiere pegado a su cuerpo, sostenido por tirantes de adornos plateados y un apretado cinturón bordado de pedrería. Sus zapatos de cuero, con puntas redondas, realzan su figura. Puede que Vanesa no sea la mujer con más estilo que he conocido. Pese a ello, con el entusiasmo que transmite, y sobre todo, con su cautivadora sonrisa, si quería llamar la atención, ya lo ha conseguido.

Un ligero tacto en mis ovaladas rótulas tira de mis pantalones hacia abajo, lo que provoca que incline mi mirada al suelo. De pie, con ojos amistosos, sacando la lengua, sus delgadas patitas delanteras se apoyan en mis rodillas, manchando de huellas grises mis pantalones negros. —¡Hacerme cargo de un perro no forma parte del trato! —me quejo a Vanesa. Mi voluntad de ayudarla se ve ahora atropellada por su descaro.

—Emilia sabe comportarse. No te dará quehacer. Te lo aseguro —dice acerca de Emilia, cuando de lo que hablamos es de su perro. —La tengo bien educada, pero en caso de algún problema, aquí tienes mi número, por si las

moscas—. Una sonora palmada, como se marca el ganado con un hierro candente, se estampa sobre mi tórax. Vanesa pega una nota adhesiva, escrita con premeditación, con su número de teléfono en el pecho de mi cuidada camisa. —Intenta no llamarme, ¿de acuerdo? Estaré ocupada.

Con ímpetu, Emilia coge a su perro, y de un zarpazo lo arroja entre sus brazos. Corre disparada hacia el sofá del salón.

—No has mencionado si Emilia ha cenado o tengo que cocinarle la cena —pregunto a Vanesa antes que se marche.

—Ya ha cenado, y se ha lavado los dientes, solo tienes que dormirla.

—¿Y su pijama? —Intento hacer memoria para no olvidar ningún detalle que pudiera ponerme en un aprieto más tarde.

—Ya lo lleva puesto. ¿No lo has visto? —Besa mi mejilla y se marcha por el corredor hacia su piso.

Emilia es una niña de siete años con un intelecto más avanzado al que anuncia su corta edad. Prueba de su madurez reside en sus dibujos. Puede dibujar cualquier objeto desde su imaginación sin copiarse, es decir, sin tener dicho objeto como referencia a su lado para visualizarlo. No retrata lo que ven sus ojos, pinta lo que imagina su mente. Prefiere dibujar a lápiz en vez de a color, y domina a la perfección el arte de perfilar degradados, aplicando a sus dibujos diversos contrastes de luces y sombras. Sin embargo, ahora se muestra como una niña de su edad: su perro corre despavorido por el salón, lanzando diagonales de un extremo a otro, y ella lo persigue, riendo a carcajadas, tratando de alcanzarlo en su carrera.

—Quiero tener un cerdito, pero mamá no me deja —dice sofocada, con voz entrecortada, con el pecho oprimido por la asfixia que le ocasiona su ajetreado correteo. —Mamá teme que el cerdito crezca, y que después yo no lo quiera —continúa hablando, cogiendo aire, tratando de aspirar una bocanada de aire fresco.

—Vanesa tiene razón. Los cerditos pueden llegar a ponerse muy grandes —. Con palmas verticales, extendiendo la distancia entre mis manos, y mecanografía en el espacio vacío el tamaño de un cerdo maduro.

—Me gustan tanto los cerditos que me encantaría tener uno —dice Emilia —, aunque se ponga grande—. Al hablar de algo que le apasiona, sus ojos se agrandan y se iluminan. Privados del disimulo, se tornan de un color más intenso: ojos verdes como el pasto de una pradera que crece salvaje, sin requerir atenciones, carente del vaivén del viento. Ojos llenos de inocencia y honradez, que hipnotizan a cualquiera que los mire por su naturalidad, por la

llaneza con que transmiten sus sentimientos.

—Como mamá no me permite tener uno, fuimos a la perrera y nos trajimos a Cerdio. Lo llamo Cerdio porque de ese modo me recuerda a un cerdito.

—Ya veo —le digo. —Muy astuta tu elección del nombre.

—A Cerdio le gusta dormir conmigo —afirma como si diera por sentado que voy a permitirlo.

—En esta casa los perros duermen fuera de las habitaciones. Permitiré a Cerdio que duerma en la acogedora alfombra del salón, y pondré a su lado un cubo con agua fresca para que beba si tiene sed, y se sienta parte de la familia. ¿Te parece bien? —Emilia asienta con la cabeza, en señal de alianza, sin oponer objeciones.

—Me apetece mucho tomar leche. ¿Podrías prepararme un vasito de leche calentita antes de dormir?

—Claro que sí. Ahora mismo te traigo un vaso de leche caliente.

La casa carece de microondas. En su lugar, utilizo un cazo donde deposito la leche, que coloco en la hornilla a calentarse. La cubertería está un poco desfasada, escasean los vasos y algunos platos presentan desconchones. Debería pedirle a mi casera que repusiese los vasos que faltan.

Una vez la leche se ha calentado, la vierto en una taza para llevársela a Emilia. Justo antes de poner un pie en el salón, doy marcha atrás, y me vuelvo a la cocina para asegurarme que he apagado la hornilla.

—Sí, la hornilla está apagada —me digo a mí mismo. Tomo un paquete de galletas de encima de la nevera, y dispongo en un platito dos galletas para Emilia. En realidad solo me ha pedido un vaso de leche, pero creo que le gustará acompañarlo con un par de galletas. Caminando hacia el salón, sostengo en una mano la taza de leche, y en la otra, el platito con las dos galletas. Pienso en Cerdio. —Se va a quedar mirando, casi babeando, cuando Emilia engulla las galletas —me recrimino. Me vuelvo otra vez a la cocina, y añado una galleta más al plato, esta última para Cerdio.

Un trozo de papel, del tamaño de una servilleta, quizá más pequeño, vuela hacia mí, siguiendo una serpenteante trayectoria. Se mueve tan aleatorio e incierto como una mariposa que no tiene claro donde posarse. En un movimiento tan imprevisible, por más que quiero, no logro evitar que caiga dentro de la taza. Con ambas manos ocupadas, busco cómo apartar el papel de la leche, entretanto sobrevuela en mi mente la pregunta acerca de qué sabor guardará la textura del papel mojado sumergido en leche. A fin de liberar una

de mis manos, utilizo mis dientes para sostener el plato de galletas, mientras con la mano que ha quedado libre, con dos dedos en forma de pinzas, extraigo el trozo de papel mojado, ablandado, desde dentro de la taza. —¿Cómo ha llegado hasta aquí este papel roto? —y lo acerco a mis ojos para intentar leer lo que lleva escrito.

El papel, pegajoso, con puntas torcidas, la tinta corrida y chorreando en leche, se adhiere a mis dedos. Escrito a bolígrafo azul, su caligrafía espaciosa y redondeadas letras, me hace presagiar que su autor se tomó deliberado tiempo en redactarlo, meditando en lo que escribía, sin ligerezas ni apresuramientos. En un párrafo inacabado formado por dos líneas, en la línea de arriba puedo leer: —y murmulo a tus oídos —mientras que en la línea de abajo dice: —soltarme ni se te ocurra.

Lo que leo me deja perplejo, pues no encuentro conexión entre su contenido y el lugar que ocupa ahora en la cocina, dentro de la taza. Es al salir al salón cuando todo me encaja.

A mi llegada, casi me caigo de espaldas. En este preciso instante, dudo acerca de lo que quemaría más, si la leche caliente en la taza o la temperatura de mi repentino enfado.

Cientos de pequeños fragmentos que, como papelillos de confeti quedan esparcidos después de una noche de fiesta, cubren en un manto blanquecino, parecido a la escarcha, las láminas de madera del suelo.

Una sensación de intenso frío atrapa la planta de mis pies, y sube helando mis piernas que tiritan de pánico.

Cerdio, gastando su inagotable energía, escarba de forma compulsiva sobre un montón de cartas, levantándolas en el aire, haciéndolas volar, espolvoreando sus trozos rotos. Se mueve tan alocado que a veces da vueltas sobre sí mismo. Sus pezuñas y su hocico se han auto asignado la misión de romper hoja por hoja, papel por papel, todos los habidos en el suelo.

Cartas de gran valor sentimental para mí, ahora rasgadas, hechas añicos, fragmentos desperdigados por todos lados, sentimientos plasmados en papel cayendo al libre albedrío, similar a como descienden los copos de nieve en una tormenta de pleno invierno, entretanto Cerdio se divierte pisoteando los rastrojos que quedan de ellas, destrozándolas con sus pezuñas, hundiendo sus garras en mi dolor, creando en mi piel una herida por cada trozo partido, desgarrando una parte profunda de mi corazón. Esta vez sí, la taza de leche se me cayó al suelo.

Emilia, habiendo vaciado el tercer cajón de mi mesa de escritorio, y

desperdigado por el suelo las cartas que allí residían, permanece cegada a todo cuanto sucede a su alrededor. Atenta, con ojos alarmados, su atención se enfoca de forma exclusiva en leer el asunto de una de las cartas que sostienen sus manos.

—¿Pero qué habéis hecho? —Un grito rabioso sale de lo más profundo de mi estómago, quemando con furia mi garganta. A toda prisa, como si me hubiesen enchufado pilas, aparto a Cerdio de los despojos, echándole una severa regañina. Ante mis fuertes protestas, Emilia se espanta, desviando su cara de su lectura. Es en ese instante cuando se da cuenta de lo ocurrido. Abre la boca en un gesto de tremenda sorpresa, y en su estremecimiento, se la tapa con la palma de su mano como si quisiera taparse ella entera, ante su sorpresa por los desperfectos causados.

Arrodillado en el suelo, recogiendo cada triza de papel, me inunda el desencanto. Unas cartas que, me tocará reparar, y juntar sus pedazos por segunda vez en mi vida. Y mientras reúno cada fragmento con decaimiento, rememoro aquel nefasto día de lluvias en el que al resbalar, las cartas cayeron de la motocicleta. Visualizar ese momento en mi mente trae a mi memoria el recuerdo de algunas cartas y de sus historias.

Una carta hablaba de un anciano firmando un testamento, y familias disgustadas que dejaron de comunicarse por una maldita herencia. Todo le llegó en la vida cuarenta años más tarde de lo que él había planeado. Besó por primera vez a la mujer de la que siempre estuvo enamorado a la edad de sesenta, habiéndola conocido en su juventud. Consiguió abrir su tienda de comestibles cuando ya carecía de fuerzas, tras alcanzar los setenta. Una ambición por la que luchó media parte de su vida. Y ahora con ochenta años, la suerte lo ha galardonado como uno de los afortunados ganadores de la lotería. De la noche a la mañana se ha convertido en un hombre millonario. Y en su exuberante alegría, rememora años pasados de su austera vida, al límite de la pobreza, repleta de penurias económicas.

Otra carta narraba el círculo amoroso entre dos chicas, destapando sus más íntimas fantasías: calurosos abrazos de manos y piernas entrelazadas, roce de mojados labios, y besos apasionados con húmedas sendas de saliva en sus palpitantes cuerpos. Asimismo, llegó a mi memoria otro relato donde se enumeraban los tesoros ocultos y misterios del mar.

Cartas que, como resultado de los caprichosos avatares de la vida, no llegaron a ser leídas por sus destinatarios. Un cúmulo de saberes que, el destino había designado a que solo yo conociera. Escritas experiencias que

repelen, y a la vez, maravillan mi mente.

—No vuelvas a leer esas cartas sin mi permiso bajo ninguna circunstancia —le reprocho a Emilia. —Su contenido no es apto para niñas de tu edad.

—Lo siento mucho —dice Emilia. Su apagada voz se muestra afectada por el desastre. —Lo siento de verdad. No debí traer a Cerdio conmigo.

Emilia, de rodillas, al igual que yo, centra su atención en la ardua tarea de recoger cada pedazo roto. Su rostro pálido, sin una gota de color, denota su arrepentimiento y preocupación.

Sumido en mi propio disgusto, a fin de infundirme ánimo y estimular mi optimismo, la lengua de Cerdio firma con un jugoso lametón una dedicatoria en mi cara, pringando mi mejilla con su curativa baba.

Tras reunir los restos de las cartas, las guardo de nuevo en el tercer cajón de la mesa de escritorio. Después de echar la llave al cajón, una vez las cartas están a buen recaudo, decido hacer algo diferente, y me acerco a una vasija de vidrio biselado que reposa sobre la estantería. Una vasija que, en forma de mujer esfinge, contiene un denso líquido similar al aceite. Abandono a su suerte la llave en el interior de la vasija, la cual, sabiéndose valiosa por el tesoro que guarda, se deposita despacio en el fondo.

—Todo tiene arreglo —le hago saber a Emilia, girando mi cuerpo hacia ella. —Existen situaciones en la vida mucho más complicadas que la reparación de una montaña de papeles rotos.

—Ha sido por mi culpa —dice apenada. Aprieta sus labios contra los dientes como si quisiera impedir que se escape su aliento, aunque lo que pretende, no es aguantar el aire en su boca, sino el contener sus lágrimas.

Una lágrima desobediente decide escapar a su vigilancia, y por más que Emilia trata de impedir a toda costa su huida, cercando su escapada con un apriete de dientes todavía más ceñido y consistente, la lágrima, en su travesura, consigue burlar sus barreras, y baña en una línea mojada la piel de su cara, resbalando silenciosa, depositándose en su destino, justo al alcanzar el surco redondeado que separa su nariz de su labio superior. Al agachar su cabeza, nuevas lágrimas se precipitan, y aunque no las veo partir, tapadas por sus castaños cabellos con vetas de miel mostaza, caen como pequeños lunares duchando el suelo.

Mientras me mantengo erguido, apoyado de rodillas al suelo, Emilia se acerca a mí, con cabeza gacha, buscando un abrazo que calme su incurable desconsuelo. Envuelve mi cuello, rodeándolo en sus brazos unidos detrás de

mi espalda, y se acurruca en mi pecho, permitiéndome sentir como sus ojos llorosos, bañados en lágrimas, refrescan con un chapuzón mi tímida barba.

—Ssssss... —acallo su llanto, ofreciéndole el cuello de mi camisa para que seque sus lágrimas. —Si ya las reparé una vez, podré remendarlas de nuevo. Cada oficio contempla unos desafíos: el carpintero se da martillazos en el dedo, el cocinero se quema con la sartén, y el electricista recibe calambrazos. Como ves, nadie está a salvo, incluso el lector de una carta puede sufrir tropiezos —le digo a fin de apaciguar sus temores y afianzar su calma.

—Sobre todo si te acompaña un perro —replica sorbiéndose sus mocos.

Y como un rayo de sol despunta tras el fin de una tormenta, una superficial sonrisa florece en su rostro después del llanto.

—Tu cara huele a Cerdio —me dice.

—Será porque aún conservo su baba.

Y nos reímos, en una risa al unísono, que hace olvidar lo ocurrido.

—Tengo una idea. Lo repararemos juntos. ¿De acuerdo? —Y al mover su cabeza en señal de aprobación, masajea mi escueta barba, aumentando mi risa. —¿No has notado nada extraño mientras leías?

—Sí, noté como si la hoja estuviese cosida —me dice.

—Exacto. Papeles a los que ya apliqué cirugía, solo que esta vez, serán sometidos a una segunda intervención.

—¿Cómo vamos a arreglarlo? ¿Cómo si fuera un puzle? —pregunta Emilia con una voz que poco a poco recupera la serenidad.

—¡Todavía más divertido! Como médicos que operan con anestesia. Nuestras herramientas serán el hilo, las agujas y el pegamento.

La acompaño al dormitorio, donde ya le tengo preparada su cama. Una lámpara en la mesita de noche otorga a la habitación una luz acogedora.

—Me gusta que seas tú quien me tape. Y también me gusta el tacto de esta mantita —dice, mientras extiende una manta de oveja sobre su cuerpo. El filo de la manta roza su barbilla. —Mamá siempre tiene prisa por acostarme. Tú no tienes prisa.

—Vanesa te quiere mucho—. Aparto el despertador hacia un rincón, para abrir un hueco y sentarme en la mesita de noche. —Trabaja muchas horas en la cafetería, está agotada y necesita un poco de descanso al final del día.

—Mamá a veces trabaja por la noche, como hoy. Yo no quiero que trabaje por las noches, pero tiene que hacerlo.

—Sí, cariño, tiene que hacerlo —repito.

—¿Me vas a contar un cuento? —y abre su boca en un bostezo, con una inspiración profunda. —Cuéntame que pasó con las cartas la primera vez que las reparaste.

—Te contaré una historia aún mejor. ¿La prefieres de hadas o de dragones?

—¿Cómo se llama el dragón? —Su pregunta, intentando adelantarse a los acontecimientos, me indica que ya ha decidido el tema de la narración.

Con mi mano, aliso las arrugas de su almohada, y mi garganta carraspea un poco para preparar mi voz. —Chompi nació de un cascaron de huevo.

—¿Quién es Chompi? —Intenta averiguar interrumpiéndome.

—Es el nombre del dragón. Al nacer, vio como en la distancia, otros cascarones de huevo crujían y se desquebrajaban, y de ellos surgían pequeños dragoncitos que, de inmediato, eran acomodados por sus padres.

—Yo tengo madre, pero no conozco a mi padre—. Emilia detiene el cuento con su aclaración. Contemplo sus ojos un instante y decido proseguir.

—‘Miró a su alrededor, pero no encontró a su lado ni a su mamá ni a su papá. Había nacido solo.

—Pobrecito, yo por lo menos tengo a mi mamá —comenta de nuevo.

—Observó como otros dragoncitos podían aletear sus alas con vigor, y obtener el impulso necesario para volar. Entonces intentó poner a prueba lo que había visto, e imitó el mismo aleteo sin éxito. No podía volar. Había nacido con un ala rasgada. Un defecto de nacimiento.

—¡Qué lástima! —exclama Emilia.

—Se alimentaba de piedras incandescentes procedentes de la lava regurgitada de los volcanes. También le encantaban las manzanas.

—¿Se comía las piedras y dejaba las manzanas para el postre?

—Si sigues haciéndome preguntas no te va a entrar sueño, y ahora, lo más importante es que duermas y descanses.

Con ternura, como si fuera mi hija, peino su cabeza con mi mano, y por un instante, Emilia cierra sus ojos, como si el sueño la hubiese llamado.

—Una noche, Chompi encontró un manzano en mitad de una huerta sembrada de tomates y espinacas, los ingredientes de mi pizza favorita. Se adentró en la huerta para coger una manzana del árbol, pero tenía los pies tan grandes, que por mucho cuidado que puso, le fue imposible no pisar la cosecha. Así, pisoteó gran parte de las espinacas y tomates de la huerta.

—A la mañana siguiente, el granjero de la casa de campo observó el destrozo ocasionado por aquel intruso. También se percató, como desde su

manzano, colgaban menos manzanas que de costumbre.

—La llegada nocturna de Chompi a la huerta, en busca de manzanas, se repitió con frecuencia en las siguientes semanas.

—Otra noche, mientras pisoteaba la huerta buscando más exquisitas manzanas, el granjero sacó su rifle por la ventana de la casa y disparó. Su primer disparo alertó a Chompi de que estaba en peligro. El segundo disparo le pasó muy cerca de su costado izquierdo, sintiendo un profundo pánico que se apoderó de su cuerpo.

—¿Conoces a hombres que guardan un rifle igual que el granjero? — Emilia pregunta abriendo sus grandes ojos, que en la penumbra resaltan por lo dilatado de sus verdes pupilas. Sonríe a su mirada, y decide no contestar, para de este modo, disminuir la interrupción de su sueño.

—Un cúmulo de sensaciones le llevó a querer escapar a toda prisa. Una energía procedente de algún sitio le llevó a agitar sus alas producto del pánico, y sin saber todavía como lo hizo, sus alas se agitaron con potencia. Chompi voló por primera vez.

—Y tras escapar de los disparos, lloró de alegría, no por haber salvado su vida, sino por el logro de haber conseguido volar. Entendió que la emoción de volar era lo más poderoso que había experimentado. Su ala rasgada no era el impedimento que le había entorpecido llevar a cabo su sueño de volar durante todo ese tiempo. Ahora sabía que podía hacerlo.

Los ojos de Emilia se vuelven a cerrar, y su respiración resopla de manera más intensa. Sentado en la mesita de noche, evitando cualquier chasquido, enderezo mi cuerpo con la intención de salir con cautela, sin hacer ruido de la habitación.

—¿A dónde vas? —dice Emilia para mi sorpresa. —Todavía estoy despierta.

—Pensé que estabas dormida —respondo.

—Durante las siguientes semanas, Chompi volvió a repetir el aleteo de sus alas con vigor, pero por más que lo intentó, no consiguió volver a volar.

—Un día, mientras comía rocas incandescentes, se situó al filo del precipicio de un volcán, y observando como de su interior brotaba lava, se dijo a sí mismo que debía lanzarse al vacío para que sus alas volaran. Pero entonces le surgió la duda: ¿qué pasaría si sus alas no se agitaban con la fuerza necesaria para emprender el vuelo? En tal caso, caería al abismo. Y tras meditarlo sobre el filo del precipicio, desistió en su intento.

—Chompi deseaba volar otra vez, pero no sabía qué hacer para lograrlo.

Su única esperanza era volver a la huerta del granjero en busca de nuevas manzanas y que este le disparase, pero aquello suponía un riesgo demasiado elevado. Una noche, no pudo contener más su deseo, y sus pies pisotearon las espinacas y tomates de la huerta.

—Yo también tengo esperanzas —añade Emilia—, Me encantaría que mamá viniese a recogerme del colegio. Cuando terminan las clases, los niños y niñas se quedan esperando a que sus padres los recojan. Algunos esperan a sus madres, otros a sus padres, pero yo no espero a nadie, me voy a casa sola, porque mamá trabaja.

Y entretanto Emilia habla, me quedo mirando a sus ojos, en silencio, como si fuera ella el narrador que ahora me cuenta un cuento, solo que en esta ocasión, se trata de una historia verídica, sacada de la dura realidad.

—Hay un niño que no tiene padre —prosigue—, igual que yo, pero tiene dos madres—. Y vuelve su cara hacia mí, con los ojos bien abiertos, como si estuviera contándome una gran noticia. —Sus dos madres vienen siempre andando al colegio, cogidas de la mano.

—Si caminan cogidas de la mano es señal de que se quieren mucho —le confieso.

—Dos mujeres, aunque se quieran mucho, no pueden tener hijos.

—¿No? —y me río, contemplando su desparpajo, a la vez que intento expresar en mi rostro una cara de extrañeza. —¿Cómo lo sabes?

—Mamá me ha dicho que, a una mujer solo le crece la barriga, cuando un hombre la quiere mucho, y le da muchos besitos.

—En eso mamá tiene razón —le digo reafirmando su discurso.

—Mi papá le dio muchos besitos a mamá y por eso nací yo.

—¿De verdad? ¡Cuántas cosas sabes!

—Sí, pero solo le dio besitos un día.

—¿Solo uno?

—Sí, porque cuando yo nací papá se marchó. Y no quiso vivir conmigo ni con mamá.

—No te preocupes por eso —digo acariciando su frente. —El día menos pensando mamá encontrará otro hombre que la quiera, y tú tendrás un papá.

—Yo quiero que tú seas mi papá, pero para eso tienes que dormir por las noches con mamá y darle besitos. Eso es lo que hacen los padres.

Sus deseos hacen que mi mente imagine a mis labios besando a Vanesa.

—Yo podré despertarme por las mañanas, saltar de mi cama, ir a vuestro dormitorio, y achucharme en medio de los dos —me dice—. Ví a una niña en

la cama con sus padres en una película, y desde entonces, le tengo envidia.

—Eso de dormir con mamá estaría bien —le digo.

—¿Lo dices en serio? ¿Entonces...? ¿Ya se había pasado por tu cabeza lo de ser mi papá?

Capítulo 5

Felice ha decidido invertir en publicidad. En su macro edificio de oficinas, de doce plantas, se ha instalado un gran logotipo ubicado sobre el punto más elevado de la fachada. Se trata de un círculo rojo que contiene cuatro letras en color negro, todas ellas eses, todas mayúsculas, con la misma tipografía, esparcidas en una cuadrícula de dos columnas y dos filas. Las cuatro eses hacen referencia a las iniciales de su nombre, Felice Feltali, y sus dos principales líneas de negocios: Fragancias y Fertilizantes.

—Hola joven—. Una mujer, de avanzada edad, detiene mi paso en mitad de la calle, unos minutos después de salir del trabajo camino a casa. Por extraño que parezca, hoy no está lloviendo, pero arrecia un viento con fuerza, por lo que ciño y abotono el cuello de mi gabardina impermeable.

—Buenas tardes señora—. De pelo canoso y una marcada pintura de labios fresa chillón, los polvos de maquillaje se le han quedado incrustados entre los pronunciados pliegues de sus acentuadas arrugas.

—Tú debes ser el que trabaja para Felice —afirma con sigilo, mirando a un lado y al otro de la calle, afianzando una atmósfera de máxima discreción, a fin de asegurarse que nadie más accede a la conversación. —Lo he adivinado por la insignia de tu abrigo —susurra a mi oído, cubriéndose la boca con su mano.

—En efecto, está usted en lo correcto. Presto mis servicios a la multinacional de Felice.

Desde que me atavío con la indumentaria de la empresa, la gente me para y me saluda. Llevar puesto el anagrama con las cuatro eses ha aumentado mi prestigio. Antes, pasaba desapercibido, ahora personas desconocidas desean charlar conmigo. Quizá se piensan que voy regalando perfumes por la calle.

—¡Qué emblema tan distintivo!” La mujer pasa sus envejecidas uñas, examinando con detenimiento los recovecos bordados del anagrama. —Una multinacional líder en la producción de perfumes y potenciadores de la fertilidad—. Sus distinguidas palabras brotan de su boca al tacto de sus dedos por mi gabardina. No podía imaginar que una anciana pudiera tener un conocimiento tan exacto de la producción de la empresa.

—¿Conoce usted a Felice, o tiene algún parentesco con él?

—Solo de lejos —lamenta en un apenado suspiro. —He asistido a

algunas de sus conferencias, pero nunca formé parte de su círculo íntimo de mujeres. Nos separan al menos treinta años de edad. Él, es un hombre de mucha personalidad. Palpar tu gabardina ha sido como revivir su voz, y he repetido sus reiterativas palabras como un papagayo.

—Pensé por un instante que usted y Felice os conocíais.

—¡Oh, claro que no! Aunque me hubiese encantado conocerlo en persona. Conozco bien a los hombres y los entresijos de la vida —dice con seguridad, manteniendo un rostro vanidoso e imperturbable. Sus ojos apuntan hacia arriba, en su intento de atraer a su memoria recuerdos del pasado. —Vida amorosa —puntualiza. —He contraído matrimonio en cuatro ocasiones, con esposos de ostensible diferencia de edad, todas ellas por conveniencia.

—Habrá gozado de una vida amorosa plena e intensa —le digo.

—Vivir con holgura ha sido mi prioridad, satisfacer mis costosos caprichos, respaldada por una tarjeta de crédito con saldo inagotable. ¡El dinero me pierde! —resopla. —He conquistado a hombres adinerados con facilidad, gracias a mi voluntad por mantenerse sexi. Tu vestir me indica que ganas un sueldo suculento. ¿Es generoso Felice en sus retribuciones?

Su carácter directo y entrometido, sin pelos en la lengua, me recuerda a Vanesa. Conversar con ella destapa un mundo de posibilidades. Sabe crear un clima de diálogo en el que ambos nos sentimos cómodos.

—Hábleme del amor verdadero. ¿Lo conoció usted?

Su cuerpo permanece inactivo, a fin de estabilizar sus emociones. Tras ese intervalo, sus labios se articulan para contestar mi pregunta.

—Nunca me enamoré. No he amado como se quiere a un hombre. Me limité a intercambiar sexo por bienestar económico. Mi cuerpo no me pertenece, satisfizo cuantas perversiones sexuales demandaron mis esposos, todo cuanto me exigieron, cuando ellos quisieron, sin oponer objeciones.

Sus ojos, a punto de llorar, se recuperan con un suspiro. —Para viejas como yo, que tenemos reseco y consumido lo de abajo entre las piernas, ¿cómo funciona el perfume adaptativo? —La anciana, con cara un tanto indignada, me mira con ganas de echarme una reprimenda. —Pareces corto de vista. ¿Solo has pensado en las jovencitas? ¿Y qué pasa con lo de la adaptación, para las que como yo, hace tiempo que no tenemos la regla? ¿Vamos a oler todas las viejas con el mismo olor?

Su pregunta me deja de piedra, pues se trata de una situación que no había contemplado. Debo modificar la fórmula y adecuarla a mujeres que han perdido su capacidad ovulatoria.

—Si lo deseas, puedes hacer pruebas conmigo. ¿Necesitas un conejillo de indias para probar que el perfume funciona?

—Una iniciativa halagadora —respondo mientras sonrío. —Dígame: ¿trata usted de abrir las puertas a su quinto matrimonio?



Laura ha aceptado verse conmigo esta tarde. Mi primera cita con ella. De camino al piso, próximo a llegar a casa, mi móvil suena. Recibo una llamada de Vanesa para recordarme que pase por su piso, recoja a Cerdio, y lo lleve al Árbol-De-Cerezas, la cafetería donde trabaja.

—Date prisa. La cita con el veterinario es en treinta minutos —me recuerda. Entro mi mano en el bolsillo de mi pantalón, para cerciorarme que aún conservo las llaves de su casa, las que me ha prestado para recoger al perro.

Al entrar a su piso, Cerdio me recibe moviendo su rabito, corriendo de alegría, otorgándome una acogedora bienvenida. En la cocina, un plato reposa con un bocadillo, cubierto por una fuente de cristal transparente, junto a una nota adherida a la mesa: —Lo he hecho para ti. ¡Te mereces más!

Abro el bocadillo para examinar que contiene: hojas de lechuga, en tiras alargadas, que aún mantienen las gotitas de agua de haber sido lavadas, mayonesa bien extendida a lo largo de dos curtidas rebanadas de pan, varias rodajas de tomate cortadas en finas lonchas, un huevo frito cuya yema se ha salido y manchado con un par de gotas amarillas la mesa, veteadas lonchas de jamón que alternan su carne roja y el blanco de su grasa, y un filete de lomo recorrido por líneas bronceadas de haberse tostado en la sartén. El bocadillo presenta un aspecto tan apetecible y delicioso, que me siento en la silla dispuesto a darle el primer mordisco. Cerdio también se ha sentado junto a la mesa, con su culo contra el suelo. Comer delante de un perro es la mejor estrategia para detener sus travesuras y mantenerlo sumiso.

Estrujo el pan entre mis manos, provocando el chirriar de su crujiente corteza tostada, y lo adecuó a la altura de mi boca abierta. Al morderlo, varias migajas de pan caen sobre la mesa. Cerdio no me quita ojo. A donde muevo el bocadillo, allí van sus ojos. El salivar de Cerdio se ha contagiado al interior de mi boca, que con paredes mojadas, se me ha hecho agua.

—¿Sabes Cerdio? —hablo mientras mastico. —No esperes regalos de nadie, pues nadie va a venir a darte nada, incluso si eres quien más se esfuerza

y se lo merece. Así es la vida. El premio que te mereces lo tienes que coger tú mismo. Los demás, ya están demasiado ocupados cogiendo sus propios premios. ¿Me entiendes?

El perro, con ojos fijos en el bocadillo, ha quedado hipnotizado.

—No estás atendiendo a mis palabras —le reprocho. —¿Conoces la diferencia entre un perro y un ser humano? —Con la lengua afuera, Cerdio deja caer su baba que le chorrea por el cuello, formando un charco en el suelo.

—Un perro, al contrario que el ser humano, nunca pierde la esperanza. Esa es la diferencia—. Y deslizo mi brazo sobre la mesa para empujar las migajas de pan al suelo. El perro se lanza exaltado sobre un minúsculo restillo de pan, y lo devora agradecido. —Si lanzo migajas a un ser humano me toparé a un enemigo, si las arrojó a un perro conseguiré un amigo —digo a Cerdio, mientras se mantiene ocupado comiendo otro trocito de pan.

Mi segundo mordisco al bocadillo se me atraganta. Un fragmento de lechuga obstruye mi garganta, y ante la aparición de una incesante tos, me alargo a la nevera en busca de una bebida que aclare la irritación de mis vías respiratorias. Una vez aliviada mi tos con un trago de vino, cierro la nevera.

Siguiendo con rigor mis disciplinas, Cerdio se relame subido a la mesa. —¡Te has zampado en un pispás mi bocadillo! —le grito. El perro me mira como si esperara mi aprobación con el pulgar hacia arriba de mi mano. En ese momento Vanesa me vuelve a telefonar: —¿Estás ya de camino?



Un viento imponente me empuja hacia adelante. Sus ráfagas han aumentado en intensidad. Aguanto el paso con firmeza y estoicismo, ante los tremendos arreones de un constante viento. Un zarandeo que se ve agravado por los tirones con los que Cerdio tensa su correa. Me sorprende como en su pequeño tamaño, un perro puede albergar tanta fuerza.

Caminando hacia la cafetería, freno mi andar al filo de un cruce. Cerdio se muestra impaciente, un perro que no entiende el concepto de espera. A mi lado, me mira y llorisquea al detenerse, cuando el semáforo se pone en rojo.

Parados frente al semáforo, en esta tarde ventosa, a falta de tropezar con otros animales con los que Cerdio pueda relacionarse, el viento arremolina las hojas que, girando en continuos círculos, juegan a perros y gatos.

Con luz verde, atravieso la calzada, donde al otro lado de la calle, me espera una amplia explanada. Por una avenida peatonal, transitada por

multitud de personas, una chica de ojos negros y pechos voluminosos, camina en dirección hacia mí, hasta situarse justo delante de mi rostro.

—¡Hola guapo! —exclama con un dulce tono de voz.

—¿Me lo dices a mí?

Desprevenida por la indiscreción de mi pregunta, suelta una carcajada tan basta, abrupta y sonora, que se queda sin habla. Atragantada en su aparatoso ataque de risa, mueve su mano en abanico aireando la presión en su pecho, y gira su cabeza con repetidos gestos de desaprobación, hasta que su voz recupera el timbre, y vuelve a su garganta. —¡No es a ti, es al perro!

Mi decepción se torna en sorpresa cuando un repentino aroma en el aire me paraliza. Sus dispersas partículas corretean por el aire, jugando a que tenga que esforzarme por atraparlas. Cierro los ojos para oler su más íntima textura, su recóndita constitución. Y en la oscuridad de mis ojos cerrados, visualizo en mi mente la sombra de unos jardines, y unos surcos entre caminos por tierras prolíficas de regadío. Con boca cerrada, inspiro para facilitar la labor a mis fosas nasales, cuyos receptores olfatorios intentan descubrir los matices que caracterizan la esencia y el frescor de ese olor tan energizante. Una estela perfumada penetra por mi nariz y multiplica su espectro aromático en un cúmulo de olorosas sensaciones.

—¡Huele a citrato! —me digo a mí mismo. Y al abrir los ojos, diviso a lo lejos, una pequeña y grisácea nube que, tomando forma, se eleva en el cielo.

—Se avecinan nuevas lluvias —predigo, mirando a las nubes.

La chica de ojos negros, de rodillas, acaricia la cabeza del perro, y acto seguido se marcha. Cerdio, una vez siente el fin de las caricias, da un nuevo tirón a la correa para proseguir el curso del camino. Antes de partir, extraigo el móvil de mi bolsillo para comprobar la hora. —Aún quedan quince minutos antes de la cita con el veterinario —me digo. Y puestos a tener citas, recuerdo que Laura me ha propuesto quedar con ella fuera del entorno de la oficina.

—Te espero en la tienda de motocicletas, pasando la iglesia —rememoro con exactitud sus palabras.

Se aproxima la hora de encontrarme con Laura. Sin embargo, ya lo he decidido. No acudiré a la cita. Siendo realista, tengo cero esperanzas de que ella asista. Es más, estoy seguro de que no vendrá. Su propuesta de quedar conmigo solo fue fruto de la inercia del momento, sin planes de llevarlos a cabo. Vernos fuera de la oficina no entra en sus pensamientos. Su cita conmigo no es más que bonitas palabras de agua estancada.

Olisqueo el olor a citrato como si fuera un perro. Un olor que se

intensifica, y me persigue a donde quiera que vaya. Tras dejar atrás la explanada, accedo a la plaza del reloj, y paso por delante del pórtico de la iglesia. La nube, que se agranda con el paso del tiempo, se ha afianzado en el cielo, cubriendo gran parte de la ciudad en una oscura sombra. La cafetería queda ya a la vuelta de la esquina. Transito por la parte trasera de la multinacional de perfumes, y escucho el ruido de la combustión de las calderas. Hilos de humo salen de las chimeneas. —Qué raro, al salir del trabajo no existían acúmulos de residuos químicos para desechar —pienso. Que las calderas estén en funcionamiento me deja con la mosca detrás de la oreja.

—¡Ah! ¡Ya estás aquí! —dice Vanesa al verme. Me saluda con una desenvuelta sonrisa, mientras sirve un plato de estofado con patatas fritas. — Siéntate. ¿Quieres tomar algo? ¿Te pongo una cerveza?

Asiento con la cabeza en señal de aprobación. Me siento junto a una mesa y ato la correa de Cerdio al respaldo de la silla. La cafetería posee una zona exterior con mesas al aire libre, y sombrillas para resguardarse del sol. Dado el vendaval que sopla, las sombrillas permanecen hoy cerradas.

Vanesa vuelve desde la zona interior de la cafetería con mi cerveza, desata a Cerdio de la silla y otorga un impetuoso beso a mi mejilla.

—Me voy al veterinario. Espero que no tengan que pinchar a Cerdio. Me daría mucha lástima si lo hicieran—. Se aleja a paso veloz, debido a los tirones de la correa, no sin antes volverse hacia mí, y lanzarme otro cariñoso beso.

El viento me despeina y se muestra tan desapacible que, decido refugiarme en la zona cubierta de la cafetería, más alborotada por el ruido, donde por suerte, hallo una silla para sentarme, junto a una de las pocas mesas libres existentes.

Delante de mis ojos, un hombre de cara rechoncha y una tremenda panza, de esas que se crían tras años de comer sin privarse de nada, devorando hamburguesas una tras otra, degusta un plato de albóndigas en tomate, que mastica con solemne placidez, engullendo con calma cada porción de carne, como si tuviera por delante toda la tarde y noche para tragarlas.

—Ardo en deseos por besarlo, y el muy tonto todavía no se me ha insinuado —dice una voz femenina a mis espaldas, entretanto saboreo un largo y frío trago de cerveza que casi congela mi garganta. —La semana pasada, viajé con él en un viaje de negocios, comimos juntos en una cena concertada de empresa, pasamos tiempo entre bromas, dialogando y riéndonos, incluso

bailamos. Luego se alejó de mí para cerrar unos acuerdos de negocios. Yo me marché para el hotel, y dejé a posta la puerta de mi habitación entreabierta, pues sabía que debía pasar por allí para dirigirse a la suya. Y el muy estúpido, no se dio cuenta y pasó de largo.

—Pero Bea, ¿en qué mundo vives? No esperes más. Déjate de estratagemas sentimentales y ve a cazarlo —dice otra voz, en un tono autoritario. —¿Estás enamorada de él, o es un simple calentón de una noche?

—Es el hombre más sexi que he conocido —dice Bea, en un profundo suspiro, cuyo nombre la conversación me ha revelado. —No puedo decir que sea guapo, porque no lo es, pero es superatractivo, al menos a mí me lo parece. No puedo negarlo, su presencia a mi lado me vuelve loca.

Me quema la curiosidad por girar mi cuerpo y descubrir el rostro de ambas mujeres. No obstante, a fin de no alterar el curso de su conversación y de los acontecimientos, me contengo, y permanezco de espaldas a ellas.

—A veces lo veo en el reflejo de mi pantalla, hablando por teléfono —dice Bea, cuya voz ya reconozco. —Y cuando se aproxima a mí, para hablar conmigo, hay algo en su mirada que me atrae, y lo hace irresistible. Las piernas me tiemblan, la respiración se me acelera, mi corazón bombea sangre a toda prisa, y me pongo tan nerviosa que me cuesta hasta hablar.

—Yo ya me lo habría follado —dice la otra chica.

—Lo miro de reojo cuando, estando de pie, de espaldas a mí, junto a la fotocopidora, escanea un gran tocho de papeles. Entonces, me dan ganas de quitarle la camisa y entregarme toda a él, de pasar mis manos por su dorso, envolverlo en mis ardientes abrazos, y sentir mis pezones, hinchados por la excitación, aprisionados por la musculatura de su espalda.

Vuelvo a dar un trago frío a la cerveza, y agradezco al destino por ponerme en situaciones ventajosas, como en esta ocasión, ante una conversación entre dos chicas sin desperdicio.

—Mientras se mantiene erguido haciendo fotocopias —continúa Bea—, suele perder algún que otro documento. Y me excita muchísimo si pierde algún papel y se pone a buscarlo. Cuando lo noto perdido entre sus papeles, me dan ganas de salvarlo, como si pudiera rescatarlo y meterlo entre mis sábanas, y me siento tan mojada, que las bragas se me ponen empapadas. Deseo seducirlo, que recuerde mi olor, que no pueda dejar de pensar en mí. Quiero que por mí, pierda los papeles.

—¡Te has enamorado! —afirma la otra chica con voz tajante, sin dejar un resquicio para albergar dudas.

—No es tan sencillo como piensas, Eva. Me siento capacitada para amar, y de hecho, deseo enamorarme, aunque puede que no me enamore de él, pues no tengo sentimientos hacia él. Solo es algo físico. Por el momento, no auguro con él planes de futuro. Tan solo deseo tocar su cuerpo en la intimidad, disfrutar de él, sentir el placer del sexo sin compromiso.

—Pues yo, con mi jefe, disfruto de una vida sexual muy activa e intensa —dice Eva. —Follamos a menudo, varias veces al día, sobre todo al salir a tomar unas copas después de la oficina. Yo lo tengo clarísimo. Ser buena en mi trabajo no me vale de nada, no va a mejorar mi sueldo. Me esfuerzo cada día por mejorarme en la cama. Uso el sexo con mi jefe en mi propio beneficio.

—¡Cuánta razón tienes! —exclama Bea.

—Una buena follada con el jefe de recursos humanos, y al siguiente día, elijo el departamento de la empresa donde quiero ser jefa —afirma Eva. —Abrirme de piernas es la única manera que conozco de aumentar mi sueldo. follando ayudo a mi economía. Todo lo consigo por lo que entra en mi coño. Si tengo reunión con mi jefe, me visto con minifalda, sin ropa interior, a lucir el chocho.

—¿No te pones bragas cuando llevas minifalda? —pregunta Bea con voz escandalizada ante el descaro de su amiga.

—¡Le gusta que vaya sin ellas!

—¡Qué atrevida eres!

—Si yo fuera tú, usaría el método del bolígrafo —asiente Eva.

—¿El método del bolígrafo? No tengo ni idea de que me hablas.

—Es sencillo. Cuando te reúnas con tu jefe, roba un bolígrafo de su escritorio, o cógelo de tu bolso, y de pie, junto a él, sujeta el bolígrafo en tu mano, como si tus dedos fueran unas pinzas de tender la ropa. Introduce el bolígrafo por la cintura de su pantalón, por uno de los lados de sus caderas. Míralo sonriendo, con cara picarona, y le preguntas: ¿estás adelgazando?

—Pero Eva, ¿cómo voy a hacerlo? ¡Es demasiado atrevido para mí!

—Recorre con el bolígrafo su cintura, pásalo por el interior de su pantalón, y hazle ver cuánto ha adelgazado. Justo cuando el bolígrafo pase a la altura de su ombligo, dile: ¿estás delgado de tanto follar o has perdido el apetito? Entonces, déjalo caer, para que el bolígrafo caiga dentro de sus calzoncillos.

—¡No puedo hacer eso! —dice Bea.

—¡Claro que puedes! —responde Eva. —A mí siempre me ha funcionado. Pon en tu cara una expresión de sorpresa, como si no pretendieras

que el bolígrafo cayera dentro de sus pantalones. Entonces, mete la mano en sus calzoncillos y cógele la polla a tu jefe. Sostén su polla en tu mano mientras sientes como se le agranda y se le endurece. No la sueltes. Sostenla, muérdete el labio con los dientes, y míralo a los ojos sin bajar la mirada. O si lo prefieres, relámete, pasándote la lengua por los labios.

—Eva, no me veo con valentía para hacerlo.

—Entonces enganchas su boca a la tuya, y lo besas con desenfreno, mientras mueves tu mano, arriba y abajo, haciéndole un paja.

—¡Unas chicas sin pelos en la lengua! —me digo, y acto seguido, me levanto para pagar la cerveza. Miro de reojo a ambas chicas, y descubro que una de las caras me suena. Creo haberla visto en la multinacional de perfumes, quien intuyo que es Bea.



Paso tiempo pensando en los demás, pero esta tarde, volviendo de camino a casa, he decidido pensar en mí. Quiero invertir en detalles sobre mí mismo. Pasando el pórtico de la iglesia, a lo largo de unas columnas, se distribuyen varias tiendas comerciales. Y lo que veo, en este instante, me ilumina. Lo he visto y me he frenado para fijar mi vista a través del cristal del escaparate. Botines con cuña de piel marrón caoba, suela de goma y triple cierre de velcro con elástico que sujeta mi pie en tres bandas multicolor: amarillo ámbar, rojo granate y naranja óxido. Me he dejado cautivar por su perfecto acabado. Con cara boquiabierta, mis pies ya lo sienten. Es la sensación de tener mis dedos envueltos en piel transpirable y aterciopelada, sin costuras internas, manteniendo constante el calor de mis pies en los días más fríos. Botines forrados de piel de becerro que hacen muy confortable el movimiento de mis pasos mientras camino. Y allí, de pie, frente al escaparate, un cartel me indica que la tienda está a pocos minutos de cerrarse. Sin embargo, mi mente ya lo ha decidido. Mis pies quieren lucir esos botines.

—Laura tiene razón en lo de las plantillas —pienso. —Es hora de comprar unos zapatos nuevos.

Entro en la tienda de zapatos, y nada más entrar, mi nariz reacciona a un profundo e inesperado olor a incienso. Parece como si me hubiese adentrado en el más allá, sintiéndome más cerca de los ángeles. Un amplio salón, con lujosos suelos tapizados en terciopelo de color púrpura ciruela, otorga un ambiente de pomposidad y nobleza a la zapatería. Una mujer madura, entrada

en los cuarenta, vestida a la antigua usanza, con pelo tirante recogido en un moño, gafas redondas de aviador, y una falda estampada a grandes cuadros, se dirige hacia mí, con manos recogidas detrás de la espalda, con intención de atenderme.

—Como medida de higiene, pedimos a todos nuestros clientes se descalcen al entrar en la tienda —me dice—. Puede dejar sus zapatos en los casilleros designados a tal uso, y disfrutar de un suelo enmoquetado con la garantía de haber sido fumigado con regularidad. No debe preocuparse por bacterias. No las encontrará.

El local, por su extensión y la disposición en la que se ubican los zapatos, en largas hileras, se asemeja a una biblioteca, solo que, en vez de libros alberga zapatos de todas clases. Unos clientes caminan descalzos, otros en calcetines. Me resulta curioso observar a los clientes vistiendo sin sus zapatos.

Me descalzo tal como me solicita, y guardo con llave mis zapatos en uno de los casilleros disponibles sobre la pared. Aprovecho para colgar mi gabardina sobre un perchero. Es la primera vez que camino en calcetines por el suelo enmoquetado de una zapatería, aunque, por otro lado, se trata de una experiencia magnífica, resultando bastante placentera a mis pies.

—Busco los botines del escaparate, aquellos con cierre de velcro —solicito a la dependienta. La mujer, de estrictas formalidades, en vez de una simple empleada, pinta de ser la dueña.

—Por favor, suba a esta plataforma para medir su talla de pie. Son normas de la empresa.

Subo a una plataforma metálica que me hiela los pies, y me eriza el pelo en un escalofrío. Con unos grabados sobre el suelo que indican el tamaño del pie, la mujer se arregla las gafas sobre su nariz, y anota unos números con un bolígrafo, enganchado por medio de una cuerda a la anilla de su libreta.

—Ya puede bajarse. Vuelvo enseguida con sus zapatos.

Y mientras espero a que regrese, sin moverme del sitio, echo una ojeada alrededor a la zapatería. Dos hombres que, por su amistosa forma de hablar diría que se conocen, dialogan de temas cotidianos, sentados en asientos contiguos, entretanto se prueban sus zapatos. Al reflejo de un espejo, observo a una mujer, que mira a su cara, sus hombros, y descende con su mirada hasta alcanzar sus caderas. Mira a sus piernas y por último a sus pies. Se mira al espejo, y se gusta. Sus labios reflejan su satisfacción, mientras el tiempo parece detenerse para ella. Sus ojos se recrean mirándose de cuerpo entero,

quizá pensando en alguien más, como si fuesen otros ojos quien la miran.

—Aquí tiene sus zapatos —despierta mi atención la dependienta.

Al verlos de cerca, me los pruebo en mi imaginación. Mi mente me transporta a un gran espejo, donde mis pies esperan preparados para sentir el confort del interior de esas botas.

—Las botas que ha elegido se han puesto de moda. Se llevan ajustadas —me dice—, por lo que deberá calzarlas sin calcetines. Quíteselos.

—¿No tiene una talla más? —pregunto buscando una solución, pero me ignora. Y con el traje y pantalones de la empresa, me quito los calcetines. Con pies desnudos, siento el cosquilleo de los velludos hilos del terciopelo. La dependienta se arrodilla ante mis pies, los contempla y los frota como si los lavara en una palangana—, Yo le calzaré y abrocharé las botas —me dice.

—No tiene por qué tomarse tantas molestias —replico.

—No es ninguna molestia. Es todo un placer para mí.

Capítulo 6

Un estallido retumba los cimientos del edificio, casi los desquebraja, estremece las paredes en cada una de sus plantas, y hace temblar todas sus partes. El estridente quejido de la naturaleza, casi tira al suelo al viejo reloj encima de la estantería. Una sacudida provoca que el bolígrafo se me escurra de los dedos. El estruendo de la tormenta alerta mi cuerpo de la inminente lluvia. Incluso a mí, que poco a poco voy ganándome la simpatía de las nubes, el disgusto de estas nubes de tormenta me ha erizado el bello.

El viento zarandea con fuerza las ventanas, agita con rabia sus cierres sin contemplaciones, se muestra impasible, le trae sin cuidado los desperfectos que pueda acarrear, y en su egoísmo por desmontar el edificio, traquetea los cristales con tanta violencia que temo que pueda partirlos.

—No tengas miedo —le hablo a la ventana más cercana a mi escritorio. —He venido en tu ayuda —y apoyo mis manos abiertas sobre ella, marcando mis dedos con firmeza sobre su cristal, intentando contener las furiosas embestidas con las que la empuja el viento.

Desempeño el cristal para ver un poco mejor a través de la ventana. Varias gotas de agua corretean al otro lado del cristal. Juguetean a deslizarse, tomando inesperados giros, y a veces, entrecruzan sus caminos, lo que parece divertirlos. Me piden que juegue con ellas, e intente atraparlas con mi dedo. Y como un niño pequeño, acepto su propuesta. Alentadas por el alboroto de sus risas, más y más gotas de agua acuden al juego.

Con ojos pegados a la ventana, vislumbro el malestar de la tormenta. Las nubes dialogan en tirante discusión con las aceras, salpicándolas, y haciéndolas resbaladizas, disfrutando de forma maliciosa de que estas ya no dan abasto, pues no alcanzan a desaguar sus exigentes demandas. Nubes que despachan su ira descargando aguas torrenciales con agresividad, sin la más mínima gota de compasión por la gente que corre despavorida, gente que no sabe bien a donde se dirige, yendo más deprisa de lo habitual, deambulando por lugares que no suelen transitar, alocada por el tumulto en las calles, entorpeciéndose el paso unas a otras, buscando una escapatoria, con el único objetivo de atisbar un escondrijo donde guarecerse.

Densa y sonora, la lluvia se ha propuesto ser tan brusca e insistente, y lo está llevando a cabo con tanta contundencia, que las dos cigüeñas, posadas de

pie, mirándose una a la otra, compartiendo los últimos rastros que aún persisten de su malogrado nido, con picos encharcados en un torrente de agua sin precedentes, han decidido vestirse con petos amarillos, cubriendo sus cuerpos con chubasqueros.

Me alejo del cristal de la ventana para acercarme a otro cristal, el del tocadiscos. Al pasar mi mano por encima de él, una costra gris se acumula y adhiere a mis dedos. Libero al tocadiscos de sus ataduras. Lo desempolvo. Ni siquiera sé si funciona. En días de lluvia me apetece envolverme en dos cosas: en una manta y una melodía.

Podría utilizar la conexión a internet en mi laptop para escuchar la canción que quisiera. Sin embargo, no sé porque, quizá se deba a mi carácter nostálgico, deseo otorgarle una oportunidad al gastado tocadiscos, a sabiendas de que solo dispongo de una restringida selección de discos. No tengo mucho donde elegir. Y ya que está lloviendo, me decanto por un tema que trata acerca de la lluvia: Kiss The Rain – Yiruma.

Enciendo el tocadiscos, dispongo su aguja sobre el plano del disco, y para mi sorpresa, las notas musicales, en una dulce composición para piano, propagan su melodía por el salón. Una melodía tan envolvente, que las goteras del piso se han detenido un instante para escuchar su música.

Sentado en la silla, con bolígrafo en mano, los papeles se me amontonan. Te aproximas a mí, por mi espalda, despacio, casi por sorpresa. Y aunque acortas tus pasos para no hacer ruido, tu fragancia femenina te delata.

—¿Te apetece acompañarme mientras escribo? —te pregunto.

Permaneces de pie, detrás de mí, y mi piel se despierta al calor de tu tacto. Las palmas de tus manos, apoyadas en el nacimiento de mi cuello, se deslizan por sí solas, sin hacer esfuerzo, recorriendo sin prisa mis clavículas, hasta alcanzar la anchura de mis hombros. Mi cuerpo se contrae al sentir la suavidad de tus dedos, que se asoman a mi pecho, tendidas boca abajo, palpando mis hombros, como reposando en el marco de una ventana.

Levanto la mirada, girando mi cuello hacia arriba, como si mirara al cielo, y contemplo tu blusa de tirantes, tu rostro sorprendido, y la finísima curva que define tu barbilla. Tus ojos, maravillados, destellan chispas de luz, y se agrandan ante el estupor que les produce la formulación química.

Hojas de papel esparcidas sin orden, desperdigadas sobre el escritorio, sobrescritas con mi letra, y llenas de ecuaciones químicas, unas encima de otras, con flechas agolpadas en el papel, apuntando en diferentes direcciones.

—¡Cuántos números! —exclama tu voz teñida de encanto. Tus ojos miran

asombrados, al verme nadando, sin flotadores, en una piscina de papeles.

—Es mi intento por modificar la fórmula del perfume adaptativo —te digo—, y amoldarla a mujeres cuya menstruación ha desaparecido—. Tu cara se llena de dulzura al contemplar mi labor.

La tormenta ruge con un nuevo estallido que hace temblar nuestros cuerpos al unísono. Un apagón de luz provoca que la oscuridad más absoluta se expanda y nos envuelva. No logro verte. Tan solo siento tus manos.

—La mayoría de la gente huye de la lluvia. Sin embargo, solo algunos, una minoría, salen a la calle con un claro propósito. Quieren sentir el agua de lluvia mojando sus cuerpos. No llevan paraguas. Desean que el agua los cale hasta los huesos. Mucha gente corre y se refugia cuando empieza a llover. Ellos no. Permanecen bajo la lluvia sin cubrirse. Saben que cuando llueve, algo maravilloso sucede. ¿Sabes lo que es?

—¿Qué? —contestas en voz baja, casi en un susurro, como si el torrente de tu voz se hubiese fugado de tu boca, como si hubiese gente alrededor de nosotros y quisieras que solo yo accediera a tus palabras.

—El agua de lluvia es lluvia de ilusión. Cada gota de lluvia contiene en su interior una sustancia esencial llamada pulsina. Los entendidos en agua saben del valor de las gotas de lluvia. Saben que la ilusión es impulso. La pulsina los impregna de impulso emocional. Con pulsina, el entusiasmo y la esperanza están garantizados.

Tus oídos me oyen, mientras la respiración en tu vientre, a intervalos regulares, aprieta mi nuca con suaves achuchones. Momento en el que la electricidad se restablece, y la luz de la lámpara del escritorio se enciende.

¿Has jugado alguna vez a ponerte empapada? Ven conmigo afuera. Te lo mostraré. Te vistes con tu abrigo. ¿No te pones jersey? Yo me pongo mi jersey y mi chamarreta. Retiro el cierre en la cerradura, y el ruido de la puerta, abriéndose, chirria en las orejas. Las bisagras, un poco oxidadas, se quejan por falta de engrase. Salimos del edificio a sentir la lluvia de ilusión.

Justo al salir del piso, la luz se interrumpe de nuevo. Sin electricidad, el ascensor no funciona, y para colmo, a la linterna, desde hace días, se le han agotado las baterías. No nos queda otra opción que bajar a oscuras las escaleras.

Apoyo mi mano derecha sobre el pasamano. La punta de mi pie rastrea la superficie del suelo, buscando el tacto del siguiente peldaño por donde continuar descendiendo. En la ceguera de encontrarse a oscuras, palpando a tientas lo que se avecina, el pisar de cada paso se intensifica. Al crujir de mis

zapatos le siguen los tuyos. Caminas detrás de mí, y siento como tu mano se agarra al bolsillo trasero de mis pantalones. ¿Estás cogiéndome el culo?

En plena oscuridad, una luz resplandece a mis espaldas, y llena de claridad todo el descansillo de la escalera. Se trata de ti, o mejor dicho, de tu genial idea de encender la luz en tu móvil. ¡Pero qué inteligente eres!

Salimos a la calle sin paraguas. Enseguida noto el cambio de temperatura. Una bofetada de frío sacude mi cara. Se respira en el ambiente la humedad del aire. La tromba de agua ha amainado, pero sigue lloviendo. Una lluvia ligera y constante. Subo la cremallera de tu chaquetón para abrigarte del frío.

Las primeras gotas comienzan a mojarnos. Una gota de agua resbala a lo largo de tu oreja, recorriendo tu mejilla, hasta tu garganta. Otra gota rueda por mi ceja, escurriéndose por un lado de mi nariz. El viento te despeina. Mientras andamos, siento el delicado tacto de tu mano recostada en la mía. Nuestras manos cobijadas en la suavidad de un abrazo. Tengo que admitirlo. Me ha encantado tu iniciativa de resguardar tu mano en el interior del bolsillo de mi chamarreta, hospedándose junto a la mía.

Caminamos un rato, entrelazando los dedos dentro de mi bolsillo, entretanto la lluvia se divierte mojándonos cada vez más.

Mi andar se detiene. Permaneces de pie ante mí. La expresividad de tus ojos se incrementa con el parpadeo de tus mojadas pestañas. Tu mirada penetra en mis ojos. Nos miramos sin decir una palabra durante un instante, y un momento de silencio transcurre entre nosotros.

Me agacho con rodillas al suelo. El agua de los charcos moja e impregna mis pantalones. Mis piernas se inclinan y me pongo de rodillas frente a tus zapatos. ¡Tranquila! No llevo conmigo la caja con el anillo de matrimonio. En mi cultura, zapatos nuevos significan desear conocer a alguien. ¿Crees que no me he fijado en tus zapatos? Están relucientes. Por más que los miro, no les encuentro un rasguño. Se nota que los has comprado hace poco. ¿Esperas a alguien? Sin duda, tienes buen gusto eligiendo zapatos. Si fueran de color blanco, te haría mi novia por un día. Los zapatos suelen ensuciarse con frecuencia. Y llevar zapatos blancos es símbolo de devoción, pues debes dedicar más tiempo y esfuerzo a mantenerlos impecables. Cuando una mujer viste zapatos blancos, me comunica que pone plena dedicación en lo que hace.

Mis manos en tus pies, desatan tus zapatos. Una tímida sonrisa surge en tus labios mientras esperas a que te descalce. Retiro tus zapatos y después tus calcetines. El cosquilleo afilado de la húmeda hierba recalca en la planta de tus

pies. Yo también desato mis zapatos.

Me levanto, y esta vez soy yo quien coge tu mano. Sientes el contraste entre el tacto caliente de la palma de mi mano, y el frío de la hierba mojada que pincha tus piernas. Caminamos como niños, dando pequeños saltos y mojando nuestros pies en los charcos.

El secreto de la lluvia de ilusión está en que cada gota de agua puede abrirse en dos mitades. Basta con presionar con los dedos para abrirla. Y al abrirse, de su interior se recoge la pulsina, un jugo semitransparente de apariencia rojiza, con el que se fabrica la crema de ilusión. Las mujeres que hacen realidad sus impulsos más emocionales impregnan sus cuerpos con esta crema. ¿Nunca antes oíste hablar de ella? Te la recomiendo.

El agua de lluvia se rompe al caer al suelo. Y cada gota de agua estrellada contra el pavimento supone una ilusión desperdiciada, una pena de agua malgastada. Si alguna vez te sientes perdida, y no encuentras el camino en tu vida, báñate en pulsina. Es lo que hago yo. No dejes que la lluvia se rompa. Sal a la calle y restriega tu piel en agua de ilusión. Extiende tu brazo y siente el golpe frío del caer de una gota en la palma de tu mano. Observa la gota al trasluz, y verás su núcleo enrojecido. Cógela con cuidado y ábrela en dos mitades. Es tan fácil como presionarla con los dedos. Recoge la pulsina de su interior, y desplégala por tu mano, brazo, y cuerpo.

Ahora es el momento de sentir sus efectos. Siempre que puedas, rocíate con crema o champú de ilusión, y te sentirás enchufada. La pulsina es el ingrediente de la motivación. ¿Sientes como tu piel arde con impulso? La gente que usa paraguas paraliza sus ilusiones, ya que el jugo enrojecido de las gotas de lluvia no les alcanza. Desconocen el interior de las gotas de lluvia, y no se impregnan del impulso emocional que necesitan sus vidas.

La noche se nos ha echado encima. Ha oscurecido sin que nos diésemos cuenta. Bajo la complacencia de las nubes, guiñándome un ojo en la distancia, la furia de la tormenta se aviva, y el agua se precipita con ganas. Lluve con fuerza. Tu pelo empapado chorrea gotas de agua sobre los hombros de tu abrigo. Tus pies descalzos se han aclimatado a sentir el frío. Lo sé. Yo también siento frío. Los dos, de pie, uno frente al otro, de vuelta a casa, junto al portalón del edificio, nos hemos quedado a solas, sin nadie alrededor que pase a nuestro lado, con la única presencia de dos testigos: la melodía de fondo de la lluvia, y el reflejo de la luna que nos ilumina.

Mis manos se aproximan a tu rostro. Con suavidad, mis dedos acomodan tu cabello mojado. Amoldo tu pelo por detrás de tus orejas. Desnudar tus

orejas escondidas en tu pelo provoca en mí pura sensación de ternura. Te miro, y me devuelves la mirada. Me observas al silencio de la lluvia.

—Esta noche, el círculo de tus pupilas está más ensanchado de lo normal, más aumentado de tamaño. ¿Sabes por qué están dilatadas tus pupilas?

—¿Por qué? —preguntas con curiosidad.

—Tus pupilas se dilatan al recibir la atención con la que mis ojos te miran—. Restriego mi puño sobre mis ojos para aclarar el agua, y observo a tus ojos refugiados en tus pestañas.

—Una chica con suerte —te digo. —Tus ojos no se mojan. Tus densas pestañas te sirven de paraguas —y te sonrío.

—¡Exageras! —respondes riendo. Y acercas tus ojos a mi rostro, agrandándolos, como prueba para demostrar que los tuyos también se mojan.

—¿Sabes que tienes una mirada muy expresiva?

—Lo sé —contestas.

—Me gustan tus ojos y como cuidas de tu apariencia física —te digo.

Tu falta de respuesta acelera mis latidos. —Esta es la parte de nuestra conversación donde tienes que decir que a ti también te gustan los míos.

Tus labios se arquean mostrándome tu sonrisa, y a medida que se amplía, provocas que algunas gotas de lluvia deseen entrar dentro de tu boca.

—¿Quieres saber qué es lo segundo más bonito de tu cuerpo?

—Sí —respondes enseguida.

Abro la cremallera de tu abrigo para desnudar tus hombros. Las yemas de mis dedos se posan en tu clavícula izquierda, dejando una marca mojada en tu piel, siguiendo la línea de tu cuello, hasta alcanzar tu esternón, donde mi dedo cae en un ligero hueco. Se levanta, y tras erguirse de nuevo, continúa su premeditado rumbo, explorando tu tórax hasta tu clavícula derecha. —Es la línea que recorre tus clavículas pasando por tu cuello —te digo.

Tus manos, manchadas de pulsina, abarcando mis mejillas, ensucian con marcas rojizas mi cara. Te detienes, como si quisieras prolongar este momento en secreto. Aumento la cercanía conmigo, haciendo que tus labios se llenen de mi aliento.

—¿Eres la chica a quien no le importa que un beso arruine su maquillaje?

—Ya lo tengo arruinado con la lluvia —contestas observando mi cara.

Desde que te conozco, noto una parte de ti en guardia, la que quiere saber lo que viene después, aquella que evalúa los riesgos del futuro. Sin embargo, hoy no estás pensando en eso. Y me encanta esa cualidad en ti. La cualidad de no querer saber más de lo que el momento nos depara. En tus ojos reside tu

inteligencia. En tus labios, tus emociones. Y es en ese instante, en el que me miras sin parpadeos, con tanta atención, cuando noto que tu inteligencia delega el control a tus labios, para que estos accionen tus emociones.

Haces que me sienta como el perro de Pavlov, pero en vez de salivar al toque de una campana, mi boca se inunda en saliva ante mi deseo incontrolado por besarte.

Siento la proximidad. ¿Y tú? ¿Tú también la sientes? Me aproximo a ti. Gotas resbalan por tu nariz. Bajan por la sensible piel de tu cuello. Tus ojos me ven venir. Una aureola de calor me envuelve, y creo que a ti también. Mi presencia a tu lado. Mi rostro con el tuyo. Me acerco aún más. Mi barba casi te pincha. Tus pestañas colisionan con las mías. Tu mandíbula se tensa. Mi lengua se relame. Tu boca indecisa. Tus labios a punto de saborearme.

—¡Espera! —exclamas, girando tu cara para coger aire. Respiras profundo. Tu mirada al suelo. Alzo con mi dedo tu barbilla, haciendo que tus ojos se levanten. —No puedo... Yo... —me dices con voz apagada.

—Quizá me he precipitado al querer besarte. Me he dejado llevar por mis deseos sin pensar en los tuyos —me excuso. Y apago mi impulso de apretar mis labios con los tuyos en un apasionado beso. —Hace frío en la calle —te digo.

—Sí, hace frío —afirmas respondiendo lo que mis palabras dicen.

Entramos en casa y colgamos nuestros abrigos mojados sobre el perchero. Nada más entrar, con pies fríos, te cautiva la calidez y el tacto insuperable de un suelo revestido en láminas de madera. ¿Te divierte andar descalza?

En el salón, enciendo la chimenea. Y en nada de tiempo, el ambiente luce más caldeado, donde se escuchan los crujidos de la leña ardiendo. Un fuego resplandeciente naranja y amarillo nos calienta. Te arrimas a la chimenea para secarte la ropa.

Tomadas desde una cesta en la cocina, dispongo sobre una rejilla algunas castañas envueltas en papel metálico. Las aso a fuego lento en las brasas de la hoguera. A medida que se van asando, las deposito en un plato.

Una escalera de roble, de tres peldaños, conduce desde el salón a los dormitorios, lo que supone una pequeña subida antes del descanso. Los humedecidos escalones se cubren con las huellas de tus pies mojados. Subes los tres escalones con la punta de tus dedos, casi de puntillas. Impregnas de agua cada escalón, haciéndolos crujir al pisarlos.

Me siento en el suelo sobre una pequeña alfombra, con rodillas

encogidas contra mi pecho, y mi espalda apoyada en el terciopelo del sofá, disfrutando del calor desprendido por el fuego, y visualizando el contorno de tu piernas y tus caderas, en el movimiento de tu caminar. —¿A dónde vas? —te pregunto.

—Miro las habitaciones de tu piso —respondes queriendo saber más con tu mirada. Una extraña sensación me invade, pues no había previsto que curiosearan mis cosas.

—Este no es mi piso, sino el de mi casera —te digo—, el lugar donde compartimos nuestro espacio para dialogar—. Y sumida en tu interés, te adentras en mi dormitorio, y te quedas mirándote en el espejo.

—¡Un despertador en forma de rana! —dices riéndote de mi despertador, tapándote la boca.

—Siéntete libre de mirar por donde quieras. Échale un vistazo al cuarto de baño y también a la cocina. Haz lo que te venga en gana —te digo—, con la salvedad de que te abstengas de abrir el tercer cajón del escritorio.

—¿Por qué me prohíbes abrirlo? —preguntas bajando los escalones.

Me quedo un tiempo en silencio, dubitativo, sin saber qué contestar. Y decido obviar tu pregunta, dejarla pasar.

—¿Te apetece tomar un baño bien caliente? Buscaré entre mis camisas la que te venga más holgada. O si lo prefieres, puedes vestir con mi bata, entretanto tu ropa se seca al fuego de la chimenea.

Te acercas a mí con labios mordidos, oliendo al olor de las castañas. Tus manos en mis rodillas abren mis piernas, y te sientas en el espacio entre ellas.

—Estoy bien aquí —me dices, echando tu espalda hacia atrás sobre mi pecho. Huelo el aroma de tu pelo y siento el frío de tu blusa mojada en mí.

—Te has tomado al pie de la letra lo de sentirte libre —pienso con una media sonrisa. —¿Crees que es sencillo para mí tenerte entre mis piernas sin sentir como se me levanta? —Distraigo mi mente pelando castañas, esquivando la afluencia de sangre que se agolpa en mi entrepierna.

Pelo una castaña ardiendo. La paso de una mano a otra. El calor desprendido hace que no pueda retenerla. Me quema los dedos. Le soplo varias veces para enfriarla. Mi mano se dirige a tu boca, y comes un trozo de castaña de mis dedos. Tu boca mastica con una cerrada sonrisa. —Cuéntame algo de ti —me solicitas, con la boca llena.

—Te recuerdo que estás en deuda conmigo. Me prometiste contarme acerca de tu infancia, y narrarme aquellos capítulos de la niña que llevas dentro. ¿Ya te olvidaste? Es hora que cumplas tu promesa.

—En otro momento —repones buscando un pretexto. —Junto a la hoguera deseo saber más de ti.

Tu curiosidad por conocerme me convence, y consigues aplazar el momento de narrar tu historia.

—¿Qué quieres saber mí? ¿Recuerdas el bar que solía visitar con mi abuelo? A mi abuelo le encantaba tomar whisky con hielo en La-Prisión, y justo después de bañar su estómago en alcohol, probar suerte en la máquina tragaperras. Después de beber su tercer whisky aquella tarde, sacó de su bolsillo un billete para pagar. Con un trozo de tiza chirriante, el dueño del bar, de largas y amarillentas uñas, garabateó unos números sobre la barra, calculó la suma, y devolvió a mi abuelo unas monedas de vuelta.

—El dueño sabía con exactitud cuándo la máquina tragaperras estaba a punto de escupir el gran premio. Mi abuelo insertó una moneda en la ranura de la tragaperras, pulsó varios botones que ocasionaron llamativos sonidos, y tras un momento de espera, la máquina devolvió silencio, sin gratificación ninguna. Lo mismo ocurrió una y otra vez, con las siguientes monedas que jugó, y pronto, malgastó su dinero sin obtener beneficios.

—Cuando solo quedaba una última moneda por jugar, Duncan, un conocido amigo de mi abuelo, se le adelantó y cogió la moneda que se deslizaba por fricción a lo largo de la barra del bar. ¡Esta vez es mi turno de probar suerte!

—¿Y qué pasó? —Te levantas de mi pecho, intrigada, para mirar a mis ojos.

—Cuando Duncan insertó la moneda en la máquina tragaperras, una amable melodía envolvió a La-Prisión. Una melodía tan envolvente y armoniosa, que las moscas, atareadas en posarse en los platos sucios de comida, sintieron la necesidad de volar y bailar alrededor de la máquina tragaperras. ¡Duncan había ganado el gran premio!

—Y durante minutos, una tras otra, las monedas cayeron sobre la rendija inferior de la máquina. El sonido metálico de una lluvia de monedas que caían sin cesar, apresuró a Duncan a guardar todas ellas en sus bolsillos.

—A mi abuelo no le importaba perder. Era un hombre que sabía encajar las derrotas. Si alguna vez la vida lo maltrató, supo levantarse del suelo, sacudirse el polvo de sus hombros, y caminar de nuevo, siempre hacia adelante. Sin embargo, la acción de Duncan de robar la última moneda de mi abuelo sin su permiso, y más tarde, guardar el gran premio en sus bolsillos, sin compartir nada con él, lo indignó.

—En aquella catarata de dinero, mi abuelo divisó el caer de una moneda diferente. Una moneda luminosa y más pesada a las demás. En su parte delantera podía leerse ACLUS, y en su cara trasera llevaba grabada una insignia con un ancla y cinco coronas. Mi abuelo puso esa moneda en mi bolsillo y me dio un consejo: guarda esta moneda contigo en lugar seguro.

Me levanto del suelo y me dirijo a la estantería. Me remango la manga de la camisa en varias dobleces, e introduzco mi mano en la vasija con cuerpo de mujer esfinge. Mi brazo manchado hasta el codo de viscoso aceite, recupera del fondo una llave. Abriendo el tercer cajón del escritorio con la ayuda de la llave, saco un objeto.

—¿Ves esta moneda? —te pregunto. —Es la moneda que me dio mi abuelo. No se trata de una moneda cualquiera. Es una moneda con historia. Cuando una moneda tiene un relato que contar, se vuelve valiosa.

—Cógela. Pesa un poco. ¿Sientes su peso en la palma de tu mano? No es de oro, aunque lo parezca—. Levanto la moneda y deslizando mi dedo, la hago rodar sobre tu piel, desde el centro de la palma de tu mano hasta tus dedos. Su canto estriado, con ranuras salientes alternadas por penetrantes hendiduras, provoca un cosquilleo en la punta de tus dedos. —Su gran valor no reside en lo material, sino en lo sentimental. Es la moneda de ACLUS, la que ahora tienes en tus manos.

—¿Qué significa ACLUS? —me preguntas.

—Es un término que proviene de la lengua inglesa, al tomar la primera letra de las cinco artes: Attention, Care, Love, Understanding, Stability.

—Donde el azul del cielo y el mar se entremezclan, un gran navío mercantil, de nombre ACLUS, se hundió en las profundidades del mar. Una fuerte tempestad provocó su naufragio cuando surcaba las aguas del Mediterráneo. Durante siglos, embarcaciones piratas rastrearon sin éxito las aguas de este mar, en busca de su paradero. Solo la más avanzada tecnología de localizadores vía satélite, consiguió descifrar su posición en el fondo del mar. Se decía que sus bodegas albergaban un succulento botín, pues transportaba baúles cargados de lingotes de oro. Y sin embargo, no fue oro lo que se encontró. Las bodegas de ACLUS encerraban un preciado tesoro más valioso que el mismo oro.

—Lo que ACLUS guardaba en sus bodegas era un manuscrito con los cinco principios de lo que toda mujer desea tener. Describía el modo en que debe tratarse a una mujer: con atenciones, con mimos y cuidados, con amor y sexo, entendiéndola, y ofreciéndole apoyo y estabilidad. Se conoce como el

manuscrito de las cinco coronas.

Hago una pausa para observarte mientras sostienes la moneda. Te miro y recorro con mi mano en una caricia tu nuca, haciendo que mis dedos se pierdan entre tus cabellos.

—El fin último de ACLUS no fue encontrar nuevas rutas comerciales, sino habilitar nuevas vías de conocimiento a fin de divulgar el saber de su manuscrito. Quien conoce el manuscrito de ACLUS entiende las emociones femeninas. Su hundimiento hizo que este saber se perdiera, no se propagara, y solo algunos, un grupo de afortunados lo conocieran. En el tercer cajón de mi escritorio guardo relatos que certifican la veracidad de esta historia.

—Si me prohíbes acceder a las cartas, ¿para qué entonces me lo cuentas?

—No es como imaginas —te digo. —El tercer cajón guarda mucho más que relatos sobre el mar: un compendio de sabidurías, que en caso de usarse de forma incorrecta, podría atormentar tu mente con sueños horripilantes.

Capítulo 7

—¡No te vas a creer lo que me ha sucedido! —con voz temblorosa y un nudo en la garganta que no le permite tragar saliva, recibo una llamada al móvil de Vanesa.

—A ver si lo adivino—. Me aparto un instante del camino y me refugio debajo de un tejado. La escucho tranquilo, sosteniendo con una mano el paraguas, y con la otra mi celular. —Cerdio se ha hecho pis en la alfombra.

—¡Algo mucho peor! He cerrado la puerta, y entonces he notado que no llevaba las llaves conmigo. He buscado en cada compartimento de mi bolso, y en cada bolsillo de la ropa que llevo puesta. ¡Qué cabeza la mía! Me he dejado las llaves dentro de la casa, lo más probable que encima de la repisa de la cocina, o puede que en el salón junto al televisor, y ahora no puedo entrar en casa. Si me vieras en este momento... ¡tengo un ataque de nervios!

—¿Y Emilia? ¿No puede ella abrirte desde dentro?

—Emilia ya salió para la escuela. Ha sido al cerrar la puerta para ir a la cafetería cuando me he dado cuenta de las llaves. ¿Qué puedo hacer?

—¿Emilia va sola a la escuela? ¿No te parece que con siete años todavía no tiene edad para ir por la calle a solas?

—Va sola al colegio desde que cumplió cinco, aunque esa no es la cuestión. He llamado varias veces al cerrajero, y no contesta. Si no lo soluciono hoy mismo, Emilia y yo tendremos que dormir contigo esta noche en tu piso.

Sus palabras me cogen tan de imprevisto, que le pido volver a repetir las.
—¿Cómo dices?

—Lo que escuchas. Quedarme a dormir contigo —dice con voz decidida.

Me quedo perplejo, buscando una respuesta coherente en mi cabeza. ¿Lo habrá hecho a posta? Y mientras medito, algunas gotas de lluvia, impulsadas por un incesante viento, se adhieren a mi rostro, refrescando mis ideas.

—¡Fijo que ahora Cerdio se hará pis en la alfombra! —le digo. —Pero no te preocupes, aguarda unos minutos que pronto estoy contigo para ayudarte.

—¡Gracias tesoro! —dice Vanesa aliviada. —A propósito, ¿dónde estás? He llamado al timbre de la puerta en tu piso y nadie contesta.

—De camino al trabajo, hacia la multinacional de perfumes, por ese puente tan estrechísimo que divide la ciudad en dos mitades. Acabo de

volverme. En unos diez minutos estaré de regreso.

—Por mi culpa vas a llegar tarde al trabajo —respira en un tono dolorido. —Dile a tu jefe que lo compensaré con unas tortitas de espinacas—. Y su voz recupera su sedosidad. —¿Crees que te sancionarán por no llegar a tu hora?

—¡Qué le voy a hacer! Ya me he acostumbrado a llegar tarde.

Tras entrar al portal de mi edificio, subo por el ascensor a la octava planta, y encuentro a Vanesa hecha un flan, mordiéndose las uñas, esperándome de pie, junto a su puerta.

—¡Me alegro tanto de verte! —y sin pensarlo dos veces, corre el pasillo hacia mí, para abrazarme. —¡Qué bien que has llegado!” Con cara recostada sobre mi pecho, y brazos alrededor de mi cuello, suspira con desahogo. Decido poner mis manos en su cintura, y con la ayuda de mi respiración, en el vaivén de aire entrando y saliendo de mis pulmones, Vanesa se calma y afloja la tensión de sus músculos. —¿Tienes algún plan para abrir la puerta?

—Lo intentaré —y saco de mi bolsillo mi cartera. Vanesa se queda mirando mientras rebusco en su interior.

—¿Me enseñas esa foto? —me pregunta.

—¿De qué foto hablas? —Mi mente ocupada, rebuscando en la cartera, no me permite prestar la debida atención a sus palabras.

—He visto que llevas una foto en la cartera.

Retiro una pequeña foto, tipo pasaporte, no sin esfuerzo, del interior de mi cartera. Está muy pegada al forro transparente que la aprisiona, como de haber llevado allí una eternidad. Vanesa la toma en sus manos y la observa de manera atenta y delicada, barriendo con su vista cada detalle, olvidándose por un instante de la puerta, como si nada más existiese en su curiosidad.

—Un rostro precioso —dice rompiendo el silencio. —¿Es tu novia?

—Lo era —digo consternado por tener que recordar aquel momento.

Vanesa pasa sus dedos por el canto de la fotografía, absorta, como si su mente estuviese llenándose en una madeja de recuerdos. Las yemas de sus dedos, en el filo de la fotografía, se arriesgan a sufrir cortes por la aguda finura de su rectilínea forma. Aparta sus ojos de la foto y se fija en los míos.

—¿Todavía la quieres? —pregunta, persiguiendo en mi voz una respuesta que cree conocer de antemano.

Su pregunta evoca en mi memoria algunos recuerdos del pasado, vivencias desempolvadas que atraviesan mi mente como si ahora ocurrieran. Detengo mi búsqueda y levanto los ojos de la cartera, clavándolos en Vanesa.

—Yo iba a un curso de marketing, ella a su trabajo de auxiliar en la clínica dental. Conocí a Claudia bajo la luz tenue, casi apagada, de un ascensor.

—¡Oh, en un ascensor! ¡Es tan romántico! Lo daría todo por encontrarme en un ascensor a mi príncipe azul, en vez de a borrachos apestando a alcohol en la pista de una discoteca —dice Vanesa apenada, y se limpia con sus nudillos unas lagrimillas que han venido a sus ojos.

—Claudia pulsó el botón número dos —continúo extrayendo de mi mente más recuerdos—, pues subía a la segunda planta. Yo me dispuse a pulsar el mismo botón, ya que también me dirigía al segundo piso.

—¡Qué coincidencia! Los dos al número dos, como dos patitos juntos y enamorados —dice Vanesa evidenciando su emoción, con ojos empañados en lágrimas. —¡Estabais predestinados a encontraros!

—Hice el amago de pulsar el botón, pero ella se adelantó. Lo apretó antes que yo. Te he ahorrado pulsarlo, me dijo sonriendo.

—¡Cómo me gustan estas historias! —exclama Vanesa. —¿No tienes un pañuelo? No puedo contener las lágrimas—. Su mano, en forma de abanico, echa aire a su cara, su respiración se torna brusca, se le traban las palabras, en un sollozo que se agarra a su garganta.

—A Claudia no le sentó nada bien mi decisión de viajar a otro país y buscar fortuna en una empresa de perfumes. Aquel fue el principal escollo por el que nuestras vidas se distanciaron, hasta separarse.

De manera fortuita, provocado por el nerviosismo de sus dedos, Vanesa da la vuelta a la fotografía, y descubre unas palabras escritas en su reverso.

—Estaré contigo a donde quiera que vayas—. La voz de Vanesa me transporta a las palabras pronunciadas por Claudia.

En un arranque de furia, como si la injusticia quisiera llevarme consigo, arrebató la fotografía de manos de Vanesa y la parto en pequeños pedazos.

—¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco? —pregunta Vanesa estupefacta, sin poder dar crédito a lo que había hecho. —¿Por qué la has partido?

Un reflujo de ácido quema mi garganta desde el estómago. —Su reverso no dice la verdad —le digo. —Solo fueron bonitas palabras de agua estancada.

Vanesa mantiene la mirada en mí, para luego, retirarla. —No esperaba esta reacción de ti —dice con gesto confundido. —Nunca había conocido ese otro lado de tu comportamiento.

—Lo siento, no pretendía asustarte—. Me quedo mirando a Vanesa sin

saber muy bien dónde mirar.

—No estoy asustada, sino contrariada —y se agacha a recoger las partes rotas. Mientras sus manos recogen los desperdigados trozos de la fotografía, en el silencio de un disgusto que arde mi cuerpo en llamas, encuentro en mi cartera lo que andaba buscando. Con la fuerza agria de un enfado, deslizo mi mano por el filo de la puerta, de arriba abajo, provocando un chasquido.

—¿Se ha abierto? —pregunta Vanesa sorprendida. —¿Cómo la has abierto?

—Pasando por su ranura una tarjeta de crédito —contesto. —Un truco que aprendí en el curso de marketing el día que conocí a Claudia.



—De hecho, tiene usted una experiencia laboral encomiable. Y por si fuera poco, el resultado de la prueba de laboratorio que ha realizado con nosotros ha dejado palpable su immaculado talento y profesionalidad —dice Laura, cuando entro a su despacho. Con una señal de su mano me indica que tome asiento, mientras sostiene un teléfono pegado a su oreja. Doblo mis rodillas para arrellanarme en un robusto sillón. Descanso mis brazos, extendiéndolos sobre sus reposabrazos, en actitud majestuosa. Por un instante, me siento como si fuera un rey, abarcando con mi cuerpo el mayor espacio posible. Oigo a Laura conversar con quien parece ser un aspirante a un puesto de trabajo. Presto atención a su bonita oreja, escuchando por el auricular, la cual no había tenido ocasión de contemplar hasta ahora, pues siempre había estado cubierta por su abundante cabellera. El cable enrollado del teléfono, presionando su cara, ha marcado su mejilla con una graciosa línea.

—Sin lugar a dudas, es usted un candidato con mucho potencial. Sin embargo, a muy pesar mío, lamento comunicarle que su perfil no encaja dentro del organigrama de la empresa.

Oigo la voz alterada de la persona al otro lado del teléfono mientras Laura, con gesto impasible, sin ninguna emoción en su semblante, continúa hablando por encima de la voz del aspirante.

—Quisiera aprovechar esta oportunidad para agradecerle el interés mostrado en la mejor empresa de perfumes del mundo. Le deseo de todo corazón una carrera laboral repleta de éxitos en el futuro. Por supuesto, no en nuestra empresa.

Los gritos del aspirante se vuelven más intensos, en su intento por evitar

que la conversación finalice.

—¡Buena suerte! —reitera Laura en un tono dulce y encantador, y cuelga el teléfono de malas maneras. Se levanta del asiento, y se mantiene estirada, con la cabeza alzada, mostrando su inconfundible alarde de superioridad.

—Llenas a la gente de ilusiones, y después, las envías al infierno —le hablo a Laura reprochándole sus desconsideradas maneras.

—Conozco a la perfección lo que es adecuado o no para la empresa, y actúo en consecuencia —dice con voz cortante.

—Pues en mi opinión, tiras a la gente por un precipicio, y encima, les deseas buen viaje.

—¿Pero quién te has creído que eres? —pregunta Laura subiendo la voz. —¡Hago lo que me da la gana, para eso soy subdirectora!

—Tiene gracia. ¿No te das cuenta de que no ofreces a las personas que se interesan por la compañía una verdadera oportunidad? —Laura abre el cajón de su mesa y guarda unos papeles, mientras me escucha como a quien le meten la cabeza en un secador de casco profesional. —Si alguien no te encaja en el organigrama de la empresa —continuó diciéndole—, muéstrale aquello en lo que debe mejorar, y ofrécele alternativas como cursos o entrenamientos para que adquiera el nivel que necesita.

—Cuando desee ser una hermanita de la caridad, abandonaré mi cargo como subdirectora, e ingresaré en un convento de monjas —me dice—. Hasta entonces, ahórrate tus consejos. Ya te dejé bien claro que odio que me aconsejes lo que debo hacer.

Laura coge su bolso, sin mirarme a la cara, y se larga a paso ligero dando un soberano portazo. Abro la puerta tras ella, y apoyando mi hombro sobre el marco, la observo alejarse por el pasillo, balanceando sus caderas a un lado y al otro, como se mueven en un coche los limpiaparabrisas.

—¡Bonitos zapatos de tacón! —le grito a lo largo del pasillo. — ¡Supongo que son de estreno!” Laura se gira volviéndose hacia mí a zancadas, a paso grotesco, lanzada como una fiera.

—De la misma zapatería donde compraste tus botas. ¡Te vi allí!

—¿Me viste y ni siquiera me saludaste? ¡Vaya rancia que eres!

—¿Rancia? Pasaba de largo, y no tuve tiempo a pararme.

—Seguro que ibas corriendo, a toda prisa, para estar a tiempo a tu cita, al igual que el día que quedaste conmigo en la tienda de motocicletas.

Con uñas clavadas en la palma de sus manos, los ojos se le encogen apretando su ira. —¡Me largo! ¡Eres insoportable!

—¡Espera!

—¿Y ahora qué quieres? —Se queda mirándome como si quisiera estrangularme, apartando de su frente el flequillo que entorpece su vista.

—Dio la casualidad de que, aquel día, paseaba por la parte de atrás de la empresa, y observé una densa humareda que salía de las chimeneas. ¿Tienes idea de por qué estaban funcionamiento las calderas? A mi entender, no había suficientes existencias de residuos químicos como para proceder a encenderlas. ¿Sabes algo sobre este hecho que yo desconozca?

—Me asombra lo incauto que puedes llegar a ser —me dice Laura. —Las calderas, al igual que sucede con los lavavajillas o las lavadoras, necesitan ser puestos en funcionamiento cada cierto tiempo, con un producto especial para limpiarlas por dentro. ¿Eres idiota o no has encendido en tu vida una lavadora?



Al salir del trabajo, me detengo en la floristería que se halla junto a la multinacional de perfumes.

—¿Desea algo? ¿Un ramo de rosas? —pregunta una señora de tez morena, pelo grasiento de no habérselo lavado en varios días, metida en carnes, con muslos como jamones que rozan entre sus piernas, y una panza tan amplia que hace que su jersey se levante y deje su ombligo al descubierto.

—En realidad no. He parado a llenarme del olor de unas flores preciosas.

—Pues siga oliendo, que es gratis —responde en un tono ofensivo, como si yo fuera un bicho raro.

Mientras lleno mis pulmones, en una inspiración profunda, al agradable olor de las amapolas, la mujer se agacha inclinando su espalda, sin doblar las rodillas, para coger una pesada maceta, mostrándome en primer plano su voluminoso pandero. Junto a ella, un niño de unos doce años de edad la acompaña, también gordito como ella, quien intuyo que es su hijo.

—Pero que plumazo eres, Marquitos —le dice. —Déjate de querer y echa una mano en la tienda. ¿Acaso no se te retuerce el alma al ver a tu madre agachada, que no puede sola mover este barreño de tierra?

Extiendo mi brazo sobre los hombros del muchacho, empujándolo hacia mí, a modo de ganarme deprisa su confianza. —Te gusta una chica, ¿verdad?

Marcos, con mirada perdida al suelo, asienta con la cabeza. —Es muy

guapa y tiene muchos pretendientes —dice con sensación de vacío, como el que lleva días sin apetito en el estómago. —Es de mi escuela.

—¿Hay alguna chica a quien tú le gustes? —le pregunto.

—Sí, una —afirma. —Es un poco alocada. Viene corriendo y salta subiéndose a mis espaldas. Le encanta hacer eso. No puedo decir que me guste. Se ríe abriendo demasiado la boca. A veces veo su comida masticada, y tiene los ojos tan saltones que me asusta.

—¡Sal con la chica que no te gusta! —le aconsejo. —Ella te enseñara a cuidar y tratar a una mujer. La guapa te dejará a las primeras de cambio, al más mínimo error que cometas. Así que, será mejor que te equivoques con la que no te gusta, pues si te deja, te va a doler menos—. Marcos me mira con cara extrañada pero aliviado. —No suena agradable al oído, lo sé, pero es como es. Tienes que practicar con las chicas que no te gustan, para cuando te aproximes a la chica que te gusta de verdad, seas todo un experto.

—¿Puede dejar de decir sandeces y apartarse? —se dirige a mí su madre, la dependienta. —¡Tengo clientes esperando que sí desean comprar!



Vanesa me ha invitado a cenar en agradecimiento por abrir la puerta de su piso. Con un chorreón de perfume, una camisa azul turquesa y mi corbata abrochada, llamo a su timbre. Me recibe con un seductor vestido rojo cereza.

—Tengo una ganas tremendas de mostrarte mis habilidades culinarias — me dice. Con una radiante sonrisa, colmada de felicidad, Vanesa deja entrever sus deseos de gozar de mi compañía en casa.

—¡Qué buena pinta!” Me relamo la boca. —¡Tiene un aspecto delicioso!

—Pues cuando lo pruebes, ¡te vas a chupar los dedos!

—¿Y Emilia? ¿No nos acompaña?

—Ya está durmiendo. Sabiendo que venías, la he dormido antes de lo habitual. Así podemos estar a solas—. Coge mi plato en su mano y me aparta una saludable porción de estofado. —Si te apetece, también he cocinado un gratinado de gambas y calabacines.

—Mmm... ¡Qué sabroso! Como dijiste, está para chuparse los dedos.

—Todos los que probaron mi comida me felicitaron, excepto el estúpido de mi jefe, que solo me quiere para servir mesas y barrer el suelo. Me encantaría trabajar de cocinera en el *Árbol-De-Cerezas*.

—¿Le has propuesto a tu jefe lo de ser cocinera? —le pregunto.

—¡Cientos de veces!, pero le entra por una oreja y le sale por la otra. No te vas a creer si te digo que trabajé como cocinera en un gran restaurante de cinco tenedores. ¡Qué tiempos aquellos! —dice con un gran suspiro, mientras se aparta en su plato una porción de gratinado de gambas y calabacines.

Nos quedamos masticando durante unos segundos. Vanesa, incluso cuando mastica, sonrío con regocijo. Es esa mujer que con solo mirarla te transmite su encanto y felicidad.

—En la vida, el tren pasa dos veces —le digo, alargando mi brazo para alcanzar la botella de vino. —La primera vez, el tren pasa a buscarte cuando no lo esperas, se detiene a tu lado de manera imprevista, y delante de ti, tienes poco tiempo para decidir si te subes o lo dejas marchar, y que siga su camino —. Vanesa me mira pensativa. —El primer tren ya pasó por tu lado cuando trabajaste en el gran restaurante de cinco tenedores. La segunda vez tendrás que tomar la iniciativa, indagar su itinerario, e ir en su búsqueda.

Mastica despacio, digiriendo el significado de mis palabras, como se asienta el azúcar disuelto en el fondo de un vaso. De repente, despierta de un brinco de sus pensamientos. —Algún día haré realidad mis deseos de cocinera. ¿Y tú? ¿Tú no tienes deseos? —me pregunta curiosa.

Su pregunta, un tanto indiscreta, me pilla desprevenido. Hace que mi mente tenga que escarbar en mis pensamientos. Recapacito, cerrando mis ojos, antes de decidir qué voy a decirle, rememorando antiguas vivencias, aflorando experiencias que casi tenía olvidadas.

—Deseo que una voz femenina me susurre: no te vayas, quédate conmigo.

—¿Por qué es eso lo que deseas oír? —Vanesa pone toda su atención en mí.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me debato entre si contárselo o no.

—Un día de escuela, a la edad de nueve años, me ocurrió un suceso inesperado —y mojo mis labios en vino como si aquello acelerara mis recuerdos. —Fue como un tsunami del que todo el mundo hablaba, y al que yo tuve constancia en el último momento. Una chica de mi clase se me acercó y me dijo: te gusta Isabel. Estás enamorado de ella. A los pocos minutos, otra chica se aproximó para comentarme lo mismo: te gusta Isabel. ¡Te gusta! ¡Te gusta! Yo le respondí: ¡no es cierto! Lo único cierto era que estaba enamorado, pero no de Isabel. Uno de mis amigos también se dirigió a mí para decirme: estás colado por Isabel. Y pronto me di cuenta de que toda conversación con mis compañeros ternaba al mismo asunto: Isabel.

—En el patio del colegio continuó la misma retahíla: Isabel y yo. Lo que

empezó como un juego, terminó afectando mis emociones. Me sentí aislado, pues no podía comunicarme, a menos que quisiera hablar de mi amor por Isabel.

—Al tercer día de tal acoso psicológico no pude soportar más la tensión y lloré. Allí estaba yo, en mitad de la clase, con el corazón desencajado en lágrimas, mientras todos me miraban y se reían. Solo Isabel me observaba con mirada afectada. Cuando la profesora entró en clase me preguntó a qué se debía tantas lágrimas. Tardé varios minutos en contestar, pues no podía articular palabra de tanta pena contenida. Al fin, con voz entrecortada, y un sollozo en la garganta, respondí: ¡no estoy enamorado de Isabel!

—Te imagino llorando y las lágrimas se me saltan —dice Vanesa, buscando una servilleta, con cara de no saber si ponerse a reír o llorar.

—Ahora recuerdo aquella historia de mi infancia, y me percaté de que, con facilidad podía haber evitado tanta tragedia. Bastaba con haber contestado a todas las chicas que se me acercaron: sí, me gusta Isabel, y ¡también me gustas tú! Sin embargo, en aquel momento de mi vida, carecía de conocimientos suficientes sobre psicología femenina. Era solo un niño.

—Mi profesora, sin llegar a entender del todo porque el amor podía provocar tanto llanto a los nueve años, me pidió que abandonara la clase, y permaneciera en el pasillo hasta que mi pena se calmase. Fue el dolor psicológico de sentirme incomunicado e incomprensido lo que más me afectó.

El mantel de la mesa se colorea en salpicados lunares. Vanesa se limpia sus emocionadas lágrimas con otra servilleta.

—Al igual que tus lágrimas —me dirijo a Vanesa continuando mi relato —, dos lágrimas resbalaron por la cara de Isabel mientras caminaba hacia la puerta de salida. En el pasillo, continuó mi llanto. Me sentí solo. Abandonado. Destruído. Hubiese dado todo cuanto tenía en aquel momento por haber sentido el abrazo de una chica, no importaba cuál de ellas. Un abrazo femenino que me apaciguase y consolara. Una muchacha que se arrojara al suelo, me secara las lágrimas con sus propias manos, y me susurrara al oído: no llores, yo soy la chica que está contigo en los momentos importantes.

—Pero por desgracia, esa mujer no llegó. Isabel no salió a abrazarme. Ni tampoco lo hizo la chica de la que yo estaba enamorado.

La cabeza de Vanesa busca apoyarse en mi pecho. Su mano toca mi cara. Me acaricia con delicada ternura.

—Si yo hubiese estado allí, te habría abrazado con todas mis fuerzas —dice deslizando su mano por mi mejilla.

—Ahora ya lo sabes. Es eso lo que me falta en la vida. Sentir que una mujer me necesita—. Mi brazo se extiende por encima del hombro de Vanesa, y la aprieto con más fuerza a mi pecho.

—A veces me arrepiento de mi cabeza loca —dice Vanesa. —Soy una mujer apasionada. Esa soy yo: una madre soltera, adicta a las fiestas nocturnas y noches de descontrol sexual. Busco en pubs nocturnos un compañero de familia que no encuentro—. Mira al suelo avergonzada de sí misma, para luego levantar su mirada y fijarla en mi cara. —¿Qué buscas en una mujer?

Su pregunta provoca de nuevo que ahonde en lo más recóndito de mi ser. Pongo mi mirada en sus grandes ojos, que me miran abiertos como platos, como si el contemplar sus pupilas verdes manzana fuera a ayudarme a rastrear mi mente y componer una respuesta.

—Lo que busco de una mujer... —Vanesa deja de pestañear, como los gatos cuando están concentrados a punto de cazar sus presas—, ...es que vocalice en palabras, sin restricciones ni tapujos, lo que siente. Que sea de corazón abierto, y transcriba con su voz, la intimidad de sus sentimientos.

La cara de Vanesa se acerca a un palmo de la mía, tan cerca que siento en mi rostro su respiración acelerada.

—No puedo contenerme las ganas de besarte —me dice—. Deseo besuquear ahora mismo tu boca con locura.

Sus labios boquiabiertos se arriman a los míos, al punto de que, un movimiento más haría que se tocaran. Noto el calor llameante de su aliento. —No opongas oposición a lo que tu voz interior pide a tu cuerpo —le digo.

Y al oír mis palabras, su boca aprisiona a la mía con fiereza y efusividad. Sus labios se amoldan a los míos, como encajan dos piezas de un puzle haciendo clic en su posición correcta. Su lengua, dentro de mi boca, se mueve con vivacidad, como una escurridiza lagartija. Explora los rincones de mi boca, saboreando el esmalte de mis dientes, y degustando el olor a vino.

Vanesa salta encima de mí, abre las piernas y se sienta en mi regazo. Sus impulsivas caderas se mueven de forma rítmica, adelante y atrás, empujándome y retirándose de mí, haciendo que sus tetas se abalancen y retrocedan, colisionando sus pezones a intervalos regulares con mi pecho, y en cada una de sus embestidas, presiona más y más sus labios contra mi boca. Me besa de forma explosiva, como cuando reprimes un beso por largo tiempo y explotas cuando ese momento llega.

Aparta sus labios de mí, jadeando en tensión, y consigo respirar mientras se relame la boca rodeando sus labios con su lengua. Sin pedir permiso, me

besa de nuevo con rudeza e insistencia, desgastando su lengua en el interior de mi boca, bañándola en su saliva. Desabotona con destreza los tres primeros botones de mi camisa, mientras muerde mis labios tirando de ellos con una pasión desatada. Un tenedor se cae al suelo. ¡O eso creo!

Me incorporo del asiento y la beso con imprudencia. La beso sin compasión. Mis besos desenfundados agitan sus desbocados gemidos. — ¡Bésame más! —suspira. Y restriega sus bragas cabalgándome, sentada en mis rodillas, mojado en un charco de sus flujos la tela de mis pantalones.

De pronto, alguien da un grito. Un grito horripilante. —¿Quién puede haber sido? —Vanesa se baja de mis rodillas y sale corriendo aturdida. Yo la sigo.

En el dormitorio, Emilia sentada en su cama, sudorosa, nos mira aterrada. Vuelve a dar un espantoso grito. Cerdio duerme junto a ella, como si nada.

—¡Me quieren coger! —grita Emilia, con ojos desencajados, fuera de sus órbitas. No logro distinguir la dirección en la que Emilia mira, cuando me agacho y poso mis manos sobre sus temblorosos hombros.

—¡Tiene alucinaciones! —exclama Vanesa acercándose más a ella.

—¡No te muevas! —grita otra vez Emilia. —Cuando te mueves veo que se acercan a mí para aplastarme—. Y llora en un llanto histérico. —¡Quita las toallas de delante! —exige chillando, cuando en realidad no existe ninguna toalla delante de ella. —¡Quita de mis ojos todo lo que se mueva!

—Tiene alucinaciones desde el día que durmió en tu piso —afirma Vanesa preocupada. —Está muy caliente, como si tuviera fiebre —dice pasando la palma de la mano por su frente. —¿Crees que se le puede parar el corazón?

Capítulo 8

En un rincón del laboratorio, debajo de una de las estanterías, abro una saca grande de tela, y ayudándome de un cucharón con mango de aluminio, me dispongo a coger un buen puñado de citrato de sodio. Para mi sorpresa, el saco está bajo mínimos.

—Tienes que hacer un pedido de citrato de sodio urgente —reclamo a Laura. —Nos hemos quedado sin reservas. Haz una llamada telefónica y pide una saca de cincuenta kilos, o mejor dos.

—Ayer mismo contacté con todos los distribuidores, tanto nacionales como internacionales, a más de diez mil kilómetros a la redonda —me dice—, y todos me confirmaron que no existe disponibilidad. Todas las provisiones de citrato de sodio se encuentran agotadas.

—¿Cómo es eso posible? —refunfuño, mientras me concentro en buscar una solución. Este contratiempo va a acarrear un retraso importante en los planes de la empresa. Imposibilitará el tener la muestra definitiva del perfume adaptativo para finales de año.

—Lo sé —Laura afirma con rotundidad, subiendo los morros, como si intentara sostener un bolígrafo entre la nariz y sus abultados labios, evitando ayudarse de las manos. —Me consta que se trata de un inconveniente bastante inoportuno—. Y como quien no quiere la cosa, desvía su mirada hacia la puerta para eludir toparse con mis ojos.

—Me temo que el tiempo de espera podría alargarse una eternidad. ¿Te han ofrecido los proveedores algún plazo estimado para cuando tendrán disponibilidad del producto? —le pregunto.

—Ninguna fecha —dice categórica, en un extraño gesto que parece alegrarle. —No me han dado ninguna previsión, aunque estimo que puede llevar semanas, incluso meses, hasta que la mercancía se reciba.

—Tienes que volver a telefonarlos, y mostrarte más incisiva —le pido. —El citrato de sodio es un componente fundamental. Sin él, el proyecto del perfume adaptativo está acabado.

—Haré todo lo que esté en mi mano para solucionarlo” y pasa la suave palma de su mano acariciando mi rostro, llenando mi cara con sus labios, en un cálido beso que humedece mi mejilla. —No te quepa duda—. Se retira de mí, caminando a través del laboratorio mientras escribe algunas notas en su

dispositivo móvil, rozando el filo de las mesas con las puntas de sus largos cabellos.

Todavía sintiendo la marca de su beso en mi rostro, me quedo pensativo. ¿Estará jugando conmigo al juego del ratón y al gato? Nunca hasta hoy había acariciado mi cara, y por descontado, nunca antes había besado mi mejilla, exceptuando el primer día cuando nos conocimos, otorgándome un beso forzado y circunstancial de bienvenida, sin ningún afecto. Sin embargo, hoy... —Se la ve alegre —me digo a mí mismo, mientras la observo como se va alejando entre las mesas.

Al salir del laboratorio, me tropiezo en mitad del pasillo con Felice. — Me alegro cruzarme contigo —me dice—. A decir verdad, venía en tu búsqueda.

Aunque no pierde su media sonrisa, Felice presenta un aspecto más deteriorado, si lo comparo al día en que nos conocimos. Sus ojos hundidos en sombras, dan fe de su cansancio. Me pregunto cuántas horas dormirá al día. Quizá se quede las noches en vela. Pero ¿haciendo qué? Es obvio que está perdiendo el pelo. Sus entradas, más pronunciadas, así lo demuestran. En su cargo de director de la empresa, puede que gobernar el proyecto del perfume adaptativo requiera de un esfuerzo mucho más sacrificado y exigente de lo que yo estimo.

—¿Andaba buscándome? ¿Y de qué se trata? —le pregunto con cierta inquietud.

—Pues verás —me dice. Y deja entrever su lengua que sale entre sus labios, buscando las palabras con las que expresarse, como si quisiera abrir un prolongado hueco en el tiempo. Echa su brazo por encima de mi hombro mientras caminamos a lo largo del pasillo, a paso lento, en sentido contrario al que yo me dirigía. —Necesito que hagas algo por mí —me suelta al fin, con voz enigmática. Imagino que tender el brazo por encima del hombro forma parte de su estrategia para conseguir cada vez lo que desea. —Hoy, después de la jornada laboral tendrá lugar el certamen anual, un encuentro informal de la empresa con sus inversores. No es más que una conferencia que realizamos cada año, con el fin de acercar posturas e informar a nuestros accionistas de los recientes progresos realizados. Acarreo algunos problemas de salud —y tras mencionarlo, como si quisiera realizar una demostración, tose varias veces. —En estos últimos días me siento un poco estropeado. Como ya habrás imaginado, en años anteriores he sido yo quien ha subido a la tarima del auditorio para informar a los inversores. Sin embargo, me gustaría que

participaras de forma activa en el certamen de este año, que alzaras tu voz para que todos te conocieran, y ofrecieras un gran discurso delante de nuestros inversores. Quisiera que fueses tú, hijo, quien saliera al estrado y hablaras en tono coloquial, sin tecnicismos, sobre los avances logrados hasta la fecha en el proyecto del perfume adaptativo. Quién mejor que tú para explicar todos los pormenores. ¿Tengo razón?

Mientras Felice me habla, Laura se aproxima hacia nosotros.

—¿Qué me dices, hijo? ¿Podrás salir ahí fuera, coger el toro por los cuernos, y dar un discurso ejemplar, como Dios manda, para que todos los oyentes de la conferencia se queden con la boca abierta de admiración? Supone una gran oportunidad para ti. Si lo haces bien, servirá de escaparate para que otros inversores se planteen el invertir en nuestra empresa.

—¡Yo redactaré su discurso! —exclama Laura entusiasmada, deteniéndose frente a su padre.

Una carcajada hace tiritar las puertas a todo lo largo del pasillo. Es la voz exaltada de Felice, festejando la iniciativa de su hija. —¿Lo ves? —pregunta dándome un buen achuchón contra su pecho. —Con la ayuda inestimable de Laura será pan comido—. Y se ríe de nuevo. —Solo tendrás que leer en público lo que ella escriba.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero no —respondo a Laura con tajante serenidad. —Puedo valérmelas por mí mismo sin necesidad de recitar como un papagayo lo que tu papel me diga.

—Hijo, no me cabe duda de tus magistrales dotes para enfrentarte a un público de cientos de personas —comenta Felice en tono reconciliador—, pero siempre será de mayor ayuda si lo llevas escrito. ¿Estás conmigo? Además, fijate en la cara de Laura. Arde de ganas por ayudarte a redactar tu discurso.

—¿Por qué me comunicas tus cambios de planes a última hora? —me quejo a Felice. —¿No podías habérmelo comunicado con más antelación?

La presión ejercida por mi jefe y su hija, hace que la balanza se tambalee a su favor. —De acuerdo —digo a Laura a regañadientes. —Escríbeme el discurso”.

—¡Bien hecho! —exclama Felice, y levanta su brazo de mis hombros, girando su cuerpo, con intención de marcharse. —Te veré esta noche.

—¡No tan deprisa!” Mi inesperado comentario hace que se detenga. —Yo también tengo algo que pedirte —le digo.

—¿De qué se trata, hijo?

—Quiero que instales una máquina expendedora de zumo de naranjas justo a la entrada al laboratorio.

Felice se ríe en otra sonora carcajada. —Eso está hecho, aunque me resulta extraño verte tan exigente. Ojalá todas las peticiones que recibo fueran tan sencillas como la tuya.

—También quiero otra máquina expendedora de zumo de naranjas en la entrada principal a la empresa, otra más a la salida de los servicios, tanto de señoras como de caballeros. Y por último, una en la puerta del almacén, y una más antes de llegar a las calderas.

—Cuidas tu salud —dice Felice encaminando sus ojos a mi rostro. —Desconocía tu afición por beber zumos. La gran mayoría de los empleados en la empresa prefiere el café. De hecho, es lo que ahora me pide el cuerpo: tomar una taza de café bien cargado—. Sus oscuros ojos apuntan a su hija. ¡Laura, ya lo has oído! —continúa Felice, alzando la voz, como quien toma una decisión indiscutible que no tiene vuelta atrás. ¡Instalaremos un exprimidor automático de zumo de naranjas en cada rincón de la empresa!

Laura y su padre se marchan juntos. Dialogan caminando por el pasillo, en una conversación que escapa a mis oídos. Sus murmullos se vuelven ininteligibles a medida que se alejan. Por mi parte, decido volver al laboratorio, no sin antes visitar el servicio de caballeros.

Al cabo de un par de horas, Laura aparece ante mis ojos con triunfante sonrisa. Lleva en sus manos unos papeles. —Ya lo he terminado —me dice—. Léelo en voz alta. Te servirá de entrenamiento.

Sus ojos centelleantes, cargados de una inusual emoción, no me dan alternativa más que la de leer su escrito. Acercándolas a mi rostro, sostengo tres hojas escritas a imprenta por ambas caras.

—No debías haberte tomado tantas molestias —le sugiero.

—¡Vamos! ¡Léelo! —me reitera.

Sin más demoras lo leo: —¿a quién no le gustaría dejar un rastro de perfume al caminar, que hiciese a la gente querer volverse a conocer quién eres? —Levanto mi mirada para detenerme en los ojos de Laura, pues la primera línea de su discurso me deja atónito, lleno de fascinación. —¿Y qué pasaría si además, esa fragancia oliera diferente, y te envolviera en un aroma distinto, cada vez que la aplicaras en tu cuerpo desde un mismo envase? Un día olerías a un aroma, y al siguiente día a otro, siempre utilizando el mismo frasco. Señoras y caballeros, este es el secreto del perfume adaptativo.

Me quedo muy sorprendido, boquiabierto, estupefacto. El comienzo de la

narración de su discurso supera con creces mis expectativas más exigentes. — ¡Has redactado un discurso maravilloso! —la felicito.

—Gracias —responde, absorbiendo como una esponja mi cumplido. — Deseo poner mi granito de arena para que el certamen se convierta en un éxito, y espero haber contribuido con esta redacción —me dice.

Sin pretender leer la totalidad de los tres folios redactados por Laura, tomo al azar uno de los párrafos escritos más adelante, casi al final del discurso. —Animo a los accionistas a invertir en un proyecto viento en popa, como lo es el proyecto del perfume adaptativo.



Escucho unos pasos. Más bien es el crujir del suelo de madera lo que me ha alertado. El sonido del agua, abriéndose paso, interfiere en mis percepciones por descubrir quien se aproxima. Me apresuro a cerrar el grifo. Me quedo inmóvil, tan quieto que mi mano, en un gesto involuntario, se adhiere a mi pecho en mi intento por acallar mi respiración. Transcurren unos segundos eternos en el que tomo consciencia de que estoy solo, con la salvedad de una mosca posada en la pared. —¿Por qué habrán rechinado las maderas del suelo? —me pregunto, mirando a la puerta de salida del cuarto de baño, con toda mi atención concentrada en el sentido del oído.

Tras una breve espera sin extraños ruidos, la sensación de alarma desaparece en mí. —Habrà sido el viento —me digo. —Al fin y al cabo, la ventana del salón está abierta, y puede que el viento la haya movido—. La conclusión a la que llego me calma, no le doy más vueltas a lo ocurrido, y reabro otra vez el chorro de agua.

De pronto, un nuevo crujido del suelo me atemoriza, pisadas cada vez más intensas, pasos que se acercan. La sospecha de no estar solo cobra fuerza en mi consciencia. La manilla de la puerta se acciona, el tirador se mueve despacio hacia abajo, y la puerta se abre con prudencia.

—¡Uff! ¡Me has asustado! —resoplo aliviado. —¡Rápido! Entra y cierra. Estás dejando escapar todo el calorcito del vapor acumulado —te digo.

Te asomas con recato al cuarto de baño. Lo que oyes es el sonido del agua correteando. Cierras la puerta y te quedas de pie, como una estatua, mirándome sin pestañear, fijando tus ojos en mí, de igual manera a como me observa Cerdio cuando me estoy zampando un bocata.

—Toma asiento —y señalo a un pequeño taburete situado en una esquina.

Después de titubear, decides sentarte en el banquito de madera.

—Espero no ser el primer hombre al que ves desnudo —sonríó a la vez que me miras un tanto desorientada.

—Voy a dar una charla acerca del perfume adaptativo en la sala de congresos y conferencias. Ya te explicaré otro día qué es eso del perfume adaptativo.

—Sé lo que es —respondes ensanchando los ojos. Apoyas tu espalda hacia atrás sobre las frías baldosas, y observas el agua caliente caer por el mojado pelo de mi cabeza, resbalando por mi cuello y alcanzando mis hombros. Gotas de agua recorren mi pecho y bañan mi estómago. Líneas de agua, muy juntas, se deslizan hacia abajo por mis costados.

De pie, siento el frío de las baldosas pegadas a mi espalda. Recostado sobre ellas, dejo caer el agua caliente sobre mí. Tu espontánea mirada no otorga mayor transcendencia al hecho de que, delante de ti, tienes a un hombre desnudo, como si mi cuerpo, despojado de ropas, fuera de lo más natural para ti. Tu cara me inspira tranquilidad. Podrías gritar, apartar la mirada, o salir corriendo despavorida. Y sin embargo, me miras como si sintieras mi respiración, como si pudieras anticipar cada una de mis reacciones. Y mientras tu cara se humedece al vapor de agua que sobrevuela en el ambiente, la forma en que me miras hace que me sienta cercano a ti, como si ya conociera tus expresivos ojos desde un largo tiempo.

Sentada en el taburete, observas los ríos de agua que salen desde la ducha, canales que estimulan con intensidad mi piel. Una piel, sin tatuajes ni vendajes, por la que mis manos se deslizan. La pastilla de jabón de Aleppo deja un áspero tacto en mis costillas. Una rugosa sensación al jabón sobre mi ombligo encoge mi estómago. Mis manos, manchadas en jabón, se refriegan por mi vientre y ensucian de espuma blanca mi cuerpo. Vislumbro el reflejo en tu cara de una descabellada idea, en ese breve instante en que mis manos cubren mis pectorales, y ocultan de tu vista mis pezones.

—No uso esponja —te digo con una media sonrisa—, solo mis manos — y me envuelvo en jabón. Me devuelves la sonrisa al tiempo que juegas con las mangas sudorosas de tu blusa, y resoplas hondo.

La espuma chorrea por mis codos. Me enjabono la cabeza. Mi postura, con codos abiertos, hace que mi pecho sobresalga. —Ya no me queda nada que esconder de ti. Este es el cuerpo con el que vine al mundo —te digo. El vaho se expande sin pausa y termina por empañar todo el cristal del espejo.

—Me escondes lo que guardas en el cajón de tu escritorio —me

recuerdas.

Sumerjo mi cuerpo en chorros calientes de agua para aclararlo, entretanto minúsculas gotas de agua alcanzan tu cara y te salpican. Unas pequeñísimas gotas vuelan hasta tus labios, y otras hacia tus mejillas.

Me giro de espaldas a cerrar el grifo, una vez termino de ducharme. Justo al girarme, oigo que sale de ti una deliciosa y sonora risotada. Me vuelvo para mirarte, cuando aún, cubriéndote la boca con tu mano, sigues riéndote.

—¿A qué viene tanta risa? —pregunto desconcertado.

—No te enfades, pero me ha dado la risa al contemplar tus lunares — contestas con mejillas encendidas. Y sin poder evitarlo, una imponente seriedad se apodera de mí. —Me han encantado los dos lunares redondos, tan juntos, en el cachete izquierdo de tu culo —añades, conteniendo tu risa.

Tu cara no puede ocultar tu sorpresa ante el semblante inexpresivo de mi rostro. Te miro muy serio, habiendo perdido el dibujo risueño en mi cara, como cuando un asunto se torna importante y trascendental.

Tus palabras han inyectado en mi mente una idea, y un ardiente deseo ha surgido en mí. Es el deseo de besar cada lunar en tu cuerpo, de explorar cada centímetro de ti, de viajar a lo largo de tu piel y besar cada lunar en ti.

—Muéstrame tus lunares. Si están en tus manos, quiero besar con ternura las palmas de tus manos y lamer con mis labios la longitud de tus dedos. Si están en tu cuello, te absorberé con un abrasivo beso, más bien, un ligero mordisco lleno de apasionamiento. ¿Están tus lunares en tu espalda? Te recorreré a besos la nuca, cubriendo con un rastro de saliva cada una de tus vértebras, descendiendo con la humedad de mis labios hasta alcanzar tus nalgas, besándote en un reguero consecutivo de besos: uno, dos, tres... Mi viaje comenzará en tu frente, depositando en ella el caluroso aliento de mi deseo —me hablo a mí mismo, mientras te miro e imagino tu cuerpo lleno de lunares.

—¿He dicho algo que no debería? —preguntas con incertidumbre y cierto recelo, como si tu nerviosismo te envolviera, y tu tensión deseara esfumarse, junto con el agua, por el desagüe de la tubería.

Todavía con mis latentes deseos por besar tus lunares atormentando mi mente, mi cara recupera de nuevo la sonrisa. —¿Puedes pasarme la toalla?

Me das la toalla, que frotada en mi cabeza, seca mi pelo en un periquete. El vapor de agua desciende desapareciendo de forma paulatina, y el espejo, poco a poco, se aclara. Ambos nos vemos reflejados en el espejo mientras conversamos. —¿Cuánto tiempo te lleva secarte el pelo cuando te duchas? —

te pregunto.

—¿Tienes miedo de la conferencia? —Hablas sin contestar mi pregunta.

—Me siento un pelín nervioso por lo de hablar en público —respondo a tu interés poniéndome los calzoncillos—, pero no puedo decir que tenga miedo.

—¿Te quema la responsabilidad? —Tu segunda pregunta devuelve a tus ojos esa mirada curiosa que te caracteriza.

—Puede que sí... Intento buscar situaciones donde me sienta protegido —te digo.

—Todo va a salir bien —me serenas colocando tus manos en mis hombros.

Clavo mis ojos en tu cara, y siento el calor de tus manos resbalando por mis clavículas. —¿Alguna vez te has sentido desnuda, aun estando vestida?

—Sí,... ahora —me dices. Tus ojos miran mi pecho mientras abrocho mi camisa.

—¿Palomita o corbata?

—Corbata —respondes sin titubeos, con un respingo, como si te picara estar dentro de tu ropa. —Déjame desabrochártela. ¡Vas a asfixiarte con ese nudo!



Gente glamurosa de la ciudad y otras ciudades colindantes toman asiento en la sala de conferencias. Personas de aspecto acaudalado, vestidas en trajes de lujo, luciendo las últimas tendencias en moda, charlan unas con otras formando un gran revuelo.

Felice, trajeado con un impecable esmoquin, lleva un bolsillo en su pecho del que sobresale una rosa. Viste unos zapatos negros, tan pulidos, que brillan centelleantes a leguas de distancia. Su calvicie es tan aparente que ha empezado a peinarse por zonas. Algunos pelos cubren la zona norte de su cabeza, otros la zona sur.

—¡Bienvenido hijo! —exclama Felice, dándome una palmada en la espalda cuando paso junto a él. —Esta noche, todas las miradas estarán puesta en ti—. A su lado, le acompaña una pareja de la tercera edad, quien parece ser un matrimonio consagrado.

—Me salió buena —dice el marido, achuchando contra sus labios la arrugada cara de su esposa en un fugaz beso. —No me la dieron a probar.

Ella sonríe, un poco cohibida, en una inacabada sonrisa, entretanto Felice suelta una abrupta carcajada que hace a la gente volverse en el auditorio para conocer de qué se trata.

—Fue una decisión de sí o no, sin poder probarla —continúa hablando el marido. —Muy diferente a los noviazgos de ahora, en la que los novios se follan quince días con una, y quince días con otra, y devuelven a sus novias como si fueran un ticket de compra.

—Disc lpenme un momento —dice Felice, sacando un mechero de su bolsillo. —El deber del tabaco me llama.

Me despido de Felice. Ando por una alfombra amarilla. Miro el reloj y me percato de los escasos minutos que separan el inicio de la conferencia. La gente, que antes conversaba, ahora toma asiento en sus butacas.

La alfombra conduce al estrado. Subo unos escalones por donde los nervios se apoderan de mi estómago. Un cosquilleo en las rodillas y un nudo en la garganta me atormentan. El momento de mayor tensión ha llegado, en el que la responsabilidad de hablar en público, frente a cientos de personas, me aprieta.

Mientras asciendo uno a uno los peldaños, rebusco mi móvil dentro del bolsillo de mi pantalón. Lo palmo con mi mano y lo extraigo. Me apresuro a desbloquear su clave de acceso, y comienzo a teclear un mensaje con rapidez. Acabo de enviarte un mensaje.  Ya lo has recibido? Te echo de menos...

Desde lo alto del estrado, me abarca una sensación de inmensidad: hileras de personas me miran con suma atención a los ojos. Apoyo los papeles que Laura ha redactado en el atril, dándole unos golpecitos en el fondo para encuadrarlos. De pronto, se hace el silencio. Todos esperan mi voz.

De pie, en uno de los laterales del auditorio, diviso a Laura. Lleva un vestido escotado y ceñido a su cintura. A su lado, le acompaña un hombre alto. Es un gigante barbudo. Tiene los hombros tan anchos como un ropero de puertas abiertas. Laura lo abraza con infinita ternura, rodeando su cuello con sus manos. Se le ven muy acaramelados. — Son novios?  Por qué no me lo ha dicho antes? —pienso mientras miro a Laura abrazando al gigante.

Retiro el atril hacia un lado del estrado. No lo necesito. Sostengo en una mano los papeles, y en la otra el micrófono. Aclaro mi voz.

— A qu n no le gustaría dejar un rastro de perfume al caminar? —Inicio mi discurso de la misma manera a como Laura lo había planeado. —Un perfume que hiciese a la gente querer volverse a conocer qu n eres—. Y mientras hablo, vislumbro en las caras del público la expectación que mi

pregunta ha creado. Una expectación que apacigua mis nervios, y busco la cara de Laura para sonreírle por su buen trabajo.

A medida que el certamen se desarrolla, me siento más y más confiado, por lo que me permito momentos de improvisación, sin seguir a rajatabla el guion que Laura ha redactado.

—¿Alguien del público que desee acompañarme? —pregunto con voz amistosa a los invitados. —¿Dos apuestas señoritas dispuestas a subir al estrado? —Nada más mencionarlo, varias señoras se alzan de sus butacas como un resorte, con gran iniciativa. —Solo dos —reitero. Mi voz retumba con cierto eco a lo largo del auditorio. Las dos primeras mujeres suben los escalones, y las más rezagadas vuelven a sus asientos.

Dos mujeres, por encima de cuarenta años, más bien regordetas, posan de pie, sonrientes, una a mi izquierda y otra a mi derecha.

—Vamos a hacer una prueba donde necesitaré de vuestra colaboración —les hablo con el micrófono en mano. Ambas señoras, con una expresión en sus caras dispuestas a llevar a cabo cuanto yo les pida, asienten con la cabeza.

En el interior de media copa de agua, introduzco dos dedos. —Por favor, permítame —me dirijo a una de las mujeres. Vierto la humedad de mis dedos, en un sutil tocamiento sobre su cuello, por el que desciende rojizos mechones de rizado pelo. Introduzco de nuevo mis dedos en la copa, y los deslizo mojando el cuello de la otra señora, rociando de agua las puntas de su pelo.

La gente aplaude entusiasmada. Algunos de los espectadores se levantan.

—Huelo a agua derramada —digo acercando mi nariz, olisqueando el cuello de la primera señora. —Huele usted a...

—...rosas de invernadero —dice la mujer riendo, acabando mi frase.

Me dirijo hacia la otra señora y actuó del mismo modo. —Huele usted a...

—...monte de margaritas —replica la otra mujer, en una gran sonrisa.

—Dos olores diferentes procedentes de un mismo agua. ¿Cómo es eso posible? —pregunto mirando al público. También miro a Laura, quien susurra a su novio unas palabras al oído, el cual, tiene que encorvarse para que los labios de Laura lleguen a la altura de su oreja.

—Esto que ahora es solo agua —me dirijo con mi micrófono al auditorio —, olerá a un aroma diferente en cada una de ellas. Es la reacción del agua en cada piel, en cada cuerpo. La reacción química de un mismo frasco de perfume en el ciclo ovulatorio de cada mujer.

—¿Para cuándo estará listo el perfume adaptativo? —pregunta una voz

masculina desde el fondo del auditorio.

—Para finales de año —respondo, sin poder atisbar desde la oscuridad, en la lejanía del público, quien ha preguntado.

Me acerco a una de las damas que han subido al estrado y le pregunto. — Si no es adentrarme demasiado en su intimidad personal, ¿podría indicarnos a todos los aquí presentes, en cual fase de su ciclo ovulatorio se encuentra?

La mujer contesta sin apuros y la gente aplaude levantada de sus asientos. —¿A qué se deben tantos aplausos, si es solo una prueba con agua? —pienso.

Para finalizar mi discurso, me ciño a lo redactado por Laura. —Animo a los accionistas a invertir en un proyecto viento en popa, como lo es el proyecto del perfume adaptativo—. Miro a Laura sonriendo, quien susurra al oído a su novio de nuevo. En el mayor aplauso recibido, el novio de Laura sube por la alfombra amarilla, con paso diligente, y se dirige al estrado.

—¡Tenemos un invitado! —me dirijo a la gente apuntándolo con mi dedo. —¡Un gigantón ha venido a visitarnos! ¿Quiere participar en el show?

Saca su mano de su bolsillo, y después, siento un fuerte dolor en la cara, más bien en el ojo. Estoy tumbado, creo que en el suelo. La copa de agua se ha derramado en mi pecho. Pero no es agua lo que palmo, tiene una textura más espesa. ¿Sangre? Escucho el alboroto de la gente. Están gritando. No puedo oír lo que dicen ni distinguir lo que hacen. La cabeza me da vueltas, y veo difuminado. Paso mi mano por mi cara. Mi mano teñida en color rojo. Me mareo. ¿Qué me pasa? Creo que estoy perdiendo el conocimiento.

Capítulo 9

Me despierto y lo primero que veo al abrir los ojos es a Vanesa y a Emilia. Vanesa salta al borde de la cama. —Has pasado la noche en el hospital —me dice—. Tienes un traumatismo craneal según el parte médico—. Sus palabras se precipitan por salir de su boca, como si llevara tiempo aguantándolas dentro de sí misma para comunicármelas.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —pregunto a Vanesa, mirando a uno y otro lado de la habitación, desde la cama donde me encuentro tendido.

—Te trajeron en ambulancia.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —pregunta Emilia. —Lo tienes morado.

Acerco mi mano a la cara para tocar mi párpado. —¡Ah, como duele!” Un dolor estrepitoso se me irradia a la cavidad del ojo. Rechino los dientes como si aquello ayudase a soportar el dolor. Suspiro y me repongo. —Me tropecé con el gato en casa, se me liaron los pies, y me di de lleno con el grifo del lavabo —respondo.

—¡Eso es mentira! —replica Emilia. —No tienes gato en casa.

—¡Que niña más lista!” Giro la cabeza para dirigir mi sonrisa hacia Emilia. —Me has pillado. Se me había olvidado que no tengo gato.

—La hinchazón del ojo es muy aparatosa a la vista, pero no hay nada de lo que debas preocuparte —comenta Vanesa poniendo su mano en mi mejilla para darme ánimos. —El doctor se ha pasado hace un rato, y no ve inconveniente en darte hoy el alta médica.

Me quedo pensativo, viviendo en mi propio mundo, como si estuviese solo en la habitación. Vanesa sigue hablando pero ya no la oigo. Solo me escucho a mí mismo. Intento recordar todo lo acontecido en el día de ayer: la conferencia, el glamour del ambiente, las luces, los focos, el micrófono, los trajes de los invitados, mi nerviosismo subiendo las escaleras, mi mensaje al móvil, las miradas de los espectadores, los aplausos, las señoras que subieron al estrado, Felice, Laura, el gigantón de su novio, la sangre... ¿Qué pasó? ¿Por qué tengo el ojo hinchado?

Mi mente vuelve a la habitación del hospital y recobro la conversación que mantengo con Vanesa. —Pronto podrás volver a casa —dice mi vecina, sonriéndome y llenándome de cuidados. En ese instante, el médico llega para inspeccionar el estado de mi ojo.

—¿Por qué te han pegado? —pregunta Emilia. —¿Hiciste algo malo?

¿Me pegaron? ¿Pero por qué? Su pregunta no encuentra respuesta en mi cabeza. Todavía siento el sonido ensordecedor de los aplausos, la gente levantada de sus asientos, y esa sensación de euforia que me embargaba.

Tal como Vanesa predijo, recibo el alta médica en un santiamén, pero en vez de dirigirme al edificio donde vivo, me voy flechado a la multinacional de perfumes. Necesito averiguar qué pasó al final de la conferencia.

Tan pronto como entro por la puerta de la empresa, la recepcionista me indica que Felice ha telefonado para que me reúna con él en su despacho. Al entrar, encuentro a Felice sentado a su mesa escribiendo unas notas.

—Ayer diste un espectáculo bochornoso —habla sin mirarme mientras continúa ocupado con su bolígrafo.

—Mi ojo del color y tamaño de una berenjena, y ni siquiera se digna a interesarse por el estado de mi salud —pienso indignado.

—Me has decepcionado—. Retira la silla para levantarse desde su mesa de despacho aún sin dirigirme la mirada. Apoya ambas manos sobre la mesa y se mantiene con cabeza gacha.

—¿Se refiere a mi idea de aplicar agua en el cuello a las señoras? Pensé que sería una idea divertida. De hecho el público la aplaudió —digo en mi defensa.

—He hablado largo y tendido con Laura de lo sucedido anoche. Laura está muy abrumada y afectada por tu comportamiento—. Justo tras hablarme del estado de Laura, levanta sus cejas para mirarme a la cara.

—¿A qué comportamiento se refiere? —pregunto aturdido.

—¿Aún tienes la caradura de preguntar de qué comportamiento hablo? —Me grita con el rostro desencajado, dando un puñetazo en la mesa. —¿De tus miraditas a su escote! —añade, echando fuego por los ojos. —Laura me ha manifestado, llorando y acongojada, que estuviste mirándola de forma lasciva durante todo el maldito tiempo que duró la conferencia. La acosaste con tus miradas hasta tal punto que la agobiaste, la hiciste sentir incómodo, y no tuvo más salida que compartir su infelicidad con su novio. Y claro, luego pasó lo que pasó: te zurraron delante de todos.

—¿Qué? No puedo creer lo que estoy oyendo. Es cierto que miré a Laura en varias ocasiones, pero lo hice desde la perspectiva del respeto, enorgulleciéndome por el discurso tan enriquecedor que había redactado.

—Hijo... —habla Felice con una tranquilidad ceremoniosa, donde parece que ya se le ha pasado el enfado. Abre el primer cajón de su mesa de

escritorio, enciende un puro, y le da una prolongada calada, aun sabiendo que no está permitido, de ninguna manera, fumar dentro del recinto de las instalaciones de su empresa. —¿A quién quieres engañar? —me dice, echando una bocanada de humo espeso. —Todos aquí en la empresa sabemos que intentaste ligar con mi hija, y que Laura te dio calabazas.

—¿Calabazas? Ni siquiera acudí a su cita —replico escudándome. — Sabía de antemano que no vendría.

Felice camina caviloso, deliberando como proceder en su cabeza, estampando su huella a cada paso en la moqueta del suelo. —Debería abrirte un expediente por acoso sexual —me recrimina y sigue caminando. —E incluso ir más allá, despedirte de forma fulminante e irrevocable de la empresa—. Se detiene, alza la vista al reloj colgado encima de la puerta, y da una nueva calada a su puro. —Laura ha solicitado unos días de baja laboral. Necesita recuperarse de los traumas psicológicos que le has causado.

—Creo que... —intento expresarme pero enseguida Felice me interrumpe.

—Te gusta balconear, ¿verdad?

—¿Balconear? —me mantengo mirándolo sin saber de qué está hablando.

—Ya me entiendes. Echar miraditas descaradas. Subir a los balcones y mirar las tetas y el culo a las chicas desde todos los ángulos.

—Bueno... ya que lo menciona... —le digo. —Me distrae pasar tiempo mirando por la ventana pero...

—No solo Laura, tú también necesitas un descanso —me sugiere. — Algunas tardes después del trabajo, yo y mis allegados, la cuadrilla, solemos salir a tomar unas copas, y pasar un buen rato. Únete a nosotros esta tarde en la taberna de Juan-De. Te vendrá bien para descargar tensiones.

Su propuesta me coge desprevenido. ¿Me echa una bronca que casi me expulsa y ahora me invita? ¿La cuadrilla? No hallo sentido a sus palabras. No obstante, acepto a fin de calmar el enraizado ambiente que se ha formado.

El interior de la taberna de Juan-De me recuerda en muchos aspectos a La-Prisión. Otro bar de borrachines, apestando a cerveza vomitada y esparcida por todos los rincones. Un lugar insano y maloliente que deja mucho que desear en cuanto a medidas de higiene se refiere.

—¡Una ronda de cerveza para todos! —exclama Felice.

Lo noto feliz, a sus anchas, rodeado en un tumulto de gente. Se siente protagonista y no para de hablar. Conversaciones sin sentido que sirven para matar el tiempo. Y así, con una ronda tras otra, Felice y su cuadrilla de

empleados, en la que me incluído yo, nos inflamamos a beber cerveza.

—¡Salud, dinero y amor! —grita enardecido. —¡Un desgastado y desfasado dicho!” Con el rostro enrojecido, y varias jarras de cerveza en su estómago, Felice se propone dar una charla. —Lo más importante en la vida es el dinero —dice—, seguido de la salud y el amor. El dinero compra las medicinas que te curan, y también a las mujeres que te aman. ¡El dinero todo lo puede!

—¡Brindemos por el perfume adaptativo! —exclama la voz cantante del grupo, es decir, la de Felice, al que la cerveza ya se le ha subido a la cabeza.

—¡Viva la taberna de Juan-De! —gritan todos al unísono, chocando unas copas con otras.

—¡Viva la taberna de Juan-De, donde se toman decisiones a lo grande! —chilla Felice exaltado para que todos lo escuchen.

—¿Decisiones a lo grande? —me río conmigo mismo, un poco afectado por el alcohol. —Imagino las grandes decisiones que se toman en este lugar.

—A propósito, hijo —añade Felice después de engullir el enésimo trago de cerveza—, ya he movido los hilos para que mañana instalen los exprimidores automáticos de zumo de naranjas. ¿Te lo estás pasando bien? —Hace un gesto con su mano al camarero para que este traiga una nueva ronda de alcohol.

—Sí, claro —contesto a secas.

—Todavía queda por venir lo mejor —comenta con cierto sigilo.

Desciendo unas escaleras cuyas paredes de ladrillo conducen a un sótano. Paredes alicatadas con pegotes de cemento, rebordes de mala manera, y vigas de madera carcomidas por polillas. En la pared, un hueco en forma de cajón es el hábitat de un búho electrónico que se ilumina con una corona fluorescente. Me cuesta respirar. Mis pulmones se esfuerzan por tomar aire. Parece como si el sótano fuera la parte secreta del local, solo apto para socios aventajados. Una melodía sensual favorece el encuentro con el sexo opuesto.

—¡Hola guapo! —me saluda una mujer de largos cabellos rubios, con un generoso cuerpo, metiéndome sus succulentas tetas por la cara.

—¿La has oído? —se ríe Felice en otra carcajada. —¡Solo las mujeres que buscan desvalijar el bolsillo a los hombres te dicen guapo a la cara!

De pechos despampanantes, vistiendo poquísima ropa, se acerca a Felice otra mujer, ofreciéndole las insinuantes curvas de su femenino cuerpo. Felice coloca su mano en su desvestido culo, y le lanza un buen azote. Ella sonrío y le susurra un comentario en su oído, a la vez que tira de él para llevárselo. Con

una calada a su puro, Felice provoca que el humo se expanda, y sin prestar la más mínima atención a aquella jugosa mujer, se dirige a mí.

—No te divierte pasar tiempo con gente importante, ¿verdad hijo? ¿Acaso piensas que no me he percatado de lo reacio que te comportas bajo mi influencia? Estás distante, como si me rehuyeras.

—Pagar por follar no está en mi lista de predilecciones —respondo a Felice, apartando a la rubia de mi cuerpo. —Me resulta mucho más gratificante follar con mujeres que me desean.



Me vuelvo a casa resentido y también algo bebido. —No pretendo ser un clavo en un zapato, pero tampoco me gusta llevar la corriente a Felice si no pienso como él. Creo que no está siendo mi mejor día —me digo frente a la puerta, donde saco de mi pantalón un manojito de llaves y busco aquella que se corresponde con la cerradura.

Me descalzo de mis zapatos y mis calcetines al entrar al piso. Siento el tacto acogedor de la madera en mis pies. Mi apetito ha aumentado tras beber cerveza, y me pregunto si en la nevera quedará algún restillo de comida de ayer. Entro en casa sonriente, fruto del alcohol por mis venas, con una sonrisa pegajosa que enseguida se evapora. Lo que veo, me da un guantazo en la cara. Mis pies se congelan ante la fría incredulidad que recorre mi cuerpo.

—¿Se puede saber que estás haciendo? —te pregunto, tensándose mi mandíbula. Mi ojo, el ojo bueno, mira a tu mano hundida hasta el fondo, sujetando una llave, con tu brazo sumergido por encima del codo en espeso aceite. El interior de la vasija con forma de mujer esfinge alberga a tu entremetida mano. —Te pedí que no abrieras el tercer cajón de mi escritorio.

—Y no lo he abierto —dices contradiciéndome—, aunque iba a hacerlo —. Te apresuras a apretar los dientes con el gesto del que siente avecinarse la adversidad. —Hueles a cerveza. ¿Estás borracho?

—He tomado unas copas con el director de la empresa.

—¿Por qué está tu ojo inflamado? —me preguntas.

Aflojo la corbata de mi cuello, y la dejo caer sobre el respaldo de la silla más próxima. Me deshago de la correa, pasándola por las trabillas del pantalón, y la deposito también sobre la silla. Una hilera de gotas de aceite chorrea por tu brazo, y salpica en aceitosas manchas la madera del suelo.

—He sufrido un accidente de trabajo —te digo.

—¿Te has caído? —me preguntas.

—Sí, bueno... más o menos—. Paseo a lo largo de la habitación, observando con detenimiento cada cuadro sobre la pared, como suelo hacer cuando me siento nervioso o enfurecido, lo que amaina mis encrespados ánimos. —¿Te he pillado con la mano metida hasta el codo en aceite! La intriga te puede, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntas preocupada con temblor en los labios.

—¿No sabes a que me refiero? —Piso una gota de aceite con mi pie descalzo, y vistiendo aún el traje de la conferencia, con manos abrazadas detrás de mi espalda, observo uno de los cuadros sobre la pared. Luego me giro hacia ti.

—Imagina que estás viendo una película muy interesante, que te fascina. En el momento más enigmático, cambio el televisor a un canal distinto, por lo que te pierdes el final de la película. Eso se llama dejarte con la intriga.

—¿Te mataría si me hicieras eso! —exclamas con una sonrisa nerviosa entretanto te secas el brazo con un rollo de papel que encuentras en la cocina.

Sin prisas, como quien no quiere la cosa, camino de un cuadro a otro, y al llegar al siguiente me detengo, posando mis ojos en un extraño relieve.

—Nunca me gustó contemplar lienzos en paredes, y menos aún, pinturas abstractas que ni comprendo. Tan solo utilizo estos cuadros en mi propio beneficio. Sus pinceladas imprecisas y trazos inconcretos me calman.

—No te enfades conmigo —me dices. Tu comentario llega a mis oídos recorriendo la habitación a mis espaldas. —Mi curiosidad me pierde —añades. —Si algo me intriga, se me clava al pecho, y no puedo evitar desearlo.

—¿Sabes cuál es el lugar del cuerpo donde la felicidad se siente? —te digo.

—¿Cuál? —respondes.

—En el pecho. El pecho es el almacén de todas las alegrías del cuerpo.

—Enséñame que esconde el tercer cajón de tu escritorio —me exiges con voz autoritaria, lo que aparta mi mirada de los lienzos.

Camino aproximándome hacia ti, dando por hecho que ya has ojeado el primer y segundo cajón de mi escritorio. Observas con preocupación los puntos cosidos en mi ceja abierta. Tus ojos se llenan de compasión, como si vistieras un traje de enfermera, y quisieras tocar con tu mano la hinchazón de mi cara para sanarla, como si tu tacto tuviera un poder curativo similar a la lengua de un perro que lame sus heridas.

—¿Recuerdas la tarde lluviosa en la que nos mojamos? —me preguntas.

—Sí, la recuerdo. Aún retengo aquellos instantes en mi memoria —te digo.

—Después de aquel día, que acariciaste mis clavículas, confío más en ti.

—Y desde entonces, la tentación te persigue por leer mis cartas —te sonrío.

—No solo las cartas. Tengo otras tentaciones —y resoplas en un suspiro que te vacía el pecho. —Este piso se ha convertido en un refugio para mí — me dices mirando alrededor—, un refugio alejado de todo lo que conozco.

—De acuerdo. Sacia tu curiosidad —te digo. —Usa la llave y abre el cajón.

—Prefiero que seas tú quien lo abra —y me das la llave para que yo la introduzca en la cerradura, quedando el interior del cajón al descubierto.

—¡Oh, cuantas cartas rotas! —exclamas asombrada. —¿No hay nada más?

—Pues ya lo ves. Esto es lo que hay en el tercer cajón del escritorio: una moneda de ACLUS y un montón de cartas destrozadas por Cerdio.

—¿Te duele si te toco? —me preguntas mirando a mi ojo.

Realizas el amago de deslizar tu mano por la hinchazón de mi ojo, pero en su lugar, temiendo a que pueda dolerme, pasas tus dedos en una suave caricia por mi mejilla. Las yemas de tus dedos se pinchan con los emergentes pelos que, como un cepillo de alambres, tapizan mi creciente barba.

—Necesitas un afeitado —me sugieres con voz tierna.

—¿Alguna vez afeitaste la cara de un hombre?

Mi pregunta trae a tu rostro una sonrisa nerviosa, un tanto preocupada, que pronto se transforma en tu propia inquietud.

—Si nunca lo hiciste lo harás ahora —te digo. —Como bien me has sugerido, requiero de un afeitado, y dadas mis actuales dificultades de visión debido a mi caiga, y a mi falta de tino por unas copas de más, necesitaré de tu ayuda.

—Lo intentaré —respondes—, pero no me culpes si después te corto.

Y de ese modo, ubicados en el cuarto de baño, dispongo en tus manos una cuchilla de afeitar desechable, y un bote de espuma para el afeitado. Vierto un chorro de agua en el lavabo, colocando el tapón para que no se salga.

—Me pongo en tus manos —te digo.

Y me siento sobre el pequeño taburete en el que tú te sentaste. Mis ojos quedan a la altura de tus tetas. De pie, sumerges ambas manos en el agua del

lavabo. La tibia agua cubre tus muñecas. Te vuelves hacia mí. Tus manos en mi cara. Humedeces mis mejillas con agua templada, deslizando las mojadas palmas de tus manos por mi rostro. Acaricias la línea de mi mandíbula, abriendo mis poros, haciéndola sentir el delicado tacto de tus dedos, provocando que un hilo de agua resbale despacio por mi cuello.

—Le prometí a Emilia, la hija pequeña de mi vecina, que la llamaría para que me ayudase a reparar las cartas. Aunque, ahora que lo pienso, será mejor que no lo haga. No quisiera tentarla a que las leyera de nuevo.

—¿Todas esas cartas las escribiste tú? —me preguntas curiosa.

—No. Ninguna de ellas.

—¿Entonces? ¿Te las escribieron a ti?

—Tampoco fue así. Son cartas que se escribieron para otros —te digo.

—Si fueron escritas para otros, ¿cómo llegaron a ti? —me preguntas.

Tu pregunta hace a mi mente esforzarse en recordar tiempos pasados. —Recuerdo que fue un duro día de invierno. No llovía, sino diluviaba. El agua caía con tanta fuerza que hasta dolía. Más que llover, era como si te echaran un cubo de agua por encima. Conducía a través de una cortina de agua. Casi no veía. Con una lluvia tan intensa, iba retrasado con los repartos.

—La motocicleta disponía de un cajón para albergar las cartas. Y a medida que llovía, el retraso en la entrega de las cartas se acrecentaba, lo que provocó que me saltase las precauciones de conducción que debían tomarse en días de lluvia intensa.

—En uno de los giros las ruedas patinaron, y en menos que canta un gallo, perdí el control de la moto, y me vi frustrado en el suelo, deslizándome sobre el asfalto. La desdicha quiso que, en mi caída, el cajón con las cartas se abriera, y todas las cartas quedaran desparramadas por el piso de la carretera.

Echas un chorro de gel en el hueco de tu mano a la vez que me escuchas, y lo refriegas por mi cara, masajeando en círculos la piel de mi rostro, hasta convertir el gel en una espesa espuma blanca. Esparces la espuma por mis mejillas, a lo largo de mi mandíbula, la untas en mi garganta, cubriéndola con una blancura irregular, y con dos dedos, me dibujas, entre mi nariz y mi labio superior, un bigote.

—Una isla nevada se ha formado en tu cuello —me dices riendo, como si desearas aterrizar tus labios en la blancura sobre la superficie de aquella isla.

—La gente transitaba a mi lado, por las aceras, preocupada de que la lluvia no la alcanzara. Nadie acudió en mi ayuda. Nadie en la calle se detuvo para saber que me pasaba. Con sus paraguas, los transeúntes andaban al lado

de mí, y continuaban su camino. Me miraban como si no fuera con ellos. Los automóviles tampoco se detuvieron. En mi loca agonía por recoger todas las cartas a tiempo, perdí la noción del peligro, y expuse mi cuerpo empapado, tirado sobre el asfalto, a ser aplastado. Un camión me alertó con su bocina para que me apartara de inmediato, y a punto estuvo de atropellarme. A su paso, arrolló a un puñado de cartas que se adhirieron a su rueda trasera. Dos de estas cartas giraron, una y más veces, en un sin fin de vueltas, como dentro del bombín de una lavadora, sufriendo el dolor de sentirse atropelladas de forma reincidente, violadas, cada vez que la superficie de la rueda las aprisionaba contra el suelo. Cartas que, con el mojado del asfalto se debilitaron hasta romperse en pedazos, mientras yo gritaba y las veía como se alejaban. Esas son las cartas que guardo en el tercer cajón de mi escritorio.

—¿Y qué ocurrió después? —me preguntas casi con lágrimas en los ojos.

—Las cartas quedaron tan deterioradas que, en la empresa de correos las catalogaron de inservibles. Lo que vino después fue una lluvia de quejas y reclamaciones por parte de los remitentes de dichas cartas. Me despidieron por ello. Perdí mi trabajo.

—¡Piérdete de mi vista y llévate contigo esas putas cartas desechas! Así fue como me despidió mi jefe, con una sonora patada en mi culo.

—Me sentí abatido, delante del cubo de la basura, después de arrojar los sobres y hojas partidas. Pero justo en ese instante, observándolos depositados en el fondo del cubo, un fuego ardiente, dentro de mí, hizo que resurgiera de mis cenizas. Me agaché y rebusqué entre los desperdicios cada trozo de papel, para devolverlos conmigo. Entonces, me armé de paciencia para recomponerlos. Y mientras leía cada pasaje de esas cartas, a fin de poder encajar unos trozos rotos con otros, mi impaciencia me devoró por dentro. A medida que avanzaba en la restauración, cada fragmento leído abría mis ojos, los hacía más grandes, expandiendo mi mente a límites que jamás pensé que existían.

—¿Me permitirás que lea esas cartas? —te diriges a mí, solicitando mi aprobación. —No puedo resistirme más. Tengo que leerlas —añades intrigada.

—Primero habrá que repararlas. Están todas mordidas por los colmillos de Cerdio, el perro de mi vecina.

—Ya sé quién es Cerdio —dices sonriendo, con una risa burlona.

—¿Ya lo conoces? —y me quedo mirándote perplejo.

Ascienes la cuchilla por mi cuello haciendo una pasada, creando un

sendero de alisada piel por donde antes solo habitaban pelos. Con manos temblorosas, pasas la cuchilla por la nuez de mi garganta. El filo cortante de la cuchilla, en su viaje sobre una alfombra, rasura mi cuello hasta el último pelo. Tienes miedo a cortarme. Lo noto en tu respiración irregular, que baña, con una brisa intermitente de aire acalorado, mi frente.

—Ponte de pie —me ordenas. —Tu barbilla me queda muy baja.

Y hago lo que me pides. Me pongo de pie ante ti. Mis pectorales, tan próximos a tus pechos, que casi se tocan. Tu mano, apretando mi mejilla, tensa mi piel, antes de raparla. Siento el gélido tacto del metal afilado recorriendo el estrecho cerco de mi blanco bigote.

—¿Por qué guardas las cartas con llave? —me preguntas, al tiempo que una firme pasada de la cuchilla termina su recorrido por mi barbilla.

—Son cartas privadas. Se redactaron para ser leídas por un destinatario en concreto. No fueron concebidas para que otras personas supieran de ellas. No se escribieron para ser divulgadas al público en general. Algunas cartas narran sentimientos muy íntimos y profundos. El destino quiso que, por los avatares de la vida, yo las leyera.

—Si sigues hablando, voy a cortarte, y no quiero hacerlo —me adviertes mientras repasas mis patillas con la cuchilla. ¿Qué te han dado esas cartas que antes no tenías?

—Esas cartas me han concedido un saber que no poseía. Pero sobre todo, creo que han despertado en mí, mi lado más soñador y romántico.

—Y ahora que ya lo sabes, ¿qué vas a hacer con lo aprendido?

—Algunos días, tras volver del trabajo, escribo relatos cortos, historias que surgen en mi mente, basados en los sucesos acaecidos en dichas cartas.

—¿Me dejarás que lea todos tus relatos? Creo que se te da bien escribir —dices. —¿Por qué no publicas esas historias? Escribe una novela con ellas.

—No sé —te digo. —Un lado de mí desea contar al mundo lo que aprendí de aquellas cartas. Otra parte de mí, teme desvelar un conocimiento que fue expresado en privado. ¿Debería propagar el saber que me ha sido otorgado?

—Escríbelo, y yo seré la primera en leerlo —me dices.

—La gente busca un empleo estable, bien remunerado, y yo lo poseo. No me puedo quejar por ello, aunque es cierto que, después del incidente de la conferencia, el futuro de mi puesto de trabajo pende de un hilo. Mi sueldo supera con creces mis mayores expectativas salariales. Admito que, muchos lo darían todo por ocupar un cargo destacado como el que ocupo.

—El proyecto del perfume adaptativo es ambicioso. Sin embargo, aunque me apasiona, mis pretensiones son diferentes. Busco tener más tiempo libre para mí. Quizá suene egoísta. Trabajar hasta diez horas al día, en el laboratorio, no entra en mis planes de futuro a largo plazo. No es el estilo de vida que había soñado. Yo quiero viajar, recorrer países, conocer culturas, visitar lugares recónditos, y descubrir olores desconocidos dispersados por la naturaleza.

—La ocurrencia de abandonar mi empleo ha cruzado hoy mis pensamientos, mientras yacía tendido en la cama del hospital. ¿Debería renunciar a mi empleo como perfumista y emprender un nuevo periodo en mi vida como escritor? Circulan por mi mente pensamientos extraños que me alejan de la multinacional de perfumes. No obstante, el proyecto de Felice Feltali me gusta tanto que, tengo que luchar con mis demonios si pienso en abandonarlo. Una decisión que crea una gran incertidumbre en mi estómago.

—No saltes al vacío. Tómalo con calma —me aconsejas. —Acumula dinero para dar el salto, lo que te dará tiempo para dedicarte a escribir, sin tener que ir al laboratorio cada día. Solo en ese momento, podrás abandonar tu trabajo como perfumista. ¿Será un libro romántico? —me preguntas.

—¿Estás segura de lo que dices? —Un escalofrío me llena de interrogantes.

—Sí, lo estoy —respondes en un tono convincente que no deja resquicio a las dudas. —Me encantaría que escribieras el libro que llevas dentro.

Capítulo 10

La lámpara de metal cromado, de luz débil y anaranjada, sobre la mesa del escritorio, presenta algunos desconchones. Un bolígrafo azul, con el capuchón perdido, sobresale del bolsillo de mi camisa. Me levanto de la silla y me acerco a la estantería, a por mi laptop. Refriego la manga de mi camisa por su funda amarillenta, desempolvándolo. Lo desenfundo, deslizándolo a lo largo del interior de su funda, hasta extraerlo. Lo coloco sobre el escritorio y conecto su clavija a la corriente eléctrica.

En ese preciso instante, alguien llama a la puerta. Giro la cerradura para abrirla. —¡Ah, eres tú!” Tan pronto como te veo, algo de tu presencia me resulta extraño. —¿Qué te has hecho en el pelo? Te noto diferente—. Con una sonrisa comedida, permaneces de pie, al otro lado de la puerta. —¿Te lo has cortado un poco? Date la vuelta. Quiero ver cómo te queda por detrás.

Como una bailarina, casi de puntillas, giras sobre ti misma, como rota un paraguas en un día de lluvia al girar su mango. Tu pelo vuela alrededor de tu cara. Tu apaciguada sonrisa se expande y tu alegría radiante me contagia. Nunca antes había visto en ti una sonrisa tan repentina y deslumbrante.

—Cuando una mujer se corta el pelo significa que quiere dejar atrás una etapa de su vida y comenzar otra nueva, un periodo distinto —pienso para mis adentros, mientras te miro y comparto contigo tu alegría. —¿Será ese el motivo por el que te lo has cortado?

Entras en el piso y te descalzas. Doblas tus rodillas y te sientas frente al escritorio, en una robusta y desgastada silla de madera, estilo campechano. Tu cara se encoge en un gesto de dolor, cuando al reclinarte sobre su respaldo, los barrotes de madera se clavan como agujas a tu espalda.

—Me encantaría tener una silla más moderna que se balanceara —te digo, mientras me alargo al sofá en busca de un confortable cojín. —Debería pedirle una mecedora a mi casera o comprarla yo mismo—. Coloco el cojín en la silla, justo detrás de ti, a fin de amortiguar la agonía de tu espalda. En una silla tan desajustada, cada vez que te mueves, los quejidos de la madera interrumpen nuestra charla.

Junto al cuaderno, una taza de chocolate caliente desprende un olor tentador. Zigzagueantes hilos de humo ascienden desde el centro de la taza. —Algún día quisiera trabajar en una fábrica de chocolates —fantaseo, al tiempo

que respiro el agradable olor. El aroma a delicioso chocolate penetra por tu nariz. Miras al chocolate como si te apeteciera. ¿Quieres saborearlo? Ahueco mis manos para sujetar la taza por ambos laterales, acercándola despacio a tu rostro, sintiendo como el calor aumenta en mis manos.

Con gesto dubitativo, lo piensas un poco, antes de contestar. —Quizá más... ¡achís!... tarde —respondes con un estornudo.

—Como quieras—. Y degusto un sorbo de chocolate, tan caliente, que casi quema mi garganta. —¡Un sabor exquisito!

Tomas mi cuaderno de notas y ojeas algunas de sus páginas, pasándolas por delante de tus ojos. Y mientras las ojeas, el aire que produce el pasar las páginas refresca tu cara.

—Lo admito. Me has convencido —te digo, reconociendo tu poder de convicción. —Voy a escribir un libro.

Al verte pasar las páginas, ciertos recuerdos acuden a mi memoria, como cuando trabajaba en la tienda de jabones de mis padres, y aprovechaba cualquier resquicio al quedarme a solas, sin clientes que atender, para redactar algunos relatos cortos que aparecían difuminados en mi mente. A veces, historias disparatadas, que me apresuraba a escribir antes que se borrarán de mi ocurrencia.

—Te felicito por haber tomado esa decisión —me dices. —¿Cómo vas a estructurar el libro?

—Aún no lo he pensado. Tendré que dividirlo en capítulos. Sugiero que la trama del libro se fundamente en las cartas rotas que conservo, aunque no escribiré acerca de lo que las cartas dicen, sino de las sensaciones que al leerlas me transmitieron.

Abro el tercer cajón del escritorio y lo vacío. Extraigo todas las cartas hechas papeles rotos. Esparzo su contenido sobre la superficie de la mesa. —Yo me sentaré sobre el escritorio —te digo, apartando la lámpara a un lado para hacer un hueco donde asentar mi culo.

Recuerdo cuando mi madre me zambulló en una pequeña piscina inflable. Una piscina que mi padre instaló, un día de verano, en el patio de casa. Por aquella época quizá tuviera dos o tres años de edad. Nadar en aquella agua me pareció un océano. Es lo mismo que ahora siento. Un océano de cartas desparramadas por el escritorio.

Desde la silla, alzas tu mirada para observar mi postura, recostado en lo alto de la mesa, con mis brazos apoyados sobre la madera. Tus ojos se fijan en mis manos. Observas como mis dedos se agarran al filo del escritorio, y mis

uñas se ocultan debajo del borde de la mesa.

Me sonrías con entusiasmo, como si estuvieses sentada en una nube y la incomodidad en tu espalda se evaporara, como si una bruma blanquecina de vapor de agua te hubiese envuelto.

Jugando a ensamblar un puzle, rebuscamos entre las hojas desechas, aquellos papeles que encajan al acercar sus bordes. Como peces escondidos entre las rocas, tus manos desaparecen, y se pierden cubiertas en un tumulto de papeles. Con paciencia, tratas de emparejar los trozos que encuentras, explorando sus bordes irregulares y probando a encajarlos. A veces, de forma fortuita, en nuestro intento por encontrar parejas, nuestras manos, sumergidas en papeles, se chocan. Tus uñas rozan el lateral de mi mano mientras buscas un papel que se acople al tuyo.

—¿Has visto un trozo que encaje con este? —te pregunto.

—No, pero si lo encuentro, te aviso —me contestas. Coges un pedazo de papel en tu mano y lo giras por dos veces, hasta que su texto se vuelve comprensible a tus ojos. Entonces, lo lees en voz alta.

—...cuando tus labios se aparten, mis labios seguirán... —y te paras porque no hay más que leer. —¿Viste algún trozo que venga bien a lo que he leído?

—¡Eh!” Toco de forma fugaz tu hombro en un ligero empujón. — Ayudarme con las cartas no significa que te pongas a leerlas —bromeo contigo.

—¡Ya sabes que no puedo resistirme! —dices riéndote.

Tu intrépida risa me fascina. Me gusta mirarte. Cuando aparcas a un lado tu timidez, tu carácter improvisado y desenvuelto me llena de encanto.

—¡Lo encontré! —dices exaltada en un grito de satisfacción. Unes los dos fragmentos de papel, aproximando tus manos, hasta encajar una línea de texto con la otra, y formar una frase completa. Orgullosa de tu hazaña, te levantas de la silla, y lo recitas.

—...cuando tus labios se aparten, mis labios seguirán semiabiertos, deseando más de tus besos.

Tras recitarlo se hace un silencio donde solo se oye el viento.

—¿Leíste el amor entre dos chicas? —Tu voz llena la ausencia de palabras en el salón. —¿Leíste todas las cartas entre ellas? —me preguntas.

—Así es, aunque no es lo que piensas. Solo dispongo de una de sus cartas.

Una vez hemos encadenado cada trozo de papel con su correspondiente,

desde el primer cajón del escritorio, saco un tubo de pegamento.

—Ahora viene la parte divertida. Tenemos que pegar todos los trozos.

Aplico pegamento a los bordes de cada trozo de papel, y los mantengo unidos, sujetándolos con firmeza, para que el pegamento asiente y haga su efecto. Los retengo en mis manos durante un tiempo. Sin embargo, al soltarlos, ambos trozos de papel se despegan.

—Este pegamento no pega —me quejo.

Lo intento de nuevo. Cojo dos trozos rotos, uno en cada mano, aplico pegamento a sus bordes, los uno, los mantengo unidos por un instante, y al soltarlos se despegan.

—¡Esto no funciona! —exclamo un poco decepcionado.

—Déjame a mí —me solicitas.

Echas una ojeada dentro del primer cajón del escritorio. Tu mano busca algo desconocido. Oigo un movimiento de objetos desplazándose. Objetos que caen unos encima de otros. Ahora soy yo el que no puede resistir la curiosidad. Tu cara delata que lo has encontrado.

—Si unimos los trozos con cinta adhesiva transparente... ¡Achís! ...las uniones no se despegarán —me hablas con un nuevo estornudo. Y deslizas la cinta adhesiva en la unión entre ambos trozos de papel, fortaleciéndolos.

—¡Pero qué listísima eres! —exclamo con absoluto asombro, deslumbrado por tu ocurrencia. Te miro a los ojos y mi admiración por ti se incrementa.

Con mimo y destreza, pegamos la cinta adhesiva a cada trozo, hasta que las cartas quedan restauradas por completo.

—¿Y dónde está el manuscrito de ACLUS? —me preguntas.

—No conservo el manuscrito original. Lo que tengo es esta carta, de más de veinte páginas, que habla acerca del manuscrito —respondo, poniendo la carta en tus manos.

Con la carta delante de tus ojos, observas su tipo de letra. Te detienes para indagar su caligrafía.

—Me gustan sus letras estiradas hacia arriba —me dices, y a continuación, lees uno de sus párrafos. —No existe principio más valioso que otro, su valor reside en el conjunto. Quien en armonía cultive las cinco artes de ACLUS, envolverá a una mujer en amor puro.

Avanzas varias páginas, y centras tu atención al comienzo de otra hoja, para leer otro párrafo de forma aleatoria.

—El proceder de una mujer se inspira al de una impresora. Cuando el

hombre le inyecta el tintero rojo, la mujer imprime en el color del amor.

Tus labios continúan en movimiento como si estuvieses repasando lo que ya has leído.

—Ahora que hemos reconstruido las cartas, ¿me dejarás leerlas? —me preguntas.

Me froto la barbilla pensándolo más de la cuenta. —Está bien —te digo.

—¡Viva!” Saltas de un brinco mostrando tu euforia. —Con tantas cartas por leer, me esperan en el piso largas horas de lectura.

—Y a mí de escritura —te digo.

Presiono el botón del portátil para que se encienda. El brillo blanco de su pantalla da la bienvenida a mis ojos.

—A partir de hoy, vamos a estar juntos muchas horas —le hablo a mi laptop. —Tardes consecutivas, una tras otra. ¿Quieres saber por qué? Porque he decidido escribir un libro. Sí, como lo oyes. Hoy comienza mi andadura como escritor. Cada tarde, cuando vuelva del trabajo, desde la multinacional de perfumes, escribiré una página. Si persisto, y no decaigo en mi empeño, a la vuelta de la esquina, transcurridos doscientos setenta días, tendré escrito un libro de doscientas setenta páginas.

Está lloviendo, y como suele ser costumbre, un apagón de luz nos deja a oscuras, haciendo que Lili se apague. Me gusta llamar a mi laptop por su nombre y Lili es el nombre elegido para ella. Por fortuna, la luz no se hace rogar, y vuelve pasado unos minutos. Como hice con anterioridad, pulso el botón en la laptop para que se encienda. Lili se activa y me saluda. Se alegra de verme. Sabe que será mi compañera de trabajo esta tarde en mi escritura.

—Resulta sorprendente que un tocadiscos tan antiguo todavía funcione, ¿verdad? —me dices, acercándote a la estantería, a la vez que echas una ojeada a la reducida colección de discos.

—Sí, es una suerte que todavía tenga fuerzas de funcionar —respondo. En un alarde de inspiración, mis dedos teclean lo que será el comienzo de la estructura del libro. —Tengo que llevarme bien con ella —te digo. —La conozco por más de dos años. Lili me permite hacer cosas que no puedo hacer con mi cuaderno, como mover párrafos de un lugar a otro dentro de un documento, o colorear los verbos en color celeste mientras escribo.

De repente, el sonido de una dulce melodía envuelve el salón. Te observo sujetando un disco en tus manos. —¿Te gusta la canción que he elegido?

—¿Cuál es el nombre de la canción que suena? —te pregunto.

—Nueva Beatz - A Good Day (Happy Romantic Guitar) —respondes.

Me mantengo escuchándola por un tiempo. —Sí, me gusta.

Te acercas al escritorio y apoyas los codos sobre la mesa. Te quedas mirándome mientras tecleo.

—¿Sabes que quiero hacer ahora? —preguntas.

—¿Qué? —Aparto los ojos de la pantalla. Tus ojos brillan como velas recién encendidas, y tu rostro dibuja una sonrisa llena de positividad.

—Quiero bailar —respondes.

Desde el escritorio, de un pequeño salto me dejo caer al suelo, y doy la vuelta a la silla, sentándome en ella del otro lado.

Te alejas unos pasos del escritorio a fin de encontrar tu espacio para bailar. Con la música sonando en el ambiente, permanezco sentado en la silla, viéndote mover tu cuerpo. Te comportas como un huracán alrededor de mí. Balanceas tus caderas a un lado y al otro, entretanto levantas tus codos por detrás de tu cabeza. Tus brazos detrás de tu cuello realzan tus pechos.

—Tienes un buen sentido del ritmo —pienso.

Observo el vaivén de tus tetas agitadas por la gravedad. Te desarreglas el pelo. Tu pelo volando en el aire. Te aproximas bailando hacia mí y contorneas tus caderas girando alrededor mío y de la silla. Tu mano en mi cuello. Siento la caricia de tus uñas deslizándose por mi rostro. Te mueves a la perfección. Sigues el ritmo de la música. Te alejas de mí de nuevo. Te pasas las manos por tus tetas, recorriendo tus pechos con suavidad.

Sentado en la silla, te hago una señal con mi dedo índice para que vengas a mí, pero me desobedeces. Continúas bailando. La luz de la lámpara proyecta un tono anaranjado sobre tu cuerpo en movimiento. Te mueves con energía, con baterías que parecen no agotarse.

Te aproximas a mí sin dejar de bailar, desabrochas el primer botón de mi camisa y sales corriendo, cuando lo que deseo es que desabroches más botones y te quedes conmigo.

Te ríes. Hago un gesto, colocando un dedo en mi cara, para que me des un beso en la mejilla, pero no me haces ni caso y sigues bailando. Me haces esperar. Ahora, te acercas a mí de nuevo. Me tocas en el hombro y sin darme tiempo a reaccionar, me besas en la frente y te alejas.

—Me besas cuando a ti te parece —te digo sonriendo.

Te acercas otra vez, coges mi mano y tiras de mí para levantarme de la silla. Me levanto. Me pongo de pie, y te tomo de los brazos, haciendo que mis brazos sean una prolongación de los tuyos. Giro en círculo sobre mis pies, dando una vuelta completa sobre mí mismo. Y mientras te sujeto firme, tus pies

pierden la firmeza del suelo y se suspenden en el aire. Tu cuerpo se columpia girando alrededor del mío. Con los pies otra vez en el suelo, te dejas caer sobre mi cuerpo, con tus manos apoyadas en mi pecho. Dedico una intensa mirada a tus ojos, que responden brindando una exclusiva mirada a los míos. La forma en la que me miras, tan atenta, me derrite.

Con mi mano en tu cadera, rodeo con firmeza tu cintura, y te atraigo hacia mí. Bailamos descalzos. Complicidad a cada paso. Mi cremallera roza tu ingle. Con sedosidad, tu mano en mi nuca me acaricia. Tu cabeza busca apoyarse encima de mi hombro. Deslizas tu otra mano por mi clavícula, abarcando mi pecho, como si desearas explorar con tu tacto cada hendidura en mis costillas.

—La tercera parte más bonita de mi cuerpo son mis orejas, la segunda mis clavículas, y la línea que recorre mi cuello hasta mis hombros. ¿Cuál es la primera? —me preguntas. Y te miro sonriendo, postergando mi respuesta.

Con la blusa sudada, te sientas en el suelo, sobre la alfombra del salón, apoyando tu espalda en la parte baja del sofá. Tu cuerpo te pide descanso. Me dirijo hacia ti. Me agacho al suelo. Mis manos en tus tobillos ascienden a tus rodillas. Realizo una ligera presión en tus piernas para abrirlas. Abro tus piernas y me siento en el espacio entre ellas. Reclino mi espalda hacia atrás. Mi espalda sobre tu pecho. Siento el ritmo acelerado de tu respiración en el dorso de mi cuerpo. Tomas aire y lo sueltas, todavía con jadeo presuroso después del baile. Vuelvo mi cara hacia ti. Tu aliento en el lóbulo de mi oreja. Nuestras respiraciones se unifican. Es un respirar sincronizado. Tus brazos rodean mi cuerpo. Las palmas de tus manos descansan sobre mi estómago. Me envuelves con tus manos. La protuberancia de tus pechos, y la dureza de tus pezones impiden a mi espalda reclinarsse más atrás.

—¿Todavía te duele el ojo? —me preguntas.

—Me duele menos, y la hinchazón ha remitido.

—¡Achís!” Otro repentino estornudo sale de ti. Solo ahora me he percatado de que tu voz no es la de todos los días. Noto que el timbre de tu voz ha cambiado. Acercó mis ojos a los tuyos, y veo tus ojos llorosos, pero no estás llorando. Tus vías respiratorias parecen atascadas, y tu nariz congestionada.

—¿Estás resfriada?

—¡Achís!” Intentas contener tu estornudo pero es inevitable. Estornudas de forma precipitada. Micro gotitas invisibles viajan diseminadas por el aire. Tu estornudo cae y salpica directo a mi cara. Siento el frío mojado de tus

flujos nasales sobre mi rostro. No sé qué decir. Me debato entre limpiar mi cara con la manga de mi camisa, o dejarlo pasar y sonreír.

—¡Achís!” Un nuevo estornudo brota de ti. ¿Destino? Mi cara. Esta vez me das de lleno, bañándome por completo. La manga de mi camisa es el pañuelo que seca mi cara. Me río, y puesto que eres agua que se amolda al recipiente, te contagias de mi risa, y yo de tu resfriado, y ambos nos reímos.

—¿De dónde viene tu interés por los perfumes? —me preguntas.

—Es un conocimiento que proviene de mis padres —respondo. —De mi padre aprendí las leyes del magnético y la electricidad. De mi madre la química de los fertilizantes y la mezcla de elementos. Mi padre me enseñó a producir energía a partir del trueno, el rayo, y el relámpago. Con él, descubrí los torrentes de agua y el fuego cristalizado. Mi madre me educó a distinguir las distintas clases de plantas trepadoras, y a conocer el cristal de láser. Con ella, supe del poder de los escudos protectores de diamantes y de la energía negra de la noche.

Te quedas mirándome con cara de asombro, y de repente, sueltas una tremenda risotada que provoca que salten los mocos de tu nariz. —¡Qué bien inventas las historias! —dices y aspiras hacia dentro para sorber los mocos.

Espero a que tu risa se apacigüe, mientras me miras con gesto alegre, todavía bajo los efectos de mi respuesta.

—Te has cortado el pelo. ¿Por qué lo has hecho? —te pregunto. — ¿Quieres comenzar una nueva etapa en tu vida?

—Solo me he dado un recortito —contestas, mostrando cierta sorpresa por mi pregunta. —Mi pelo crece deprisa.

—Una vez me preguntaste si tenía miedo a hablar en público.

—Sí —dices—, y dijiste que buscabas situaciones donde sentirte seguro.

Dejo caer mi cabeza en tu hombro. El peso de mi nuca en tu clavícula. Te pegas a mí. Nuestras caras se juntas. Tu pelo cae en cascada sobre mi rostro. Mechones de tus cabellos derramados en mi cara. Tu pelo cubre mi frente, mi nariz y mis ojos. Algunos mechones descansan en mis pómulos, otros duermen alisando mi barbilla. Siento como me inunda la calma y el alivio

—Esta es mi casa —te digo—, bajo tu pelo. Cubre mi cara con tu pelo y haz que me sienta seguro y protegido. Protégeme con tus cabellos.

Aprietas tu cara contra la mía. Permites que descendan tus cabellos, como paracaidistas que saltan de un avión sobre mi rostro. Algunos saltan a acurrucarse con mis orejas, otros prefieren acostarse en mis cejas. Las puntas de tus pelos se enredan en mis pestañas. Envuelves mi cara con más y más

mechones de tu pelo. Y mientras tus cabellos abrazan cada una de las partes de mi cara, siento tu increíble deseo, tan gentil y dulce, tan querido por tu corazón, de protegerme.

—Dime algo sobre ti —te susurro al oído—, algo que solo tú conozcas —. La caricia de uno de tus indomables pelos, decide visitar el surco de mis labios.

Te quedas callada por un instante, donde solo oigo tu respiración. Inhalas aire para luego soltarlo. Mi cabeza se eleva al compás de tu pecho hinchándose de aire. Tras varias respiraciones, oigo tu voz.

—¿Recuerdas cuando en la conferencia, me enviaste un mensaje diciendo que me echabas de menos?

—Sí, lo recuerdo —te digo.

—No sé porque lo hice, pero cuando recibí tu mensaje, corrí deprisa a tu dormitorio, y de pie, acercando mi cara, le di un beso a la puerta.

—¿Corriste y le diste un beso a la puerta de mi dormitorio?

—Sí —respondes.

—¿Y no sabes por qué lo hiciste?

—No

Giro mi cara, dirigiéndola a tus ojos. —Yo sí lo sé —te digo en voz baja.

Y ahora soy yo quien respira, llenando mis pulmones de un aire cargado de sensualidad. Mi respiración se escapa. Llega a tu rostro. Mi aire sopla en tus labios. Tu boca lo recibe. Ya lo presientes. Sabes lo que viene. Tus labios han entendido que mis labios se acercan. Suprimo las fronteras que los separan de los míos. Sientes la intimidad de mi respiración acercándose. Mis labios te rozan. Tus labios se acaloran. Una oleada de calor recorre tu cuerpo.

—Puedo desmayarme de tu beso —me dices.

Tus labios entreabiertos, esperan receptivos la presión de los míos.

—Cierra los ojos —te pido.

Pero no los cierras. Colocas tus manos en mis mejillas. Copas mi cara cubriéndola con las palmas de tus sudorosas manos. Tus pulgares estirados, presionan con delicadeza el lóbulo inferior de mis orejas.

Con mi dedo índice, recorro la finísima línea que delimita el contorno de tu barbilla. Deslizo mi dedo sobre tu cara. El ancho de mi mano se amolda a tu mejilla. Te acaricio con debilidad, colocando tu pelo por detrás de tu oreja.

—En serio, haz lo que te pido. Cierra tus ojos —te exijo. —Quiero besarte como nunca antes te han besado.

Hundo mis labios en tu boca. Tus labios y los míos unidos en la dulzura

de un primer beso. La punta de mi nariz en el arco de tu mejilla. La aspereza de mi barba en la lisura de tu cara. Tus labios se recuestan en los míos. Te beso despacio y con ternura, en un beso tan prolongado como el pasar de las páginas del libro que escribiremos juntos. Coges mi cara en tus manos y me besas con el mayor sentimiento de haberme echado de menos.

—Me siento más romántico cuando estornudas —te digo, viendo tu nariz rojiza, mientras intentas dominar tu respiración. ¿Quieres saber por qué?

—¿Por qué? —me preguntas, dejando escapar una sonrisa. —¿Acaso te gusta verme, encontrando difícil respirar, con la nariz tapada en mocos, mientras me atraganto con tus largos besos?

—Si estornudas, te siento vulnerable, y mi atención por ti se acrecienta.

—No soy una mujer superficial —me dices, y pones tu mirada clavándola en mis ojos. —Soy muy emocional. Tú...” Y entretanto escucho tus palabras, siento el arrollador deseo de volver a besarte, la atrayente suavidad de tus labios en otro acalorado beso, la irresistible humedad de tu boca besándose otra vez con la mía. Y con esa insatisfecha tensión por besarte de nuevo, continúo oyendo tu voz.

—Tú eres el hombre que ha despertado en mí la mujer apasionada y romántica que llevo dentro —me dices—, mi verdadero yo. Me siento muy femenina a tu lado. Te paras en los pequeños detalles y ves más allá que otras personas. Eres todo lo que echo de menos. Nadie antes me ha llenado tanto como tú. Me tocas en lo más profundo de mis emociones. Me das las emociones que necesito. Contigo me siento viva. Calientas mi sangre. Siento la sangre en mis venas. Siento como corre por mi cuerpo cuando te acercas.

Me quedo con la boca abierta, conmovido al verte hablar tan seguido.

—Espero a que llegue la tarde para estar contigo —continúas hablando. —Mis mañanas comienzan por las tardes, cuando vuelves del trabajo, desde la multinacional de perfumes. Cuando tú apareces por la puerta, mi corazón empieza a bombear sangre. Haces que mi corazón lata más deprisa. Me siento seducida por tus ojos. Ellos me transmiten confianza y me llaman como un imán. Cuando te miro, tengo solo un deseo, el ansia de conectar contigo. Siento una profunda conexión, un irresistible deseo de pertenencia.

—Muéstrame tu pelo desarreglado —te digo, al tiempo que hundo mis manos en tus cabellos y los despeino. —¿Es esa la visión más traviesa de ti?

—Revuélveme el pelo —me ordenas exigente—, y bésame descontrolado.

—Si te beso de nuevo, nuestros labios no querrán separarse —te

advierto.

—Cuanto estoy contigo, no tengo freno —afirmas con una mirada salvaje, al tiempo que abres aún más el cuello de mi camisa.

Mis manos se pierden en tu pelo. Estampo mis labios en los tuyos. Atrapo tus labios sin escapatoria. Saboreo la humedad de tu boca. Hidrato tus labios a besos. Tus pechos aprietan el bolígrafo en el bolsillo de mi camisa. Tus tetas presionan mi pecho, y tus rígidos pezones se clavan en mis costillas.

—Estoy loca de amor por ti —suspiras acalorada. —Vivo en las nubes, hambrienta de tu romanticismo—. Jadeas de excitación, hablando a mi oído con voz ardiente. —¡Tócame! Me duele el cuerpo de tanto que te deseo.

Mis manos descienden por tus clavículas. Palpo tu sujetador por encima de tu blusa. Tu lengua mojada callejea por mis labios. Los abro para recibir tu lengua. Suspiras y empujas tu lengua profunda en mi boca.

En un latigazo de pasión, soltando un gemido, te vuelves egoísta, como un huracán de amor. Trazos de tu lápiz labial esparcidos por mi cuello. Hueles el olor de mi piel. Pruebas mi sabor. Me besas con jugosos besos. Tus besos impulsivos reflejan el dolor ahogado de tu pasión. Tus dientes se clavan en mis labios, y tiras de ellos. Me muerdes el labio hasta hacerlo sangrar, permitiendo que las gotas de mi sangre por tus labios se esparzan.

—Es lo que me apetece —me dices. —Morderte describe cuanto te deseo.

Capítulo 11

El cuerpo agarrotado y los hombros encogidos. Lo de encogerme de hombros no es más que un gesto heredado para cobijar mi cuello y garganta. Cuando lo escuchaba de boca de otros no lo creía. Ahora que lo palpo en primera persona, sí lo creo. Las manos pueden doler de frío. Me observo las manos. Siento las manos entumecidas. Un cosquilleo helado aprieta mi nariz.

La fuerza del viento me zarandea, me aparta de mi camino, me desvía de la dirección que planean mis pasos. Me froto las manos repetidas veces. Las acerco a mi cara cubriéndolas con mi aliento. Intento entrar en calor abrazándome yo mismo. Siento el frío en el surco superior de mis orejas. Acelero el paso. Me cubro la cabeza con un gorro de lana para protegerme del gélido viento. Camino hacia el trabajo, con la barbilla pegada al pecho, evitando el contacto directo de mi cara con el aire, buscando un resquicio de calor en mi cuerpo, en mi pretensión por soportar las bajas temperaturas.

Caminar hacia el trabajo se ha convertido en un evento rutinario. Un trayecto que realizo a diario. Un camino que, de tanto ir y venir, podría andarlo sin tropezarme con ojos vendados.

En el transcurso de mi recorrido, veo a la misma gente cada día. Gente en las mismas esquinas, en las mismas calles, en las mismas plazas. Personas sincronizadas en sus obligaciones cotidianas, sumidas cada una en su rutina.

Al igual que ayer, una madre espera en la parada del autobús junto a sus dos hijos varones. Su pelo rizado se muestra rebelde. Un pelo luchador que se agarra a ella, ganando la batalla al viento, evitando erizarse por encima de su cabeza. Se mantiene de pie, un tanto intranquila, adoptando una pose erguida que mis ojos recuerdan de días anteriores. Una mano descansa sobre el hombro de su hijo mayor, con la otra atrae hacia ella a su otro hijo, en su inconsciente propósito por preservar la unión de la familia.

Tras girar la esquina, me encamino por una larga calle de comercios. Veo, como de costumbre, agacharse al hombre de la tienda de antigüedades. Inclina su espalda al suelo sin doblar sus rodillas, en una postura que a más de uno le ocasionaría un dolor de lumbalgia. Alarga sus brazos hasta alcanzar una cerradura. Usa su llave para abrir el seguro de la puerta. Ahora levanta la reja. Una acción, convertida para él, en un acto mecánico.

La monotonía con la que la gente se mueve, los mantiene dormidos, sin

ganas de revelarse por cambiar sus vidas. —Puede que se sientan a gusto con la vida que llevan —pienso—, o quizá no, pero no saben cómo cambiarla—. Si alguna vez tuviera que reencarnarme en algo, espero que no sea en un sonámbulo, ni tampoco en un avestruz para esconder la cabeza.

A falta de pocos minutos para llegar al trabajo, decido tomar una ruta alternativa. —Voy a pasear por una vía diferente, incluso si me lleva al mismo destino —me digo. El simple hecho de pasear por una calle desconocida me levanta el ánimo. Se trata de mi afán por experimentar emociones e indagar lo incierto y desconocido. Al final de la calle descubro un mercado de abastos, el típico lugar donde se comercializan carnes, verduras y frutas, del cual me despido con el gusanillo de querer visitarlo.

Un camión de frutas ha traspasado la verja que lleva al interior de la multinacional de perfumes. Todo el perímetro de la empresa se encuentra protegido por cámaras de seguridad que, durante las veinticuatro horas al día, graban quien entra o sale del recinto. Desde el interior del camión, dos forzudos hombres descargan cajas de naranjas. Para ellos, parece que no cunde el frío, pues visten con camiseta y pantalón corto. Se necesitan bastantes naranjas cada día para abastecer a todas las máquinas de zumos que han sido instaladas a lo largo de los pasillos de la empresa.

Al lado del mostrador de recepción han ubicado una de estas máquinas. Felice merodea por los pasillos colindantes a la zona de recepción. Hace menos de un minuto ha pasado por delante de mí. Me aproximo a la máquina expendedora de zumos con la intención de tomarme mi primer zumo de naranjas gratis, a cargo de la empresa. Al verterlo en el vaso de plástico observo algunos pequeños trocitos, más bien fibras de naranjas, fruto de su pulpa exprimida. Cuando mi garganta saborea un dulce y azucarado sorbo de zumo, unos pasos, los de Felice, se me acercan.

—Me gusta tener felices a mis empleados —me dice, al pasar por mi vera y verme tomando el zumo.

—De ahí le viene su nombre, de su ansia por hacer feliz a todos los que le rodean —pienso, viéndolo alejarse. —Eso sí, siempre que no se le contradiga.

Sin duda, su madre dio en el clavo cuando eligió su nombre. Un nombre que le viene como anillo al dedo. Diferente a otros jefes, cuya posición de mando se les sube pronto a la cabeza, y miran a sus inferiores faltándoles al respeto, por encima del hombro, con un trato distante y despectivo, con esa mirada de: no estás a mi altura. Existe un lugar en el corazón de Felice, dentro

de su carácter soberbio y posesivo, semejante a una ranura por donde se cuele un hilo de luz, que exhibe su lado más humanitario. Muestra su sincera inquietud por las preocupaciones de sus empleados, dispuesto incluso a ceder parte de su patrimonio, sin con ello aporta un granito de arena para que sean más felices. Y de hecho, hoy me siento feliz, pero no por el zumo.

Antes que finalicen de descargar las cajas de naranjas, salgo afuera, al recinto, y solicito a los dos forzudos hombres que se alarguen al laboratorio y llenen las neveras con naranjas.

—Sin problemas —me dice uno de ellos.

Una vez se han marchado, extraigo unas veinte naranjas desde una de las neveras, y cortadas a mitad, las coloco en una gran cazuela a hervir. Y en nada de tiempo, el aroma a naranjas se expande por el laboratorio.

—¡Qué olor tan agradable! —dice Laura, al entrar. —¿Qué se cuece por ahí? —me pregunta, acercando su nariz al calor de la cazuela.

—Todavía me duele el puñetazo que me dieron por tu culpa —le suelto a bote pronto para refrescarle la memoria.

Respira hondo como si con ello pudiese alejar de sus oídos mi comentario. —Eso te pasa por figonear en lugares prohibidos —dice a la defensiva.

—¿Qué? —me quedo mirándola incrédulo, por el descaro de su respuesta. —Desconozco el verdadero motivo por el que tu novio decidió aporrear mi cara con un severo puñetazo.

—¿Lo desconoces? —Se ríe de mala gana, amoldándose su largo pelo, con una risa que refleja desaprobación. —Búscate una novia para que te enseñe las tetas —me espeta en la cara.

—Pero Laura, bien sabes que lo sucedido no fue por mirar tu escote. ¿Cuál fue la verdadera razón de que tu novio me pegara? Insisto en querer saberlo.

—¿No sabes el motivo? —Y realiza una breve pausa. —A veces, obsesionarte en dar lo mejor de ti, no conduce a los resultados que esperas. —me dice—. Créeme. Hubo un tiempo en el que yo también estuve ilusionada, y de nada sirvió.

—¿Obsesionado? No sé de qué me hablas. Tampoco sé lo que ocurrió en tu vida. Pero lo que tengo claro es que no tienes derecho a estropear la mía.

—¿Acaso crees que por caerle bien a la gente y trabajar más horas de la cuenta, vas a heredar el negocio de mi padre? —Laura acerca su irritada cara tanto a la mía, que puedo oler en su aliento el café con leche de su desayuno.

—¿A qué viene ahora hablar de eso? —le pregunto. —He viajado miles de kilómetros para labrarme un futuro. Vivo alejado de mi familia, de mis raíces, de mi cultura. Tú misma fuiste la que me buscaste, me llamaste por teléfono, contactaste conmigo, me hablaste de un proyecto futurístico e inigualable, y me convenciste para que viniera—. Me tomo un tiempo mientras la observo mordiéndose la uñas. —Ahora no voy a tirarlo todo por la borda. Quiero esforzarme, hacer todo lo que esté en mi mano para que el proyecto del perfume adaptativo tenga el éxito que todo el mundo espera.

—En eso estamos de acuerdo. ¿No es así? En que el proyecto sea exitoso—. Laura gira su cuerpo, dándome la espalda, como si no deseara encontrarse con mis ojos. Se aleja unos pasos mirándome por el rabillo del ojo. Coge su móvil para ojear la hora, y lo guarda de nuevo en su bolsillo. —Por cierto, ¿qué hierves en la cazuela? —me pregunta intrigada. —No me digas que se trata de las naranjas que acaban de descargar.

—Exacto. Hiervo naranjas. Poseemos tantas máquinas de zumos, y tantas naranjas que he decidido darles una utilidad.

—¿Y qué piensas hacer con ellas?

—Pues lo que estás viendo. Hervirlas —le digo. Su comportamiento esquivo me incita a dudar de ella. ¿Debería darle detalles de cuanto acontece en el laboratorio? De hecho, Laura, sin estudios en bioquímica, tampoco necesita conocer los pormenores de cuantos experimentos realizo. Si mezclo dos compuestos en una cubeta para obtener una reacción química, ¿por qué debería saberlo ella? Y si me centro en ofrecerle detalles técnicos de los efectos resultantes de las reacciones, por seguro que mis explicaciones la aburrirían. Es más, si contesto sus preguntas es por simple cortesía y amabilidad, no porque se trate de la hija del jefe, y como ella dice, porque intento llevarme bien con la gente.

—Nada se hace porque sí —me dice con una mirada vacía, pero con ese aire de seguridad que la caracteriza cuando habla. Recoge con su mano uno de los mechones de sus largos cabellos que obstaculiza la visión de sus ojos, y lo coloca por detrás de sus hombros. —Cada acción se justifica por un fin, por un objetivo a alcanzar—. Por primera vez en todo el día me sonrío y noto como sus hombros se relajan. —¿Qué pretendes al hervir las naranjas?

—¿Para qué quieres saberlo? —le pregunto.

—Puedes contármelo ahora, o dejar que lo descubra—. Se dirige a una de las mesas libres, y de un pequeño salto se sienta en ella, apoyándose con ambas manos sobre la mesa. —Si hay algo cierto de cuanto hemos hablado es

que lo descubriré—. Y balancea sus rodillas, adelante y atrás, como se mece una niña jugando en un columpio. —Me entero de las noticias antes que mi padre —me dice en un tono que se vuelve amenazante. —Mi padre es un hombre demasiado ocupado con el alcohol. Hubo un tiempo en el que le dio por coleccionar coches de alta gama. Sin embargo, a medida que envejece, sus pasiones han cambiado. Ahora solo disfruta de la vida con sus continuas visitas a la taberna de Juan-De. ¿Ya te ha invitado? Te vi entrar con mi padre en la taberna junto a su cuadrilla. Supongo que follaste de lo lindo.

—Utilizo el hervor de las naranjas, con el fin de sintetizar más tarde citrato de sodio —le digo. —Para de este modo, poder proseguir con la fabricación del perfume adaptativo. Ambos sabemos que los proveedores se han quedado sin reservas, y no pueden proporcionarnos suministros.

Mi respuesta la deja de piedra. Su semblante se torna en un gris pálido. —¿Se puede sintetizar citrato de sodio a partir de naranjas?

—Por supuesto que sí —contesto. Laura me mira con gesto seco y cortado. Sus hombros, que antes se habían relajado, se vuelven tensos.

—Con esa intención pediste a mi padre que instalara máquinas de zumos de naranja, ¿verdad?

Con una sonrisa victoriosa que desea escapar de mi boca como un aullido de placer, pero que no obstante disimulo, ando hacia la puerta de salida del laboratorio sin contestar su pregunta. Y cuando la jornada laboral toca a su fin, me marché del trabajo y visito la floristería ubicada unos pasos adelante, justo al salir del recinto de la multinacional de perfumes.

—He venido a llenarme al olor de las margaritas —digo a la florista.

—Si viene a llenarse, sin comprar nada, lo único que está haciendo es incordiar —me dice.

—No se preocupe. Un par de inhalaciones más y desaparezco —replico. Mientras inhalo profundo, ensanchando lo más que alcanzan mis pulmones, para saciarme al generoso olor que desprenden las margaritas, reconozco a Marcos, el hijo de la florista.

—Hola muchacho —lo saludo, poniendo mi mano sobre su cabeza, y despeinándolo un poco. —¿Qué tal te va?

El muchacho me mira sonrojándose envuelto en su timidez. —Invité a salir al cine a la chica que menos me gustaba —me dice, frotándose la nuca repetidas veces, como si le avergonzara la hazaña lograda.

Su madre descuelga unas macetas suspendidas del techo, y sobre una mesa salpicada de tierra de jardín, las expurga, y extrae sus hojas secas.

—¿Y bien? ¿Qué sucedió? —Invito al muchacho a que prosiga su historia.

—En clase, el profesor nos sienta en grupos de cuatro. Así que, me levanté de la silla y me dirigí a la mesa de ella. Estaba tan nervioso, que al acercarme casi me orino. Me acerqué tan de cerca, que me clavé el filo de su mesa en mis muslos. Ella tenía la cabeza agachada, borrando con una goma algo que había escrito. ¿Quieres ir al cine?, le dije.

—¿Se lo preguntaste de esa forma tan directa, sin decir nada más con anterioridad?

—Sí —responde el muchacho—, sin decir nada más. Entonces, ella paró de borrar y levantó la cabeza. El resto de sus amigas, en la mesa de cuatro, se miraron unas a otras, y comenzaron las risitas.

—¿No compra nada y encima viene a cotillear acerca de los quereres de mi hijo? Debería darle vergüenza venir a enterarse de la vida privada de un niño —me dice su madre entretanto tira las hojas secas a un cubo de basura.

El muchacho parece no mostrar interés a los comentarios de su madre. — Ya en el cine, más o menos a mitad de la película, me preguntó: ¿por qué has decidido invitarme al cine?

—¿Y qué le contestaste? —pregunto, habiéndose despertado mi curiosidad.

—Bueno...—. El muchacho coloca la palma de su mano sobre su cabeza. —Parece que lo que le dije... no le gustó” y fija su mirada al suelo. —Le dije que quería aprender a tratar a las chicas y saber cómo piensan las mujeres.

—¿Y qué te dijo? ¿Qué hizo ella?

—¿Quién soy yo para ti? ¿Un experimento?, me preguntó ella. Y yo no dije nada. Me mantuve callado—. El muchacho, apenado por lo sucedido, traga saliva y agacha aún más su mirada al suelo para estudiar la forma de sus zapatos de cuero. —Se levantó de la butaca del cine, recogió su bolso del asiento, y se marchó —continúa. —Se fue sin decir ninguna palabra más.

—¡Ea! Se acabó lo que se daba —dice la madre del chico, poniendo la escoba en pie. —Ahora que ya se ha llenado de noticias y olores, váyase.

—En el fondo me alegro de lo que te ha ocurrido —digo a Marcos, invadido a partes iguales entre la alegría por haber salido con una chica y la tristeza de que esta lo haya abandonado. —Tengo que reconocer que, no esperaba que te equivocaras tan pronto. Te advertí que te abandonarías a las primeras de cambio.

—La chica que no me gusta me ha dejado —repite el muchacho

cabizbajo.

—¿Tienes su teléfono? Vuelve a llamarla dentro de unos días —le aconsejo.

—¿Y qué le digo si me pregunta quién es ella para mí? Volveré a meter la pata si no llevo una respuesta preparada.

—Eres la fragancia más encantadora de mi floristería —dile eso.

El chico me mira con cara llena de esperanza, como si hubiese encontrado en mis palabras la salida al túnel donde se había metido. Antes de marcharme, acerco mi cara a las margaritas para realizar otra inspiración profunda. —¡Ah, qué olor más intenso! —exclamo, y me doy media vuelta para abrir la puerta y salir de la floristería. Marcos me acompaña afuera.

—Oye —me dice el muchacho sin apartar su vista de mis ojos. — ¡Gracias!” Sus brillantes ojos me miran con aprecio, estima y agradecimiento.

Todavía conmovido por su gratitud, Marcos y yo nos damos un apretón de manos, y nos despedimos. Me dirijo camino a casa. Como ya es tradición, en mi itinerario de vuelta al piso, paso por el pórtico de la iglesia, situado en la plaza del reloj, la parte más céntrica de la ciudad. La gente se aglomera en esta zona. Ando a lo largo de las columnas de una calle techada. Un lateral da a la plaza, el otro lo constituye una hilera repleta de comercios. Entre cada dos columnas se ubica una nueva tienda comercial.

Al pasar por la puerta de la zapatería detengo mi andar en seco. —¡Vaya sorpresa!” Te encuentro mirando a través del cristal del escaparate. Eres tú. Se trata de la primera vez que te veo fuera de las paredes del piso. Me llama la atención tu bufanda amarilla que cubre tu boca y garganta. También tapa los orificios de tu nariz, lo que resalta tus ojos y el vuelo de tus pestañas.

—¿Qué haces aquí? —te pregunto, maravillado por tu presencia.

—De compras —respondes.

A mi alrededor, mujeres moviendo caderas en femeninos andares, en una fiera competición por exhibir la longitud de sus tacones, y hombres de pelos engominados, luciendo barbas, chaquetas y móviles de última generación, cruzan la plaza del reloj exhibiendo las últimas tendencias en moda. Visitan sus comercios entre charlas, anécdotas y risas. Una gran mayoría porta en sus manos grandes bolsas de papel con las mejores marcas de ropa. Abultadas bolsas que sujetan por sus elegantes asas.

A través del grueso del cristal intento adivinar tus gustos. Con objeto de concederme una pista, me fijo en la dirección de tus ojos, que apuntan a la parte trasera del escaparate. —¿Te gustan aquellos zapatos de allí al fondo?

—Sí, me gustan aquellos zapatos —contestas.

En un escaparte luminoso y bien distribuido, los zapatos deslumbran por la calidad de sus materiales y su buen acabado.

—¿Los rojos de punta abierta o los blancos con un ligero tacón? —pregunto.

—Los blancos.

Debido a la lluvia caída en días anteriores, las calles presentan un aspecto enfangado y escurridizo. Los charcos abundan en las aceras. A veces, solo es posible superarlos dando pequeños saltitos. Los coches circulan por las calles sin miramientos, salpicando el agua de los charcos a los transeúntes. En tales circunstancias, unos zapatos blancos se ensucian con suprema rapidez. —¿Vas a comprarte unos zapatos blancos, en esta época del año?

—Sí —respondes segura de ti misma, sin apartar tu vista de ellos.

Mi mente imagina tus pies llevando unos zapatos blancos. —¿Acaso pretendes mostrarme tu dedicación?

Acercas la mano a tu boca, deslizando hacia abajo tu bufanda. Al descubrir tu barbilla, el frío helado de la tarde se adquiere a tus labios. En un inesperado pero divertido gesto, me sacas tu lengua y me haces burlas, con esa expresión graciosa de tu cara, negando con la cabeza a un lado y al otro, queriéndome decir que no es mi asunto. Vuelves a tapar tu boca con tu bufanda, invadiéndome un sentimiento de nostalgia, una sensación de anhelo me recorre el cuerpo. Es el deseo de mis ojos por besar otra vez tu boca.

—En esta misma tienda donde estamos ahora, me compré las botas que llevo puestas —te digo. Y levanto mi pie para mostrarte la bota.

—Ya lo sabía—. Tu sonrisa terapéutica calma los músculos de mi cuerpo en un tonificador masaje de spa. Tus mejillas se alzan hacia arriba, dejando escapar una apacible sonrisa que se transparenta a través del color amarillo aplanado de tu bufanda. —Es por eso que he venido a esta tienda —me dices.

—¿Ya sabías que compré aquí las botas? —me quedo mirándote perplejo.

—¡Sí! —y te ríes a lo grande, apretando la palma de tu mano en tu pecho, como si tal gesto pudiese ayudarte a calmar tu risa.

Te contemplo con cara boquiabierta, con esa cara de bobo que se me queda, un poco perdido dentro de mi ser, al verte tan exuberante de felicidad. Un rostro risueño que me fascina, cuando sacas de dentro de ti ese efecto imantado, esa sonrisa abierta, y te siento tan libre, sin ataduras impuestas,

siendo tan expresiva como eres, tú y tu improvisación, con ese carácter tuyo tan impulsivo.

—¿Quieres acompañarme? —me preguntas, con una sonrisa pícaro de quien sabe que obtendrá un sí como respuesta. —Deseo conocer tu opinión mientras me los pruebo.

En la zapatería, el olor a incienso es tan abrumador que hasta me fatiga. —¿Por qué pondrán tanto incienso, estropeando un lugar tan acogedor? —me pregunto. Hileras de zapatos se distribuyen ante mis ojos. Pasillos llenos de estanterías. Estantes cuadriculados que alcanzan el techo. Angostos pasillos con zapatos a ambos lados.

Tu mano se apoya en mi hombro para descalzarte de tus zapatos al entrar. Yo también me descalzo. Observo tus simpáticos calcetines de colorines. Guardamos con llave nuestros zapatos en sus respectivos casilleros. Tus pies, caminando en calcetines, sienten la suavidad de un suelo tapizado en terciopelo. Yo también lo siento. La mujer de gafas de aviador se aproxima.

—Deseo probarme los zapatos blancos del escaparate —le dices, y te subes a la plataforma metálica antes que la dependienta te lo indique.

—Quítese los calcetines —te ordena la dependienta con voz cortante y aires de marimandona, lo cual me extraña que te lo pida, pues yo no tuve que descalzarme los calcetines al subirme a la plataforma.

—¡Dios, que pies más bonitos! —me digo a mí mismo cuando te despojas de tus calcetines y muestras tus pies con unas uñas al natural, sin esmalte.

Sales de la tienda con unos zapatos blancos con punta cerrada, elegantes donde los haya, de estilo francés refinado, de aspecto intermedio entre salón y oficina, atados a tus tobillos por una fina correa blanquecina con hebilla.

Andando por la calle, miro y remiro a tus zapatos. Que te hayas comprado unos zapatos blancos, me ha tocado el corazón. Y cuando me tocan el corazón, se me aflojan los brazos y las piernas. Me ablando. No puedo apretar los puños. Es como si perdiera la fuerza por un instante. Si tuviera que agarrar una jarra de cerveza en este momento, se me caería al suelo.

—Esos zapatos blancos que llevas, encajarían a la perfección con un vestido floral multicolor, sin mangas, con la espalda al descubierto —te digo.

Mi sugerencia te agrada, pero no te convence. Es lo que deduzco por la expresión de tu cara.

—¿Zapatos cerrados con un vestido abierto para salir a la calle? —preguntas. —Con este frío que hace, no me veo con la espalda al descubierto.

—No tiene por qué ser a la intemperie —te digo. —Podría contemplarte

bajo la comodidad de un techo, en nuestro piso, quizá al calor de la chimenea.

—Conozco un gran centro comercial en la ciudad de al lado, a unos diez kilómetros —me dices. —Podríamos coger el transporte público. Allí seguro que encontraremos todo tipo de vestidos.

Continuamos caminando por la acera, charlando de camino al piso. —Por lo que me conoces hasta ahora, ¿qué serías capaz de hacer por mí? —te pregunto.

—Ya lo hago —dices. —Acabo de comprar una zapatos blancos.

—¿Raparías tu cabeza al cero? ¿Canjearías tus cabellos por dinero si viviera en la pobreza?

—¿Por qué me preguntas eso? —me dices. Tu gesto sonriente desaparece, y tu andar se torna impreciso. Después de varios pasos me respondes. —Sí, lo haría.

—¿Y caminarías diez kilómetros al pueblo de al lado, descalza, sin tus zapatos blancos, sintiendo en la planta de tus pies la dureza del asfalto, para adquirir un importante medicamento si yo enfermara? ¿Lo harías?

—Sí, lo haría. ¿A dónde deseas llegar con estas preguntas? ¿Dudas de mí?

—Te creo —respondo—, solo que me parece que prometes muy a la ligera. Veremos algún día si de verdad lo cumples.

Llegamos a un cruce con un semáforo. Se trata del mismo semáforo por donde en su día paseé con Cerdio. Nos toca esperar. El color rojo del semáforo detiene nuestro andar. Detrás de nosotros, la gente se agolpa junto al semáforo, aguardando el momento de cruzar la calle. Tu mirada se mantiene fija al otro extremo, como si quisieras alcanzar con tus ojos el lado opuesto de la calle.

—¿Nunca cruzas en rojo? —te pregunto.

—Cruzar en rojo es peligroso —respondes, aflorando de nuevo a tu cara tu sonrisa.

De pie, junto al semáforo, esperamos a que cambie a color verde. Unos segundos más tarde, la luz del semáforo cambia de color. Es el momento de cruzar. Tus pies no han tenido tiempo de iniciar la marcha, cuando mi mano busca el tacto de tu mano. Mi mano se aprieta de forma uniforme con la tuya. Sientes el contacto. Mis dedos buscan los tuyos. Cruzamos la calle con dedos entrelazados.

—¿Alguna vez conociste a una persona, y sin saber por qué, sentiste como si la conocieras de toda la vida? —te pregunto mientras cruzamos la

carretera. —Es lo que siento contigo.

—Me gusta mirar a otras parejas y ver como pasean, cogidas de la mano —me contestas.

—Cruzar la calle de la mano es habitual en mí. Lo hago desde mi niñez —te digo. —Me lo enseñaron mis padres. Desde muy pequeño, cuando todavía era un niño, mis padres me inculcaron la exigencia de cruzar la calle de la mano de alguien. Me prohibieron cruzar en solitario. Me educaron en el impulso de poner mi confianza en una persona, y atravesar con ella los peligros de la calzada. Me instruyeron en la necesidad de ir de la mano con alguien que me llenara de confianza al cruzar. De mis padres aprendí que debo cruzar la calle buscando el contacto de una mano. Es lo que ahora hago contigo.

Giras la cabeza para mirarme de cuerpo entero, y como si sentir no fuera suficiente, te recreas observando tu mano apretada con la mía. Yo también giro mi cabeza para contemplar tu cuerpo andando por el paso de cebra.

Me miras como si quisieras hablarme con tu mirada, y siento en tus ojos tu deseo de pertenencia. Me contemplas con satisfacción, como si estuvieses feliz de que te pertenezco. Al final de la calzada nuestras manos se sueltan, y noto en tu cara una sensación extraña, quizá de desconfianza.

—¿Solo vas a darme la mano cuando crucemos por los semáforos? —me preguntas incrédula, entretanto seguimos caminando.

Capítulo 12

Felice me ha invitado a su mansión. Al abrirse la verja de entrada, un mozo de modales refinados me sugiere subir a un cochecito pequeño, uno de esos carritos que se ven por televisión en los torneos de golf, y me conduce a lo largo de sinuosos caminos por un cuidado jardín parquizado, pasando por debajo de arcos ornamentales envueltos por plantas trepadoras.

Desde lo alto de una escalera triunfal, decoradas con estatuas a ambos lados, me espera muy trajeado Felice Feltali. Todavía no me ha explicado el motivo de su insistencia por invitarme a su mansión, y me pregunto si debo tomármelo como un favoritismo, o si formo parte de un protocolo que realiza por igual con todos sus empleados.

El cochecito se detiene al lado de una fuente grandiosa, desde donde desagua una cascada que airea de frescura la entrada a la mansión. En la fuente nadan patos, no como los que se pescan en la feria de juguete, sino los que agitan sus alas, graznan, y echan el pico hacia atrás para dormir.

Felice me regala uno de sus peculiares y calurosos abrazos.

—Bienvenido a casa —me dice, al tiempo que me invita a prescindir de mis botas y vestirme con un calzado especial. Como ya preveía, el interior de su mansión destaca por el lujo desmesurado, la pulcritud y meticulosidad. El aire acondicionado ayuda a crear un ambiente más distendido y relajado. Candelabros en los techos y robustos sillones, acompañados por alfombras donde no se encuentran pelusas ni escarbando.

A un chasquido de sus dedos, una mujer madura, más allá de los cincuenta, de tez morena y unos ojos grandes vistosos, sin duda llamativos, nos sirve un par de copas.

—Vino de la Toscana —dice Felice, olisqueando la copa antes de tomar un trago. —Angelines es nuestra sirvienta desde hace décadas. Sirve esta casa con orgullo por más de treinta años. Una mujer bellísima de jovencita, que aún conserva su belleza a su madurez.

Y no le falta razón. Comparto al pie de la letra la opinión de Felice acerca de su sirvienta. Tuvo que ser una mujer muy bella, de las que quitan el hipo. —Seguro que ya se la ha pasado por la piedra —pienso.

—Soy un coleccionista acérrimo —me comenta, mientras bajamos despacio, aún con las copas de vino en las manos, unas escaleras de blanco

mármol que dan a un descampado. —Desde mi adolescencia, me gustó amasar todo cuanto llegaba a mis manos y era coleccionable —añade. Caminamos a la sombra de un pasillo techado por plantas silvestres. Al detenernos, desde su bolsillo, saca un manojito de llaves que abre la puerta de un garaje.

—Me apasiona el coleccionar coches de auténtico lujo —dice al abrir la puerta. Ante mí, para mi sorpresa, cuatro vehículos de gama alta, aparcados en batería, con una estética espectacular, presentan un aspecto impecable, como si los hubiese sacado de fábrica: un Mercedes, un Audi, un BMW y un Porsche 911 rojo. —Los tengo bien cuidados, cobijados de la intemperie. Tienen pocos kilómetros —añade.

Nada más verlos, siento el deseo de subir a uno de ellos y conducirlo, pero me limito a abrir la puerta del conductor del Porsche rojo y contemplar su interior: su volante, de acabado perfecto, y los asientos en tapicería de cuero.

—Quiero enseñarte algo más —dice Felice. Y salimos del garaje. Tras atravesar varias estancias, llegamos a una sala enorme de cuyas paredes cuelgan trofeos de caza. Desde un cajón, me muestra su rifle impoluto envuelto en un pañuelo, entretanto alzo mi mirada alrededor de la sala para contemplar las cabezas de los animales disecados, como ciervos y jabalíes. También cuelgan de las paredes numerosas fotografías donde Felice queda retratado, más bien abrazado, a personas que parecen ser famosas, de las que ocupan cargos importantes, como políticos de renombre, cantantes célebres y distinguidos deportistas. En cada fotografía aparece en el suelo, abatido a tiros, el animal cazado.

Habiendo pasado un buen rato hablando de sus trofeos, sus mayores hazañas como cazador, y relatando algunas de sus épicas peripecias en aquellos días de cacería, todo ello mientras mis pulmones se llenan del humo de sus puros, Felice me invita a caminar hacia otra sala, donde se deleita mostrándome su colección de mariposas.

Rotuladas cada una con sus respectivos nombres, una nutrida colección de mariposas, dispuestas en cuadros bien enmarcados, con tapa de cristal y fondo blanco, reposa sobre las paredes. En una mesa de despacho se distribuyen con cierto desorden algunos marcos de cuadros en desuso, grandes sobres y algunos alfileres desparramados a lo largo de la mesa.

Mientras me explica el origen de las mariposas en cada cuadro, Felice se acerca a la mesa y extrae desde uno de los sobres una mariposa envuelta en un plástico. La desenvuelve con sumo cuidado, coge un alfiler en sus manos del

tamaño de una aguja de inyección de hospital, y clava la punta del alfiler con fuerza atravesando el cuerpo inerte de la mariposa. Siento el disfrute en su cara al ensartar, con pulso firme, el centro del tórax del animal.

—No temas, están disecadas —dice. Y veo en sus ojos una perforadora mirada que me alerta de un peligro. —Por mucho que apriete, no le dolerá.

Caminamos por el jardín hasta un cobertizo de madera. En una mesa, varios documentos descansan sujetos por un cenicero lleno de colillas. Una pluma estilográfica, de gran valor, se dispone junto a los papeles.

—Necesito que firmes estos documentos —me dice Felice encendiendo otro puro, y suelta una bocanada de humo que se extiende por el cobertizo.

—¿De qué se trata? —le pregunto.

—Poseo muchos negocios —responde—, no solo la multinacional de perfumes. Aunque me conviene no poseer nada, quiero decir, me resulta más beneficioso si mis posesiones no están puestas a mi nombre. Así que necesito que estampes tu firma en estos documentos, con lo cual, acreditas que tú eres el comprador de unos terrenos. Serás el poseedor de los terrenos de forma temporal. Ya tengo apalabrado quien te los comprará. Solo se trata de una operación de compra y venta de la que obtengo grandes beneficios.

—¿Para esto me has invitado a tu mansión? —le digo. —¿Para que ponga mi firma en tus documentos? Veo que lo tenías todo estudiado al dedillo.

—Para eso están los amigos, ¿no crees?

Una repentina ventolera arremolina los papeles. Documentos que desean salir volando, y que sin embargo, se mantienen sujetos a la mesa gracias al peso del cenicero.

—¿Y qué gano yo en este juegucito? —pregunto a Felice. —No voy a poner mi firma en tus oscuros negocios de blanqueo de dinero a menos que obtenga una compensación a cambio.

Felice da un trago a la copa de vino y una calada a su puro, apoya la palma de su mano sobre el papel, marcando sus dedos. La mano le tiembla como quien no puede controlar su fuerza.

—¿Me estás chantajeando? —me pregunta con una voz tan tensa y espesa que hasta el lobo de caperucita se asustaría.

—Si no saco tajada no veo ningún interés en meterme en líos —le digo. —No pretendas que exceda mis funciones como jefe de laboratorio para las que me has contratado. Estoy poniendo toda la carne en el asador para que el proyecto del perfume adaptativo se convierta en un éxito al final de año. Si quieres que firme estos papeles tendrás que compensarme.

Felice suelta una carcajada. No sé qué le hace tanta gracia. Puede que le resulte gracioso lo inesperado de mi respuesta.

—¿Sabes hijo? —me dice—. No estoy acostumbrado a que la gente me dé un no por respuesta—. Sus ojos marrones, clavados en los míos, me atraviesan con la mirada, como había atravesado antes a las mariposas.



Con tu mano sobre el tirador de la ventana, abres las dos hojas para que el aire entre y ventile el salón. De pie, te asomas al exterior y miras hacia la calle. Desde la altura de un octavo piso todo parece pequeño, incluso las montañas.

Una frágil lluvia cae despacio, muy lenta, sin ninguna prisa por alcanzar el suelo, disolviéndose a medida que cae en finísimas gotas. Un aire tranquilo transporta las gotas de lluvia hasta rozar tu rostro. Casi sin darte cuenta, una ligera humedad se adhiere a tu frente y tu nariz. El frescor de una fina capa de lluvia moja tus pómulos.

Mirando por la ventana, te sientes ensimismada. Contemplas con atención cada detalle en el exterior, cada persona que camina por la acera, cada vehículo que circula por la carretera. No quieres perder puntal de lo que acontece. Y mientras tus ojos se centran en la vida de otras personas, un frío helado se cuele dentro del salón. Un frío que te obliga a tiritar, pero no te hace cerrar la ventana.

—Ven un momento —me llamas. —Acércate a donde estoy —me pides. Justo detrás de ti, el calor de mi presencia estimula tu cuerpo. Inclinandola hacia atrás, permites a tu espalda contactar con mi camisa, tus omoplatos se relajan en mis pectorales y tus vertebras se recuestan en mi esternón. Levantas tus codos por encima de tu cabeza y los dejas reposar sobre mis hombros. Alzas tu mirada. Abrazas mi nuca entrelazando los dedos de ambas manos, como se sostiene una bailarina a una barra de baile de acero cromado.

—Abrazame —me pides. Y te mantienes de pie, divisando el paisaje, oliendo a mi perfume a tu espalda. Sientes el tacto de mis manos en tus caderas, mis brazos rodeándote, envolviendo tu cintura. Atraigo tu culo hacia mí, al tiempo que deslizo mis manos por tu vientre, sintiendo en mis dedos el rugoso plisado de tu blusa frunciéndose.

—¿Ves aquellas montañas de allí a lo lejos? —te pregunto.

—Sí —respondes con una voz llena de paz y tranquilidad.

—Sus figuras y cumbres sinuosas me provocan. Montañas que se visten con tacones. Cumbres que, en la distancia, compiten por ser vistas, desean llamar mi atención. Las cimas más elevadas tapan a posta a las cúspides más pequeñas. Se anteponen delante a propósito, con la clara intención de taparlas, de hacerlas invisibles, en una feroz disputa por hacerse notar. En la lejanía, solo aquellas montañas que se gustan de calzar los tacones más altos obtienen mi atención visual.

—¿Te gustaría que posara para ti con tacones? —me preguntas, buscando con tus ojos el centro de mis pupilas. —¿Es eso lo que intentas decirme?

Tu pregunta me produce una agradable sorpresa, a la vez que, me deja un poco descolocado. Pienso en tus zapatos blancos, zapatos recién comprados. Y lo cierto es que deseo vértelos puestos más tiempo, observar tu bonito caminar con ellos. Quiero ver como se ensucian en tus pies, y se llenan con granos de tierra. Quiero verlos salpicados por la lluvia, y manchados de barro. Deseo contemplar como los mimas, sentir tu dedicación y cuidados, vislumbrar el reluciente blanco en tus zapatos al siguiente día. Pero además, tu atrevimiento a llevar la iniciativa me ha gustado, y tu propuesta de vestir tacones para mí, me ha encantado.

—Claro que sí —te digo. —Me encantaría contemplar el balanceo de tus caderas, al compás de unos tacones, de casi diez centímetros, anudados en varias vueltas a tus tobillos.

—¿Te gustaría que bailara para ti, con la música del tocadiscos, desnuda, vistiendo solo los tacones?

Me miras a los ojos, con esa inquietud que surge en tu rostro siempre que esperas una respuesta. Mi mente te imagina desnuda, despojada de cuantas ropas llevas, desabrigada, sin la protección de unas telas que te cubran, soportando el peso de tus pies en unos elevados tacones, que se clavan al suelo de madera del salón, repicando a cada paso, en un baile acalorado, al sonoro ritmo de la música.

—Por supuesto que me gustaría —afirmo. —De hecho sería de lo más sensual: verte bailar, renunciando a las ropas que visten tu cuerpo.

—¿Es ese tu sueño? —me preguntas.

—¿Mi sueño? —Tu pregunta provoca que mi mente imagine situaciones diversas, escenas de mi vida cotidiana narradas desde los sentimientos. Mis recuerdos, ilusiones y fantasías, todas ellas se entremezclan en ese momento.

—Mi mente rebosa de sueños —te digo. —Verte desnuda bailando en tacones es solo uno de ellos.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Lo qué? ¿Lo de que me encantaría que bailaras desnuda para mí?

—Sí —respondes.

—Me ilusiono con facilidad. Así soy yo. Puede que este sea mi punto débil. Ilusionarme hace que me sienta ligero, como una pluma, deseando que un empujón del viento me haga volar. Sin embargo, una parte de mí, recelosa, un tanto dolida, me mantiene en cautela, y me alerta por lo que pueda pasar.

—Me encantaría conocer tus fantasías —me dices, al tiempo que una ráfaga de aire, despeina tu pelo y lo acerca a mis mejillas. —Quiero desenredar aquello que te mantiene en cautela, bajar tu guardia y librarte de tus alertas.

Choco mi cadera con la tuya en un ligero empujón para llamar tu atención. —¿Es eso lo que deseas? ¿Conocer mis pensamientos más íntimos?

—Quiero saberlo todo de ti —me dices con voz convencida y segura.

—Algunas noches tengo sueños extraños —te digo, y cierro mis ojos para facilitar a mi mente acceder a mis recuerdos. —Tengo un sueño recurrente en el que veo una cristalera, cuyas estanterías sostienen vasos y jarrones de cristal. En el centro de la cristalera se ubica un enorme jarrón. Abro las dos puertas de la cristalera, agarro las asas del jarrón y lo bajo al suelo. El jarrón deja al descubierto un hueco en la pared justo en el centro de la cristalera. Un hueco por donde entra mi cuerpo. Gateo y me introduzco por el hueco, lo que me lleva a descubrir una nueva habitación llena de objetos. Un lugar vacío de personas pero lleno de artículos del hogar: artilugios, similares a una tienda de suvenires. Alguien me llama. Una voz femenina pronuncia mi nombre. Me llama repetidas veces. Me pide que vuelva, pero yo no lo hago y sigo andando por la tienda. ¿Conoces el significado de los sueños? ¿Tiene este sueño alguna relevancia para ti?

—Puede que sí —respondes.

—Diviso unas cestas de mimbre —continúo hablando de mi sueño—, junto a una silla también de este material. Unos bocacartas de cerámica llaman mi atención, esos que se instalan en las fachadas de las casas para introducir cartas. También veo una vasija de mujer esfinge igualita a la de nuestro piso, lo cual me sorprendió cuando la vi por primera vez. Aquella tienda que veo en mi sueño es una habitación de desahogo, un refugio para mí. Y al imaginar una carta introduciéndose en el bocacartas me despierto.

—¿Tienes otros sueños? —me preguntas acercando tu cara a la mía, hasta que se tocan. —Me siento cada día más conectada contigo. ¿Tienes fantasías

eróticas? Quiero ser cada mujer de tus fantasías —me dices.

—Tengo sueños eróticos, pero antes de contártelos quiero saber de ti.

—¿De mí? —dices sorprendida. —¿Y qué quieres saber?

—Quiero que me hables de aquellos momentos de tu infancia cuando eras una niña, aquello que evoca entrañables recuerdos a tu memoria y que nunca contaste de ti.

—Soy de naturaleza espontánea —me dices. —Aunque eso ya lo sabes. Mi cuerpo y mi mente tienen una constante necesidad de sentir vida.

—Cuéntame más —te pido.

—No puedo explicar mi transformación cuando te he conocido —me dices. —En un plazo muy corto de tiempo, tu presencia ha irrumpido en mi vida. Llegas a ser lo que da sentido a mi realidad. No puedo imaginar que no sabía de ti hace seis meses. ¿Qué estaba yo haciendo antes de conocerte? No lo recuerdo. Si rememoro mi vida pasada veo un gran vacío, un pasado sin ti.

Mientras me hablas, pones tus brazos en mi cuello.

—¿Cómo de importante para ti es sentirte enamorada? —te pregunto.

—Me levanto cada mañana como si viviera en una época a la que no pertenezco. En cada una de mis amigas hay un trozo de mí —me confías. —Mi corazón está lleno de puertas, galerías y pasadizos secretos. Si logras ganar una puerta, eso no significa que has conquistado el castillo. Mi corazón no está hecho de alta tecnología, no tiene puertas electrónicas que se abren con pulsadores, sino puertas de madera que usan llaves de las de toda la vida. Bastaría con un manojo de llaves e ir probando, una a una, hasta abrirlo.

Te miro a los labios y me sonrío. No puedo evitarlo. Me encanta oírte vocalizar tus sentimientos. A veces parece que me cuesta un poco hacerte arrancar, pero cuando lo logro, te dejas llevar mostrando tu lado emocional.

—Nunca he llegado a estar tan cercana a un hombre en mis emociones como contigo —continúas diciéndome. —Tú me has traído a una nueva vida. Ahora eres mi droga. Sin ti, me sentiré desesperada. Nada como esto me ha ocurrido antes. Quiero a tus ojos cada día más. Me encanta cada segundo contigo.

En ese instante, el timbre de la puerta suena. —¿Quién será? —me pregunto. Al deslizar la cerradura, un hombre con un estrecho bigote y un lápiz muy fino en la mano, realiza unas anotaciones sobre el cristal de su dispositivo móvil. —¿Me firma aquí? —Y me ofrece el lápiz para que yo estampe mi firma sobre la pantalla de su celular.

En el suelo, descansa una gran caja de cartón. Lleva xerografiado una

silla de oficina.

—Es una silla que he comprado —te digo.

Tras marcharse, abrimos juntos la caja y desfundamos la silla del plástico en la que viene envuelta. Justo al romper el plástico, se expande por el salón ese olor tan característico a nuevo. Una silla de esponja recubierta en cuero lavable, apoyabrazos desplegados, asiento muy ancho y reclinable, convertible en mecedora, patas con ruedas y soporte amoldable para la zona lumbar. Sin duda, la silla perfecta para escribir un libro.

—¡Quiero probarla! —exclamas, como niña a la que acaban de hacer un regalo. Y te tumbas en ella, reposando tus brazos. —¡Es comodísima!” Recostada en la silla, arrastras tus pies, y andas como un pato hasta aproximarte al filo del escritorio. Te levantas de un brinco y sales corriendo.

—¿A dónde vas? —te pregunto.

—Necesito hacer pis —me contestas.

Tus pies descalzos suben los tres escalones hacia el dormitorio, en busca del cuarto de baño. En tu rápida carrera, mis ojos contemplan el sensual movimiento de tus caderas subiendo los peldaños.

Me siento en la silla de oficina y enciendo mi laptop. Lili me saluda al encenderse. La toco con suavidad. Mis dedos se deslizan por sus teclas, con la armonía con la que mueve las manos un director de orquesta. Teclas que se alegran al ser pulsadas y se encienden con luz. Las clases de mecanografía, a las que mi padre insistió que asistiera, y a las que yo acudí con más pena que gloria, no por mi propio interés, sino más bien por el simple hecho de complacerlo, ahora están dando sus frutos.

Escribo deprisa. Mis dedos se aceleran pasados los primeros minutos. Ejercito el músculo de la escritura. Mis ideas, dispuestas en fila india, esperan en mi mente hasta que les toque el turno para ser escritas.

Desde que me propuse escribir un libro, paso largas horas con mi laptop: estructurando los capítulos del libro y anotando algunas ideas. Lili se ha convertido en una compañera esencial en mi vida. No puedo imaginar mi vida sin ella. Cada día, al volver del trabajo, ella está ahí para mí, sobre la mesa del escritorio, esperando a que le presione el botón para encenderla. Todavía se siente resentida, por haberla tenido durante meses olvidada en una estantería, cogiendo polvo. Y aunque ya se lo he dicho, no me cree. No termina de creerse que me gusta que ella esté conmigo, porque mientras escribo, Lili me corrige las faltas de ortografía, si es que cometo alguna, y me ofrece palabras sinónimas si observa que me estoy repitiendo en demasía.

Me levanto de la silla y busco el pulverizador en alguno de los dos primeros cajones de mi escritorio. No es para mí, ya que no sufro de ningún síntoma asmático. Es para las cortinas. Acciono el pulsador y esparzo minúsculas gotas de agua, muy finas, sobre el manto de las cortinas, para que estas, sintiéndose húmedas, ganen en peso, y mantengan su quietud, ganando su particular batalla a las regulares investidas del viento. Cortinas que por acción del viento, aleteando sus vuelos, distraen mis obligaciones de escritura, cuando el fino tacto de ellas juguetea con la tez de mi rostro.

—Tratas a las cortinas como si fueran tus amigas —me dices riéndote, volviendo del cuarto de baño, con algo en las manos que no logro distinguir.

—Lo son —respondo. —Si alguna vez me quedo estancando, sin saber que escribir, las cortinas acarician mi cara, como queriendo insuflarme ánimos para no desistir. Solo que a veces, en sus apetencias por agasajarme con tanto afecto, consiguen distraerme.

Depositás sobre el escritorio un frasco de quitaesmaltes, junto con un envoltorio que contiene discos de algodón. Te sientas en la nueva silla de oficina, y aplicas un poco de quitaesmalte sobre el algodón. Con tu mano abierta, refriegas en varias pasadas el disco de algodón sobre tu uña. El algodón, empapado en esmalte, saborea tu uña, eliminando la pintura, y devolviendo tu uña a su color natural. El olor a quitaesmalte es tan intenso que, aunque no quiera olerlo, lo huelo. Un olor que se apodera de las cuatro esquinas del salón. Con el quitaesmalte pululando por el aire, incluso el olor a silla recién comprada se desvanece.

Con mi espalda sobre los duros barrotes de la antigua silla, a cada pasada del algodón por tus uñas escribo una nueva línea. A medida que tus uñas se vacían de esmalte, la pantalla de mi laptop se llena con mi escritura, y justo cuando tus uñas relucen transparentes, doy por concluida la primera página del libro.

—¡Déjame leerla! —me pides ansiosa.

—¡Espera! Todavía no he terminado el primer capítulo—. Y la verdad es que, muy dentro de mí, me avergüenza enseñártelo. En lo de mezclar compuestos químicos me siento como pez en el agua. Sin embargo, en lo de escribir, aún me noto como un perro durmiendo en una cesta para gatos. Si me pides que lea lo que escribo, haces que me sienta vulnerable, y me sonrojo.

—¡Lo leeré aunque tu cara se ponga como un tomate! —me dices.

—En un lago de aguas tranquilas flotan grandes hojas de nenúfar—. Tu femenina voz, embriagada en el placer de la lectura, lee la primera línea de

nuestro futuro libro. —Las hojas de nenúfar son el lugar preferido para el descanso de las ranas. Actúan como pequeñas islas... —y mojas el pincel dentro del frasco de esmalte, bañándolo en un mar de rojo—, ...donde las ranas reposan al sol. Cuando una rana salta de una hoja a otra, presiona hacia abajo la hoja de nenúfar con sus patas traseras, y cuando la hoja comienza a hundirse, libera la tensión almacenada cogiendo impulso para saltar. Las ranas saben que, el éxito está en liberar tensión para coger impulso.

—¡Me encanta el comienzo del libro! —exclamas. —Me encanta lo que has escrito acerca de las ranas y cómo liberan la tensión.

—¿Y cómo liberas tu tensión? —te pregunto.

—La libero besándote —contestas con celeridad, tal como te sale de dentro—, aunque pronto, besarte no será suficiente —añades.

—Hay dos tipos de ranas... —continúas leyendo. Con las uñas de ambas manos pintadas en rojo Rococo, extiendes las palmas de tus manos sobre la mesa, cuidando que la pintura no chorree por tus dedos. Mueves tus dedos como una pianista, articulando cada uno de ellos, agitándolos para acelerar el proceso de secado.

—Ahora le tocan a las uñas de mis pies —me dices, apoyando tus talones en la mesa de escritorio mientras sigues leyendo.

Y por causas desconocidas, más bien conocidas pero sin poder evitarlo, un involuntario encontronazo de mi brazo con tu mano, acaba con el frasco de esmalte precipitándose sobre el teclado. El cristal del recipiente, por una de sus esquinas, golpea a Lili en una de sus teclas. El frasco de pintura se tambalea, debatiéndose entre quedar de pie o permanecer tumbado. Intentas atraparlo antes que caiga, cuando la pintura decide salir a borbotones por la boquilla del frasco.

Gotas de pintura roja, cada vez más anchas, mojan a Lili. Un rojo depredador se esparce con virulencia, resbala por las teclas, buscando cualquier recoveco, incrustándose entre las ranuras, goteando como una herida abierta. Un manto ensangrentado no permite descifrar dónde está la tecla G y dónde la H. Despacio, manchando todo lo que halla a su paso, avanza como la lava incandescente de un volcán. Un río de pintura que baña en un rojo espeso más de medio teclado.

Tu cara se cubre de espanto. Recuperas el frasco de esmalte en tu mano, donde la totalidad de la pintura se ha vaciado sobre Lili. Te quedas estupefacta, bloqueada, sin saber qué hacer ni qué decir.

Es en ese momento de indecisión cuando me agacho al suelo. Recojo la

brocha de pintura y sujeto tu desnudo pie en mi mano. Lo sostengo. Sentada en la nueva silla, permaneces mirándome, con rodillas encogidas, con un talón apoyado en la mesa y otro descansando en mi mano.

—Terminemos de pintarlos —te digo. El pincel en mi otra mano. Deslizo la brocha sobre una tecla, descamándola de rojo. Sujeto con firmeza tu tobillo. Una suave presión de mis dedos sostiene tu pie. El pincel pinta tu uña. La uña de tu pulgar de rojo. La pintura se esparce, tapándola, como una sombra tapa la claridad del sol. —Lee un poco más de nuestro libro —te digo.

Mojo el pincel en el rojo de otra tecla. Lili siente la cosquilla del resbalar del pincel sobre el teclado. Deslizo la brocha por la uña de tu pie, aplicando una capa de pintura a cada dedo, bañándolos con el pincel, al tiempo que sigues leyendo: —...saltan sin saber a cuál hoja de nenúfar van a aterrizar—. Y soplo a tu pie. El aire de tu boca pronuncia mis palabras escritas, mientras el aire que sale de la mía, seca tus uñas del pie.

Capítulo 13

Si alguien quiere encontrarme, lo tiene fácil. O me busca en el piso o en la multinacional de perfumes. Paso la mayor parte del día en uno de estos dos lugares. Le pregunté a Felice por qué lo llama multinacional, cuando en realidad, se trata de una gran empresa sin ramificaciones en el extranjero, y me dijo que no es más que su deseo de que la empresa se internacionalice. Tiene planes, a medio-largo plazo, de expandir sus oficinas a diferentes regiones del mundo. Llegado ese momento, también me comentó que, quizá en un futuro no muy lejano, deba mudarme a otra oficina, a un continente distinto. Ni que decir tiene que la noticia no me ha sentado bien. Me resultará doloroso si tengo que desplazarme, pues prefiero no pensar en tener que moverme de donde vivo.

Cuando me decidí a venir a la multinacional de perfumes, lo contemplé bajo la perspectiva de que lo haría en cuerpo y alma. Vine para quedarme, sin billete de vuelta. Quería poner todo mi empeño, y a su vez, conseguir el reconocimiento a mi esfuerzo. Uno de esos momentos de la vida en la que te dices: ahora o nunca. Y me lancé. Quería sentirme de alguna forma importante e imprescindible, y estaba dispuesto a esforzarme por ello.

Pero después, a veces uno no sabe por qué, la vida te pone en una situación donde te cruzas con alguien por primera vez, y tu mundo se pone patas arriba. Sientes que te gustaría saber más acerca de esa persona. Sientes una curiosidad que no puedes explicar. Es inexplicable pero ahí está. Como cuando te sientas a la mesa, y alargas el brazo para coger un trozo de pan, pero en vez de comerlo, retienes la miga de pan en tu mano, a la que das vueltas. La miga se convierte en una bola que rueda por tus dedos. Y de repente piensas: ¿qué estoy haciendo? Y te das cuenta de que no puedes dejar de pensar en esa persona. Y cuanto más la conoces, más quieres saber de ella. Te apremia la urgencia de querer anticipar lo que viene después. En el fondo, es un sentimiento de cercanía. Es lo que siento contigo. Me siento cercano a ti.

Y entonces los planes que tenía en un principio varían y se trastocan. No solo que ahora debo compaginar mi tiempo entre el laboratorio y la escritura, pues hemos decidido emprender un libro juntos, sino que además, me estoy acostumbrando a pasar más tiempo a tu lado. Y me apetece verte más, tanto dentro como fuera del piso, pasear y visitar otros lugares contigo. Siento que mis pretensiones iniciales han cambiado. Esto no quiere decir que he dejado

de lado el proyecto del perfume adaptativo, pero no me siento tan dedicado a ello.

Abro tu mano y pongo en tu palma un pequeño objeto. Antes que puedas darte cuenta, cierro tu mano, apretando tus dedos para que no puedas verlo.

—No abras la mano —te pido. —Es una sorpresa. ¿Qué crees que es?

—No lo sé —dices con el puño cerrado cuestionándote que puede ser. —Haces que me sienta intrigada.

—¿Qué sientes dentro? —Bajas tu mirada a la altura de tu mano, como si mirar a tu puño cerrado te ayudara a descifrar que se esconde en su interior.

—Siento algo puntiagudo —respondes. Y miras hacia arriba intentando imaginar que podría ser—, o quizá sea cuadrado —añades.

—Ven conmigo afuera del edificio. Salir fuera es parte de la sorpresa—. Nos envolvemos en nuestros abrigos y bajamos las ocho plantas del edificio en ascensor. Mientras bajamos, vuelves a mirar tu puño.

—Espero llegar pronto porque lo tengo clavado en la mano —dices.

Al salir del edificio, sopla un viento fuerte, pero para romper la costumbre, el día se muestra soleado. El sol te deslumbra. Los rayos del sol penetran en tus ojos a través de los finos espacios entre tus pestañas. Gracias al brillo del sol, tus pupilas lucen hoy más resplandecientes que otros días.

Andamos unos doscientos metros a lo largo de acera. —¿Dónde me llevas? —preguntas con una inquieta sonrisa que me cautiva.

—Ya hemos llegado. Puedes abrir la mano.

Y al abrirla, lo descubres. —¿Una llave? —dices y me observas dubitativa. —Es la llave de un coche —aciertas a distinguir enseguida. —Felice te ha prestado uno de sus coches deportivos de lujo.

Me quedo tan pasmado que no me salen las palabras. —¡Dios santo! Qué capacidad de intuición tienes. ¡Madre mía! Eres superintuitiva. Puedes percibir con rapidez detalles insignificantes. ¿No será que eres la prima de Sherlock Holmes y te lo tienes callado?

—Si lo fuera, Sherlock Holmes también se sorprendería —dices riéndote.

—Pregunté a Felice donde en la ciudad podía alquilar un vehículo por un día, y él se ofreció gustoso a cederme el suyo—. En ese instante, un rafagazo de lucidez llega de pronto a mi cabeza. —Oye, ¿cómo sabías lo de la colección de coches de Felice?

—Tengo mis contactos —dices en una carcajada.

Delante de tus ojos, se halla un Porsche 911 rojo, que en el reflejo del sol

se vuelve todavía más luminoso y atractivo a la vista.

—Iremos en este vehículo a la ciudad de al lado. Una vez allí, compraremos tu vestido con la espalda al descubierto. ¿Te gusta mi plan?

—En realidad no tienes por qué comprarme un vestido, aunque no puedo negarlo. Me encanta la idea de ir de compras contigo —me dices.

—¿Quieres conducir?

—Mejor si conduces tú —contestas

Durmiendo en una cochera, el Porsche se encuentra muy bien conservado. En cuanto a chapa y pintura no tiene un rasguño. Nos subimos al Porsche. Un coche casi sin estrenar, con menos de cinco mil kilómetros recorridos. Un impecable interior refleja el mimo con el que Felice lo cuida.

Arranco el motor y noto que es un coche silencioso.

¿Preparada? —te pregunto.

¡Preparada!, respondes, al tiempo que extiendes el cinturón de seguridad sobre tu pecho y lo enganchas al coche.

Salimos del aparcamiento. Piso con ligereza el pedal del acelerador disfrutando del largo de la avenida, sintiendo el rugir del motor.

—Me encanta conducir este coche —te digo. Y después de conducir por varias calles, llegamos al puente que separa la ciudad en dos mitades.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —te digo. —Es simple curiosidad.

—¡Claro! ¿De qué se trata?

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —respondes. —Subirme a un coche por primera vez me pone un poco inquieta.

—¿Acaso conduzco muy deprisa? ¿Quieres que vaya más despacio? Hace tiempo que no conduzco, y nunca antes conduje en esta ciudad.

—No, no es eso —me dices.

—Puede que sea mi curiosidad pero... No paras de mover las rodillas —te digo. —¿Por qué lo haces? ¿Eres el tipo de chica que, me obliga a detener el coche mientras vamos conduciendo porque no puedes aguantar las ganas de hacer pis ni un segundo más?

—¡No soy ese tipo de chicas! —dices con una mueca bromista en tu cara. —Nunca te pediré que pares por mí para hacer pis. Puedo aguantarlo un largo viaje.

Al pasar por una rotonda, el motor se viene abajo y el coche se detiene. Intento arrancarlo de nuevo pero no reacciona.

—¡Qué extraño! —exclamo, y compruebo el nivel de combustible. —

Tiene la gasolina al máximo—. Intento una vez más arrancar el motor pero no da señales de vida. —¿Por qué tiene que pasarme esto ahora? Parece que no vamos a poder ir de compras —me lamento.

—Podemos coger el autobús —sugieres.

Y tienes toda la razón. A falta de un vehículo privado, la mejor opción es utilizar el transporte público. Apeo el vehículo a un lado de la calzada y nos dirigimos camino de la parada del autobús. Estando esperando en la parada, dos chicas se aproximan. Sus voces me resultan familiares. Las reconozco. Se trata de Eva y Bea, que también esperan el autobús a nuestro lado.

—Desde ayer tengo un jefe nuevo —dice Eva.

—¿Si? ¿Y qué tal? ¡Cuenta, cuenta! ¿Está macizo? —pregunta Bea.

Al mirarlas, veo a dos amigas sumidas en su propio mundo, sin importarles lo más mínimo la gente alrededor, inmersas en una conversación que debería ser privada, pero que sin embargo, es pública.

—En su despacho, lo seduje. ¡Se puso empalmadísimo! Le quite toda la ropa hasta dejarlo en bolas —responde Eva, agitando su voz por la trascendencia del suceso. Bea también suelta un grito, alucinando entre risas. Dos chicas que, lejos de cuchichear, parece que hablan sobre un escenario.

—Luego le agarré el paquete con ambas manos —continúa Eva exaltada. —Quiero una subida de sueldo, le pedí con la polla en la mano, y el muy inútil aceptó.

Las dos se parten de risa, y sin saber la razón exacta, siento que una parte de mí las envidia, quizá por expresarse de forma tan libre, sin cortapisas.

—Hice con él lo que me salió de la pipa del chocho —añade Eva.

—Estas chicas no tienen otro tema de que hablar —pienso, negando con la cabeza, a la vez que me sonrío.

El autobús llega a la parada. Viene rebosante de gente. Ningún asiento libre, por lo que no nos queda otra alternativa que agarrarnos a las barras del techo y permanecer de pie durante el transcurso del trayecto.

Subes tus manos por encima de tu cabeza. Te agarras a la barra con ambas manos. Tu cara en frente de la mía. Me encuentro bastante achuchado, aprisionado entre los cuerpos de una aglomeración de gente.

Esto es algo que nunca he terminado de entender acerca de los autobuses. Prefieren transportar a la gente empaquetada, como en cajas de cerillas, con tal de ahorrar en combustible.

—Poned una línea más de autobuses —grita un hombre disgustado, agarrado a las barras del techo, después de haber recibido varios codazos y de

soportar de pie los vaivenes de algunas curvas pronunciadas.

El traqueteo de un camino lleno de baches, un aire cargado, y el sudor concentrado a humanidad, hace que algunos pasajeros pierdan sus nervios.

—Me siento muy libre contigo —me dices susurrándome al oído, con cara de satisfacción, mientras el autobús asciende por la colina. Sonríes y tu risa contagiosa provoca que otras mujeres a nuestro alrededor también sonrían.

—¿Sabes lo que quiero ahora? —me preguntas muy bajito, con sigilo, mostrándome un cierto grado de misterio, con tus labios pegados a mi oído.

—¿Lo qué? ¿Qué quieres?

—Me siento excitada de sentirme tan cerca de ti, pegada a tu cuerpo, entre la aglomeración de tanta gente. ¿Y sabes que me apetece al sentirme tan apretada a ti? Deseo que me beses.

—¿Besarte ahora? ¿Rodeados de la muchedumbre? —te pregunto.

—Solos tú y yo, y el chófer conduciendo. ¿Te lo imaginas? —me dices. —El chófer mira a la carretera. Está demasiado ocupado en conducir —me hablas desde tu imaginación. —Yo agarrada a la barra para no caerme, mientras el chófer gira el volante y el autobús vira de forma brusca.

Entretanto me narras tu fantasía sin que nadie más lo oiga, tu voz acaricia el recoveco de mi oreja, y tu aliento se esparce en los pasillos de mi oído. Te observo con tus dos manos sujetas en la barra, por encima de tu cabeza.

—No me atrevo a soltarme de la barra por miedo a caerme —continúas hablándome. —Tú no tienes miedo a los giros y tus manos encuentran mi cuerpo. Me miras con deseo y siento el calor de tus manos en mi espalda baja. Me achuchas hacia ti, sin que quiera soltarme de la barra.

—Ni no quieres, no te sueltes —te sugiero sonriendo.

—Colgada en la barra, como esposada, desabrochas el primer botón en mi espalda y me besas el cuello. Tus labios comiéndome a besos el cuello. Con mis manos sujetas en la barra, estoy indefensa —me dices. —No puedo hacer otra cosa, solo devolverte los besos. Y a cada uno de tus besos, respondo con uno mío más intenso”.

Te miro mientras imagino tu historia.

—El autobús vuelve a girar. Tu lengua en mi boca despierta mis más íntimos instintos. Tus manos se meten dentro de mis bragas y agarras mi culo.

—¿Eso hago yo? ¿Te cojo el culo? —te pregunto imaginándolo.

—¡Sí! Me coges el culo bien cogido, y mi cuerpo se tensa, a la vez que tus dientes se clavan mordiendo el lóbulo de mi oreja.

—Otro giro del autobús. Me desbalanceo. Me sujeto a la barra con más fuerza. Tus manos desabrochan todos los botones de mi espalda. Siento cada botón soltándose en mi vestido. Mi espalda al descubierto. ¿Quieres desnudarme? ¿Es eso lo que quieres? Dímelo, quiero escucharlo.

—Sí, quiero desnudarte —te susurro al oído.

—Pero no puedes porque los tirantes del vestido chocan y se anclan en mis hombros.

—Unos tirantes desobedientes —escuchas el susurro de mi voz dentro de tu oído.

—Sí, desobedientes —repites mis palabras dando por concluida tu fantasía erótica.

El autobús frena para luego detenerse. Un hombre se baja, seguido de otros viajeros que también lo hacen. Nosotros también nos bajamos. Hemos llegado al final del trayecto. Un aire arremolinado nos da la bienvenida.

—¡Espera! —te digo antes de entrar al interior del gran centro comercial. —Deseo coger un poco de aire.

—¿Quieres dar un paseo? —me preguntas. —¿Te apetece andar?

—Sí, eso es lo que quiero—. Y andamos por un camino ascendente, una ascensión escarpada que tensa nuestras rodillas. Tu mano agarra mi mano para no quedarte atrás. Tus dedos se entrelazan con los míos.

—Me gusta andar de tu mano hacia las alturas —me dices observando el cielo. —Estar contigo me da alas —añades con una voz cargada de ternura.

Cinco minutos de subida nos agotan. Te noto algo cansada. —¿Me das un poco de agua? —me preguntas.

—Me temo que no tengo agua —respondo. Mi otra mano sujeta una botella sacada de mi mochila. —Está vacía —te digo. —Solo la llevo para coger aire.

—¿Quieres coger el aire de la colina en esa botella? —preguntas incrédula.

—¡Sí, exacto! Eso es lo que pretendo. Quiero guardar este aire tan puro y esparcirlo en el salón de nuestro piso”.

Un aire, el de la colina, que se vuelve imprudente, agitando nuestros cuerpos y deseando hacernos volar. Un aire del que me siento agradecido, por soplar con tanta fuerza, y hacernos vibrar.

Desenrosco el tapón y sosteniendo la botella, la desplazo en mi mano como juega un niño conduciendo una locomotora, sobre la vía de un tren, provocando que el aire se introduzca en su interior.

—¿De qué te sientes agradecida? —te pregunto justo cuando una ráfaga enrabiada de viento levanta tus cabellos y zarandea tus ropas.

—No lo sé —respondes. —Es algo que no me he parado a pensar.

—Yo me siento agradecido de poder contemplar este bello paisaje en las alturas —te digo. Y mientras hablo, la botella vacía se llena de aire. Ya no cabe más, por lo que enrosco el tapón para que el aire de la colina no salga.

—Yo me siento agradecido a los días como hoy, de vendaval, cuando la fuerza del viento hace volar mi bufanda —te digo—, y me arriesgo a perderla en las corrientes de aire sin poder recuperarla. Agradecido a las mañanas cuando al levantarme, con ojos todavía soñolientos, me percató de que se ha agotado la pasta de dientes para cepillarme, pues se me olvidó comprarla el día anterior. Agradecido a los días cuando salgo a trabajar a toda prisa, calzando un solo zapato, y no atisbo a encontrar el otro par, por más que me esfuerzo y lo rebusco por todos los rincones del piso. Me siento agradecido a las noches de conferencia, en las que un mentecato, de un inesperado puñetazo, hace mi cara sangrar. Y es en esos días, llenos de reveses y adversidades, en los que descubro a una persona, a alguien que me transmite dulzura, a la mujer que besa la puerta de mi dormitorio, quien entrelaza sus dedos con los míos, y te descubro a ti, dispuesta a abrir el candado de mi corazón.

Un silencio se hace entre nosotros, interrumpido por el silbido del viento. Nos miramos a los ojos, el uno al otro, despeinados, donde una botella separa nuestros cuerpos.

—Estás loco —me dices sonriendo, limpiándote unas inquietas lágrimas que han brotado a tus ojos. —Nunca conocí a nadie tan loco para guardar el aire de la montaña en una botella.

—También siento gratitud por Laura —sigo hablando—, quien me visita al laboratorio. Y sin tener yo largos años de experiencia en la formulación química, ella ha depositado en mí su fe y confianza, otorgándome la oportunidad de trabajar al frente de una empresa que pronto será reconocida a nivel universal.

—Ándate con cuidado con Laura —me sugieres.

—¿La conoces? ¿Estás diciéndome que desconfíe de ella?

—Eso mismo —me dices.

—¿Y qué te hace pensar así? —te pregunto.

—Es lo que me dice mi intuición.

Tu rostro se torna más riguroso, diría que más pensativo, y siento en tu cara el deseo de expresarte, el de comunicar los pensamientos que te abordan.

—Me siento agradecida a mí afición a la lectura —me dices—, a mi capacidad de soñar despierta, a mi tendencia a ilusionarme. Me gusta tener ilusiones. Ilusionarme es el motor que mueve adelante mi vida. Al llegar junto al portalón del edificio, en el mismo lugar donde deseaste besarme por primera vez, me siento agradecida al destino.

—¿Al destino? —te pregunto, curioso de oír tus reflexiones.

—Sí, me siento agradecida a la fortuna por haberte conocido, a la casualidad de compartir nuestro tiempo juntos —y tocas con tu mano el dorso de la mía.

Volviendo por donde hemos ido, descendemos andando la colina, y accedemos al interior del gran centro comercial. Un centro comercial de bote en bote. De nuevo mucha gente aglomerada. Personas por todas partes. Pasillos repletos de ropas. Prendas de vestir tiradas por el suelo, en ese egoísmo absoluto que une al ser humano por el que: si las ropas no encajan en mí, entonces no son para nadie.

—¿Busca algo en concreto? —te pregunta un alto dependiente, moreno y bien formado, sacado de los anuncios de cremas solares. Lleva corbata, el pelo un poco alborotado y una ligera perilla que le sienta bien.

Sin prestarle atención, permaneces mirando un póster enorme sobre la pared, donde una mujer, en provocativa postura, luce sus largas piernas vistiendo unas medias. Sin duda, las medias han cautivado tu interés, pues te mantienes tan concentrada mirándolas, que ni siquiera te has percatado de que el dependiente te ha hecho una pregunta, y espera a tu lado tu respuesta.

—¿Busca algo en concreto? —vuelve a preguntar.

—Busco enamorarme —respondes.

—¿Cómo dice? —El dependiente se queda aturdido por tu inusual respuesta.

—Enamorarse de un vestido con la espalda al descubierto —le aclaro.

—Ya veo. Venga por aquí —dice. Y seguimos al dependiente a lo largo de varios pasillos. Desde un largo perchero, cuelgan en perchas distintos modelos de vestidos desde donde escoger. El dependiente te sugiere algunos de ellos. —Allí tiene un probador —te indica señalando con su dedo.

Con cara de no estar convencida, descuelgas dos vestidos de sus perchas, que sostienes en tu brazo, camino del probador. Y es en ese momento cuando ves otro vestido que te llama la atención. Un precioso vestido, propicio para la estación de primavera, de cuello halter, colgado en una percha, como si estuviese esperando a tener dueño. Lo has visto, casi pasando de largo, y ya no

puedes quitártelo de la cabeza. Al verlo, noto tu certeza, sientes que es tu talla, que se acopla con tu cuerpo, por lo que también lo descuelgas y lo llevas contigo al probador, no sin antes deshacerte de los dos vestidos anteriores.

Entras en el vestidor para probártelo, y justo cuando vas a echar el pestillo, en un descuido del dependiente, me cuelo dentro.

—¿Qué haces aquí? —Tu cara de sobresalto refleja tu desconcierto. ¡No puedes entrar aquí! ¡Este es un probador de señoras!

—¿Recuerdas el bar llamado La-Prisión? Mi abuelo me enseñó a no seguir las reglas —respondo sonriente, al tiempo que cierro la puerta y echo el pestiño conmigo dentro.

Te desnudas ante mis ojos con naturalidad. Te descalzas de tus zapatos y desabrochas tu pantalón. Te desvistes de tu blusa que cuelgas en el perchero. Las femeninas curvas de tu cuerpo delante de mí. El dorso de tu cuerpo en bragas y sujetador, se refleja en el espejo.

Acercas los bajos del vestido a tu cara. Un vestido sin cierres ni cremalleras, sin mangas que cubran tus hombros. Entra arrugado por tu cabeza, y se vuelve terso y estirado mientras desciende despacio por tu cuerpo. Cada centímetro del vestido encaja con tu figura. Se desliza rozándote por todas partes. Su suave tejido acaricia tus clavículas. Su tela toca con ligereza tu vientre. Ajustados tirantes besan tu cuello, y se abrochan a tu nuca, dejando tus hombros desnudos y tu espalda al descubierto.

Te vuelves hacia el espejo, mirándote de cuerpo entero. De espaldas a mí, me deleito observando tu sensual figura: tu espalda, tu culo, tus muslos y pantorrillas. Deslizas tus manos por tu cintura hasta alcanzar tus caderas, en tu deseo por ajustar el vestido más a tu cuerpo. Y mientras te miras al espejo, me fijo en tus brazos y la belleza de tus codos. Codos flexionados con manos ciñendo el escote a tu pecho. Tu espalda, toda desnuda, muestra a mis ojos un tesoro natural, tus omoplatos, ese resalte de tu espalda que hace a tu figura de mujer, si cabe, más femenina.

—¿Qué tal me queda? —me preguntas, y vuelves tu cuerpo hacia mí, para facilitarme que te observe de cara. Sin dejar tiempo a que pueda responderte, te miras otra vez al espejo, de reojos, por detrás de la espalda, y la expresión de tu rostro se transforma. Te asaltan las dudas. Su estilo entallado, dejando entrever unos pliegues fruncidos en la parta baja de tu espalda, hace que te cuestiones de si, en realidad, el vestido se acopla bien a tu figura. Te debates entre alisar con tu mano el lumbar de tu espalda y allanar de ese modo el fruncido, o desestimar tu inicial idea de compra.

—¿Eres una mujer que tomas decisiones por ti misma, o prefieres pedir consejo a familiares y amigas? —te pregunto al ver que te invaden las dudas. —¿Enviarías una foto a tu amiga, luciendo el vestido, para que te aconseje?

—En cuestión de vestidos, no tengo dudas —respondes.

Y al mirarte de nuevo al espejo, percibo que eres exigente y decidida, más cuando algunas personas de tu entorno inmediato parecen no darse cuenta de ello. Puede que este vestido, bajo la tentadora luz de un probador, no sea el más apropiado para ti, pero cuando te lo pruebas, aun cuando deja un indeseable fruncido sobre tu espalda, te dices a ti misma: voy a comprarlo de todos modos, porque solo tú, en tu percepción femenina, sabes cómo sacarle partido.

Abro el pestillo y salgo del vestidor. —¿A dónde vas? —me preguntas.

—Vuelvo enseguida —contesto. —No cierres el pestiño—. Y al momento estoy de vuelta, sosteniendo en mi mano las medias que contemplaste de la mujer del póster.

—Me encanta que elijas las ropas por mí —me dices. —Creo que tienes un sentido real de la belleza—. Una sonrisa abarca tu cara de oreja a oreja. —Me siento como una princesa —añades—, aunque también me gusta elegir las ropas para ti.

De pie, flexionas tu rodilla para introducir un pie por el hueco de la media. El roce de la rejilla asciende por tu talón. La tela de unas medias de red, hasta medio muslo, dejan entrever tus uñas pintadas de rojo Rococo.

—Me gustan tus penetrantes ojos —dices mientras te enfundas las medias delante de mí.

—Y a mí tus ojos seductores —respondo persuadido, con una mujer coqueta como tú, que se gusta arreglarse para sí misma.

Te sientas sobre un taburete, en una de las esquinas del probador, justo cuando un intruso traquetea la puerta. Una despistada clienta, buscando un probador libre, acciona con fuerza, pero sin éxito, el pomo de la puerta, haciendo que la percha se caiga al suelo. Me agacho a recogerla. Y en vez de coger la percha, sostengo tu pierna. Te miro fijo a los ojos mientras sujeto tu talón en la palma de mi mano. Acaricio tu pie, ascendiendo mis dedos por tu empeine, y deslizo mi otra mano a lo largo de tus uñas.

Sentada desde el taburete, levantas tu otra pierna, cubierta en la media, y la apoyas en mi hombro. Tu dedo pulgar afeita mi mejilla. Deslizas tu uña acariciado mi pómulos. Mis labios en tu pie. Lo beso rotulándolo tu piel con una estela de mi saliva. El surco de mis labios besa el puente de tu pie, y mi

siguiente beso va a parar a tus dedos.

Mi lengua en tu dedo meñique. Humedezco tu meñique de un lametón. Sientes el áspero deslizar de mi lengua ensalivando tu pequeña uña. Mi lengua masajea tu dedo. Una a una, lamo las uñas de tu pie pintadas por mí. Son mi creación. Mi saliva deja una marca en cada uno de tus dedos. Separo los dedos de tu pie. Abro las uniones entre ellos, e introduzco mi lengua. Lamo la longitudinal hendidura entre dedo y dedo, bañando en un charco de mi saliva tu pie.

El más grande de tus dedos, tu pulgar, dentro de mi boca. Lo trago entero. Desaparece entre mis dientes. Lo mordisqueo, causándote un escalofrío en la punta de tu pie que se refleja en mi boca. Siento la redcilla enredada en mi lengua. Succiono tu pulgar. Lo chupo de forma posesiva. Voy a por el siguiente de tus dedos y lo aprieto entre mis dientes. Lo chupo a la vez que observo tus bragas a través de las medias.

—¿Qué me estás haciendo? —suspiras. —¡Siento dolor entre las piernas de tanto que te deseo! —exclamas excitada. Arranco la red de tus medias de un sensual mordisco. —¡Has roto las medias y aún no las has pagado!

Capítulo 14

Cada mañana, el camión de frutas accede al recinto de la multinacional de perfumes para descargar las cajas de naranjas. Pero hoy, un camión diferente ha visitado la empresa. No he podido evitar el aparcar a un lado lo que estaba haciendo y salir del laboratorio cuando he visto, desde la ventana, a tres hombres descargando una mesa de billar. No es que yo sea un enamorado del juego del billar. Conozco lo básico. Sin embargo, las cajas que descargan son tan voluminosas que he sentido curiosidad por situarme en primera fila para observar como las transportan.

—¡Bajadlas con cuidado! —dice uno de ellos, con las manos metidas en los bolsillos. Su ayuda se limita a decretar lo que los otros dos deben hacer.

Con sumo cuidado, los hombres descargan varias cajas que, a decir por el esfuerzo que expresan sus rostros, deben pesar bastante. Supongo que contienen las patas barnizadas, el tapiz, los tornillos y otros materiales necesarios para el montaje.

—¿Dónde la instalamos? —pregunta el de las manos metidas en los bolsillos a la recepcionista.

—Al lado de los sofás —dice la muchacha.

Ambos montadores evidencian sus habilidades para instalar la mesa de billar. Sin ningún error y sin provocarle un rasguño, en un procedimiento que demuestra con claridad la profesionalidad de los instaladores, montan la mesa de billar en un periquete. La instalan junto a unos sofás destinados como área de descanso, cercanos al mostrador de recepción.

—¿Quién ha sido el autor de la genial idea de pedir una mesa de billar? —La pregunta de Felice deja a todo el mundo enmudecido. Los empleados que cruzan por la sala circular, se miran unos a otros, y como sacudiéndose las pulgas, contestan casi al unísono: ¡yo no he sido, jefe!

—¡La he solicitado yo! —exclama Laura viniendo desde lejos. Su melena, meciéndose a un lado y al otro, mientras camina, revolotea a sus espaldas.

—¿Con qué objetivo has aprobado la compra de una mesa de billar a cargo de la empresa? —pregunta Felice dirigiéndose a su hija.

—El propósito es evidente —dice Laura. —Fomentar el área de recreo y diversión. Aumentar el disfrute de los empleados en tiempo de descanso.

—Laura —dice Felice, tocándose la barbilla y mascando lo que va a decir. —Bien sabes que, una dama como tú, de formas tan refinadas, cultivada en la finura y delicadeza, habiendo asistido a los colegios más ilustres, y recibido la educación más noble, no es bienvenida en ese tipo de juegos masculinos. ¿Me entiendes, hija? Debes cuidar tu compostura.

—Prescindes de mis deseos —dice Laura, cruzándose de brazos, y dándole la espalda a su padre.

—No es cierto —le reprocha Felice. —Siento devoción por ti, por mi hija. Como padre, solo pretendo...

—¡Me tienes harta!” Laura grita sin permitir a su padre terminar lo que está diciendo. —No puedo tomar decisiones sin tu supervisión. Papá, ya no soy Laurita, tu hija pequeña. ¡A ver cuando te enteras! He alcanzado la mayoría de edad hace tiempo, y sigo viviendo en una dictadura. Siento un látigo que me azota, que marca mi piel a cada decisión que tomo. Quiero serenarme y no puedo. ¡Eres el dictador que controla y arrebatata mi vida! —chilla delante de todos.

Los pocos empleados que permanecen en las inmediaciones, agachan sus cabezas, hacen oídos sordos, y salen por patas, a toda prisa, hacia sus puestos de trabajo. Corren despavoridos a sus oficinas como ratones a su madriguera. —¡Leones sueltos! —dice uno de ellos por lo bajini, al pasar por mi vera.

¿Por qué corren los empleados para desaparecer del mapa? ¿Lo hacen por miedo? ¿Intentan conservar de ese modo sus puestos de trabajo? Pasan por mi lado, por el lado de Laura y Felice, con esa expresión en sus caras de: no va conmigo. Y al mirarlos, proyectan un sentimiento de indiferencia. En realidad, les importa una mierda lo que pueda sucederle a Laura. Muestran la frialdad y el desprecio más absoluto hacia otros seres humanos.

—Llévense ahora mismo de aquí esta mesa de billar —ordena Felice a los instaladores, apuntando con su brazo hacia la puerta de salida del edificio. Y los hombres, como dóciles ovejas, sin oponer objeciones, proceden a su desinstalación. —Lo hago por tu bien —dice Felice, aproximándose a un palmo de su hija, y echándole su brazo por encima del hombro.

—¡Aleja ese maldito brazo de mí! —exclama Laura revolviéndose hacia su padre, sacudiendo el brazo de su hombro de un zarpazo, en un gesto más propio de una pantera negra. La planta baja del grandioso edificio queda deshabitada en segundos, con la única presencia de Felice y su hija, la chica de recepción y yo.

—¡Arruinaste mi felicidad y continúas destrozando mi vida! —grita

Laura, sin poder evitar que las lágrimas lleguen a sus ojos.

—No es necesario que hagas pública la intimidad de nuestro hogar, que reveles detalles privados de nuestra familia —dice Felice, a la vez que con un gesto de su mano, me indica que me largue y desaparezca.

—¡No!, deja que se quede —dice Laura a su padre. —Quiero que sepa el tipo de persona controladora que eres.

—¿Crees que no me había dado cuenta? —me dirijo a Laura, al tiempo que agarro una bola de billar, dispuestas sobre el tapiz de la mesa y la hago saltar en mi mano, mientras los trabajadores siguen desmontando.

—Por cierto —digo fijando mis ojos en Felice—, el Porsche 911 se detuvo a las pocas calles de conducirlo, incluso con el combustible al máximo.

—Hijo, las cosas no suceden porque sí —dice Felice. —Soy yo, quien maneja las cuerdas de los títeres detrás del escenario. Y lo que ocurrió con el coche no fue una casualidad, tampoco fruto del destino o la mala suerte. Un hecho previsto y premeditado. Fue tan solo un aviso —y me mira con esa siniestra mirada en la que se esconden sus oscuros ojos—, una simple advertencia para los que osan desobedecerme.

No es sencillo dialogar con personas tan autoritarias como Felice. La vida se vuelve del color que ellas lo pintan, el color de sus opiniones. Se sienten tan seguras de sí mismas, que su punto de vista se convierte en la única verdad. Y entonces te acorralan, sobreponiendo sus ideas sobre las tuyas, cerrando tus salidas, poniéndote al límite, y solo te queda acatar lo que dicen o enfrentarte a ellas.

—¿De qué parte vas? —me pregunta Laura buscándome con su mirada. —¿Apoyas a mi padre o estás conmigo? —Sus lágrimas, que han cesado de brotar de sus ojos, ahora corren en silencio por sus mejillas.

La chica de recepción aparta los auriculares inalámbricos de sus oídos y los deposita, con cautela, sobre el mostrador de recepción. Suelto la bola de billar sobre la mesa, que rueda despacio sobre el tapiz, provocando ese chasquido de dos bolas cuando chocan.

—Podría colocarme las gafas bioquímicas y pretender ver lo que no ven mis ojos —digo extrayendo las gafas del bolsillo de mi bata blanca.

Me desplazo con las manos detrás de la espalda, entrelazando mis dedos, sujetando las gafas, como si caminara por el salón del piso observando en las paredes sus cuadros. Y al llegar junto a Felice coloco las gafas en sus manos.

—O puede que, al vestirme con las gafas, consiga ver lo que nunca

vieron mis ojos —digo a Felice fijando mi mirada en su rostro. —¿Alguna vez se detuvo a observar el mundo desde una perspectiva distinta a la suya? Pruébelas. Póngase las gafas. Quizá se sorprenda.

Felice alarga la goma elástica sobre su nuca y se coloca las gafas.

—Nos aferramos en preparar el futuro, y olvidamos lo esencial. Fíjese en su hija. ¿La ve? Está en la flor de la vida. Hombres que caen enamorados, volviendo sus espaldas a su paso. Años de juventud que no volverán. ¿Quiere preocuparse por ella? Todavía está a tiempo. Atienda a su felicidad.



—¿Puedes venir un momento a mi piso? —pregunta Vanesa, apareciendo delante de mis ojos, en el pasillo, cuando me dispongo a bajar el ascensor, con un vestido rojo de andar por casa, cuello de pico de un solo botón y mangas que caen por sus brazos más allá de sus codos. —He apretado tan fuerte el mando del agua caliente en la ducha que ahora no puedo abrirlo —dice con cara de necesitar ayuda, sin perder su sonrisa.

Delante de la puerta de su piso, introduce la llave en la cerradura. —Tú eres mi suerte —me dice girando la llave para abrir la puerta. —Es una suerte para mí que seas mi vecino. Te incomodo pidiendo que me prestes leche, azúcar, pan, huevos... toda clase de productos alimenticios, a lo cual jamás te has negado, y además me ayudas con las reparaciones del piso.

Tras abrir la puerta, accedo al interior de su vivienda. Me descalzo los zapatos y Vanesa también se descalza los suyos. Saludo a Cerdio, o mejor dicho, él me saluda a mí, ya que corre deprisa hacia mí, moviendo su rabito al verme. Y sin demora, Vanesa coloca la llave con la que ha abierto la puerta sobre una estantería y me conduce al cuarto de baño. En mi camino, saludo a Emilia, quien se encuentra en el salón, atareada esbozando unos dibujos sobre una libreta en una mesa de cristal.

En el cuarto de baño, descuelgo el mango de ducha del soporte, y lo deposito sobre el suelo de la bañera, a fin de evitar que al abrir el agua, esta pueda salpicarme en la cabeza. Con mi mano agarrando con fuerza el mando del agua, intento abrirlo.

—Estaba a punto de ducharme, pero está tan duro que no he podido abrir el agua —dice Vanesa.

A la segunda tentativa, no sin esfuerzo, consigo girarlo y permitir que el agua salga.

—¡Ya funciona! —digo a Vanesa mientras cierro el grifo, provocando que el sonido del agua, corriendo por la tubería, desaparezca. —¡Pues sí que lo habías apretado con ganas! —añado sonriendo.

—¡Espera! ¡No mires! —exclama Vanesa.

¿Y qué haces cuando te piden que no mires? Pues mirar. Y al darme la vuelta, veo a Vanesa, sentada en el váter, con las bragas bajadas, aguantadas entre sus piernas, a la altura de sus rodillas.

—Me estoy orinando —dice, girando su rostro en la dirección de mis ojos. —No he podido aguantar más. ¿Puedes salir? —Y me mira, con una breve sonrisa, que poco a poco se difumina, y se torna tensa y nerviosa.

Mientras me dirijo a la salida, oigo un chorro de orina cayendo por el váter, y no puedo evitar mirar a su mano, metida entre sus piernas, con sus muslos cubiertos por su vestido rojo.

—¡Dios ayúdame! —exclama Vanesa implorando a la buena suerte.

Permanezco en el salón, disfrutando de los dibujos de Emilia.

—Debería haberlo hecho antes. Lo he dejado todo para el final. ¡Ay, qué nervios! —exclama Vanesa saliendo del cuarto de baño, trayendo con ella un test de embarazo. —Ojalá salga negativo —suspira.

—¿Tienes miedo a quedarte otra vez embarazada? —le pregunto.

—Necesito dinero —responde.

Mencionar la palabra dinero hace que mi mente me transporte a mi niñez, sobrevuelan en mi mente hechos del pasado. Me recuerdo cuando era niño, sentado en la mesa de la cocina, tomando la cena, en el instante cuando uno de los pintores que mi padre había contratado se nos acercó.

—¿Podéis prestarme algún dinero? Estoy sin blanca y no sé si voy a poder llegar a final de mes —preguntó el pintor sin convicción en sus palabras.

—Me temo que nosotros también andamos apretadillos con el dinero, y no vamos a poder ayudarte en lo que deseas —contestó mi padre.

—Tengo dinero ahorrado en la hucha. ¡Se lo prestaré! —me dirigí a mi padre, creyendo haber encontrado una solución.

—Ese dinero es para ti, en caso que necesites comprar ropa o alguna libreta para el colegio —sugirió mi madre.

—No necesito comprar nada por ahora —dije, echando por tierra el consejo que mi madre me había dado. —Puedo prestárselo sin problemas —añadí, intentando convencer a mis padres, mientras el pintor permanecía de pie, junto a la mesa, siguiendo con su mirada la conversación.

Por supuesto que aquel dinero nunca retornó a mi hucha. Lo presté con la mejor intención, sin maldad, imaginando el bien que hacía, confiado en que volvería a mi bolsillo, pero nunca volvió. Y representó para mí, una de esas enseñanzas amargas que te da la vida: mi primera bofetada en la cara a cuenta del dinero.

—Te lo prestaría pero hace tiempo que decidí no volver a prestarlo —digo a Vanesa. —No es que desconfíe de ti, pero... ¿puedo saber para qué lo necesitas?

—Para el médico —responde Vanesa. —Tengo una vida sexual muy activa y necesito hacerme revisiones periódicas. Quizá más frecuentes que otras mujeres. Concerté una cita con el ginecólogo hace unos días, y no tengo suficiente dinero para pagarla.

—¿Qué cura un ginecólogo, mamá? —pregunta Emilia.

—¿He dicho ginecólogo? —continúa hablando Vanesa. —En realidad es una ginecóloga. Prefiero que me vea una mujer. Me avergüenza abrirme de piernas delante de un hombre para que me examine. No puedo permitirme quedarme embarazada de nuevo. Me gustan los niños y me siento feliz de haber parido a Emilia, pero no quisiera quedarme preñada otra vez, sobre todo porque mi sueldo, en la cafetería, no está para tirar cohetes. Me alcanza solo lo justo para comprar lo básico, y sin la ayuda económica de mis padres, ya podrías imaginarte que debo realizar muchas cábalas en la cabeza para que me salgan las cuentas al final de mes. Y por si fuera poco, los abuelos de Emilia por parte paterna, tampoco aportan nada. Así que todo el peso de los gastos de manutención de Emilia recae en mí. Algunos tíos con los que me acuesto no quieren ponerse un condón. Y en estas circunstancias, no puedo arriesgarme a traer otro hijo al mundo.

—¿Qué es un condón, mamá? —pregunta Emilia mientras dibuja.

—¿Para cuándo necesitas el dinero? —pregunto a Vanesa.

—Para ahora mismo. Tengo la cita en menos de una hora.

—Mamá, tengo hambre —dice Emilia. —¿Qué puedo comerme? Los padres de una amiga mía de la escuela fueron con ella a comer pizza a una pizzería. ¿Podemos nosotros hacer lo mismo, mamá?

—¿En menos de una hora? No llevo dinero en efectivo encima —digo a Vanesa, poniendo mis manos sobre los bolsillos de mi pantalón. —Solo llevo la tarjeta de crédito.

—Pensé que podría ahorrarlo, pero no me han salido las cuentas. Te estoy pidiendo el dinero porque no lo tengo —dice Vanesa.

—¿Mamá, podemos comer pizza esta tarde?

—¡Emilia, espera! ¿No ves que estoy en medio de una conversación? —dice Vanesa un tanto acalorada. —¡Negativo! ¡Ay Dios! ¡El test ha salido negativo!” Vanesa salta, suspira y grita de felicidad. —Bueno, entonces ¿qué? ¿Vas a prestarme el dinero o no? —se dirige a mí, ofreciéndome un ultimátum.

—Mamá, solo dime si o no. ¿Vamos a ir a comer pizza?

—¿Debería darle el dinero? —pienso. —No es mi hermana, ni mi novia, ni estoy casado con ella. Si lo que desea es una revisión rutinaria, tampoco es preciso que asista a un médico de pago. Por otra parte, mi abundante salario en la multinacional de perfumes me permite ayudarla sin problemas.

—¿Qué te parece si acompañamos a mamá al médico y después nos vamos todos juntos a comer pizza? —le pregunto a Emilia.

—¡Sí! —grita Emilia de alegría, levantando los brazos en un gesto triunfal.

—¡Oh, gracias cariño! —dice Vanesa dándome un cortito beso en los labios. —¡Sabía que podía contar contigo! Y ahora que vamos a ir a comer pizza, ¿podéis darme un momento para tomar una ducha? No tardaré.

Por fortuna, en la clínica ginecológica, no nos hacen esperar mucho. Al poco tiempo de llegar, a Vanesa la llaman por megafonía. Una enfermera viene en su búsqueda. Vanesa recoge su bolso desde el sofá, y diciéndonos adiós con su mano, se marcha.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Emilia.

—Pues podemos aguardar en la sala de espera hasta que mamá vuelva, o dar un paseo por el parque, detrás de la clínica, para hacer tiempo.

—¡Vayamos a pasear! —exclama Emilia, sin dudarle dos veces.

Salimos de la clínica y caminamos hacia el parque. El cielo está encapotado y llueve flojito. Unas minúsculas gotas de lluvia se asientan en mi cara. Las gotas son tan pequeñas que siento el frescor en mi rostro pero no puedo verlas. Habiendo previsto que podía llover, llevo conmigo un paraguas que decido abrir. La tierra mojada se pega a la suela de mis zapatos. Y mientras ando, debo estrechar o alargar mis pasos para superar los charcos.

Sin decir palabra alguna, observando donde pisa en el suelo para no resbalar, Emilia alarga su brazo, extendiéndolo en el aire para coger mi mano. Aprieta sus deditos, buscando una sujeción en la palma de mi mano. Sus dedos, tan frágiles y delgados, casi me hacen cosquillas. Siento su manita, intentando abarcar el mayor espacio. Me mira, levantando su barbilla y sonrío con preocupación.

—¿Mamá está enferma? —me pregunta.

—No, claro que no.

—¿Entonces para qué va al médico?

—Las personas no van al médico solo cuando están enfermas. Visitan al médico para comprobar su salud, para verificar que sus cuerpos están sanos, para prevenir enfermedades de las que más tarde deban preocuparse.

—Cuando me duele un diente mamá me cura con sal y agua caliente. Y si me hago una herida en la rodilla, me echa un líquido que al principio escuece, pero mamá me sopla, y dice unas palabras mágicas para que pare de picarme. ¿Por qué no has ido con mamá para saber dónde le duele?

—Porque mamá ya tiene un médico quien la cure —respondo a Emilia—, y porque además, he preferido quedarme contigo para que me cuentes, con pelos y señales, todo lo que has hecho hoy en el colegio.

—En el colegio, hemos jugado al juego de los halagos —dice Emilia.

—¿Al juego de los halagos? Jamás había oído hablar de ese juego.

—Sí, es un juego muy divertido. La profesora elige a dos niños de la clase, y cada uno dice al otro algo bonito, como que eres guapo o simpático.

—Ah, ya veo, resaltar las cualidades de tus compañeros de clase.

—Sí. La profesora también ha explicado el significado de unas palabras nuevas. Ha explicado el significado de la palabra confianza.

—¿Y qué significa confianza? —le pregunto como si no lo supiera.

—Pues... Es como cuando... Verás... ¡Sé lo que es pero no sé explicarlo! —exclama Emilia, desesperándose consigo misma. —Es cuando confías.

—¿Confías en mamá? —le pregunto.

—Sí

—¿Y en quién más confías?

—En mamá, en Cerdio, en mis dibujos y en ti.

—¿También en mí?

—Sí —me dice—. La profesora ha puesto deberes para mañana. Cada niño debe escribir en su libreta lo que significa confianza.

—¿Y qué vas a escribir tú?

—No lo sé. Es difícil escribirlo con palabras.

—¿Quieres que te ayude y te lo diga? Confianza es caminar el sendero que otro ha recorrido, siguiendo sus pasos de su mano, sin mirar atrás.

—No he entendido nada de lo que has dicho —dice Emilia, mirándome a la cara, con una sonrisa ensanchada, similar a la de su madre.

Las pequeñas gotas de agua se transforman en goterones, y la lluvia de golpe y porrazo, se torna densa. Nos sentamos en un banco del parque, cobijados por las ramas de los árboles, resguardados por la tela del paraguas, donde las gotas de lluvia se esfuerzan por mojarnos, pero no nos alcanzan.

—El peor sitio para refugiarse cuando llueve es un árbol, ya que puede caerte un rayo—. Emilia me alerta del peligro que corremos. —Me lo dijo mi maestra —añade.

—No te preocupes, aquí los rayos no llegan. No es lluvia de tormenta.

—¿Me ayudarás a escribir lo que significa confianza cuando llegemos a casa? —me pregunta.

—Mejor aún. Lo escribiremos ahora en tu mente, jugando a un juego, para que aprendas el significado de esa palabra sin tener que memorizarla. Imagina que mi mano es una bayeta para limpiar el polvo. ¿De acuerdo?

—Sí —contesta Emilia, con oídos atentos a mis instrucciones.

—Coloca tu mano en posición vertical. Choca la palma de tu mano contra la mía como si me saludaras.

—Vale. ¿Y ahora qué hago? —pregunta con inquietud.

—Aprieta la palma de tu mano contra la mía.

Emilia hace lo que le pido. Con su mano abierta, sus dedos, tan pequeñitos incluso estirados, no sobresalen de la palma de mi mano.

—Relaja tu muñeca sin dejar de apretar —le pido. —Y ahora muevo mi mano haciendo círculos, como si limpiara el polvo en un cristal. ¿Lo ves?

—Sí, lo veo —responde Emilia.

—La palma de tu mano, apretada en la mía, sigue mi mismo camino. No se desplaza bajo su propio andar. Tu mano calca mi trayectoria, viaja al mismo compás, se mueve al unísono, a donde quiera que mi mano va. Eso es confiar, seguir el sendero que otros pasos recorren sin mirar atrás.

—¡Creo que ahora lo he entendido! —dice Emilia, liberando la presión sobre mi mano. —Volvamos a la clínica. Quizá mamá ya ha terminado — sugiere.

Y en efecto, tal como Emilia había vaticinado, encontramos a Vanesa esperándonos, dialogando con una enfermera junto al mostrador de recepción.

—¿Todo bien con el método anticonceptivo? —pregunto. A lo cual Vanesa responde con un gesto afirmativo. Una vez realizo el pago mediante tarjeta de crédito, nos dirigimos andando hacia la pizzería.

En un ambiente acogedor, con una delicada iluminación, de luz indirecta que hace que te sientas en un lugar íntimo y tranquilo, Emilia elige la mesa

donde nos sentamos. Transcurrido un brevísimo instante, un refinado camarero se aproxima y nos recita la carta.

—Les aconsejo las berenjenas, con salsa de tomate y queso parmesano —dice el camarero.

—Quiero tiras de pan con tomate cherry, aceitunas y cebolla —dice Emilia.

—Se llama Focaccia —puntualiza el camarero, anotándolo en su libreta.

—También quiero una pizza de tomate, mozzarella y jamón —dice Emilia.

—¡Que niña tan decidida! —insinúa el camarero observando su desparpajo.

—Mamá, ¿me permites que yo elija qué comer para vosotros? Me hace mucha ilusión pedir vuestra comida. Por favor, mamá.

—Está bien, pero elige bien —dice Vanesa, mirándome, buscando en mis ojos una confirmación que aporte sensatez a la extravagante idea de Emilia.

—Para mamá, pizza con tomate, espinacas y salchichas —habla Vanesa al camarero, leyendo los ingredientes desde la carta. —Y para papá, una...

—Él no es tu papá —la corrige Vanesa. —Tú ya tienes un papá, aunque no lo conoces.

—...una pizza de tomate, calabacines y gambas—. El camarero apunta en su libreta las dos pizzas, también las bebidas y se marcha.

—No me gustan ni los calabacines ni las gambas —pienso. Y por la expresión de desaire que veo en la cara de Vanesa, presagio que a ella tampoco le gustan ni las espinacas ni las salchichas.

—Pronto acabará el curso escolar —comenta Vanesa mientras esperamos la llegada de las pizzas. —¿Podrías acercarte al colegio y recoger las notas de Emilia? Ya lo he hablado con mi jefe, y me ha dicho que para las tres de la tarde es cuando más clientela hay en la cafetería, y no ve con buenos ojos que me marche en hora punta.

—¡Sí! Ven a recogerme al cole en mi último día de escuela —grita Emilia.

Tras la charla, llegan las tiras de pan y las pizzas. Miro con disgusto a mi pizza, y con disfrute a la pizza de Vanesa.

—Me gusta más tu pizza que la mía —afirma Vanesa, mostrando su descontento por la elección de Emilia.

—¿Intercambiamos las pizzas? —sugiero.

—¡Esperad! ¡Juguemos al juego de los halagos! —exclama Emilia. —Tú

le dices un halago a mamá, y mamá te dice uno a ti. Si el halago es bonito gana un trozo de pizza, y si es feo recibe una sanción —y se mancha las manos en tomate para actuar de jueza.

—No estoy seguro de querer jugar a este juego —digo sonriendo.

—Me parece un juego original y divertido —sostiene Vanesa. —A ver, empiezo yo —y fija su mirada en mis ojos buscando en mi cara su inspiración.

—Si fueras una pizza de gambas y calabacines te comería entero —me dice Vanesa.

—Halago aceptado —respondo a Emilia, ofreciendo un trozo de mi pizza a Vanesa. Y llega mi turno de elogiar a Vanesa.

—El día más triste y oscuro, se vuelve soleado al contemplar tu sonrisa.

—¡Aceptado! —dice Vanesa y me da desde su mano un trozo de su pizza.

Y de elogio en elogio, intercambiamos todos los trozos de pizza. Cuando terminamos de comer, el tomate chorrea por las manos y cara de Emilia. Y de forma juguetona se aproxima a su madre para tocarla.

—Ah —grita Vanesa riéndose. —¡Ni se te ocurra tocarme con esas manos!

Emilia se dirige hacia mí, para restregar sus manos de tomate en mi blusa.

—¡Socorro! —y me retiro un poco de la silla para que no me alcance.

—Me ha encantado comer en familia —dice Emilia, cuando caminamos de vuelta a casa, los tres de la mano, con Emilia en medio, saltando entre los charcos.

—Ha sido una tarde maravillosa —dice Vanesa dirigiéndose a mí. — Gracias por acompañarnos.

Capítulo 15

Una vez concluida la jornada de trabajo en la multinacional de perfumes, cuelgo mi bata blanca en el perchero del laboratorio, y coloco sobre mis hombros el abrigo que Felice regaló a cada empleado. Esa indumentaria que lleva la insignia de la empresa con las cuatro eses.

—¿Te apetece una partida de billar? —Laura pone la palma de su mano sobre el dorso de la mía, justo al momento cuando me dispongo a coger la llave sobre la mesa para cerrar mi taquilla donde guardo mis pertenencias. Por primera vez siento el tacto de su mano y la suavidad de sus dedos, descansando sobre mi piel.

—¿Existe alguna razón por la que debería aceptar? —le pregunto, girando mi rostro hacia ella, prefiriendo escuchar de su propia voz los motivos de su propuesta. Laura mantiene su mano apoyada en la mía, y lo que en un principio fue una sensación placentera, se convierte en una pesadez extraña, que hace que me sienta como en un callejón donde me cortan el paso.

—Disfrutar de una tarde conmigo. ¿Te parece poco el premio? — responde.

Laura me ha invitado a jugar a billar americano. Desconocía la existencia de un club de billar en la ciudad. A veces, me ocurre que, paso por la misma calle cientos de veces, y no me percato de la presencia de un establecimiento, como una tienda de pesca o una farmacia, o como en este caso, un local de billar, hasta que alguien me lo indica y accedo a su interior por primera vez.

Según me ha informado Laura, se trata de un club legendario, fundado hace más de cuarenta años, de la que Laura es la socia más joven en la actualidad. De aspecto pulcro y cuidado, el club posee más de diez mesas de billar. Alrededor de las mesas se disponen sillas dispersas para el descanso de los jugadores. De las paredes cuelgan unos armarios donde se alojan los palos de billar. Laura me ha enseñado que, cuando se habla del mobiliario billarístico, no se llama armario sino taquera.

Al entrar al club, la presencia masculina es abrumadora. Solo veo a hombres. Laura representa la única mujer. Unos fuman, otros sujetan una copa de vino en la mano, y otros mascan algo en sus bocas, quizá chicles. Todos ellos sostienen su palo de billar. No parecen muy sociables, ya que ninguno de ellos viene a presentarse ni saludarme. Justo lo contrario, con ojos

concentrados en la jugada que planean realizar, me miran de pasada y golpean la bola prosiguiendo su partida. Yo tampoco me acerco a saludarlos. En cualquier otro escenario lo habría hecho. Sin embargo, en el club de billar, por alguna razón que aún desconozco, algo en mí me aconseja guardar las distancias. Me siento desde el primer instante un poco cohibido.

Laura se dirige al fondo del local, donde detrás de un mostrador con bebidas alcohólicas, un hombre, que parece ser el dueño, charla con ella. Y aunque no distingo lo que hablan, la sonrisa de Laura me hace pensar que se conocen de largo tiempo atrás. Con solo mirar unos segundos a dos personas mientras dialogan, logro descubrir con un gran tanto por ciento de éxito, si se trata de la primera vez que conversan, si se conocen de poco tiempo, o si su amistad data de antaño.

Laura se acerca a la pared y coge un palo de billar de la taquera. Apoya el palo en el suelo, y sujetándolo entre sus pies, alza sus brazos por encima de la cabeza para recoger sus largos cabellos con una pinza. Se le ve en su salsa, como andando por su casa. En el laboratorio, donde soy yo quien lleva las riendas de lo que se hace y deshace, se muestra reacia y a la defensiva. Sin embargo, en el club de billar, se comporta de una forma mucho más amena y dicharachera, sobre todo cuando me explica la mejor postura de posicionar mi cuerpo para pegar a la bola con fuerza, o como aplicar tiza a la punta del palo de billar para golpear la bola con efecto. Eso de ser profesora la vuelve más tierna.

Cuando inclina su cuerpo, y agacha su pecho a ras del tapiz, estudiando con su vista la mejor jugada, algunos de los machos allí presentes aprovechan el momento para volverse y mirar su escote. Con su cuerpo inclinado sobre la mesa, y con el palo amagando varias veces antes de golpear la bola, uno de los jugadores se acerca a nuestra mesa, y situándose justo detrás de ella, mordiéndose el labio inferior, me mira mientras de forma rítmica, mueve sus caderas, a base de empellones, acometiendo a Laura con fuerza por detrás, emulando que la folla por la espalda, como si fuera enculada por sus envites. Cuando Laura recupera su postura erguida, detiene el meneo de sus caderas, para de follarla y continúa su marcha, andado hacia otra mesa, como si nada.

—Me encantó la forma tan segura en la que hablaste a mi padre de mí — me dice Laura, sentándose en el filo de la mesa de billar, permitiendo a sus pies balancearse en el aire, mientras espera a que yo golpee la bola para obtener su turno. —Sobre todo cuando al ponerse las gafas, le dijiste a mi padre que cuidara de mi felicidad —añade.

Concentrado en mi jugada, golpeo la bola blanca con mi palo, pero no consigo realizar la carambola que pretendía. La bola choca con otra bola y se descarrila.

—Suéltate el pelo, cielo —grita a Laura un jugador desde otra mesa. — Nos gusta verte con el pelo suelto.

—¿Sabías que soy campeona provincial de billar? —dice Laura sonriente, con una satisfacción que no había vislumbrado en su rostro con anterioridad, enorgulleciéndose de sus propios méritos, donde más que una pregunta suena a reafirmación. —He sido galardonada con varios premios como jugadora de billar amateur. En dos ocasiones he conseguido el título de campeona provincial. Este club es mi refugio. Aquí habita la verdadera Laura. Allí, sobre la pared, están colgados los diplomas de ambos campeonatos.

—Pues no tenía ni idea que hubieras ganado algún premio —le digo.

Y ahora que lo mienta, se nota que Laura posee un estilo de juego superior al resto de los jugadores. Una forma de jugar digna de un profesional. Laura sabe muy bien jugar al billar. Juega de perlas. Es capaz de dibujar en su mente la trayectoria que seguirá su bola sobre el tapiz, rebotando en cada banda de la mesa, logrando una carambola, antes de caer en el hoyo. Y según Laura me ha explicado, los entendidos del billar no lo llaman hoyo sino tronera.

Con curiosidad, me aproximo a la pared para contemplar sus diplomas. —¡No te dejes engatusar! —exclama de manera chistosa uno de los jugadores, dando un trago a su copa de vino, para luego andar hacia mí. —A Laurita le gusta echarse flores a sí misma. ¿Verdad chicos? —pregunta con voz alzada para que todos puedan oírlo. —El año pasado quedé finalista a nivel nacional. Fue una autentica pena que no pudiera ganar la final —me dice en un tono circunstancial, bebiendo de su copa lo que resta de vino.

—¿Lo sabe su padre? —le pregunto.

—¡Pregunta que si lo sabe su padre! —grita delante de todos los presentes, provocando que un cúmulo de risas resuene en el ambiente. —¡Por supuesto que su padre no lo sabe! —me dice—. Pero Felice no es tonto y algo se huele. Laura no desea que su padre la descubra participando en campeonatos.

—Ya me lo imaginaba —digo a aquel hombre todavía desconocido.

—Si vieras a Laura montando en motocicleta alucinarías —me dice.

—¡Mira que sois bocazas! —exclama Laura. —¿Es que no podéis cerrar el pico o hablar de otra cosa?

—En aquello que le apasiona, es una mujer tan constante y persistente que se vuelve una experta —añade el jugador de billar sirviéndose otra copa. —¡Solo Sebastián conoce su grado de maestría montando en la cama! — exclama, dirigiendo su mirada al dueño del local, y todos ríen a carcajadas.

—Eh tú, cuida el material —me dice el dueño, es decir, Sebastian, cuando ve que me marcho sin colocar el palo de billar en el taquera.



Desde el salón, sentado en la mesa de mi escritorio, mi puño escribe la historia del tercer capítulo. Todavía no me siento un escritor. Escribo por impulso, lo que me dicta el corazón. Creo que me falta planificarme. He creado la estructura de lo que será el libro, y la he dividido en capítulos, pero entonces, nuevas ideas llegan a mi mente y lo trastocan todo. No sé muy bien dónde meterlas. Al final, tengo que reestructurar lo planeado en un principio. Un ciclo sin fin. Ideas que modifican otras existentes.

—¿Cómo se llamará el libro? —me repito esa pregunta. Supongo que es demasiado temprano para preocuparse por el título. He pensado en varios, y los he anotado en mi cuaderno de notas, aunque creo que me estoy precipitando. Lo mejor será no pensar en ello y seguir escribiendo.

Laura tiene razón en lo del refugio. Cada persona, puede que de forma inconsciente, busca un lugar donde cobijarse, donde dar rienda suelta a su expresividad y fomentar sus destrezas. En algunos casos, habilidades que ni siquiera uno sabía que tenía. Su refugio es el club de billar, donde Laura se siente realizada, donde encuentra su paz, su rato de alegría. Ese rarito de felicidad que cada uno buscamos a lo largo del día.

Para mi abuelo, su refugio era el bar de La-Prisión. En mi caso, es este piso, con ventanas abiertas al aire, cortinas mojadas por el pulverizador, goteras que convierten la firme madera en muebles resquebrajadizos, con mi cuaderno y mis cartas, y también contigo, iluminando mi inspiración.

Me he acostumbrado a ti. A que estés a mi lado mientras escribo, a que te pintes las uñas al tiempo que garabateo con mi bolígrafo, a mirar a tus pies en los peldaños de la escalera. Y no me cuesta admitirlo: también miro a la gracia de tus andares, a tus piernas y a tu culo. Cuando vuelvo de la multinacional de perfumes te busco, porque me he encariñado a pasar esos ratitos juntos, sentados frente al escritorio, yo escribiendo y tú leyendo lo que escribo, dándome tus impresiones, describiéndome tus emociones, esos

sentimientos que te cogen y envuelven al pasar las páginas de nuestro libro.

Me he habituado a vivir contigo. A sentir tus estornudos en mi cara, a la mímica tan graciosa de tus mejillas al masticar castañas, a tu risa mientras bailas con el viejo tocadiscos, a saber que me esperas, detrás de la puerta, cuando vuelvo del trabajo como perfumista. Y me encantan tus pequeños detalles, esas acciones que te caracterizan y te hacen ser única, como cuando corriendo te frotas y secas deprisa el pelo con la toalla en vez de con el secador, para aligerar el tiempo y estar pronto conmigo.

Hoy, al encender a Lili, nada más saludarme, he sentido que algo iba mal. Lili no me permite escribir. La laptop ya no enciende. Bueno, sí enciende pero me da un error que no me permite proseguir. He intentado repararlo sin éxito. Me temo que a Lili no le agrada su nueva apariencia, luciendo algunas teclas pintadas de rojo. Es el principal motivo que se me ha venido a la cabeza.

Lili suele tener un carácter abierto y distendido, cualidad que por cierto me encanta. Puedo conversar con ella de cualquier interrogante que surja en mi cabeza, por más disparatado que resulte, incluso de temas íntimos como los entresijos del amor. Una tarde le pregunté por qué las mujeres prefieren dormir en el lado de la cama lo más alejadas posible de la entrada al dormitorio, o qué pastillas de jabón debo colocar en los armarios para estos desprendan un olor a taxi. Lili siempre se muestra dispuesta a brindarme su mejor cara y ofrecerme una respuesta. No obstante, hoy, cada vez que tecleo un comando para que me responda, recibo un desalentador mensaje por pantalla: fatal error.

¿Qué significa esto? Estoy seguro que el comando que le he introducido es correcto. Lo intento con otros comandos y obtengo la misma respuesta: fatal error. Llevo horas pensando que puede haber sucedido. ¿Quizá un corte de electricidad ha dañado sus circuitos? Creo que Lili se siente dolida a un nivel más profundo del daño que pueda causarle una subida de electricidad.

—¿Te has enfadado conmigo por haberte manchado de esmalte de uñas?
—le escribo este comando. —¿Estas disgustada por haber bailado con una mujer en tu presencia?

—Fatal error —responde en la pantalla.

Me temo que sé que ha ocurrido. Lili me ha visto bailando contigo y pintándote las uñas de los pies, y ha dicho: espera un momento, ¿y qué pasa conmigo? Y la verdad es que necesito a Lili, me gusta pasar tiempo con ella, porque hay muchas cosas que de forma fácil puedo hacer con Lili, como recordarme la numeración química de un perfume o buscar en internet la mejor

pasta de dientes con sabor a melocotón. ¿Está Lili celosa? No pude imaginar las consecuencias emocionales que le acarraría el verme contigo. Y ahora Lili no me permite escribir, y no se me ocurre que más puedo hacer para convencerla. No me queda otra escapatoria que usar mi cuaderno de notas y mi bolígrafo para seguir escribiendo el libro.

He puesto el horno a calentar. En cuanto tome temperatura, introduciré carne picada de ternera y de cerdo, envuelto en unas finas láminas de pasta. Me apetece canelones rellenos de carne para cenar.

Subo los tres peldaños que acceden al cuarto de baño y los dormitorios, y te hallo en el dormitorio principal, de pie, frente al espejo, mirándote en él.

Contemplo tu cuerpo cubierto por unas cómodas braguitas negras de algodón, con un sencillo encaje dorado alrededor de tus muslos, y una blusa amarilla de cuello redondo y corte ajustado, marcando la silueta de tu cuerpo, sin mangas, sin dejar ver tu ombligo, y con unos inquietos tirantes que se lanzan cayendo hacia abajo por tus hombros, teniendo que recolocarlos.

—Espero que no seas vegetariana —te digo. —He puesto canelones al horno—. Y sitúo mi cara junto a la tuya, observando tu cuerpo en el espejo y el reflejo de tu rostro. —¿No te gustan? Si no tienes hambre de canelones, ¿de qué estás hambrienta?

—¿Tengo un cuerpo sexi? —me preguntas al sentir a tu lado mi presencia. Te estudias en el espejo del dormitorio, colocándote de perfil, mirándote de lado, con tus manos abiertas, como abanicos, apoyadas a la altura de tus riñones, gustándote a ti misma, al tiempo que te ajustas el filo de la blusa a tu vientre y tiras de tus bragas hacia arriba.

—Tienes un cuerpo que merece sin complejos que te atrevas a lucirlo —te digo respondiendo a tu pregunta.

—¿Por qué lo merece? ¿Qué le hace ser sexi? —Cambias de postura para mirarte de frente, allanándote el pelo, recogiendo tus cabellos, y con un ligero gesto, colocando tu brazo en jarra, pones tu mano sobre tu cintura.

Mis ojos te contemplan de arriba abajo. Diviso el estilismo de tus cejas, la sencillez de tu nariz, la curva de tu cuerpo al llegar a tu cintura, y el torneado de tus piernas.

—Me gustan tus ojos porque ellos reflejan tu inteligencia —te digo—, y si miro al iris de tus pupilas, veo en tus ojos lágrimas de esperanza. Me gusta tu nariz por donde se desliza la alegría de unos niños que juegan al resbalín.

—¿Y por qué más es mi cuerpo sexi? —me preguntas sin perderme de vista en el reflejo del espejo.

—¿Por qué más? Pues porque me deleito admirando las marcadas líneas en la mímica de tus mejillas, sobre todo cuando masticas, y solo por eso, no me cansaría de alimentarte. Me encantan tus labios llenos de sensualidad, y por lo bien que besas. Por más tiempo que paso mirando por la ventana, no he avistado cumbre ni montaña con más curvas que tu cuerpo.

—¿Estás enamorado de Laura? —me sueltas de golpe y porrazo. Ciñes la blusa a tu cuerpo, deslizando tus manos por tu cintura, y tiras de nuevo de tus bragas hacia arriba, para ajustarlas a tus caderas.

—Laura es una mujer joven, de cuerpo exuberante. Sus cabellos no pueden concebirse más bellos. Te mentiría si dijese que no la encuentro atractiva. De hecho, creo con rotundidad que otras mujeres también se sorprenden de su atractivo físico. Laura me encandiló de forma muy grata durante los primeros días de conocerla, pero a medida que ha ido pasando el tiempo, y la he conocido más y mejor, diversos encontronazos en su manera de ver el mundo me han distanciado de ella. Ella y yo poseemos mentes discordantes y puntos de vista muy diferentes. A veces, cuando la miro, solo veo en su mirada indiferencia, como si nada le importara excepto jugar al billar.

—¿Y Vanesa? ¿Te gusta tu vecina y salir a comer con ella?

—Vanesa atesora la sonrisa más impresionante que he conocido jamás. Podría quedarme horas mirándola a la cara, viéndola reír, observando sus perfectos dientes blancos. Ha tenido la fortuna de nacer agraciada con unos sonrientes labios que no me canso de mirar. Pero no te lo tomes a mal. Tu sonrisa es tan alegre como la suya.

Tu rostro, más frío y puntilloso, continúa mirándome a través del reflejo del cristal.

—¿A lo mejor te apetece que me vaya para que puedas traer chicas al piso?

El semblante de mi cara en el espejo no puede albergar más sorpresa. — ¿De dónde sacas esas ocurrencias? Si hubiese querido traer chicas al piso ya lo hubiese hecho. Además, para echar un polvo solo tengo que acercarme con mi jefe y su cuadrilla a la taberna de Juan-De. Pero ese no es mi estilo.

—¿Y qué es lo que quieres? —me preguntas.

—Quiero follar con una mujer que me quiera por amor, no por dinero, que me desee de verdad, con sentimientos, que me bese con la misma pasión a como yo la beso.

—¿Cuántos días quieres que me quede en este piso? ¿Tres semanas?

¿Cuatro? ¿Hasta que terminemos de escribir el libro? ¿Cuántos días son suficientes para ti?

Mis manos en tus hombros giran tu cuerpo, provocando que al volverte, tus ojos me miren y se claven a un centímetro de los míos. Tu pregunta provoca que mi mente retroceda en el tiempo para recordar momentos de mi vida en los que tuve que esperar, como cuando esperaba a que la pastilla efervescente que mi madre me daba se disolviera en agua, o cuando sentado en la mesa soplaba para que la sopa se enfriara, cuando palpaba mi camisa favorita tendida en los cordeles para confirmar si se había secado, o cuando esperaba junto a otras personas en la parada del autobús.

—¿Cuántos días quiero que te quedes? —repito tus palabras, como si deseara refrescar mi memoria sumando todos esos tiempos en los que la vida me hizo esperar. Pienso en ti, y también en mí, y en la casualidad del destino que quiso que nos encontráramos de esa manera tan romántica. Y sin apartar mis ojos de los tuyos, hallo la respuesta.

—Una vida, eso es cuanto quiero que te quedes, una vida contigo.

Lo inesperado de mi respuesta ocasiona que tus ojos se humedezcan, y en ellos surjan la emoción de unas lágrimas, que se derraman por tus mejillas. Levantas tus manos, de forma impulsiva, para colocarlas sobre mi rostro y abarcar con las temblorosas palmas de tus manos los pómulos de mi cara.

—Prométeme una cosa —te pido.

—¿Lo qué? —me dices.

—Si algún día, por alguna razón, tenemos que separarnos, no quiero que me digas adiós.

—¿No quieres que me despida de ti? —me preguntas sorprendida.

—Sí. Quiero que te despidas de mí, pero sin pronunciar la palabra adiós. Adiós está prohibido entre nosotros. No forma parte de nuestro vocabulario.

—¿Es eso una regla? ¿Y qué va a venir después? ¿Más de tus reglas?

—No deseo oír la palabra adiós de tus labios. Eso es todo.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo. Porque me partiría el corazón si la pronuncias. Si algún día tienes que marcharte, prefiero que lo hagas sin decirme adiós.

Te vuelves de nuevo hacia el espejo, y en él me miras. —¿Nos hacemos un selfie? —me preguntas. —¿Tu cara y la mía juntas para el recuerdo?

En el espejo, me quedo mirando a tu cara, tu nariz, tus labios, tu pelo...

—Mi pelo se ha acostumbrado a tus caricias —me dices adivinando mis pensamientos. —Ese es el único cambio en mi pelo que notas.

—Eres una mujer adorable —te digo desde lo más profundo de mi corazón.

Situado detrás de ti, mis manos apoyadas sobre tus caderas, se adentran en tu cuerpo a través del filo de tu blusa. Desde la visión que el espejo te ofrece, no ves mis manos, solo las sientes. Observas el bulto de ellas cubiertas por la fina tela de tu ropa. Mis manos, dentro de tu blusa, ascienden por la desnuda piel de tu estómago y tocan la hendidura de tus costillas.

—No llevo sujetador —exclamas anticipándote a la sensación que te producen mis manos ascendiendo por tu cuerpo. Echas la cabeza hacia atrás. Con codos separados y manos detrás de tu nuca, aumentas la protuberancia de tus pechos, dejando a tus tetas en una posición perfecta. Tus firmes pezones tropiezan con tu blusa, abultando, mostrando un resalte saliente en el espejo. Veo tus pechos erguidos a través de tu blusa con la ayuda del cristal. Abro mis manos abarcando toda la superficie de tus tetas, y siento la tirantez de tus pezones. Acaricio tus pechos al tiempo que apoyas tu nuca sobre mi hombro. Arqueas tu espalda y te encorvas hacia atrás. Tus tetas tienen el tamaño perfecto para mis manos. Ejercicio una mayor presión. Con más vigor y cierta rudeza, mantengo bien agarradas tus tetas.

Mirándote al espejo y viendo arrugarse a tu blusa con mis manos dentro, acaricio el centro de tu tórax, entre tus pechos, barriendo con una sensual caricia tu esternón, sintiendo las pulsaciones de tu desbocado corazón.

—Se me dispara el corazón con tus acaricias —me dices mientras sientes el peso de mis dedos viajando en la sensibilidad de tu piel. Mis dedos recorren en círculos tus pezones, jugueteando con ellos. Miro a tu boca entreabierta entretanto mi dedo descansa sobre la prominencia de tu erecto pezón.

—Mis pezones están locos por recibir tus besos y mordiscos —gimes con voz entrecortada en una sacudida de placer, a la vez que tiras, una vez más, del filo de tus bragas hacia arriba.

—Como sigas subiéndote las bragas, te las vas a clavar tanto entre las piernas, que te vas a estrangular el chocho.

Te ríes con una risa pícaro y seductora, mostrándome el blanco de tus dientes, mordiéndote el labio inferior, como si una idea cruzara tu cabeza.

—¿Te dijo alguien que tus manos son tan cálidas que resultan increíbles al tacto? —me preguntas en otro prolongado suspiro.

—Solo tú has notado la calidez de mis manos —te digo. —También lo notaron los cojines del sofá, cuando los muevo a mi espalda y los aprisiono.

Metes tu mano debajo de tu blusa hasta encontrar una de las mías. Tu mano sujeta mi mano y tira de ella para sacarla fuera de tu blusa.

—¿Recuerdas el primer día cuando guiaste mi dedo para dibujar con él una casa? —dices evocando aquel instante. —Imaginé la casa de mis sueños.

De pie, frente al espejo, coges mi mano para encerrarla donde más deseas: dentro de tus braguitas. Mi mano, tan ancha, cobijada en tu entrepierna, roza por todas partes la cara interna de tus muslos. Siento en mi mano una llamarada de calor, un apretón de temperatura, como si hubiese metido la mano en un horno, como si todas tus terminaciones nerviosas se hubiesen agolpado entre tus piernas, dilatando las arterias hacia tu vagina, bombeando más sangre caliente a tu excitación, y llenando de impaciencia los sensitivos labios de tu chocho.

No muevo mi mano, ni mis dedos. Me limito a sentir el fuego encendido en la zona más íntima de tu cuerpo.

—Ahora yo dibujaré contigo —exclamas jadeando en ardiente deseo. La palma de tu mano, montada en el dorso de la mía, con la punta de tus uñas clavadas en mis uñas, aprisionando mis dedos, dirige el devenir de mi mano, que utilizas como el mango de una brocha, indicándole como pintar.

Conduces dos de mis dedos, que como pinceles en un sensual barrido, palpan despacio los pliegues de tu vagina, separándolos y desenredándolos. Mis dos dedos, trazando una línea recta, aumentan tu estimulación, y perfilan de flujo vaginal los ya mojados labios entre tus piernas.

Acuestas tus dedos en los míos, y dibujas con ellos circunferencias. Mueves la yema de mis dedos, haciéndolos girar en círculos, dándoles vueltas, restregándolos sobre tu piel. Mis dedos en tu clítoris, provocan el movimiento retráctil de su capuchón, descubriéndose al tacto de mis dedos.

Tu mano, libre de prejuicios, desinhibida, controla la mía y gobierna su movimiento. Haces patinar mis dedos, arriba y abajo, masajeando la textura resbaladiza de tu abultado chocho. Cabalgas mi mano, frotándola en la raja de tu coño, derramando tus flujos en mis dedos, empapándolos de tu placer.

Hundes mi dedo a la entrada a tu chocho, y al sentirlo dentro, tensas tu cuerpo, abriéndote de piernas. Mis dedos penetran tu coño, aumentan la fricción, y sienten las contracciones de tu útero. Mueves tus caderas adelante y atrás. Gimes y suspiras de forma rítmica, en un río de placer que te estremece, entretanto el cristal del espejo se empaña con tu aliento.

—Mételos más adentro —jadeas de pura pasión, mientras mi otra mano, todavía dentro de tu blusa, amasa la elevación de tus tetas, y retuerce tus

pezones, pellizcándolos con talento y devoción. Te abrazo fuerte contra mi pecho, y siento tu apretujado culo achuchado contra la cremallera de mi pantalón.

Abandonas mi mano a su suerte, dejándola en un mar de flujos. Tus manos en mi cuello. Te agarras con fuerza a mi cuello clavándome las uñas, a la vez que arqueas tu cuerpo hacia atrás en oleadas placenteras. —¡Dibújame lo que quieras! —exclamas. Y delegas el control a mi mano, para que, alojando mis dedos a más profundidad, dibuje lo que me venga en gana dentro de tu útero.

Tus labios buscan los míos. Tu cara moja mi cara con tu sudoración. Me besas con desenfreno, emitiendo gemidos con absoluta pasión. Siento las convulsiones de tu cuerpo, tu acalorada respiración. Huelo al olor de tu piel, a tu excitación. Gimes y me muerdes los labios. —¡Me vas a arrancar los labios si sigues mordiéndome tan fuerte! —exclamo.

Capítulo 16

Felice se ha echado todavía más a la bebida. Las limpiadoras vienen relatando por el pasillo, hablando una con otra, de haber recogido varias botellas de whisky vacías desde la mesa de su despacho. Y ahora, en vez de fumarse los puros de dos en dos, se fuma una caja de puros diario.

Imagino que las preocupaciones de sus negocios lo traen por la calle de la amargura. Puede que no le esté yendo tan bien en sus otros negocios, y no esté ingresando el dinero que había previsto. No obstante, en lo que respecta a la multinacional de perfumes, no tiene motivos para quejarse, pues el proyecto del perfume adaptativo está saliendo al dedillo, sin contratiempos dignos de mencionar. Ya se encuentra bastante avanzado, y aunque todavía no está en su fase final, siento que estoy hilando fino y pronto daré con la fórmula química para lograr el deseado perfume que se adapte a cada mujer.

De hecho, hoy es un día especial. Otro camión ha visitado las instalaciones de la empresa, esta vez, cargado de chimpancés. Me he aficionado a abandonar lo que tengo entre manos, y correr al patio de la entrada principal para observar con detenimiento como descargan las mercancías. Felice, que tiene amigos en todas partes, ha telefoneado a uno de sus contactos para que el dueño del zoo más cercano le preste durante una semana a sus chimpancés. Ha sido muy divertido, todo un espectáculo, verlos bajar del camión.

Se han alojado en una habitación contigua al laboratorio destinada a guardar animales. Me resulta extraño oír el sonido de las burbujas en los vasos de precipitado, entremezclado con los acalorados gritos de fondo de los chimpancés, en un comportamiento a veces dócil y otras veces agresivo, que me mantiene tenso, un poco nervioso y preocupado.

Sentado en una silla, cara a cara, vierto un chorro de perfume sobre la peluda cabeza del chimpancé. Mejor dicho, chimpancesa, o como dice Laura, chimpancé hembra. Realizo una importante prueba a fin de medir los efectos del perfume adaptativo, comprobando la variación de su olor al aplicarlo a diferentes hembras. El perfume chorrea por la cabeza del animal, y al sentir esa sensación mojada sobre su pelambrera, se toca, acerca su mano húmeda a su nariz, la huele, y tras unos segundos de espera, se ríe a carcajadas. Lame su mano, con dedos dentro de su boca, como si tuviera pegada miel. A veces, las

imprevistas reacciones de estos animales son de lo más inesperado.

La prueba debo realizarla en animales que tengan el periodo, y se encuentren lo más cercano en el árbol genealógico al ser humano. Aunque suele ser costumbre realizar pruebas de laboratorio con ratones, las ratonas, hasta donde alcanzan mis conocimientos de biología, no tienen la regla.

La elaboración del perfume adaptativo es un proceso complejo. Las dos horas que dura el proceso de sintetización del perfume deben ser supervisadas en todo momento por un ser humano, puesto que se alcanzan grandes temperaturas durante su transcurso, y se producen violentas reacciones químicas que llegan a ser poderosas. Por fortuna, el laboratorio cuenta con modernos medidores de calor y presión, así como un complejo sistema de alarmas para monitorizar las transformaciones que tienen lugar, y diagnosticar cualquier incidencia de forma casi inmediata.

Más allá del medio día, salgo del laboratorio, después de una ardua y cansina mañana de trabajo, en dirección a la cantina. ¡Hora de almorzar! La empresa dispone de un acogedor comedor, donde se dispensan cuatro comidas diferentes cada día, a elegir una de ellas. Es una suerte que Felice, siempre pensando en cómo mejorar las condiciones laborales de sus empleados, haya contratado un servicio de catering. Valoro estos detalles de la empresa. Sin duda, un ahorro para el bolsillo: almuerzo gratis para todos los empleados.

De vuelta de la cantina, andando por los pasillos, diviso de forma fortuita la cara de Bea por el cristal cuadrado de una de las puertas. De pie, habla sonriente al lado de un hombre que resulta ser el director de finanzas de la empresa. Por la expresión de su cara, intuyo que se trata de una apacible conversación que queda fuera del alcance de mis oídos. En su mano sujeta un bolígrafo, del que destapa su capuchón.

—Seguro que le estará hablando de lo delgado que se ha quedado y de cuantos kilos ha perdido —pienso. La situación es tan atrayente que no puedo hacer otra cosa más que, con disimulo, tratando de ocultarme, permanecer frente a la puerta y observar lo que acontece.

En un tono de distendidas risas, Bea da una palmadita en su pecho. Este, también riendo, sostiene en sus manos unos papeles, como si la presencia de Bea lo hubiese interrumpido cuando leía. Como tenía previsto, Bea introduce el bolígrafo por la cinturilla de su pantalón, en uno de sus costados. Mi mente, que corre deprisa, ya la imagina agarrándole la polla al jefe de finanzas. El hombre, sorprendido, pierde la risa, cuando siente el bolígrafo clavado en el lateral de su pantalón. La mano de Bea desliza el bolígrafo por su cintura,

recorriendo el interior de su camisa, hasta situarlo a la altura de su ombligo. El director mira a su vientre, encogiendo su estómago, y el bolígrafo, actuando fuera de guion, se escurre entre su entrepierna y cae al suelo. Tanto Bea como el jefe de finanzas se agachan al unísono a recogerlo, chocando sus frentes con gran despropósito en un fatídico cabezazo, causándose uno a otro un terrible daño. Ambos, en cuclillas sobre el suelo, se frotan sus cabezas para paliar el dolor. —Una pena —me digo decepcionado mientras observo a Bea mareada por el golpe. —Tiene que practicarle más.



En el espejo del cuarto de baño, con la cara inflada de espuma blanca, la cuchilla de afeitar rasura mi barba.

—¿Sabes lo que siempre he querido? —me dices entrando de forma repentina en el cuarto de baño, y dando con un espontáneo gesto, una ligera patada a la puerta hacia atrás para cerrarla.

—¿Lo qué? —Aparto mi cara del espejo y te miro.

Con una expresión divertida de tu rostro, tus ojos centelleantes me miran como si tuvieras unas incontenibles ganas de decirme algo.

—Tomar un baño, y tener largas conversaciones en la bañera —me dices. —¡Es tan sexi!” Al mirarte, veo el disfrute en tu cara solo de pensarlo.

Tus manos, en el cuello del jersey, lo sacan por tu cabeza. Tiras primero de una manga, y a continuación de la otra, haciendo que tu jersey caiga desparramado al suelo. Sin apartar tus ojos de mí, desabrochas el botón de tus vaqueros, permitiéndoles descender por tus muslos, y embrollarse en tus tobillos. Sacas por ellos tus piernas. Primero una pierna, luego la otra. Uno de tus calcetines al suelo. El otro, tras quitarlo de tu pie, rueda por los fríos azulejos. Te deshaces de tu blusa que cuelgas en el perchero. Mi cara boquiabierta contempla tu cuerpo en bragas y sujetador, preguntándome a qué se debe tal distinción para que tu blusa permanezca colgada en el perchero cuando todas tus otras ropas están desperdigadas por el suelo.

Tus manos a mitad de tu espalda. Oigo el clic del broche abierto de tu sujetador. El sujetador se desprende de tu pecho, rueda por tu vientre, acariciando tu abdomen, para caer a tus pies. Sin ninguna protección que los sostenga, tus redondos pechos quedan libres a mi vista por primera vez.

—Me siento muy femenina a tu lado —me dices—, muy libre en mi sexualidad—. Tus bragas descienden por tus piernas, se deslizan por tus

muslos, tocando tus rodillas, hasta besar el suelo. Tu cuerpo desnudo, al natural, expuesto ante mis ojos, queda vulnerable a mis miradas.

—Contigo, me avergüenzo más vestida que desnuda —añades. —Cuando vestida, me miras tan serio, sé lo que deseas, y me sonrojo de inmediato.

Mientras te observo desnuda, alzas tus talones, que en un pequeño saltito se mantienen en el aire. Permaneces de puntillas por un instante, con rodillas extendidas, para luego regresar al suelo. Contemplo tu pubis, sin una mano que lo cubra, también la robustez de tus muslos y el largo de tus piernas hasta tus pies.

Te giras y levantas un pie para introducirlo en la bañera, permitiéndome observar la sensual silueta de tu dorso, la simetría de tu cuerpo, la doblez de tus codos, la suave estructura saliente de tus omoplatos, la curvatura que recorre tu cintura hasta alcanzar tus caderas, y tu perfecto culo. Unas ganas tremendas de poner mi mano sobre tu culo hacen que se despierte mi erección.

Accionas el mando para permitir al agua correr. Te agachas, doblando tus rodillas, y colocas el tapón cerrando el paso del agua. Te incorporas, alzándote de pie, entretanto el murmullo de la corriente de agua comienza a llenar la bañera. El agua caliente sale del grifo y se esparce despacio por el suelo de la bañera, acaricia el filo de tus uñas, anegando el contorno de tus pies. Y poco a poco, de forma gradual, el nivel del agua sube y alcanza tus tobillos.

—Me gusta mirarte mientras te afeitas —me dices volviendo tu cuerpo hacia mí.

—Y a mí cuando llenas la bañera —respondo contemplándote desnuda.

Mis ojos, que se deleitan de puro gozo, se centran en la visión insuperable de tus pechos. No puedo apartar mi mirada de la areola rosada que rodean tus pezones, sintiendo un ardiente deseo por tocarlos. El divino resalte de tus pechos aumenta la creciente hinchazón en mis pantalones.

Frente a mí, con piernas juntas, continuas mirándome, sintiendo como el agua te sube, asciende por tu cuerpo, y cubre la línea debajo de tus rodillas.

Mostrándome tu iniciativa, levantas tu brazo, y sintiéndote poderosa, en un gesto de tu dedo, me indicas que me despoje de mis ropas y vaya a la bañera contigo, por lo que decido concluir de forma precipitada mi afeitado.

Ambos, nos sentados cara a cara, sobre el suelo de la bañera. El agua nos cubre a media altura. Abro mis piernas para abarcarte. Mis pies y pantorrillas rodean la parte baja de tu espalda. Del mismo modo, visualizando en tu cara el disfrute del romántico momento, me envuelves entre tus piernas. Y con piernas

enroscadas alrededor de mi cintura, abrazas mi culo entre tus pies.

Sumerges tus manos en la profundidad del agua, extendiendo tus dedos, mostrando el color perla champán de tus uñas, decoradas con primaverales flores blancas en el dedo anular de ambas manos. Juntas tus manos en forma de cazo, y como si sirvieras un cucharón de sopa, sumergiéndolas más profundo, coges agua con ellas. Transportas el agua en tus manos, y la esparces en mi hombro, deslizando tus dedos por mi clavícula, derramándose el agua por mi pecho.

—Confío en ti —me dices. —Tus ojos me transmiten confianza. A veces pienso que no debería confiar en ti, pero mi elección es creerte. He decidido creer en ti.

Tus manos en mi pecho, trazan sobre mi piel una suave marca de agua con tus uñas. A veces, en tu movimiento, mientras bañas mis hombros y me rocías con agua, la parte más sensitiva de tus pechos rozan mis pectorales.

—Me gusta el pelo de tu pecho —me dices. —Es muy masculino para mí.

Tus manos descienden por mi vientre. Acaricias mi estómago, mis caderas y mis muslos, que se electrifican al sentir el paso uniforme de tus delicadas manos, ablandadas por el efecto mojado del agua.

La arrugada yema de mis dedos acaricia la piel de tu cara, rozando tu mejilla. —¿Te gusta que te acaricie? —te pregunto.

—Sí—. Una dulce afirmación se deshace en tu boca.

—¿Por qué te gusta?

—Porque es tu muestra de afecto, de ternura hacia mí, y porque me gusta que me manosees —respondes.

Con mi caricia en tu mejilla, levantas tu mirada para fijarla en mis ojos. —¿Eres celoso en el amor? —me preguntas descansando tus brazos entorno a mi cuello.

—Diría que no lo soy, pues confío en la persona de quien me enamoro. Y cuando confío en una persona, no encuentro motivos para sentirme celoso.

—Pienso que sí lo eres —me contradices—, y bastante celoso. Quizá no te hayas visto en la situación de demostrarlo. ¿Alguna vez has sufrido por amor?

Siento como nuestra conversación va tomando un cariz cada vez más íntimo, más cercano, más familiar.

—El amor, en ocasiones, se muestra ofreciendo su lado amargo”, respondo. —¿Quién no ha sufrido por amor? —y coloco mis húmedas manos a ambos lados de tus hombros, para deslizarlas a lo largo de tus brazos, hasta

alcanzar tus codos. —Sí, he sufrido por amor, y he aprendido de ello. Al menos eso creo.

Agarro un bote de champú y vierto su contenido sobre las palmas de mis manos. Las froto para hacer espuma. Contemplas mi rostro como queriendo saber qué he aprendido del amor, al tiempo que mis manos sobre tus cabellos, te manchan de espuma roja. Adentro mis manos con suavidad, abriéndome paso a través de los túneles de espeso pelo que recorren tu cabeza. Encharco tu pelo en agua procedente de mis manos, sintiendo lo tupido y compacto de tus cabellos mojados. Mis manos se pierden en el bosque trenzado de tu pelo, y hundidas en la espesura de tu cabellera, masajean el casco de tu cabeza, fundiéndose en caricias con tu piel, cautivadas por el sentir tan cercano de tu talento. Estiro y encojo mis dedos, que bailan arremolinando tu pelo, desde tu frente a tu nuca, acariciando tu cabeza con enamoramiento. Acomodo tus cabellos por detrás de tus orejas, destapando lo tercero más bonito de tu cuerpo.

—Me encanta cuando pones mi pelo detrás de mis orejas —me dices.

—Aún me queda inspeccionar tu cuerpo con mayor detenimiento, y descubrir la parte más bonita de ti—. Mi comentario provoca que tus labios se aprieten, como si una punzada de calor te atravesara, causando que tus mejillas se sonrojen.

La espuma en color rojizo, que al frotar tu pelo se origina en abundancia sobre tu cabeza, chorrea por tu frente. Un ramalazo de espuma desciende veloz desde tu frente a tus ojos, deseando alcanzar tus pestañas, por lo que me apresuro a bañar la palma de mi mano en agua, y en un arrebatado de celos, la deslizo enérgica por la alisada piel de tu cara, cortando a la espuma su camino, haciéndola que se pegue a mis dedos, liberando a tus ojos de un más que seguro escozor.

—¿Lo ves? Ya te dije que eras celoso —me dices riéndote. —Tienes celos de que la espuma me toque.

Apoyo mi espalda sobre la pared de la bañera. Con espalda reclinada hacia atrás, sostengo una de tus piernas por tu tobillo y planto el talón de tu pie sobre mi pecho. Tu talón, anclado en mis costillas, siente los latidos de mi corazón. Tus dedos del pie descansan sobre la consistente almohada de mis pectorales. Deslizo el mazo de espuma sobrante en mi mano a lo largo de tu pie. Con ambas manos, recorro tu tobillo, perfilando de fina espuma tu tibia, abarcando con mis manos tu pantorrilla, y dibujando un rojo bigote de espuma sobre tu rodilla.

—¡Es tan sexi! —exclamas.

Mis dedos, ascendiendo por tu pierna, dejan un rastro de espuma roja en la cara interna de tus muslos.

—¿Te gusta lavarme? —preguntas con una seductora voz.

—Me gusta cuando te ensucias de espuma —respondo.

El agua, contagiada por el champú de pulsina, se vuelve en un tono más rojizo, similar al agua manchada por sangre de la menstruación.

—La pulsina hará aflorar en breve tus impulsos —te digo, y continúo lavando tu pierna en toda su longitud, acariciándola con más espuma.

—Como la pulsina aumente más mi impulsividad, voy a sentarme encima de tus caderas, cabalgarte y follarte aquí mismo —me dices.

Alentadas por el roce de mis dedos y el calor desprendido de mis manos, abres tus piernas, separando tus muslos, ofreciéndome lo más íntimo de ti, exponiendo a mi vista tu precioso chocho en la profundidad de la coloreada agua.

—¡Qué coño tan irresistible!” pienso para mis adentros mientras te observo de piernas abiertas.

—¿Sabes que quiero? —me preguntas.

—¿Qué?

—Quiero que me laves como una niña pequeña —me dices—, que me envuelvas en tu toalla después del baño, que frotes y seques mi chocho con tu toalla, porque lo que más deseo es sentirme desnuda en tus brazos.

Sumerjo tu pierna en el calor del agua, y desde el otro extremo de la bañera, observo tu cabeza reclinada. Contemplo tu pelo mojado cubriendo tus orejas, lo atractivo de tus cejas, los femeninos orificios de tu nariz, y la sensualidad de tu cuello listo para ser besado. Tus clavículas, por encima del nivel del agua, provocan que me muerda los labios en deseo por besarlas. También miro a tus pechos, y al aro de tus pezones, por encima de la planicie del agua.

—¿Cuál es tu lugar favorito para besarte además de tus labios? —te pregunto.

—Mi estómago —respondes sin dar tiempo a tu mente a pensarlo—, debajo de mi ombligo, también la parte baja de mi espalda, y entre mis muslos. ¿Quieres saber todos ellos?

La pulsina, mezclada en el agua, se ha expandido en un manto que todo lo cubre en color rojo.

—Háblame de ti. ¿Qué cambios experimenta tu cuerpo durante la

menstruación?

—Estoy más sensitiva —contestas. —Puede que un poco más irritada, y también olvidadiza. Si me olvido de cerrar un cajón en la cocina, o se me cae al suelo un tenedor, ya sabes el motivo.

—¿Puedes decir de ti misma que te sientes más excitada cuando te llega la regla?

—Sí, a veces —respondes, acompañándolo con un gesto afirmativo, moviendo tu cabeza. —Puede que sí me sienta más excitada —terminas diciendo.

—Me encantaría follarte en tu menstruación —te confieso—, cuando la regla te llega, justo cuando tu coño más me desea—. Me pongo tan serio al decírtelo que tu cara hubiese preferido esconderse bajo el agua.

—Nunca me cuentas nada de lo que haces en la multinacional de perfumes —me dices.

—Pues no sé qué contarte —respondo encogiéndome de hombros—, porque ya me he dado cuenta de que, de todo te enteras antes que te lo diga.

Una hermosa carcajada sale de tu boca. —Tienes razón —me dices sin apenas poder contener tu risa, cubriéndote tus labios con tu mojada mano.

—Apuesto a que ya conoces que hoy me han visitado chimpancesas.

Escuchar mi comentario provoca que tu risa se incremente.

—Sí, ya lo sabía —te ríes. —Espero que no te enamores de ninguna de ellas —añades con una risotada.

—Me imaginaba que lo sabías —digo desconcertado.

—De todas formas, me gusta que me lo vuelvas a contar —respondes.

No concibo entender cómo logras conocer, a la velocidad del rayo, todo cuanto me sucede fuera de nuestro piso. Aunque, en este instante, pensar en ello es lo de menos. Me he dado cuenta de que me encanta verte reír. Me derrito al observarte tan feliz, tan parlanchina y desenvuelta. Eso es lo importante. No sé cómo explicarlo. Siento un océano de ternura por ti, cuando te noto tan alegre y risueña, cuando apartas tu mano cubriendo tu boca y todavía en tus labios se refleja tu sonrisa. Te noto tan natural y espontánea...

—¡Que encanto de mujer! ¿Eres siempre así? —te pregunto.

Te miro con adoración. Adoro cuando bromeas en un ambiente tan íntimo como el compartir conmigo el agua de una bañera, donde tenemos tiempo para reír, imaginar y contarnos los pormenores de nuestras vidas.

—Si tuvieras que definirte a ti misma, en tres palabras, ¿cómo te describirías?

Te quedas pensativa, con cara enigmática, intentando ganar tiempo antes de contestar. Y durante ese instante en el que puedo sentir el revoloteo de tus pensamientos, me fijo en la forma de tus ojos, tan simétricos y llamativos, con el borde exterior un poco inclinado, delineando una curvatura que me intriga.

—Optimista —me dices. A veces me siento irritada y confundida, sobre todo en aquellos días cuanto tengo la regla. Pero por encima de todo, soy una mujer que necesita entusiasmarse. Mañana será un hermoso día, me repito, incluso si me siento triste.

—¿Y qué más te define? —te pregunto, invadiéndome la curiosidad.

—Puedo percibir cosas con rapidez. Soy muy intuitiva. Percibo cambios en los demás. Me afecta lo que le sucede a otras personas. También soy bondadosa. Quizá debería pasar más tiempo complaciéndome a mí misma. ¿Y tú? —me preguntas. —¿Cómo te definirías tú?

—No me dejes llevar —te digo. —Siempre hay una razón secreta de hacer lo que hago”.

—¿Crees que no lo he notado? —me dices.

—Lo llamo una razón secreta pero en realidad no lo es. Es solo que el motivo de mis actos suele ser más profundo de lo que la gente ve.

—¿Complicas tu vida a causa de eso? —me preguntas.

—¿Complicar mi vida? No, claro que no. Mi vida no es complicada. Sin embargo, algunas veces siento cierta desintonía con otras personas, quizá porque cada una de ellas anda demasiado ocupada en sus propios intereses.

—¿Controlas a la gente alrededor tuya?

—No pretendo controlar a nadie —respondo. —Solo las observo.

—¿Las observas cómo a mí?

Tu pregunta me pilla de sorpresa. Tu interrogante me hace recapacitar, ahondar en el porqué me gusta compartir tiempo contigo.

—No te observo igual que a los demás —respondo. —Te observo queriendo saber más de ti.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres saber más de mí?

—Pues porque... —y te miro directo a los ojos para dar respuesta a tu pregunta. —Me gusta estar contigo porque no eres mandona.

—¿Es eso lo que más te importa? A veces puedo serlo —replicas riendo.

—Al conversar contigo, encuentro mucho sentido en todo lo que dices —continúo. —Te he visto comprando y no vas de compras a lo loco.

Te ríes, dejando escapar tu disfrute por nuestra conversación.

—Me compré los zapatos blancos por pura impulsividad —dices. —

¿Crees que eso no es comprar a lo loco?

—Puede que sí, pero me gusta que no te dejas llevar demasiado por las modas y tendencias, lo que significa que tienes tu propio criterio, y tomas tus propias decisiones.

—Eso es verdad —reafirmas mi comentario. —Sé tomar decisiones, a veces hablándome a mí misma, en silencio, cuando estoy sola, donde tengo mayor paz y concentración. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Claro que sí —respondo.

—Describeme a tu madre. ¿Puedes describírmela?

—¿En lo físico o en lo psicológico?

—Ambos.

—Mi madre es una mujer afortunada en su apariencia. No lo digo porque sea mi madre, sino porque mucha gente ha dicho de ella que lo es. El rasgo más bonito de su cara son sus ojos. Tiene unos ojos grandes que realzan su belleza. Los rasgos de mi rostro son muy similares a los de mi padre, y sin embargo, caprichos de la herencia, he heredado los grandes ojos de mi madre. Ella es muy habilidosa con sus manos. Sabe coser y hacer figuras de barro. Le gustan los niños y suele tener siempre una sonrisa en la cara, igual que tú. Si llora, llora en silencio. No le gusta ser descubierta si se siente triste. Intenta siempre mostrar su sonrisa, aunque sea una sonrisa disfrazada. Algo ocurrió durante su infancia, algo relacionado con su mamá. Cuando recuerda su infancia, las lágrimas brotan en sus ojos. Piensa que el dinero es para gastarlo y disfrutarlo en vida. No le gusta ahorrar y comparte todo lo que tiene. En lo psicológico, quiere dar la impresión de que es fuerte pero no lo es. ¿Por qué quisiste que describiera a mi madre?

—Para conocerte a ti —contestas. —Estos últimos días estoy un poco ausente —me confiesas. —He estado pensando en mí.

—¿En ti? ¿Y qué es lo que has pensado? —te pregunto intrigado.

—Tengo muchos deseos. Y uno de ellos está relacionado contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. No puedo decírtelo, porque si te lo digo no se cumplirá, pero puedo darte una pista.

—Entonces dame una pista—. Y siento que me encanta cuando te pones misteriosa.

—Pensé en mi misma... —me dices. —¿Es lo que he experimentado en el amor lo máximo que puedo dar?, me cuestioné antes de conocerte. ¿Es esto lo máximo de mí en cuanto a pasión? ¿El nivel más alto y apasionado de mis

emociones? Entonces tú apareciste, y me diste lo mejor de mí. No estaba segura de si había más pasión en mí. Ahora lo sé. Sé que sí la hay.

—Me siento, hipnotizada, descontrolada por ti —me manifiestas. —Me has pescado bien —y te ríes, ahondando la adorable mueca en la que se marcan tus mejillas. —Me has enganchado bien. Mira cómo te miro. ¿Lo ves? Te miro como una mujer enamorada. Sé que es imposible que otras mujeres puedan mirarte tan deseosa en amor como lo hago yo. ¿Cómo he conseguido estar tan perdida en amor por ti? ¿Cómo es posible que tú me atraigas tanto? ¿Qué me has hecho? Siento una increíble atracción por ti.

—Nunca podré ser tu amiga —continúas hablándome. —Porque si sigo a tu lado siempre querré más. No seré capaz de dormir contigo si tú estás desnudo, porque voy a querer follarte. Llego a ser una adicta de ti. Quiero estar en la cama contigo durante diez días, haciendo el amor sin parar, día y noche. Ni comer ni beber ni dormir, solo follar y estar todo el tiempo desnuda, refregándome a tu lado. Somos muy compatibles. Tenemos mentes similares. ¿Cómo es posible que nos encontráramos por casualidad? ¿Nunca te lo has preguntado? ¿Se pasará la pasión entre nosotros? Tus manos están siempre calientes. Las mías suelen estar frías, pero cuando estoy contigo, me pones hirviendo de excitación. Léeme lo que escribes en tu cuaderno de notas mientras me follas. Te deseo más salvaje con la menstruación. Quiero que me folles en cuando me venga la regla.

Capítulo 17

En el laboratorio, como si se tratara de una hija pequeña a la que rocío de perfume antes de partir a la escuela, vierto unas gotas de perfume adaptativo sobre la cabellera de una chimpancesa. Con guantes puestos, y una toallita de algodón esterilizada, refriego con suavidad el perfume sobre la amplia alfombra de pelos de su cabeza. La chimpancesa, en un creciente estado de relajación, aclimatándose a la sensación de placer que le aporta el contacto con mis manos, a medida que vierto más perfume y masajeo con más ímpetu y vigorosidad el casco de su cuero cabelludo, cierra los ojos por un tiempo cada vez más prolongado.

—Si continúas masajéandola la vas a dormir —dice Laura, con voz tenue y sedosa, recelando una sutil envidia que sabe ocultar con habilidad, como si deseara que fueran mis manos quienes masajearan sus cabellos. Con ojos abiertos como platos que se reconcomen de curiosidad, observa expectante el placentero masaje con el que aplico el perfume sobre la cabeza de la chimpancesa.

Una vez el perfume ha reaccionado con la piel del animal, el aroma a cedro, similar al olor que desprenden las trizas de sacar punta a un lápiz con un sacapuntas, llega a mi nariz, y abarca, cada rincón del laboratorio.

Oliendo a la dulce fragancia del cedro, mientras Laura me acompaña, me doy cuenta de que Felice, siempre tan animoso con sus enérgicos abrazos, jamás me ha visitado al laboratorio tal como lo hace su hija, tan de cerca, a observar lo que hago, y en realidad, echo de menos ese interés por su parte. El interés de visitarme y observar con detenimiento lo que se cuece a fuego lento en cada cubeta de ensayo.

—¿Te repulsa tocarla sin guantes? —pregunta Laura, sin quitar ojo al suave masaje sobre la cabeza de la chimpancesa.

—El uso de guantes no es opcional, es un requisito obligatorio —le digo. —Caso de no usarlos, el perfume adaptativo reaccionaría con los poros de mis dedos y modificaría el resultado de la prueba.

Ejercicio un ligero tirón, con mucho tacto y delicadeza para no lastimarla, y arranco un pelo de su cabellera, lo que provoca que la chimpancesa abra los ojos y despierte de sus dulces sueños.

Con ojos bien pegados a la lente del microscopio, ajusto el objetivo para

engrandecer la imagen del pelo que sujeto con unas alargadas pinzas de metal. Analizo el pelo al microscopio, observando con suma atención, a través de la lente, el efecto de la reacción química que tiene lugar, y anotando en mi libreta de fórmulas el día del ciclo menstrual en la que se encuentra la chimpancesa.

—Yo también quiero verlo —dice Laura. Y se coloca las gafas bioquímicas antes de fijar sus ojos en la lente del microscopio. Aprieta sus ojos intentando ahondar con su mirada más allá de lo que le permite la lente.

—No veo que ocurra nada especial —dice girando su cara hacia mí, buscando ser guiada por mi ayuda. —¿Dónde debo mirar?

—Tienes que pulsar el botón y escanear el pelo con la punta del microscopio —respondo.

Introduzco el pelo en un modolímetro: un aparato para la modelización del olor. El modolímetro digitaliza el olor desprendido por el pelo y ofrece un valor numérico a su salida. Dos valores iguales indican que se trata de un mismo olor.

Realizo otra prueba con el pelo procedente de otra chimpancesa, más chillona y alterada que la anterior, tomando la precaución de que esta se halle en un día diferente de su ciclo menstrual. Asimismo, pido a mi equipo de biólogos que analicen otros pelos, a fin de corroborar, más tarde, los datos obtenidos. Tras introducir el segundo pelo en el modolímetro, visualizo en su pantalla digital un valor numérico distinto, a la vez que un olor a césped recién cortado sobrevuela mi olfato. —¡Perfecto! —exclamo, sintiendo como la satisfacción me llena. Dos valores distintos certifican que los olores son diferentes. Sin embargo, pese a lo bueno del resultado, todavía queda un fleco por resolver antes de cantar victoria.

—¿Has descubierto el perfume adaptativo? —pregunta Laura, atenta a cuanto acontece, intentando amarrar los cabos sueltos.

—Existe una limitación —respondo. —Que el ciclo ovulatorio conste de veintiocho días, implica que el perfume adaptativo se vea acotado a generar una gama de tan solo veintiocho olores distintos. Es decir, dos mujeres en el mismo día de su ciclo menstrual olerán de forma idéntica.

—En ese caso, el olor no sería único para cada mujer, sino repetitivo cada veintiocho días —añade Laura.

—Exacto —digo, confirmando las palabras de Laura. Con objeto de superar este contratiempo, añado al perfume adaptativo un aditivo que me ha llevado meses de trabajo averiguar y una montaña de papeles, repletos de ecuaciones químicas, arrojados a la papelera. Un enorme esfuerzo resumido en

un frasco de líquido transparente, de aspecto similar al agua, pero que no es agua, sino una sustancia conectora que le infiere al perfume adaptativo unas cualidades mejoradas. Un elemento diversificador, capaz de dispersar el aroma de una fragancia en un espectro más amplio de olores.

Y con una jeringa extraigo del frasco un poco de esta sustancia, y agrego dos gotitas de líquido conector, como si fuera pegamento, al perfume adaptativo.

—¿Es esa sustancia conectadora el perfume adaptativo? —pregunta Laura.

—No —le respondo. —El perfume adaptativo se ha diseñado de tal manera que, al entrar en contacto con la piel, se produce una reacción química que determina el día del ciclo menstrual en el que se halla la mujer, además de registrar su estado de ánimo en ese momento gracias a la sustancia conectora. La combinación de estos dos factores genera la emisión de un olor único.

—Para conseguir una fragancia diferente en cada mujer, incluso en mujeres que vivan en el mismo día de su ciclo, o bien, en aquellas que hayan perdido su capacidad menstrual, el líquido conector actúa como una ruleta de emociones. Es decir, es el responsable de conectar el estado de ánimo con un olor. ¿Si tuvieras que definir cómo te sientes ahora mismo en una sola palabra, cuál sería? —pregunto a Laura.

—Inquieta —responde de forma apresurada.

—¿Y en qué día de tu ciclo menstrual te encuentras?

—Tu pregunta, demasiado directa, invade mi espacio personal —contesta con mala cara. —Me incomodas. Me niego a responderte.

—El día de tu ciclo menstrual y tu estado de ánimo en el instante en que viertes el perfume sobre tu piel, determinan el aroma que desprenderás. Tu estado de ánimo activa el olor —hablo a Laura explicándole el funcionamiento. —Con la ayuda del líquido conector, el perfume adaptativo conecta tus emociones con una fragancia exclusiva, evocando un olor según tus sentimientos.

—Estoy a mitad del ciclo —termina Laura diciendo, intrigada por mi explicación.

—Si mis cálculos son exactos... un estado de intranquilidad en los días próximos a la ovulación... —y consulto una cuadrícula de días, estados de ánimo y olores ubicada sobre la pared—, ...resulta en una fragancia de flor de pomelo. ¿Quieres ser la primera mujer en probar el perfume adaptativo?

—Me siento temerosa de que pueda ocurrirle algo desastroso a mi pelo

—dice. Inundada en un mar de dudas, Laura recompone el gesto de su cara para mostrar cierta entereza. —De acuerdo. Prueba el perfume conmigo.

Y bajo su consentimiento, vierto un chorro de perfume adaptativo sobre sus hermosos cabellos, masajeándolos, y en cuestión de segundos, emanado desde su mojado cuero cabelludo, una punzante fragancia a pomelo se expande flotando por el aire, e invade de cautivador aroma el laboratorio.



De vuelta a casa, camino a trompicones, en lucha con mi paraguas, en un día desapacible de abundante lluvia y arremolinado viento. Uno de esos días en los que, estando ocupado en el laboratorio, jugando con lentes y tubos de ensayo, solo me percató de las inclemencias del mal tiempo cuando abandono la fachada del edificio de la empresa, y en el exterior, a cielo abierto, me expongo a la cruda intemperie.

Me cruzo por el camino con Marcos, el chico de la floristería. El incansable viento, con atropellada prisa, hace volar el sombrero que cubre su cabeza, levantándolo por los aires y girándolo en varias vueltas.

—¿A dónde vas? —le pregunto, mientras Marcos se apresura a recoger su mojado sombrero de las encharcadas losas de la acera.

—Mi madre me ha pedido que la ayude con un par de recados.

El agua se precipita sin tregua y aprovecha las palabras del muchacho para depositarse en su rostro.

—¿Y cómo es que te atreves a salir a la calle sin paraguas?

Por su flequillo gotean densas gotas, y por sus ropas, vistiendo un vulgar abrigo, el agua se ha filtrado, y lo ha dejado calado hasta los huesos.

—No es que quiera aparentar ser un valiente —dice observando su indumentaria empapada. —¿Es que se me ha olvidado el paraguas!

—¿Te has puesto perdido con la que está cayendo! —exclamo.

Bajo una arreciante lluvia que no duda en desafiar a mis botas, siento una expansiva sensación de humedad en mis calcetines.

¡Te acompaño! —me ofrezco a escoltarlo. Y caminamos juntos, refugiados por la frágil protección que nos otorga el paraguas.

—¿De qué hablamos? —me pregunta el muchacho.

—Pues podemos hablar del tema que más te guste. ¿Alguna vez jugaste a cómo se hacen las cosas? Podemos hablar de eso. ¿Sabrías explicarme cómo se hace un paraguas?

—¿Por qué no hablamos de lo que hablan los hombres? —y me mira sabiéndose más seguro de sí mismo. —De ligar —dice—. He seguido tus consejos en lo de conectar con chicas. Ahora tengo más experiencia.

—Me alegro. Eso está muy bien —le digo.

—Pero estoy un poco harto de gastar mi tiempo con chicas que no me gustan. Resulta que, la chica con quien quiero salir, la noto tan distante que ni siquiera me atrevo a acercarme a ella.

—Puede que aún te falte un poco de experiencia para aproximarte con éxito. Sé paciente. Sigue practicando e intentando ligar con otras chicas. Cuanto más tiempo dediques a practicar, más fácil te resultará lanzarte y sorprender de manera positiva a la chica que te gusta.

—El tiempo va en mi contra —responde. —Si no me doy prisa, otros chicos saldrán con ella. Incluso puede que ya tenga novio.

—Entiendo que desees incrementar tus destrezas a la mayor celeridad, pero te repito, que lo más importante ahora mismo, es que no te presiones a ti mismo. Disfruta de la compañía de otras muchachas, habla con ellas, bésalas, y aprende de ello. Ten por seguro que la oportunidad de salir con la chica que te gusta llegará, y tienes que estar bien preparado para cuando llegue ese momento.

—Los consejos que me das ya no valen de nada —me dice—. Lo que vale es esto —y saca del bolsillo de su pantalón un panfleto plegado en varias dobleces. Como moscas acuden a la mermelada, las gotas de lluvia se posan, salpicando de agua, la hoja de propaganda informativa que Marcos despliega para mostrarme su contenido.

Friend-Event, leo en letra grande y llamativa, en color azul intenso. —¿Qué es eso de Friend-Event? —pregunto expectante a Marcos, más cuando la terminología inglesa no me otorga pista alguna para averiguar su significado.

Como si ambos presagiáramos que se avecina una larga conversación, decidimos apearnos bajo el saliente de un pequeño tejado, y permanecer allí resguardados de la lluvia.

—¿Todavía no lo conoces? —dice el muchacho. —Está por todas partes: en las noticias de televisión, en la radio, se habla en las calles. Es un evento entre amigos.

—Pues ahora que lo mencionas... En el piso no hay televisión, ni tampoco radio, tan solo un desgastado tocadiscos. Y al salir a la calle, mi único recorrido transcurre del piso al laboratorio y vuelta a la casa, excepto los días cuando voy al mercado. No he oído hablar de tal evento. Es la

primera vez que lo escucho. ¿De qué trata?

Antes que Marcos me lo explique y me ofrezca más detalles, mis curiosos ojos leen el titular secundario del panfleto.

—¿Tienes un evento sonado? Rodéate de amigos que te echen un cable.

Leer el titular me hace sonreír por lo evidente y lo poco ocurrente de la idea. Quien tenga amistades que puedan echarle una mano, obtendrá un beneficio a corto plazo. Es así de simple. Así es como funciona el mundo. Aunque lo favores, tarde o temprano, hay que devolverlos.

—Al igual que se alquila un cortacésped, un traje de novio o una habitación en una casa, Friend-Event te permite alquilar a una persona para que te acompañe a una fiesta, a un viaje de vacaciones, o a una reunión de negocios. A cualquier lugar donde necesites ir acompañado —me aclara Marcos.

Me pregunto cómo mis ojos miran a Marcos en este instante. Supongo que expresando gran sorpresa, pues la noticia no me deja indiferente, y me hace querer saber más.

—¿Alquilar a una persona para asociarse contigo a una fiesta? —pregunto incrédulo.

—Cuando te rodeas de gente que te acompaña, y esa gente está a tu favor, te vuelves más importante. ¿No es así? —afirma el muchacho.

—Sí, tienes razón —digo a Marcos. —Cuando la gente te sigue y te ofrece su respaldo, tu crédito se incrementa a la vista de otras personas.

—El problema es que para registrarte, es necesario ser mayor de edad, y yo solo tengo doce años. Además, también se necesita una tarjeta de crédito para realizar la inscripción.

—¿Y qué pretendes hacer cuando te registres? —le pregunto.

—Bien sencillo. Me sorprende que no se te haya ocurrido antes a ti —me dice—. ¡Alquilaría varias chicas a una fiesta! Chicas bien arregladas que estén a mi lado, que sepan desenvolverse, que pongan su brazo en mi hombro, se rían conmigo y me den conversación. Y me presentaría con ellas delante de la chica de la que estoy enamorado. ¡Estoy seguro que triunfaría sin perder el tiempo siguiendo tus estúpidos consejos! —y se ríe, dándome un ligero codazo en el costado en señal de compadreo. —Además, puedo elegir yo mismo las chicas que quiero que me acompañen, eligiéndolas desde el portal de contenidos.

—¿Puedes elegir a la mujer que quieras? —le pregunto sorprendido.

—No una, sino cuantas quieras —responde. —Mujeres que a tu lado te

ayuden a ligar. En realidad, no está limitado a ligar. Puedes usarlo para un sin fin de otras cosas. Cualquiera cosa que se te ocurra. También se pueden alquilar hombres. Una mujer puede necesitar ir a una reunión importante, y desear ir acompañada de un hombre que la haga aparentar ser una mujer casada, por ejemplo.

—Ya veo —digo.

—O alquilar cuatro hombres que representen ser sus guardaespaldas, aunque no lo sean. Solo por ir acompañada de cuatro hombres, llamará la atención a donde quiera que vaya. Los usos son ilimitados —dice Marcos.



Una vez depositado el paraguas chorreando en el paragüero, y descalzado de mis empapadas botas, desde una de las baldas en la estantería de libros, cojo la olvidada botella de aire que llené en la colina.

—¡Ya he llegado! —te digo, con la intención de vaciar la botella en el salón.

—¡Oh, ya estás aquí! —exclamas al verme.

Sentada de piernas cruzadas en el sofá, leyendo sobre tus muslos, apartas mi cuaderno de notas a un lado, sobre el reposabrazos, y te apresuras de un brinco a levantarte. Con pies desnudos, marcando la silueta de tu pie sobre las láminas de madera del suelo, como en una prueba de atletismo, corres disparada hacia mí, y te lanzas encima de mi cuerpo, saltando sobre mi pecho, enroscando tus piernas a mi cintura, abrazando con locura mi cuello alrededor de tus brazos, apretujando mis pulmones con tus tetas, convencida de que mis brazos, envolviéndote en un abrazo, te sostendrán.

Sin tiempo a colocar la botella que aún agarro en mi mano de vuelta a la estantería, sostengo el peso de tu cuerpo, sujetando ambos cachetes de tu macizo culo en el ancho de las palmas de mis manos. Mirando a mi alrededor, contigo en brazos, me cercioro de que las ventanas estén bien cerradas, y cierro una de ellas que aún permanece abierta.

Tomando mi cuello con energía, me abrazas con vigor. Con los pies en el aire, confiando en el agarre de mis manos, acoplas tus manos sobre mi cara, copando con la palma de tus manos mis mejillas.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dices—, por tu trabajo bien hecho en la multinacional de perfumes.

Con cierta dificultad, sujetándote, sin dejarte caer, desenrosco el tapón de

la botella como si descorchara una botella de champán.

—¡Has descubierto el perfume adaptativo! —exclamas.

El aire de la colina escapa de la botella, esparciéndose de forma armoniosa por todo el espacio del salón.

—¡Qué aire más puro! —exclamo gustoso, inspirando lo más profundo que puedo. Mis pulmones se sacian de un aire saludable y descontaminado. — Pruébalo. Respira hondo —te aliento a que tú también lo inspires.

—Prefiero coger el aire de ti —me dices. Y me besas con fuerza, con un beso salvaje que tenías guardado y ansiabas darme, apretando tus labios en los míos, aspirando mi aliento con tu apasionada lengua dentro de mi boca.

—¡Vas a dejarme sin aire! —te digo sonriendo, sorprendido por tu espectacular beso, al tiempo que intento recuperar el ritmo de mi respiración.

Con la planta de los pies en el suelo, te diriges al sofá donde te sientas.

—Estoy leyendo lo último que has escrito —me dices con voz entusiasmada. —Ven aquí —y me indicas, apoyando tu mano en la extensa planicie del asiento, el lugar donde deseas que me acomode contigo.

Me despojo de la indumentaria del trabajo, colgándola sobre una silla, y vistiendo en camiseta interior y calzoncillos, me recuesto en el sofá a tu lado. Tus muslos son la almohada donde apoyo mi cabeza. Mi cabeza en tus rodillas. Con tu mano sujetando mi cuaderno de notas, tu voz divulga lo escrito por mi bolígrafo, mientras con tu otra mano, casi sin darte cuenta, embebida en tu lectura, acaricias mi cara.

—Me gusta más leer desde tu cuaderno de notas que sobre el reflejo de la pantalla de la laptop —me dices. —Me resulta mucho más íntimo mirar el estilo de tu letra.

Al mencionar mi laptop recuerdo a Lili. —Lili está tan enfadada conmigo que ya ni enciende —replico con pesadumbre, sintiendo culpa y desazón.

—Una mujer puede sentir la presencia de una amiga a una cercana proximidad—. Mis oídos escuchan al agradable timbre de tu voz, leyendo mis apuntes en el cuaderno de notas. —Hay quienes afirman que no es necesario que sean amigas, sino solo dos mujeres cualesquiera —continúas leyendo. Y mientras lees, con ojos recorriendo línea a línea el ancho de mi libreta, tu mano acaricia mi frente, mi nariz y mis mejillas. Tus dedos pasan por mis labios. Detienes tu lectura, apartando el cuaderno de tus ojos para mirarme. Y recorriendo con tu mano mi oreja, me observas sonriente, con ojos que dicen: te quiero.

—Lo que escribes es cierto —me dices. —A veces logro intuir la llegada

de mis amigas, antes que suene el timbre de casa. Y en ocasiones, al entrar a la cocina, detecto un objeto diferente, cuando algo ha cambiado de sitio.

—Según el manuscrito de ACLUS —prosigues leyendo—, una mujer es capaz de advertir la presencia de otra mujer si la distancia entre ellas se acorta, aunque no se toquen, aunque no se vean. Es un hecho probado que se conoce como el principio de anticipación cruzada. Puede que se deban a razones adheridas a la biología femenina, o quizá a motivos genéticos heredados de tiempos antepasados. Un sentido de anticipación que solo poseen las mujeres, por el cual cruzan sus emociones a nivel inconsciente cuando se hallan a relativa proximidad. Es como si sus aureolas de energía se vieran afectadas por la aparición de otra mujer, pudiendo delatar su presencia.

—¿A qué capítulo corresponde lo que he leído? —me preguntas.

—Al capítulo diez. Ya he escrito nueve capítulos. He escrito bastante —respondo—, aunque todavía estoy a tiempo de cambiar el orden de los acontecimientos, si percibes que algo en la historia no cuadra.

—Lo que escribes está bien —me dices—, pero está falto de chispa. No lo escribas a modo documental —me aconsejas. —Sumerge la noticia, lo que has escrito sobre el principio de anticipación cruzada, como parte de una historia que te cautive, que la narración te haga temblar —me recomiendas.

—Ya veo lo que quieres decir —te digo, mirando a tus ojos agradecido. —Mañana comienza la última fase del perfume adaptativo. Felice tiene previsto realizar una prueba definitiva, y aplicar el perfume en mujeres que, habiendo firmado una hoja de consentimiento, se prestan a probar el perfume sobre sus cuerpos, corriendo el riesgo, bajo su responsabilidad, en caso de existir algún efecto adverso, un efecto contraproducente o no deseado.

—Todo irá bien —me dices sonriendo, cerrando mi cuaderno de notas.

—Si todo va como espero, dentro de tres semanas tendrá lugar la inauguración oficial del perfume adaptativo. Se celebrará con una gran fiesta dentro del recinto de la empresa, a la que están invitados los empleados con sus acompañantes. Me gustaría que me acompañaras —te digo—, vistiendo tu vestido con la espalda al descubierto y tus zapatos blancos. ¿Qué me dices?

—No me conocen en tu empresa —respondes. —¿No será demasiado provocativo presentarme allí con la espalda desnuda? No lo sé, tengo que pensarlo.

Tu otra mano acaricia mi cabeza, alisando mi pelo, con la misma expresión de ternura con la que aquella chica, frente al semáforo, manoseaba la cara de Cerdio. La textura de mi camisa se adhiere a tu piel mientras

recorres mi pecho con la palma de tu mano.

Tus caricias son tan agradables para mí, y me siento tan relajado a tu lado, que mi cuerpo siente un hormigueo que provoca que mis ojos pestañeen preparándome para una siesta.

—Mis caricias también pueden dormirte —me dices riéndote—, al igual que tus caricias a las chimpancesas.

—Tus manos son tan suaves que vas a conseguir que me duerma sobre tus rodillas —te digo.

—Aunque quieres aparentar ser extrovertido, dentro de tus pupilas, veo tu timidez —me dices. Son las últimas palabras que recuerdo antes que mis ojos se cierran y me quede dormido en tu regazo.

—¡No puedo permitirme el dormir! —abro los ojos sobrecogido.

—Duérmete. Descansa tu cabeza en mis muslos —me dices. —Yo me quedaré leyendo tu cuaderno de notas en voz baja, para no despertarte.

—Me encantaría quedarme todo el tiempo del mundo aquí, reclinado sobre tus muslos, recibiendo tus caricias, pero necesito buscar una noticia en internet de la que me ha hablado el chico de la floristería—. Y me levanto del sofá con la intención de coger mi teléfono móvil.

—¿A dónde vas? —me preguntas.

—Puesto que Lili no se enciende, mi teléfono móvil es la única opción que tengo para consultar internet en el piso.

—Podemos mirar juntos la noticia en mi teléfono —me sugieres.

—De acuerdo—. Y me siento a tu lado en el sofá.

—¿Puedes buscar información acerca de qué significa Friend-Event?

Con la ayuda de tu teléfono móvil, accedemos a internet. La portada de su página principal concuerda con el anuncio del panfleto que me mostró Marcos.

—¿Tienes un evento sonado? Rodéate de amigos que te echen un cable.

Tus ojos y los míos observan atentos, leyendo la información del sitio web. Tu dedo se desplaza por el cristal de tu móvil, permitiendo a la información deslizarse.

—Se trata de un negocio que te permite contratar las habilidades sociales de una persona para que, usándolas en tu beneficio, te ayude a salir airoso de un acontecimiento importante para ti —te explico.

A medida que la información se desplaza, fotografías de diferentes personas aparecen en pantalla, junto a un pequeño texto que las describe.

—Soy una chica con pechos apetecibles —leo en uno de los perfiles. — Ofrezco el mejor servicio si quieres darle unos celos terribles a tu exnovia.

—Conozco varios idiomas y me encanta viajar —lees la descripción de otro perfil, que se corresponde con un muchacho joven, de unos veinticinco años. —Si buscas compañía para tu viaje, yo soy tu elección correcta.

—¡Este sitio web es sorprendente! —exclamas.

—Comparto tu opinión —te digo. Y al avanzar tu dedo, la fotografía de una cara familiar se muestra de forma inesperada en pantalla.

—¡Espera! ¡A este tío lo conozco! —exclamo sorprendido. —Tu novio para un par de horas en un fiesta de lujo —leo incrédulo el texto que acompaña a su perfil. —¡Este es el gigantón que me pegó un puñetazo en la cara!

—¡Laura lo alquiló para la conferencia! —dices leyendo mis pensamientos.

Capítulo 18

Un camión se ha detenido en la puerta trasera del laboratorio. Se llevan a las chimpancesas para devolverlas al zoológico desde donde vinieron. Me despido de ellas con afecto, premiándolas con un brazalete de madera tras varios días de convivencia. Laura también se despide de ellas.

A pesar de que se marchan, hoy no es un día de despedidas, sino de bienvenidas. Una avalancha de mujeres se amontona a la entrada principal de la multinacional de perfumes. Hablan y ríen unas con otras formando un gran alboroto. Guardan cola a la espera de probar, de forma gratuita, el perfume adaptativo. Felice, que acaba de salir al pórtico del edificio, se frota las manos pensando en los succulentos ingresos que el proyecto del perfume adaptativo le va a aportar.

—¡La incertidumbre de no saber a qué olerán las vuelve locas de intriga!
—exclama Felice entusiasmado. Y como si aquello le sirviera de excusa, saca el mechero de su bolsillo y abre una nueva cajetilla de puros para celebrarlo.

A cada mujer se le ofrece una muestra de perfume adaptativo, previa firma de una hoja de consentimiento, donde además, a fines estadísticos, se les pregunta en que día del ciclo menstrual se hallan y cuál es su estado de ánimo al momento actual.

—Me indica su edad por favor —dice la chica de recepción a la mujer a quien pertenece el turno en la larga cola.

—Veintiuno —contesta la muchacha.

—¿En qué día del ciclo ovulatorio se encuentra?

—En los primeros días, en el tercero o cuarto

—¿Cómo definiría su estado de ánimo actual?

—Con un subidón de alegría al estar aquí con mis amigas —responde la muchacha entre risas. —Ansiosa por probar el perfume adaptativo —añade.

—Por favor, lea con atención y firme este documento de consentimiento.

La muchacha, sin leer nada en absoluto, toma el bolígrafo en su mano, y firma el documento.

—Aquí tiene la muestra de perfume —dice la recepcionista.

Con un vocerío de fondo, alentada por las mujeres más próximas a ella, la muchacha presiona el botón pulverizador y rocía su cuello de perfume adaptativo. En segundos, el perfume reacciona con su piel, determinando su

día del ciclo y precisando su estado de ánimo. Como resultado, un aroma a maresía, el olor salino del mar, se desprende con intensidad de su cuello. La muchacha lo inspira con placer, expresando sorpresa en su cara cuando la fragancia la invade. Sus amigas, detrás de ella en la cola, chillan y la aplauden de júbilo.

—Pásate luego por mi despacho —me dice Felice, agarrando mi antebrazo con su mano. —Hablaemos de tu subida de sueldo.

—Mi sueldo ya es muy elevado —le digo, poniendo una mínima objección, a fin de aparentar ser un empleado con coherencia.

—Te lo mereces —afirma Felice con voz concluyente, colocando su mano sobre mi hombro. —Has hecho un formidable trabajo.

De manera inesperada, al menos para mí, los medios de comunicación, tanto de radio como de televisión, se personalizan en las inmediaciones de la empresa. Con cámaras apuntando al máximo mandatario, un acreditado periodista, bien trajeado y con micrófono en mano, entrevista a Felice, quien se apresura a alisarse la chaqueta, y recomponerse su maltrecho peinado.

—Desde por la mañana, el negocio de la multinacional de perfumes sube en bolsa como la espuma. ¿Está feliz por ello? —pregunta el periodista.

—No cabe duda —responde Felice, dando una profunda calada a su puro. —Es el día soñado por todos los que trabajamos en esta empresa. Ser los pioneros en desarrollar un perfume, que de forma inteligente, se adapta a cualquier mujer, y la vuelve única en su fragancia, me vanagloria.

—Para que lo entiendan todos nuestros televidentes —dice el periodista —, ¿qué significan las cuatro efes que aparecen en la fallada de su edificio?

—Las cuatro efes son el alma de la empresa, y corresponden a Felice Feltali, Fragancias y Fertilizantes —responde Felice orgulloso, con su vista arriba en la fachada, deleitándose por el buen aspecto del grabado.

Y en ese instante, recuerdo que debo encontrarme con la profesora de Emilia y recoger sus notas escolares. Sin más tiempo que perder, me disuelvo entre el tumulto de gente, y paso a toda prisa por el laboratorio para despojarme de mi bata blanca. Tras colocarme el abrigo y mis botas, parto hacia el colegio.

En mi trayecto hacia la escuela, algunas mujeres me solicitan posar y hacerme una foto con ellas. —¡El descubridor del perfume adaptativo! — gritan alocadas. Y al doblar la esquina, en el quiosco de loterías, el lotero, que nunca antes había hablado conmigo, sale de su tienda con la intención de regalarle un décimo de lotería.

—Guárdelo para otra persona con menor poder adquisitivo. Quizá le traiga suerte —le aconsejo al lotero, rehusando su obsequio.

De golpe y porrazo, al igual que se ilumina una habitación en penumbra al pulsar el interruptor adecuado, la gente desea fotografiarse conmigo de la noche a la mañana, e incluso me agasajan con regalos. —¿Es ese el prestigio que buscaba? —me pregunto, mientras me aproximo al recinto del colegio.

En la escuela, me reúno con Emilia y su profesora. Emilia me observa sonriente, mostrando sus blancos dientes, sin apartar sus ojos verdes de mí.

—¿Y Vanesa? ¿No ha podido venir la madre? —me pregunta la profesora, escudriñándome de arriba abajo con su atenta mirada. —¿Es usted el padre?

—No, su vecino —le contesto. —En el vecindario, Vanesa y yo nos llevamos bien. Aquí tiene mi autorización —y saco del bolsillo de mis pantalones un papel escrito por Vanesa autorizándome la recogida de las notas de Emilia.

—¡Vaya! ¿No es usted el que ha descubierto el perfume adaptativo? —Se acerca hacia mí la profesora, subiéndose las gafas para poder mirarme más de cerca, y con más atención.

—Por favor, tutéeme y hablemos de Emilia —contesto intentando centrar la importancia del momento en sus calificaciones.

—Emilia es un niña muy inteligente —dice la profesora sentándose frente a su escritorio. —Su intelecto está muy por encima del resto del alumnado—. Y rebusca en sus papeles, la hoja de calificaciones de Emilia. —Es la número uno de la clase. No solo destaca por su agilidad mental sino además, porque emplea astutas artimañas, siempre bienintencionadas, de forma consistente, hasta alcanzar los objetivos que se propone—.

—Sí, estoy de acuerdo con todo lo que ha dicho. Es una chica que tiene claro lo que quiere —digo a la profesora mirando a Emilia y sonriéndole.

—Es una pena que esté tan desatendida en lo emocional —dice la profesora, entregándome sus notas. —El hecho de que no exista la figura paterna en su entorno familiar, y la desatención con la que Vanesa la cuida, dadas sus obligaciones... —y se levanta de su asiento para situarse de pie, junto a mí, y meter su nariz en el orificio de mi oreja—, ...sexuales —dice susurrándome—, hace que Emilia sufra de una falta de efecto y cariño más que evidentes. ¿No lo ve usted así? —me pregunta pasando por alto mi petición de tutearme. —No es normal que una niña que padece negligencia en el hogar, en cuanto a cariño y afectividad, obtenga unas calificaciones sobresalientes. De

ahí que su mérito sea todavía mayor —aclara la profesora. Se quita las gafas y las deja sobre su escritorio, a la vez que sonrío a Emilia.

La profesora termina indicándome de la necesidad de que asuntos sociales se haga cargo de Emilia, y de la conveniencia de internarla en un centro de menores, ante la situación de abandono afectivo que sufre la menor. La conversación se alarga más de lo previsto, y lo que se suponía que sería no más de quince minutos, se dilata a más de dos horas de larga charla. Mi mente busca entonces la forma de poner punto y final a la charla con la profesora.

—¿Llevas contigo la llave del piso? —pregunto a Emilia a la salida del colegio, a la vez que le coloco un gorro polar que le aporte calor, cubriéndole la cabeza. Emilia asiente con gesto afirmativo, mete su mano en uno de los departamentos de su mochila y extrae la llave, la cual me muestra como prueba de que todo está en orden. —Cuando llegemos al piso, ¿te quedarás a solas con Cerdio? —le pregunto.

—Sí—. Vuelve a asentir. —Ya estoy acostumbrada. Es lo que hago cada día.

—Quiero hacerte un regalo por tus buenas notas —le digo para animarla. —¿Hay alguna cosa que te gustaría mucho que te regalara?

—Se te ha olvidado ponerme los guantes —me dice sonriendo. En vez de recriminármelo, su cegadora sonrisa provoca que me sienta incapaz de negarme a hacer cualquier cosa que me pida. Una sonrisa tan encantadora y sincera que deshiela el corazón más impenetrable.

—Ahora que no está mamá con nosotros, ¿puedo llamarte papá? —me pide permiso, mirándome casi sin pestañear, colocándose ella misma los guantes que protegen sus manitas del frío. —A mamá no le gusta que te llame papá—. Y me coge de la mano. —Dice que tú tienes que hacer tu vida.

—¿Es eso lo que dice mamá de mí? —me quedo un tanto pensativo.

—¿Qué vida es la que tienes que hacer? —pregunta.

Su sinceridad es tan abismal, que en ocasiones, como ahora, sus preguntas me hacen reflexionar acerca de mí, en lo que deseo llegar a ser, ahondar en la vida que quiero, en un grado de franqueza y honradez no concebible en una conversación entre adultos.

—Yo sé que, dentro de su corazón, a mamá también le gustaría que tú vivieras con ella y conmigo —me dice—, pero no quiere admitirlo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Ella te lo ha dicho?

—Mamá habla cosas de ti que luego no quiere decirte. ¿Tú sabes por qué no quiere? —pregunta con cara de inocencia. —No lo entiendo. ¿Por qué no te

lo dice para que tú también lo sepas?

—¿Y qué cosas dice de mí? —se me pasa por la cabeza preguntarle, pero me abstengo, pues no deseo aprovecharme de su inocencia para sonsacarle información. —Se me ocurre una idea —le digo. —¡Seré tu papá por un día! Hoy, cuando salga del trabajo, te recogeré del piso, e iremos juntos, como un papá con su hija, a comprar tu regalo por tus buenas notas. ¿Qué me dices?

—No quiero que seas mi papá por un día, sino para siempre —contesta.

Su respuesta me deja un nudo en la garganta sin poder respirar. De nuevo, sus sinceras palabras provocan que mi corazón se ablande y se derrumbe.

Llegamos a la puerta del piso, y Emilia la abre girando dos veces su llave.

—No te preocupes del regalo —me dice, volviendo su cara hacia mí, antes de poner un pie en casa. —Haberme recogido de la escuela ha sido uno de los mejores regalos que podías hacerme—. Las palabras con las que se expresa, mucho más propias de un adulto que de una niña de su edad, me conmueven sobremanera, y aprieto los dientes para contener que los ojos se me empañen de lágrimas. —Hazme el regalo que de verdad quiero —añade.

—¿Y cuál es ese regalo? —le pregunto, a sabiendas de que, al interesarme por sus deseos, también me estoy metiendo en un lío, más bien en un callejón sin salida.

—Lo he visto en las películas: levantarme por la mañana temprano, y sin hacer ruido, colarme entre las sábanas, y acurrucarme en la misma cama, en medio de ti y mamá.

—¿Y ahora qué le digo? Si no quería meterme en un lío, ya me he metido —pienso. Y permanezco inmóvil sin saber que decir.

—Quiero sentirlo —agrega Emilia. —Tumbarme en la cama, en medio de las dos personas que más quiero.

—No le abras la puerta a nadie. ¿De acuerdo? —le aconsejo. Y en un acto reflejo, paso mi mano por su pelo, descubriendo un lado de su cara tapado por sus cabellos, deslizando su largo pelo para colocarlo detrás de su oreja, percatándome de que, solo realizo ese gesto cuando me lleno de positiva afectividad, cuando siento plena ternura por esa persona.

—No me gusta estar sola —me dice cuando me dispongo a cerrar la puerta. La observo entretanto las palabras de su profesora, ofreciendo la ayuda de asuntos sociales, afloran en mi cabeza.

—Mamá vendrá pronto para estar contigo —le digo y me quedo con una espina clavada en el corazón al dejarla en casa sola, al momento en el que

Emilia empuja la puerta, estrechando el espacio visible entre sus ojos y los míos, que se mantienen mirándome, reduciendo mi ángulo de visión, en el transcurso en el que la puerta se mueve por inercia hasta cerrarse.

Con una sensación de contrariedad entro en el ascensor. Un sentimiento de pesadumbre me insta a pensar que, quizá, podría ser más complaciente con Emilia, y tantear la manera de satisfacer su deseo sin pasar la noche con Vanesa.

Mi prolongada ausencia en el trabajo, sin autorización ni previo aviso, provoca que una creciente inquietud me suba por las piernas. —Espero que Felice no ande buscándome como un loco —me digo, sin poder evitar que la intranquilidad se aloje en mi pecho.

Nada más abandonar el edificio, el zumbido de las aspas rotatorias de un helicóptero origina que gire mi cuerpo, persiga la dirección del sonido, y alce mi mirada al cielo. El helicóptero, volando a baja altura, a mis espaldas, me sobrepasa a toda velocidad por encima de mi cabeza. El sonido vibrante de sus aspas se propaga en mis oídos justo cuando lo tengo encima. Y en menos que canta un gallo se pierde en la infinidad del horizonte. Se trata de la primera vez que veo un helicóptero desde que me mudé a vivir a esta ciudad.

Una gran cortina de humo se muestra en la lejanía, similar a aquella densa nube gris que se esparcía en el cielo el día en el que paseaba a Cerdío, provocada por la combustión de las calderas.

De repente, el sonido de una sirena de ambulancia hace que me gire de nuevo para detectar su procedencia. La ambulancia, a la velocidad de un rayo, transita por delante de mis ojos, para disiparse en la distancia, al fondo de la avenida. Y sin darme tiempo a digerir lo que está sucediendo, dos coches de policía, a punto de causar un accidente, con sirenas encendidas, realizan malabarismos para avanzar entre los vehículos, que sin tener muy claro donde apearese, circulan colapsando la calzada.

Contagiado por la inercia de los repentinos acontecimientos, acelero mi paso hacia la empresa. No solo ando más deprisa sino que alargo mis zancadas para cubrir más espacio. A medida que ando y me aproximo, la cortina de humo se expande, ensanchándose, haciéndose más densa. Una egoísta y voraz niebla gris, que con glotonería intenta abarcar tanto como puede en el cielo, provoca que la ciudad se llene de inquietantes sombras.

—Necesitamos refuerzos —oigo a un agente de policía hablar por su walkie talkie, desde su vehículo policial apeado a un lado de la carretera. A modo de coordinar futuras acciones, los agentes arrancan el motor de su coche

y lo desplazan entre ambas vías, atravesando la calzada, cortando el paso de la circulación, permitiendo solo el avance a otras ambulancias y vehículos policiales.

Como cuando a un niño pequeño, de acostumbrarse a recibir azotes en el culo, ya ni siquiera reacciona, la llegada de más ambulancias, con sus sirenas, llegando por detrás de mí y adelantándome, comienza a resultarme cotidiano.

Un nutrido grupo de mujeres, corriendo en dirección contraria hacia mí, de quienes trato de reconocer en cuestión de segundos algún rostro que me resulte conocido, me traspanan, huyendo despavoridas, escapando de un peligro con voces alarmistas.

Al llegar al final de la avenida, y volver la esquina, diviso de nuevo al helicóptero en el cielo. Accionando sus compuertas, el helicóptero abre una cesta y descarga miles de litros de agua. —¡Un incendio! —consigo precisar.

Mi paso se vuelve tan acelerado que decido correr. Corro a toda prisa, tanto como me permiten mis piernas, por la acera, cada vez más cerca de la empresa. El bullicio de la gente es cada vez mayor, y más ensordecedor. Me tropiezo a cada paso que doy con personas de caras asustadas que corren en dirección opuesta.

De repente, me sacude una explosión, como si fuera dinamita, que hace retumbar los cimientos del pavimento, y a su vez, reventar por los aires las lunas de los coches más cercanos. Trozos de cristales cortantes salen desperdigados, de forma aleatoria, abalanzándose sobre los rostros, manos y piernas de las gentes. La sangre hace acto de presencia. Los cristales, como puntas de flechas, se clavan en la piel, provocando heridas sangrientas.

Me veo sumergido en un caos. El estridente sonido de las ambulancias me lastima los oídos. Una humareda de ceniza dificulta la progresión de mi paso a la multinacional de perfumes, de la que me separan solo unos metros.

Y al llegar a mi destino, una columna de un descontrolado fuego se destapa ante mis ojos. El laboratorio, donde he pasado el mayor tiempo de mis días en este último año arde en intensas llamas. Un fuego devastador arrasa la empresa. La policía ha acordonado el perímetro del incendio a fin de coordinar las operaciones de extinción y también de rescate, en caso que hubiese personas atrapadas dentro del edificio.

Los bomberos, subidos en escaleras y mediante la utilización de largas mangueras, intentan apaciguar un fuego que por el momento se muestra intratable. El viento, en vez de echar una mano, sopla rebelde con fuerza, reavivando el fuego.

—Mucha atención con el cambio de viento —alerta uno de los bomberos.

Y a falta de contratiempos, cuando más se la necesita, una lluvia torrencial que ha acompañado a la ciudad durante meses, en el día de hoy se ausenta.

Otro helicóptero lanza más agua desde las alturas para sofocar las llamas. La acumulación de humos ocasiona que algunas personas deban ser atendidas. Las personas más afectadas, en su mayoría mujeres que acudieron a probar el olor del perfume adaptativo, son atendidas en camillas, con respiración asistida, metidas a toda prisa en ambulancias, que parten con celeridad hacia los hospitales más próximos. Entre estas personas, reconozco a Bea, tendida en una camilla, con una mascarilla de oxígeno sobre su rostro.

Un grupo especializado de bomberos accede al interior del edificio en busca de supervivientes. Y al verlos entrar en la intimidad del edificio, una parte de mí quisiera acompañarlos. Mientras los bomberos dedican su esfuerzo a rescatar heridos atrapados por el incendio, yo, rodeado en el ardor de las llamas, desearía pisar por última vez el laboratorio, pasar las páginas incendiadas de mi cuaderno de fórmulas, al tiempo que los incandescentes techos y las debilitadas vigas se desploman, coger en mi mano los tubos de ensayo, ahora más calientes que nunca, y beber desde la máquina expendedora el último zumo de naranjas.

De pie, junto al cordón policial, me asola una estampa muy deteriorada de lo que era mi lugar de trabajo, mis recuerdos del laboratorio destruidos, el apocalipsis del perfume adaptativo, la multinacional de perfumes hecha añicos. Todo un año de trabajo tirado por la borda. El sueño de Felice del perfume adaptativo, y su innovador proyecto de idear una fragancia que huela diferente en cada mujer, se desvanece.

Hace tan solo un instante me fotografiaba alegre con chicas que me llamaban el descubridor del perfume adaptativo. Por un momento, me he sentido sumido en la fama, aclamado por bellas mujeres del que yo era el protagonista. Sentirme popular y aclamado me ha enorgullecido, y por qué no decirlo, hasta me he hinchado como un pavo real, con un presumimiento que nunca ha ido conmigo, pero que he comenzado a sentir. Y ahora, horas después, me veo aquí, delante del fuego, con lágrimas que se derraman por mis ojos, estremeciéndome, sintiéndome desvalido, arrancado de mis ilusiones de crear un perfume imborrable para el olor femenino.

Los bomberos, que habían entrado al edificio, salen con las manos vacías.

—No hay supervivientes —dice uno de ellos. Y entonces, tras escucharlo, me cunde el pánico. Me alejo corriendo del cordón policial, y en un ataque de nervios, como si estuviese poseído y no respondo de mis actos, rastreo enloquecido las ambulancias, una a una, en busca de rostros conocidos.

—¡Felice! —grito acercándome a la primera ambulancia. Centro mi atención en descubrir su cara sin importarme nadie más alrededor.

—¿Dónde está Felice? —pregunto a los camilleros.

—Oiga. Estamos saturados —responde uno de ellos. —Tenemos cientos de personas que atender.

—¡Felice! —vuelvo a gritar, a la vez que corro desbocado a la segunda ambulancia, donde los camilleros transportan entubada una cara con unos mechones rubios que me permiten caer en la cuenta de que se trata de la chica de recepción. Y junto a ella, en la camilla de al lado, también reconozco la cara del director de finanzas.

En mi carrera visitando ambulancias, mis oídos solo escuchan gritos, mi nariz solo huele a residuos, mi garganta se desgañita gritando el nombre de Felice, y un flujo de pensamientos recorren mi mente.

—¿Me ha empujado el destino a visitar el colegio de Emilia para ausentarme de mi puesto de trabajo, y librarme de ese modo de una muerte segura? —Más pensamientos cruzan mi mente. —¿Está queriendo el destino decirme que mi futuro está de alguna manera ligado a caminar de la mano de Emilia, acceder a sus deseos y ser el padre de ella?

Al llegar a la tercera ambulancia encuentro a Felice en su interior, sentado sobre una camilla, también con mascarilla de oxígeno, con las mangas de su camisa remangadas, siendo atendido por un médico que le toma el pulso. Su cara y su cuello presentan algunas magulladuras, salpicaduras de sangre y trazos manchados de ceniza, pero sin heridas aparentes que revistan gravedad. Al verlo, en mis ojos aflora una alegría inmensa. Lágrimas de verdadera alegría. —¡Estás vivo! —suspiro aliviado, y siento como mi cuerpo se libera de una pesada carga, una tensión que me mantenía aprisionado.

Siento el deseo de abrazarlo, un antojo de fundirme en un abrazo de amistad, ese tipo de abrazos que te curan en salud, de los que Felice suele dar. Sin embargo, no lo hago, me refreno en mi iniciativa, mi lado lógico detiene a mi lado emocional, por el simple hecho de estar siendo asistido por un médico y no querer entorpecer su trabajo.

—¿Dónde está Laura? —me pregunta con una voz rara. Por suerte, logro distinguir sus palabras a través de la goma de plástico de su mascarilla.

—No lo sé —respondo. —No la he visto.

—¿Dónde te habías metido? Te he estado buscando por todas partes.

—¿Me buscaba para algo importante? —le pregunto para ganar un poco de tiempo y escurrir el bulto.

—No más importante de lo que ha ocurrido —responde.

—Iré a buscarla —le digo, centrando la conversación en Laura.

Aparta la mascarilla de su cara, para hacerse mejor entender. —Todo se ha ido a la mierda —me dice mirando al fuego entre el hueco de ambas puertas traseras que se mantienen abiertas, desde el interior de la ambulancia. — Adiós al sueño del perfume adaptativo —añade, en un tono cabizbajo.

Sus palabras me hieren tanto como a él, pues lo dos, yo diría que a partes iguales, nos habíamos entregado en cuerpo y alma al proyecto.

—Me marcho a buscar a Laura —digo a Felice, abrazando su puño con la palma de mi mano, aferrado con optimismo a localizarla sana y salva. Y alentado por esa positiva sensación, salgo disparado, recorriendo en mi camino, una tras otra, el resto de ambulancias.

A medida que las transito, registro la fisonomía de cada cara. Excluyo a los hombres para fijarme en las mujeres. Busco unos largos cabellos que den forma al contorno de un alisado rostro, unos ojos marrones oscuros del color de la montaña, unos pronunciados labios que causan la envidia entre las féminas, y un deseo varonil incontrolado, pero por más que intento emparejar esos rasgos, siempre obtengo un no por respuesta, y la idea de encontrar a Laura se va desvaneciendo.

Tras mi visita a la última ambulancia, al perder la última esperanza de encontrarla con vida, una punzada en el corazón me atraviesa el pecho. La idea de su pérdida me conmociona, y las lágrimas brotan de mis ojos, muy ligeras, aglomeradas, cayendo por mis mejillas.

—Quizá una de las ambulancias la ha transportado al hospital —me digo, deseando albergar una mínima creencia donde agarrarme, y que mantenga mi ilusión de encontrarla viva.

—El hospital conserva una lista de nombres por cada paciente que ingresa —dice uno de los camilleros.

Me precipito por telefonar al único hospital de la ciudad, y cotejar con la ayuda de la recepcionista, el nombre de Laura Feltali en la lista de ingresos recientes. Sin embargo, su nombre no aparece registrado.

Y con el fuego en primer plano ante mis ojos, corro hacia el cordón policial, con la mirada fija en lo que fue mi laboratorio, el último lugar en el

que vi a Laura, ahora devorado por las llamas.

—¡Laura! —grito con voz desencajada. Y perdiendo toda noción de juicio, me salto el cordón policial y corro a toda prisa al interior del edificio.

—Deténgase —escucho la voz de un agente policial a mis espaldas, a lo que hago caso omiso. El miedo a creer que Laura pudiera haber muerto en el incendio, me impulsa a seguir corriendo. Y en mi desesperada carrera, siento el peso de un cuerpo masculino sobre mí, abatiéndome en el suelo, haciéndome caer de bruces contra el pavimento.

—Si quiere convertirse en un héroe, le pondremos una medalla en la celda de comisaría —me dice el agente policial poniéndome unas esposas por detrás de la espalda. —Por ahora, límitese a cooperar con las autoridades y permitir que las fuerzas del orden público cumplan con su cometido.

Capítulo 19

—¡Oh, gracias desde el cielo! —me dices al verme entrar al dormitorio.
—¡Por fin has vuelto! ¿Y las esposas? —Miras a mis muñecas, extrañada, sin ver ningún metal que las mantenga unidas.

—En la comisaría —respondo. —Los agentes me retuvieron un rato. Luego me liberaron archivando el caso.

—¿Estás herido? —Tu mirada investiga mi aspecto en busca de un rasguño.

—No sé cómo ordenar mis ideas. Tengo malherido el corazón: el perfume adaptativo destruido y mis ilusiones rotas.

—Ven —me ordenas.

De pie, con el hombro apoyado en el quicio de la puerta del dormitorio, te miro de refilón, cabizbajo, con la vista perdida en el horizonte que forman el rodapié y el suelo.

—Ven a mí —me ordenas de nuevo.

Me adentro en el dormitorio. Sentada al borde de la cama, con tu culo al filo del colchón, mientras le das un repaso a tus manos con una lima de uñas, alargas tu brazo y me agarras a la altura del codo para, tirando de mí, traerme contigo y sentarme junto a ti.

—No le des más vueltas —me dices. —Las oportunidades vienen y se van.

Acercas tu cuerpo al mío y arropas mi cabeza con ternura sobre tu cuello.

—Ven —me repites otra vez, dirigiendo mis movimientos. —Se fue tu oportunidad de fabricar el perfume adaptativo, pero no todo está perdido. Aún tienes la ocasión de terminar el libro que has iniciado —y envuelves mi cuerpo con tus brazos, derramando sobre mi rostro tus cabellos.

Como los flecos de algodón de una colcha que se agachan para rozar el suelo, tus cabellos se precipitan por mi frente con la delicadeza con la que suena las cuerdas de un arpa. Esparcidos por mi cara, caen como finas hebras de hilo sobre mis párpados, se recuestan en mi nariz, juguetean a enredarse en mis pestañas, salpicando mis cejas con tu identidad. Y sin pretenderlo, el más mínimo movimiento de tu cuello, aviva a tus mechones de pelo, que como un mantel sobrevuela por acción del viento para luego posarse en una mesa, a barrer mis mejillas besándolas de pura sensualidad. Colgantes cabellos que

formando una cascada abrazan mi garganta, y visten mi cara con tu suavidad.

—¿Lo ves? Te cubro con mi pelo —me dices, y deslizas tu mejilla para rozar los nacientes pelos de mi barba. —Te protejo —añades. Y como lana de oveja que resguarda del frío, la espesura de tu cuero cabelludo abriga mi rostro, barriendo con tus cabellos las impurezas de mi piel, ablandando mis miedos, calmándome de mis temores. Cabellos que, como filamentos de una bombilla encendida, templan de calor mi frente.

Las puntas de tus pelos, como otoñales hojas que se arrojan de los árboles para bañarse en el agua de los charcos, se remojan en mis mejillas empañadas en mis lágrimas.

—Adiós al perfume adaptativo —digo en voz baja, acallando mi apetencia de éxito, concedor de mis malogrados deseos de triunfo.

—Ssssssss... no llores —apaciguas mi sollozo con tu aterciopelada voz. Sumido en mi desconuelo, las puntas de tus pelos corretean por mi barbilla para levantar mi ánimo. Giras adrede tu cara a un lado y al otro, con el propósito de mecer a tus cabellos, que oscilan como un péndulo. Se mueven como las mareas, para arrancar de mis labios el cosquilleo de una sonrisa. Un mechón de tus cabellos retiene a una de mis lágrimas, impidiéndole el paso, deseoso de hablar con ella y consolarla.

—Salgamos a tomar un poco de aire fresco —me sugieres en tu intento de inyectarme tu entusiasmo. Y sin pensarlo dos veces, me animas a abrigarnos y salir a la calle a dar un paseo.

No llueve pero aprieta el frío. Un ligero viento, acariciando mis orejas, aumenta la sensación de frialdad. Un frío que se cala en los huesos. Ese tipo de frío que solo se cura con un buen abrazo que te llena por dentro. Abrigado con varias capas de ropa que me hacen parecer hinchado, camino a tu lado y me fijo en tu apariencia. Me produce placer mirar los encantos de tu cara, a tus definidos rasgos, a tus ojos, tu nariz y tus labios. También a tu gorro de lana que cubre tu frente dejando entrever tus perfiladas cejas, y a tu bufanda amarilla enroscada en tu cuello que tan bien te sienta. Te contemplo y sonrío de admiración. Me deleito observando tus coquetos andares, y con gusto miro a cada paso de tus pies, quienes producen una nueva huella sobre los rastros de tierra mojada encima del asfalto.

Con mi puño cerrado, ocultando su interior, y uñas apretadas en mi piel, extiende mi brazo para mostrarte mi mano.

—Tengo un regalo para ti dentro —te digo. El curioso que brota en tu rostro ahonda las líneas de tus mejillas, y siento el deseo de posar mis labios

en el sonrosado frío de tus pómulos. —¿Quieres saber qué es?

—Sí —respondes esbozando una sonrisa. —Aunque creo que ya sé que es.

—Si ya lo sabes, no será una sorpresa —te digo aumentando tu curiosidad.

Detenido nuestro caminar en mitad de una esquina, con la oscuridad de una tarde que se ha convertido en noche, bajo la tenue luz de una frágil bombilla que alumbra el exterior de una fachada, descansas tu mano sobre la mía y abres uno a uno mis dedos.

—Ábrelos despacio, no del todo —te pido.

—Sí, solo un poco —me dices. Como una niña pequeña que deslía entusiasmada una bola de papel de periódico, destapando el primer revestimiento para hallar una segunda capa de papel, levantas uno a uno mis dedos, y te dejas llevar cautivada por la emoción del regalo que seguro encontrarás dentro, sin mirar más allá, solo lo justo para crear una estrecha abertura por donde introducir tus dedos. Metes tu mano dentro de la mía, por el hueco que han formado mis dedos. Y con tus uñas investigando el interior de mi mano, cierro mi puño otra vez con tu mano dentro.

—Palma el interior —te pido.

—Ya lo hago —dices sonriendo. Con esa sonrisa en tus labios que cada vez que la miro me resulta más irresistible. Me ablandas el corazón.

—Ahora ya puedes tocarlo —te digo. —¿Sabes qué es?

—No hay ningún regalo dentro. Está vacío —contestas.

—Sí que lo hay —replico. —Escarba en mi mano y busca más profundo. Si hurgas lo suficiente lo encontrarás—. Con un reto por cumplir, siento el placentero cosquilleo de tus uñas escarbando en la palma de mi mano. Una cosquilla imposible de resistir. Tus uñas, deslizándose en mi piel, me hacen troncharme de risa, como hacía tiempo que no me reía. Me río olvidándome del incendio, apartando de mi mente el perfume adaptativo, abandonando mis deseos de éxito y reconocimiento. Y me doy cuenta, en ese instante, en el que continúas jugueteando con tus uñas dentro de mi mano, de lo bonito que es compartir mi tiempo contigo.

—No hay nada. Está vacío —respondes. Tu rostro refleja una sonrisa inacabada, un tanto aplacada, mirándome con cierta reserva, habiendo descartado de tus pensamientos que en mi mano hubiese un regalo.

Abriendo mis dedos, con parsimonia, dando tiempo al tiempo, sintiendo el tacto de tus uñas, te muestro el interior de mi puño.

—Ahora ya lo ves —te digo. —Es mi deseo de ir contigo de la mano—. Y despojándome de mis guantes para aumentar el contacto, tomo tu mano y la agarro con ternura. Los dedos de tu mano entrelazados con los míos.

—No estamos en un cruce con semáforos —argumentas. —¿Por qué me has dado la mano? —preguntas.

—Sin semáforos. Deseo el calor de tu mano sin tener en cuenta el tráfico —te digo. —¿Sientes placer cuando coges mi mano?

—Sí, mucho —respondes.

—¿Por qué?

—Porque al coger tu mano siento que somos una pareja —me dices.

Caminamos por una angosta calle empedrada, en la parte antigua de la ciudad, a lo largo de fachadas de casas con desconchones y distantes farolas, algunas de ellas sumidas en un insistente parpadeo, creando habituales zonas de sombras y oscuridad. El reflejo luminoso en los cantos de las piedras nos ofrece pistas del camino a seguir. Nuestros pies se cuelan entre los huecos de los adoquines, en un caminar irregular. Te apoyas en mi brazo cuando tu talón se enclava en la estrechez entre dos piedras. Una calle solitaria, sin transeúntes, con un agudo desnivel hacia abajo que sobrecarga el peso de los pies. Pies que actúan como palanca de freno para evitar caer rodando, descendiendo por la pendiente.

Unas repentinas gotas de lluvia nos recuerdan que, si hemos salido con la intención de desahogarnos y tener un respiro, no vamos a tenerlo. Abro el paraguas para protegernos, y en nada de tiempo, llueve de forma torrencial, donde el fango de las calles impregna tus zapatos blancos.

—¿Ves esta casa? Aquí vive Laura.

—Pues tiene un aspecto corriente y vulgar —dices sorprendida por su simplicidad, teniendo que alzar tu voz por encima del sonido de la intensa lluvia para que te oiga. —Pensé que viviría en una casa mucho más lujosa. Algo así como una mansión con jardines y bonitos balcones.

—Felice vive en una mansión con ese tipo de lujos. Sin embargo, los deseos de Laura de independizarse, la han llevado a adquirir esta vivienda, que aun siendo una buena casa, no posee la ostentación de la mansión de su padre.

La desapacible lluvia provoca que pasear por la calle carezca de sentido. Nos acercamos a la puerta de entrada de la casa de Laura un poco más, a fin de refugiarnos del mal tiempo.

—¿Vas a llamar? —me preguntas con cara sobresaltada, y no por el frío

sino por lo inesperado de mis intenciones.

—El no saber qué ha ocurrido con Laura en el incendio me tiene trastornado—. Y apretando mi puño, golpeo con mis nudillos varias veces la superficie de la maciza puerta. Sin respuesta, lo intento de nuevo, esta vez presionando sobre el pulsador del timbre, y de la misma manera a como ocurrió con anterioridad, la puerta se mantiene cerrada.

—No hay luz saliendo de las ventanas. Parece que no hay nadie en casa —dices casi alegrándote.

Saco mi cartera de mi bolsillo, y extraigo mi tarjeta de crédito.

—¿Qué piensas hacer? No veo en los alrededores ningún restaurante. ¿Acaso vas a invitarme a cenar?

—Algo mejor —te digo. Me pego al filo de la puerta, paso la tarjeta de crédito entre la puerta y el marco, y tras un ligero chasquido de la cerradura, la puerta, ante el asombro de tus ojos, se abre.

De pie, frente a la puerta, oigo en la lejanía unos pasos que se aproximan.

—¿Pero qué estás haciendo? —me preguntas con el corazón acelerado. —¿Pretendes registrar su casa? Seguro que tiene instaladas cámaras de seguridad filmando desde todos los ángulos. ¿No te has parado a pensarlo?

A medida que los pasos se vuelven más sonoros, descubro que se tratan de una mujer con un carrito de bebé, que camina por la acera opuesta, bajo el vocerío de la copiosa lluvia.

—Mañana apareceremos en las noticias locales —continúas hablando. —Ya puedo imaginar los titulares. Una pareja de ladrones asalta la vivienda de la hija del magnate italiano.

—No sabía que ya somos pareja —te digo riendo.

—No quiero líos. No quiero que me tomen por una asalta casas.

—Los entendidos en robos lo llaman allanamiento de morada —te corrijo.

—¡Me largo de aquí! —me dices exaltada por los nervios.

La mujer del carrito se nos queda mirando al pasar junto a nosotros. Nos mira con ojos como platos entre el asombro por lo que acaba de oír y el miedo por salir corriendo.

Te cojo de la mano y me planto delante de la mujer. —Le encanta leer los periódicos —le digo en referencia a ti. —También las novelas de suspense, esas de policías y ladrones, y cuando le viene la regla se pone un poco tensa. Nada de qué preocuparse. Ya entramos en casa.

La mujer, que hubiese preferido no haber oído mis palabras, continúa su

camino con la vista rígida, acelerando su andar hacia adelante, sujetando con firmeza, con ambas manos, el manillar del carrito.

—¿No te parece demasiada casualidad de que me ausente unas horas para recoger a Emilia del colegio, y en ese preciso periodo, se produzca un incendio en el laboratorio? Aquí hay gato encerrado —te digo cuando la mujer ya se ha marchado.

—Me he ensuciado de barro los zapatos blancos —me dices. —Laura se dará cuenta enseguida de que han entrado en su casa por el rastro de las pisadas.

—¿Podemos parar de discutir y hablarlo dentro? —te pido. —Nos estamos poniendo chorreando, incluso con paraguas.

—Eso no es dentro —respondes. —¿Es una casa, la de tu jefa, que estamos asaltando!

De mi mano, entras en casa de Laura. Cierro la puerta y palpo la pared, en lo que intuyo que es un pasillo. Busco a oscuras un interruptor donde encender la luz. Habiendo localizado el interruptor, la luz se enciende.

—Límpiate bien los pies en el felpudo —te pido.

—¿No nos quitamos los zapatos? —me preguntas.

—En esta casa no.

Y ante nosotros, un grandioso salón nos da la bienvenida, con una ceremoniosa mesa, dos candelabros de cristal y un vaso de agua a mitad, unos amplios sillones donde recostarse y una lámpara de araña que cuelga del techo. Un mobiliario reluciente, fabricado a cosa hecha envejecido, en un estilo anticuado que no imaginaba que a Laura le gustase. Sin duda, una casa mucho más lujosa en su interior de lo que refleja su fachada a la calle.

—¿No crees que sería mejor que nos marchásemos? —Te debates nerviosa entre husmear el interior de la casa o dar marcha atrás y renunciar al riesgo.

—El puñetazo en la conferencia sin venir a cuento, el incendio en el laboratorio justo en mi ausencia, la falta de suministros de citrato de sodio... ¿No crees que existen demasiadas piezas por aclarar que no encajan?

—¿Y me has traído a mí para aclararlas? —exclamas contrariada.

—Deseo encontrar alguna información valiosa que esclarezca qué está pasando.

Andamos despacio, con cautela, con sumo cuidado de no partir ningún objeto valioso a nuestro alrededor, en la estrechez entre las sillas del salón.

Accionando la luz de otra habitación, llegamos a una holgada cocina

donde divisamos una amplia nevera y platos sucios en el fregadero.

—Apaga las luces que enciendes —me recomiendas.

Y secundando tu consejo, apago la luz de la cocina y enciendo la luz de la siguiente habitación, donde un osito de peluche tirado en la cama y dos tampones en la mesita de noche me ofrecen suficientes pistas para intuir que se trata del dormitorio de Laura.

Sobre la pared, miro boquiabierto, reflejando mi fascinación, un póster a todo lo grande de Laura posando junto a una motocicleta, vestida con la indumentaria de un piloto de carreras, sosteniendo su casco en una mano y un trofeo en la otra.

—Creía que en lo que destacaba era el billar —digo maravillado. —
¡Pero también domina las carreras de motociclismo!

El sonido a cristales rotos nos alarma. Corremos a la cocina y encontramos un gato de angora andando junto al fregadero, abriéndose camino entre unos vasos.

—¡Nos has asustado! —lo reprendo.

—Le habrá dado con la cola a algún vaso, y ha caído al fregadero, aunque no se ha roto —dices colocando el vaso de nuevo en su sitio.

El gato decide saltar al suelo, frota su cabeza contra tu tobillo, te abraza con su cola para luego acostarse junto a rejilla de la nevera por donde sale el calor del motor.

—Quiere que lo acaricien —me dices mirando al gato. —¿No crees que ya es hora de que nos marchemos? —me recuerdas de nuevo.

Volvemos a la habitación de Laura donde abres las dos puertas de un armario atestado de pantalones diversos, cinturones y vestidos. En el dorso de cada puerta se sustenta un espejo de cuerpo entero. Recorres con tu mano los embutidos vestidos que cuelgan apretados de la barra del perchero, tocándolos con desgana, como si estuviesen expuestos en un baratucho mercadillo de pueblo, tanteándolos con tu mirada, dilucidando si alguno de ellos de verdad merece la pena. Entreabres el primer cajón del armario y sacas de allí lo primero que encuentras: unas bragas de encaje rojas.

—¿Es esta la información relevante que buscas? —Sostienes las bragas de Laura con dos dedos, tambaleándolas en tu mano, como si estuviesen tendidas en un cordel al sol con una pinza de tender la ropa. —Los encajes de mis bragas son de lencería más fina, sexi y erótica —me dices, segura de tus palabras. —¿Por qué dijiste a la mujer del carrito que yo tenía la regla? —me preguntas pegando tu cuerpo al mío y envolviendo mi nuca en tus manos.

Sin esperar a mi respuesta, desabrochas tu chaquetón y lo tiras sobre la cama. Tus manos en tu blusa, la sacan por fuera de tu pantalón. Subes tu blusa por encima de tu vientre, descubriendo tu ombligo, permitiendo a mis ojos observar el elástico de tus bragas, acompañadas de un seductor lacito en el centro. Mordiéndote el labio inferior, me desvistes de mi chaquetón y mi jersey. Con una sensualidad genuina, desabrochas despacio los tres primeros botones de mi camisa, mirándome a la cara, sin apartar tus ojos de los míos.

—Me pone muy cachonda el estar contigo a solas en una casa extraña — me dices acercando tus labios a mi oído, y dando un chupetón al lóbulo de mi oreja.

Noto tu cuerpo encendido al contacto de mis manos sobre el broche de tu sujetador. Al tocar tus pechos, siento tu corazón rebotándote en las costillas. Desciendes tu mano a mi entrepierna y la refriegas buscando mi erección.

—Estamos locos pero es lo que deseo —dices en un pasional suspiro. Tus dientes, en un ataque de excitación, se clavan en la solapa del cuello de mi camisa. —¡Quiero arrancarte la camisa a mordiscos! —exclamas.

Al tiempo que mis manos descienden por tu culo, escucho el sonido de una cerradura. Alguien, desde fuera, introduce una llave. Asomo la cabeza al salón y veo que el pomo de la puerta de entrada a la casa se gira.

—¡Rápido! ¡Escóndete donde puedas!

Alarmada por mi inquietante voz, corres desorientada en busca de un refugio. Sin tiempo para pensar, recojo las ropas caigas y me escondo en la opacidad de una habitación inexplorada contigua al salón.

—La oscuridad me ocultará —me digo a mí mismo para calmarme. — Pero si alguien decide acceder a la habitación estaré perdido.

Me doy cuenta de que la luz del salón se ha quedado encendida. Corro despavorido hacia el primer pulsador que hallo dentro del salón, y lo presiono con la esperanza de apagarla. Sin embargo, lo que hago es encender otra luz. No me queda tiempo para rectificar y salto a toda prisa a la habitación oscura.

Oigo voces. Desde mi ubicación, poseo una buena panorámica del salón. La puerta se abre. Alguien entra en casa. Es una persona. Ahora son dos. Te veo a ti, en sujetador, escondida detrás del sillón, en cuclillas, con cabeza gacha, en tu mano tu embrollada blusa, con rodillas flexionadas contra el pecho, abarcando el menor espacio posible con tu cuerpo. No puedes verme, al no poder traspasar la negrura de la habitación donde me hallo.

Laura entra en el salón. —¡Está viva! —resoplo sorprendido. Una sensación de desahogo se expande por mi espalda, como si me aliviaran del

peso de un saco de cemento que llevaba a cuestas. El corazón me late deprisa dominado por la emoción de verla con vida. Por un instante me olvido del miedo a que me descubra en el interior de su casa. No presenta ninguna magulladura ni indicio en su cara que haga presagiar su lucha contra el fuego. Le sigue su padre a pocos pasos. Se miran el uno al otro.

—¿Por qué están las luces encendidas? —pregunta Felice a su hija.

—No lo sé —dice Laura, quitándole importancia. —Puede que en un despiste haya olvidado apagarlas. Aunque me resulta extraño, ya que suelo ser bastante precavida—. Laura abandona el salón y se dirige a la cocina.

—¿Hemos guardado las bragas de Laura? ¿Y tu chaquetón tirado sobre su cama? —Mi cabeza no para de dar vueltas, anticipándose a cuanto pudiera ocurrir. Felice se sienta en un sillón, justo el sillón donde detrás te escondes. Con ambos brazos descansando en los reposabrazos, reclina su espalda, dejándose caer sobre el respaldo, lo que provoca que el sillón se abombe, y el espacio entre este y la pared se estreche.

Te sientes apretada, no solo por lo encogido de tu cuerpo, sino por el temor que te sobrecoge. Diviso el semblante de tu cara angustiada. Aprietas los labios con tanta fuerza que desaparecen de tu rostro, como maldiciendo tu decisión de haber entrado en aquella casa cuando podías haberte ido.

Laura vuelve de la cocina con dos cervezas. Su uña se clava en el etiquetado de una botella y raja la etiqueta. —Las cervezas deben estar frías y su envase mojado —pienso. Le ofrece una botella a su padre.

—Laurita, te has olvidado abrir el tapón —dice Felice, extendiendo su brazo para devolver la cerveza a su hija. Laura acepta el botellín de cerveza de manos de su padre, y utiliza el saliente de la chimenea, haciendo palanca, como abridor. Abre la botella y tira el tapón al suelo. Rodando, siguiendo una trayectoria combada y caprichosa, la chapa de cerveza corre hacia ti, frenando su giro a medida que se acerca, perdiendo fuerza en su camino, y se ancla a la superficie, deteniéndose, un paso antes de llegar a tus piernas.

Laura ofrece la cerveza abierta a su padre. Luego hace lo mismo con la otra cerveza. Apoya el tapón en el resalte de la chimenea, y lo utiliza de palanca para abrir el botellín. La espuma asciende y rebosa de la botella. Coloca su boca en la boquilla y da un largo trago a su cerveza.

—Laura, hija, ¿no crees que beber desde una botella es indigno de una muchacha tan refinada como tú? —pregunta Felice perdiendo la paciencia, sin poder evitar su sorpresa al observar las varoniles maneras de beber cerveza de su querida hija.

—¿Otra vez dirigiendo mi vida y diciéndome lo que debo hacer? ¿Cuándo llegará el maldito día en el que aprendas a convivir con la gente que piensa y actúa diferente a ti? ¿El puto día en el que me aceptes tal como soy?

Laura da una enojada patada a la otra chapa de cerveza, haciéndola volar por los aires, enviándola bien lejos, chocándola contra los muebles del salón.

—¿Qué modales son esos? —le recrimina su padre encolerizado, a quien la rebelde conducta de su hija lo lleva al punto más álgido de su indignación. ¡Compórtate como una dama! —le grita. —Recoge ahora mismo todos los tapones de cerveza que has arrojado al suelo. ¡Tu salón no es un basurero!

—Tu proyecto ha quedado carbonizado por el incendio —dice Laura. — Los inversores han renunciado a financiar tu proyecto tras aquella nefasta conferencia que terminó en puñetazos, ¿y todavía te preocupan unas miserables chapas de cerveza? —Laura dirige una brusca mirada a su padre. —Es hora de buscar responsables y fulminarlos. ¡Abre los ojos, papá! ¿No ves que hay un claro culpable de los graves incidentes acaecidos?

Felice permanece en silencio mientras Laura da un nuevo trago a su cerveza. —Ahora sale con una chica —dice con cara siniestra y maliciosa. — Los vi caminando juntitos de la mano frente al semáforo. ¿Sabes cómo se llama ella? ¡Usa tus contactos para averiguar su nombre!

El gato entra en mi habitación. Sus ojos, como dos puntos brillantes, se iluminan en lo oscuro. Con sutileza, para no causar ruidos, lo abrazo en mis manos y lo acaricio. En nada de tiempo, el gato ronronea, con ese run-run característico que producen los gatos cuando están contentos.

—Te faltan huevos para despedirlo y ponerlo de patitas en la calle — dice Laura a su padre. Se dirige de malas ganas al centro del salón y recoge del suelo el tapón de cerveza que había zapateado. Permanece mirando al suelo, como un perro olfateando, buscando a su presa. Rastrea con su mirada las losas del pavimento del salón hasta avistar la otra chapa de cerveza.

Anda hacia ti. Sus zapatos de charol se aproximan. Sus pisadas, acercándose, manchan el aire con el perfume de su agresividad. Sus rodillas quedan a la altura de tu rostro, a un palmo de ti. Laura flexiona sus piernas y el color desaparece de tus mejillas. Encoges tu cuerpo y te abrazas a ti misma con fuerza. El vuelo de su largo pelo sacude con una ráfaga de aire tu cara.

Permaneces escondida, agazapada, indefensa, desprotegida, con la blusa mordida entre tus dientes. —¡El principio de anticipación cruzada! —grito para mis adentros evocando el manuscrito de ACLUS. —Una mujer puede sentir la presencia de otra mujer aunque no la vea, cuando sus aureolas de

energía se entremezclan —recuerdo.

Laura recoge la chapa, y como si un pensamiento invasor se inmiscuyese en su mente, rota su cuello que gira a donde tú te encuentras.

Mis piernas me gritan a voces que salga de mi escondite y vaya en tu búsqueda, que me presente en medio del salón a pecho descubierto. ¿Cómo reaccionará Felice si me ve en casa de su hija? ¿Qué hago? ¡El gato! Doy un tirón del rabo al gato que maúlla con un histérico grito y se revuelve sacándome las uñas, a la vez que lo lanzo con fuerza afuera de la habitación.

El gato sale disparado, chocando con Laura, haciendo que esta detenga su intuitivo movimiento de mirarte.

—¿Estás asustado chiquitín? —pregunta Laura cogiéndolo en brazos.

—¿Qué tal si vienes esta noche a dormir a la mansión? —ofrece Felice a su hija. —Pediré a Angelines que te prepare una succulenta cena, y podrás bañarte en la piscina de agua templada. Te vendrá bien para calmar los nervios.

—Sí, creo que tienes razón —admite Laura. Se levanta y estira sus rodillas.

Capítulo 20

Hoy me he enterado que Vanesa y Laura se conocen pero no se hablan. De hecho, se llevan a matar. Hubo un tiempo en el que eran amigas, puede que muy amigas, pero aquello ya forma parte del pasado, ya queda muy atrás. Según cuentan las malas lenguas, sus rencillas vienen de largo.

Tomarse un café en la cafetería *Árbol-De-Cerezas* tiene estas cosas. Te enteras de noticias sin quererlo. Con una taza de café en las manos a la gente le gusta rajar. Muchos se van de la lengua. Hablan lo que no deben. La gente chismorrea sin recato, sin darse cuenta de que revelan, con pelos y señales, lo que están hablando a otras personas sentadas en mesas al alrededor. No es que yo me sienta a tomarme un café con las antenas puestas, pero tampoco puedo pretender taparme los oídos.

Y de este modo, sin pretenderlo, mientras abro un sobrecito de azúcar para espolvorearlo sobre mi café, he oído la noticia que el padre de Emilia fue con anterioridad el novio de Laura. De ahí vienen los tintes de guerra que perduran entre Vanesa y Laura. Ese parece ser el motivo por el que Laura no pone un pie en el *Árbol-De-Cerezas*: no desea cruzarse con Vanesa o que esta le sirva una copa.

Degustar un café, oliendo su aroma, me ayuda a pensar y plantearme el futuro. De mi trabajo no tengo noticias. Aún no me han despedido de manera oficial. Nadie ha hablado conmigo. Al momento actual sigo siendo un empleado de la empresa Felice Feltali, Fragancias y Fertilizantes. Aunque debo reconocer que, Laura alberga tanto rencor hacia mí que, a estas alturas, después de lo escuchado en su casa, su firme intención de despedirme está más clara que el agua. He intentado telefonar a Felice para aclarar mi situación laboral pero no contesta. También me pasé por la empresa y me encontré un cartel sobre la puerta de la entrada principal que decía: cerrado hasta nuevo aviso.

Similar a una enérgica ola, cuando sube la marea, que irrumpe en la orilla de una playa, para inundar de agua y espuma una tranquila arena, el nivel de alboroto entre la clientela del *Árbol-De-Cerezas* se eleva hasta límites inaguantables para los oídos. El motivo de tal escandaloso ambiente, y según escucho de las habladurías que proclaman otras mesas, se debe a que el hombre que habla con Vanesa, con espalda y codos reclinados sobre la barra,

y un aire chulesco que lo hace engreído, es el padre de Emilia. Y como en un rompecabezas en el que la paciencia, y el ir dándole vueltas, van encajando las piezas, resulta además que ese afamado personaje, cuyo amor se disputan dos damas, no es ni más ni menos que Sebastian, el dueño del club de billar.

Vanesa sostiene una bandeja con algunos cócteles y refrescantes bebidas. La lleva sujetando un buen rato mientras habla con Sebastian. Con síntomas de cansancio, yo diría más emocional que físico, decide descansar la bandeja sobre la barra de la cafetería.

Mientras juego con la cucharilla dando vueltas al café, observo como las lágrimas empañan los ojos de Vanesa. Sebastian, con rostro de escepticismo, se mantiene impassible. De acuerdo al noticiario de la cafetería, un hombre entregado en su relación de pareja, que tras una dolorosa ruptura se volvió apático, sin sentimientos ni escrúpulos. Y es que a veces, cuando la vida te trata a patadas, te conviertes en una persona que no eres, un ser indeseable.

Me levanto de la silla y con el café en la mano, aparto uno de los taburetes cercanos a la barra, y me siento al lado de Sebastian, sin prestarle atención con mi mirada. Saco de mi bolsillo mi teléfono móvil, y presionando varios dígitos realizo una llamada.

—No quiero volver a hablar de esto otra vez —dice Sebastian. Se inclina un poco hacia adelante, dada su altura, para alcanzar con su voz el oído de Vanesa.

—No lo hagas por mí, hazlo por tu hija —replica Vanesa derramando nuevas lágrimas por su cara.

—¡He dicho que no! —repite Sebastian, en una conversación que se torna, a medida que transcurre, más encarnizada e intensa.

Me acerco el celular a la oreja para escuchar el tono de llamada. Y a la vez que escucho los tonos, también pongo mi oído en la conversación.

—¿Te da igual? ¿Es eso lo que intentas decirme? —pregunta Vanesa con lágrimas que le chorrean por la cara abajo. —Te da todo igual, ¿verdad?

Después de varios tonos sin respuesta, mostrando mi móvil a Sebastian, interrumpo la conversación. —No contesta —le digo. Y marco los números para llamar de nuevo.

—Pues déjame decirte una cosa —dice Vanesa con una voz enfurecida, dispuesta a ponerse en pie de guerra, levantando un poco el labio superior, con ese tono cuando coge carrerilla y no para de hablar hasta que suelta todo lo que lleva dentro, cuando se acelera y no le cuesta cantarle las cuarenta a cualquiera. —¿Acaso alguna vez te he pedido algo? —Hace una pequeña

pausa. —¡No te necesito! Puedo arreglármelas sin ti. Nunca te he exigido nada para mí. Tan solo te pido que te ocupes de tu hija. ¿Es eso lo que tanto te fastidia? ¿Por qué me miras con esa cara rara? Tienes una hija que te necesita, a la que le falta el amor de un padre. ¡Una hija que es tu responsabilidad!

Pongo mi móvil en el oído de Sebastian, y lo hago escuchar el tono de mi llamada. Sebastian me mira sorprendido, sin salir de su perplejidad, como si no pudiera creer mi atrevimiento de haberme tomado la confianza de acercar mi móvil a su oreja. —No contesta —le digo sonriendo—, igual que tú.

En un arrebato de ira, aparta de un manotazo mi brazo de su oreja. —¿Quién mierda te has creído que eres para reírte de mí? —me dice con malas pulgas como un perro a punto de morder. Su desafiante mirada provoca que se haga el silencio en el Árbol-De-Cerezas. Aprieta sus dientes con ganas de estrangularme, pero se retrae en su ira, lo cual me extraña, pues es de los que tienen pinta de no achicarse incluso rodeado de público, más bien lo opuesto. La música de fondo se apaga. La clientela contempla expectante. Bocas tapadas por la tensión. Todos esperan al siguiente movimiento de mi reacción. Incluso los mosquitos, que revoloteaban entre las copas, y han decidido parar de agitar sus alas y posarse en el techo.

—¡No eres más que un perdedor! —grita Sebastian.

Guardo mi móvil en mi bolsillo mientras cada par de ojos que me observa permanece pendiente a lo que acontece. Sin saber qué hacer con ellas, Vanesa coloca sus manos temblorosas sobre su pecho. Se debate entre permanecer imparcial o entrometerse y poner fin a la disputa.

—Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde —digo a Sebastian, estrechando con él la distancia.

—Fíjate quien ha venido a dar consejos: don incendio —responde riéndose.

—Tienes una hija que te espera cada día a que la recojas del colegio. No la pierdas, porque la estás perdiendo —le digo.

—¡Tú sí que lo has perdido todo! —me grita. —Has venido a esta ciudad a meter ruina. ¡Mira lo que has conseguido! Has quemado un negocio floreciente. Una empresa, la de los perfumes, que daba sustento económico a media ciudad. ¿Y qué va a ser de toda esta pobre gente ahora? ¡Han perdido sus empleos por tu culpa! Tú el primero. ¡Solo traes miseria a dónde vas! ¿Y encima te atreves a venir a mí, poner tu móvil en mi oreja y darme consejos? ¡Escucha con atención payaso! Seré yo el que te aconseje: márchate de aquí. Lárgate de esta ciudad. Aquí ya no tienes cabida. Has arruinado un negocio

prometedor. Has convertido un proyecto que iba a inundar la ciudad de dinero, fama y prestigio en un montón de escombros. ¡Felicidades!

—Vete —me aconseja Vanesa. —Será lo mejor. De lo contrario, empeorarás también mi empleo, mi única fuente de ingresos. Te escribiré un mensaje al salir del trabajo—. Y sin que Vanesa quiera cobrarme por el café, me marcho.

Desde aquel nefasto día del incendio en la multinacional de perfumes, me sucede que, cuando camino por la calle, tengo la sensación de que me persiguen fantasmas. Vuelvo la cara hacia atrás, buscando a alguien, y no encuentro a nadie a mis espaldas.

—No tienes que preocuparte —me digo a mí mismo para calmarme.

Justo ahora que camino hacia el piso recibo un mensaje de Laura, con objeto de reunirse conmigo en los despojos de las oficinas de su empresa que aún quedan en pie.

—El perfume adaptativo se me ha ido de las manos —te digo al entrar en casa.

—Me alegro que ya estés aquí —me dices. Corres hacia mí y me abrazas, apretando con tus tetas mi pecho.

—A veces pones lo mejor de ti y pasan las peores cosas —te digo.

—¿Por qué no te relajas escribiendo? —me aconsejas. —Yo estaré contigo.

—No sé qué más escribir —replico sin mucho entusiasmo.

—Claro que lo sabes. Solo tienes que reposar tus ideas para que aparezcan otras nuevas —me dices mirándome a la cara, con unos ojos tan grandes y luminosos que levantan el ánimo del más abatido.

—Ahora no puedo escribir. Tengo que irme. Laura me está esperando para reunirse conmigo. Me temo que quiere hablar de mi despido.

—Laura me ha visto contigo —dices con gesto preocupado. —¿Crees que podría hacerme daño si descubre mi nombre? —Y te abrazas a mí más fuerte. —Tengo miedo de ella—. Permanezco en silencio, pensativo, sin decir nada.

—Ándate con cuidado —me adviertes. Colocas bien el cuello de mi camisa. —Siento un sinvivir por dentro. No me gusta el curso que están tomando los últimos acontecimientos —me expresas. —Y ni se te ocurra asaltar más casas. ¿Me lo prometes?

—Sí —te contesto. —Intentaré no meterme en más líos de los que ya tengo.

Me visto con mi abrigo y mi paraguas, y me dispongo a salir de casa.

—No tardes —me dices. —Ven en cuanto puedas, ¿vale?

—Sí, vendré lo antes posible.

—Todavía no te has ido y ya te echo de menos —me dices antes de irme.

Después de varias semanas desde que se produjo el incendio, de pie, frente a la puerta principal de la multinacional de perfumes, todavía se respira el humo. Un olor que me entristece y me trae recuerdos. De las cuatro eses ubicadas en la fachada, con la insignia de la empresa, solo la primera efe, la de Felice, se mantiene en pie. Las otras tres están carbonizadas.

Envío un mensaje a Laura quien acude a abrir la puerta.

—Por aquí —me dice, sin ni siquiera saludarme ni mirarme a la cara. Y me conduce por unos pasillos achicharrados hasta una oficina en buen estado.

La oficina, que ha sobrevivido al incendio, está llena de sombras y lugares en penumbra. Me acerco a la pared para accionar el interruptor de la luz.

—No te molestes —dice Laura. —No hay electricidad—. Tira de la cinta de la persiana hacia arriba y permite a la claridad acceder a través de la ventana. Un tímido resplandor penetra y cubre de luz la oficina en un día nublado. —Con la luz que entra nos apañamos —añade. Se ahueca sus largos cabellos para después, con un giro de su cuello estirarlos, alisándoselos con su mano. —Siéntate —me sugiere. —Ponte cómodo.

—Prefiero estar de pie —contesto. Mi deseo por permanecer de pie hace que ella tampoco se siente. —Y bien, ¿de qué quieres hablar?

—Mi padre se encuentra mal —dice con mirada aparatosa y unos jugosos labios pintados en rojo. Me resulta extraño verla con los labios pintados en un color tan provocativo, ya que, desde que la conozco, ha optado por utilizar colores discretos, y en la mayoría de los casos, ni siquiera se los ha pintado. —Está atacado de los nervios—. Mete su mano en su bolso y saca una funda de la que extrae unas gafas. No son las tradicionales gafas bioquímicas de laboratorio sino unas gafas nuevas, de armazón compacto y montura hecha en pasta en color marrón. De forma atípica, hoy no lleva maquillaje de ojos. Se coloca las gafas, lo que la hace lucir unos ojos más interesantes.

—¿A dónde quieres llegar contándome esto? —le pregunto.

—Ayer estuve aquí, en la oficina, con mi padre, y tuve que llamar a una ambulancia para que lo asistieran. Comenzó a asfixiarse. Se le subió la tensión. Cuando ve el estado de ruina en el que ha quedado su empresa le dan ataques de ansiedad.

—¿Ha habido alguna víctima a consecuencia del fuego? Recuerdo una

larga fila de entusiasmadas mujeres guardando cola para probar el perfume.

—Ninguna víctima por fortuna. —dice—. Solo cuantiosos daños materiales.

—Es evidente el destrozo ocasionado por el fuego —le digo. —Aunque por otro lado, no hay de qué preocuparse. Se trata de desperfectos cubiertos por un seguro. ¿Está la empresa protegida por un seguro a todo riesgo?

—No hablo de dinero —dice Laura. —Ya sabes que el dinero no es un problema para mi familia. Lo que hablo es de sentimientos. Has destrozado las ilusiones de mi padre y también las mías —me dice—. Todo por tu incapacidad de no saber llevar a cabo un gran proyecto como Dios manda.

—Eso que dices no es cierto. Tengo la fórmula del perfume adaptativo, y está demostrado que funciona. Tú misma lo viste y lo comprobaste con tus propios ojos —digo a mi favor. —Ha sido una autentica desgracia que se produjese un incendio justo en el momento de mayor esplendor, cuando estábamos a punto de lanzar al mercado el perfume y comercializarlo.

—Reconstruir la empresa va a llevar tiempo, dinero y esfuerzo —dice Laura. —Mi padre invirtió una millonada en proveer al laboratorio de los utensilios más modernos. Dado lo cuantioso de la inversión, me temo que quizá nunca vuelva a reconstruirse.

—¿Cómo pudiste escapar del fuego sin ningún rasguño? —le pregunto. —Te busqué entre las ambulancias, pero no te encontré. Se me ocurrió entonces llamar al hospital y verificar si habías ingresado, pero no estabas en la lista de pacientes. Al no localizarte me temí lo peor.

—¿Qué fue lo que temiste? ¿Pensaste que había fallecido? —me pregunta.

—Me asusté. Me derrumbé. Me inundaron los peores presagios y temí que habías muerto. Entonces, observando el incendio desde el cordón policial, saqué fuerzas de flaqueza, y corrí hacia el laboratorio en tu búsqueda.

—Dejémonos de historias de superhéroes y vayamos al grano —dice Laura sentándose, e invitándome de nuevo a que me siente. —Has infringido la norma de seguridad más importante de la compañía. Haber abandonado el recinto de la empresa sin aviso previo, y sobre todo, el haber desatendido el proceso de sintetización del perfume adaptativo supone en sí, un acto imperdonable que demuestra tu absoluta irresponsabilidad. Según el informe de la policía científica —y me tira el informe a la cara—, el incendio se debió a un exceso incontrolado de temperatura durante el proceso de sintetización del perfume. Un proceso que debió vigilarse y en ningún caso dejarse

desatendido. Tu temerario comportamiento ha resultado ser la causa del incendio y el desafortunado final de este proyecto. La policía te tomará declaración en los próximos días para depurar responsabilidades. Puede que incluso vayas a la cárcel por ello.

Mientras me habla, agacho la cabeza, asumiendo mi culpa. Sus palabras provocan que me sienta como un ratón acorralado que servirá de alimento a una hambrienta víbora.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué nadie de tu equipo cubrió tu puesto de trabajo? Si hubieses estado donde debieras, monitorizando temperaturas y presiones, como se te requería, no habría ocurrido el incendio. ¿Dónde estabas? —me pregunta por segunda vez.

—Me ausenté —le contesto.

—¿Te ausentaste? —me mira como si ella misma se encargara de abrir la puerta de mi celda y meterme dentro. —¿Provocas la destrucción de una empresa y te limitas a excusarte con que te ausentaste? Te lo preguntaré una vez más, esta vez de una forma más comedida y educada, a ver si así me entiendes. ¿Dónde coño estabas cuando se inició el incendio?

—Aquello que hice durante el incendio se quedará conmigo —respondo. —Se irá a mi tumba conmigo y jamás te lo diré —le digo, habiéndome tocado el amor propio. —No por nada, sino porque forma parte de mi vida privada, y en lo que respecta a eso, no tengo por qué darte explicaciones.

—Me equivoqué al contratarte, y te aseguro que no suelo cometer fallos —dice Laura. —Pensé por error que podías ser de gran valor, que podías dar de sí lo que de ti se esperaba. Me equivoqué—. Se levanta de la silla para abrir la puerta de un armario y coger de allí unos papeles. —Mi padre no tiene huevos de echarte. El muy iluso sigue confiando en ti. Así que seré yo quien te despida—. Y deja caer los papeles de despido sobre la mesa.

—¡He descifrado la fórmula del perfume adaptativo! —exclamo. —Una fórmula que podría hacer aún más millonario a tu padre, y otorgarle todavía más fama de la que ya tiene —digo en mi intento por defenderme de sus acusaciones. —¿No te alegras de eso? Estamos muy cerca de hacer realidad su sueño. No necesito un laboratorio tan sofisticado como el que tenía antes. Podemos comenzar de nuevo con lo básico. Con unos tres tubos de ensayo y dos cubetas bastaría. Solo un paso más y lo conseguiremos.

—¡Estás despedido! —dice Laura de manera concluyente, sin margen para intentar convencerla. —¡Firma estos papeles de despido y te largas!

Que te despidan de un trabajo es como leer la última página de un libro.

Si la historia es buena, quieres más. Y mi trabajo como perfumista en la multinacional de perfumes ha creado ese tipo de historia en mi vida. Una historia de la que no quiero pasar página. Incluso si hubo días en los que me sentí desapegado al proyecto, la multinacional de perfumes ha sido para mí como leer las páginas de un buen libro, pasándolas una tras otra, alertado de que, si leía muy deprisa acabaría pronto el relato. Como me dijo Laura, puede que haya puesto demasiado empeño en el perfume adaptativo, y he alcanzado el final antes de lo que me hubiese gustado. Cuando de un libro que te atrae, tus labios pronuncian la palabra final en su última página, te quedas con la sensación de que, ¿y ahora qué hago? Eso es lo que ahora siento. Y a menos que tenga a mano un próximo libro a leer, me siento perdido, desorientado.

Mientras camino a casa, siento que no quiero dejar de caminar. Quizá sería un buen momento para visitar el mar detrás de las montañas, aquel mar que planeé saludar a mi llegada a la ciudad, y que siempre he pospuesto. Caminar y viajar, buscar los ingredientes de un nuevo perfume, eso es lo que me apetece hacer. ¿Me estoy despidiendo?

El sonido de un mensaje interrumpe mis pensamientos. Saco mi móvil del bolsillo. Se trata de un mensaje de Vanesa.

—Acabo de salir del trabajo —me dice—. Emilia está en casa. Yo estoy en Moderna, la tienda de ropas dos calles por detrás de la iglesia. Ve allí si puedes. Necesito calmarme haciendo alguna compra. Me gustaría hablar contigo.

Me dispongo a escribir un corto mensaje. —Vale —le escribo. Pero justo cuando voy a pulsar la tecla de enviar, cambio de opinión y borro lo que había escrito. —No enviaré el mensaje —me digo.

Si me pongo a pensarlo, estoy en el mismo punto de partida en el que comencé. En una ciudad que no es la mía, con la diferencia de que ahora conozco a muchas personas que antes no conocía. Me alegro de conocer a Felice, también a Laura, aunque me haya despedido. También a Vanesa y Emilia, a mi casera, a mi equipo de científicos en el laboratorio, a Marcos el de la floristería, al chico de la lavandería a donde llevo a lavar las alfombras y la ropa de cama, a la chica de la farmacia donde compro los sobres efervescentes cuando me resfrío. Personas con las que me he encariñado. Sí, así soy yo. Me encariño con las personas que me rodean con facilidad, y claro, luego me cuesta un mundo decir adiós. Y por supuesto, me alegro de conocerte a ti, que cada día me esperas en el piso para escribir.

—Gracias por ayudarme esta mañana con Sebastian —dice Vanesa. Me

da un apretado beso en la cara cuando pongo mis pies en la tienda de ropas. — Aun así, la próxima vez no te entrometas. No quisiera veros a ninguno de los dos enfrascados a puñetazos en una pelea. Y si lo estás pensando la respuesta es no. No estoy enamorada de él. Nunca lo he estado. Lo nuestro solo fue una noche loca. Pero es el padre de mi hija. Y lo quiera o no, tengo que seguir viéndolo. Ojalá algún día encuentre a mi príncipe azul. Un hombre que acepte a Emilia como su hija.

Suspira profundo a la vez que me muestra un vestido que sostiene en sus manos. —¡Mira! —exclama recuperando su buen humor. —¿Qué te parece este vestido en mí? Quiero regalarme un vestido para aliviarme el disgusto que me he llevado esta mañana. ¿Piensas que estaré atractiva en él?

—Me han despedido del trabajo —le digo.

—¿Qué? —desatiende a su vestido y centra su mirada en mí con cara de asombro. —¿Qué me estás contando? No puede ser cierto. ¿Ha sido por lo del incendio que vi en las noticias? No imaginé que podían despedirte por eso.

—Pues ese ha sido el motivo.

—¿Pero por qué te han echado? ¿Fuiste a hablar con tu jefe y tiraste una colilla encendida sobre la alfombra de su despacho? Ganas no me faltan de hacerle lo mismo a mi jefe —me dice—, aunque el mío no tiene despacho. Si necesita rellenar algún papeleo, lo hace sobre la barra de la cafetería.

—Me ausenté unas horas sin avisar, justo cuando sucedió el incendio.

—¿Te ausentaste? Más bien querrás decir que te largaste del trabajo por toda la cara sin dar explicaciones. Ojalá yo pudiera ausentarme cuando me diera la gana —resopla—, pero lo dudo. En la cafetería me vigilan con un marcaje estrecho. ¿Y te han echado la culpa del fuego?

—Eso parece. Cometí un error que me ha costado la destitución.

—Supongo que lo que hacías en el laboratorio tenía que ser complicado. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Siento que he retrocedido al punto de partida —digo—, como si empezara de nuevo, como si llegara hoy a esta ciudad, solo que ahora sin trabajo.

—¿Un punto de partida hacia dónde? —pregunta Vanesa expectante.

—No lo sé. Necesito tiempo para aclarar mis ideas y vislumbrar mi futuro.

—En la nevera de casa tengo cocinadas coliflores rebosadas, filetes de carne empanada y natillas caseras de chocolate. Donde comen dos, comen tres. ¿Te apuntas a cenar con nosotras?

—Gracias por invitarme —digo y beso su mejilla—, pero tengo otros planes.

—¿Otros planes? ¿Qué tipo de planes? Suelta la prenda de vestir que sujeta en sus manos y coloca otro vestido encima de su cuerpo. —¿Qué tal me sienta este? ¿Me comerías entera si lo llevara puesto?

—Este segundo vestido me gusta más en ti que el primero —le digo.

—¿Sabes lo que necesitas? Te falta echar un buen polvo que te quite las penas —me dice—. ¿Desde cuándo no follas y tienes el esperma retenido? Ven a casa a cenar, y en cuanto Emilia se duerma, continuaremos lo que dejamos a medias la vez anterior. Esta vez no te escaparás de mis ganas por abrirte la portañuela del pantalón—. Su activa lengua, tan directa, me provoca la risa. Me encanta verla expresar sus deseos de manera tan abierta, sin ninguna timidez que la reprima.

—Suenan muy tentador, pero no —le digo.

—Los aromas son tu vocación, pero tanto oler perfumes te está afectando al pito —responde con rebeldía. —¿No hay ninguna posibilidad de que vuelvan a contratarte? Emilia se va a poner muy triste si te marchas. Y yo también—. Su rostro, antes iluminado por una enorme sonrisa, se transforma en una cara apenada. —Haz igual que yo —me sugiere. —Cómprate una ropa bonita que te suba el ánimo —y me contempla recuperando su gesto alegre otra vez.

—Me encanta el vestido que has elegido —dice Laura entrando en la tienda.

—¡Aquí se lía!” Es lo primero que al ver a Laura se me viene a la cabeza.

—¿Qué tal el incendio? ¿Ya lo apagaste? —pregunta Vanesa a Laura. — ¡Qué chulas! Me molan tus gafas compactas —y pasa su dedo sobre ellas.

—Deberías comprarte unas —sugiere Laura. —Así, cuando llores, como has hecho esta mañana en la cafetería, nadie lo notará.

—¿Le has contado que he llorado? —me pregunta Vanesa enojada.

—¡No le he dicho ni palabra! —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿De qué te extrañas? —dice Laura. —Sé que te gusta ir soltando lagrimitas y haciéndote la mártir. ¡Eres una endeblucha! —le reprocha. —¿No es esa tu estrategia para engatusar a tu vecino y llevártelo a la cama?

—¿Por qué siempre tienes que meterte donde no te llaman? —Agitada en su enfado, Vanesa se encara con Laura con ganas de darle una bofetada.

—¡Eres como las aspiradoras! —replica Laura. —Todo lo que se te

acerca, te lo cepillas y lo succionas—. Vanesa, que no aguanta más, se enciende humillada, como si estuviese a punto de saltar sobre el rostro de Laura para clavarle las uñas.

—¡Te tiraste a mi novio! —exclama Laura levantando la voz. —Era mi novio y te lo follaste. ¿Ya no te acuerdas?

—¡Ya no era tu novio cuando se acostó conmigo! —se defiende Vanesa.

—¡Sí que lo era!” Laura suelta un escupitajo a la cara de Vanesa. —Eres una furcia que te follas a todo lo que se te arrima.

—¿Y a quién te has tirado tú para que te den el puesto de directora? —pregunta Vanesa contraatacando, mientras se limpia el escupitajo. —¡Ah, espera! ¡Déjame pensar! ¿Acaso no ha sido papaíto quien te lo ha dado? ¡Si tu padre no fuera el amo de la industria del perfume, estarías lavando platos en un bar de borrachos!

Aprovechando su mayor envergadura, Laura agarra a Vanesa de malas ganas para mirar su oreja. —No llevas ningún tipo de decoración —le dice. —¿Te disgusta tanto llevar pendientes o es que no tienes dinero para pagarlos?

—¿Nunca te han partido la cara? —Vanesa se abalanza sobre Laura como una leona herida. —¡Ya va siendo hora que te baje esos aires de grandeza!

Capítulo 21

Corre una ligera brisa. La ventana, al lado de mi escritorio, permite que el aire penetre silencioso en el salón. El frescor del aire calma mis ánimos. Incluso en los días más crudos de invierno, me gusta abrir las ventanas y que el aire corra. El tacto del aire frío agudiza mis ideas, afinando, como el delgado trazo con la punta de un pincel, mi lado más creativo.

Han transcurrido cuatro meses desde lo del incendio, y me cuesta creer que Felice aún no se haya dignado a ponerse en contacto conmigo. Por lo que lo conozco, es un tío al que le gusta dialogar, puede pasarse el día entero de reunión en reunión, no se achica y suele dar la cara en todo momento. Me temo que se siente decaído, quizá dolido, muy afectado, atravesando una mala racha. ¿Acaso yo no lo estoy? Sí que es cierto que él ha perdido más que yo. No solo se trata de sus ilusiones partidas, sino además, de la gran suma de capital que ha desembolsado para construir las modernas instalaciones de la empresa, y el esfuerzo en cuanto a tiempo que ha invertido en levantar el negocio. En lo que respecta a mí, solo son ilusiones rotas. Aunque también he perdido en lo económico, ya que no dispongo del impresionante sueldo mensual que ganaba antes. De un día para otro, todo se ha ido al traste. Ni siquiera se ha molestado en telefonarme para preguntar por la fórmula final del perfume adaptativo. Si yo fuera él, tomaría especial interés por dejar anotado en un lugar seguro el resultado de la fórmula. ¿Quién sabe? Quizá, en un futuro, desee reemprender el proyecto, ya sea conmigo o sin mí, y conocer la fórmula sería el punto de partida.

He pensado en llamar a Felice en varias ocasiones. Es lo que él debería haber hecho. ¿Pero para hablar de qué? De todas maneras ya me ha despedido. ¿Podría cambiar las cosas el reunirme con él? Supongo que no lo sabré a menos que decida hacerlo. Es fácil encontrarlo. Solo tengo que dirigirme a la taberna de Juan-De. No me cabe duda que estará allí, con su cuadrilla, inflándose a fumar puros, con un vaso de whisky en cada mano, y rodeado de atractivas chicas, ligeras de ropa, dispuestas a llevárselo a la cama. A lo mejor Vanesa tiene razón, y lo que necesito es una sabrosa cena y echar un buen polvo.

Las semanas pasan rápido, sobre todo cuando no trabajo. Siento cada vez más presión. Todavía no escasea mi dinero pero se está agotando, por lo que

la incertidumbre se está apoderando de mí. Mis miedos me visitan a diario. ¿Y si se agotan los ahorros y todavía no he terminado de escribir el libro? Necesito obtener ingresos y conservar un colchón económico que me permita vivir con holgura, como hasta ahora, evitando que se adueñe de mí el pánico.

Tu beso me despierta de mis pensamientos.

—¡Me gusta sorprenderte con un beso! —me dices detrás de mí, besando mi cara desde mi espalda. —¿Qué estás haciendo?

—Pues escribiendo con mi dedo sobre la mesa del escritorio para no olvidar unas ideas —respondo.

—¿Escribir con el dedo te ayuda a recordar? —me preguntas sorprendida, con una mirada que me dice que no te crees lo que estás viendo. Tu incrédula risa hace que yo también me ría.

—Lo creas o no, escribir con el dedo refuerza mi memoria, aunque me atranco, ya que la madera del escritorio no es lo suficiente resbaladiza. También podría utilizar el vaho de una ducha para escribir sobre el espejo. Todo esto tiene un porqué. Lili no me permite escribir con la laptop, y no encuentro mi bolígrafo por ninguna parte, así que estoy escribiendo con mi dedo en la mesa para intentar fijar unas ideas que han surgido en mi cabeza.

—Tienes el bolígrafo que andas buscando en el bolsillo de la camisa —y te ríes de nuevo al percartarte de lo despistado que puedo llegar a ser.

—¡No me había dado cuenta! —digo sacando el bolígrafo de mi bolsillo.

—He leído todos los capítulos que has escrito hasta ahora —me dices tras recuperarte de la risa—, y estoy entusiasmada con la historia. Ahora que ya no trabajas en la multinacional de perfumes, deberías aprovechar el tiempo para seguir escribiendo y terminar el libro.

—Aún no estoy seguro si hago bien difundiendo las cartas —te digo.

—No tengas miedo a escribir —me dices animándome. —A mí me encanta lo que escribes. Además, tu escritura no es acerca de las cartas, sino de los sentimientos que ellas te inspiran. Eso es lo que más me gusta.

—¿De verdad? —te pregunto con dudas. Me levanto de la silla y me dirijo a la ventana.

—Claro que sí. Tú mismo me lo dijiste.

Sintiendo la brisa del viento sobre mi cara, permanezco callado, dándole tiempo a tus palabras para interiorizarlas y que se queden conmigo dentro.

—Mirando a la luna se ve como de rápido se mueven las nubes —te digo. —¿No crees que pasamos demasiado tiempo encerrados en este piso? —te pregunto. —Me gustaría salir a la calle, que viajásemos juntos, que la gente

nos conociera, explorar nuevos olores, fabricar un perfume con la fragancia más sutil y refinada creada hasta la fecha, un olor que se adaptara solo a ti.

Aparto mi vista de la ventana y me siento en el sofá. Con mi cuaderno de notas apoyado en el reposabrazos, y mi bolígrafo en mano, escribo unas anotaciones.

La lluvia hace acto de presencia. Sonoras gotas de lluvia se precipitan sobre el descansillo de la ventana. Te aproximas a mí, y retiras el cuaderno de mis manos. Un relámpago llena de luz el salón. Apartas mi bolígrafo y te sientas sobre mis rodillas, apoyando el perfil de tu cara sobre mi hombro.

—Abrázame —me pides.

Y te abrazo fuerte, apretándote sobre mi cuerpo. Mis brazos te cubren como si fueran mantas, y en mis pectorales hallas una cómoda almohada. Siento tu respiración, tu pecho hinchándose, sentada descalza en mi regazo.

—Cuanto más me aprietas, más sexi y deseada me siento —dices.

Mis piernas sienten el suave tacto de tus pies. Tus talones se mueven y no se quedan quietos. También siento los enredos de tu pelo en mi cara. Tus ojos al lado de los míos. Mis labios rozan el pabellón de tu oreja, haciéndote cosquillas sin pretenderlo. Mi rasposa barbilla también te cosquillea. Sientes el aire de mi voz. Te susurro algo al oído. Oyes el cuchicheo de mis palabras entrando en tu oreja. —Dime. ¿Qué te he susurrado?

Me mantengo mirando el perfil de tu cara unos segundos, esperando a que me respondas, deslizando mi mano por el entorchado de flecos que forma tu frente, resbalando mi dedo índice por tu nariz y sintiendo una infinita ternura por ti.

—Sé pequeña y frágil conmigo —eso es lo que te he susurrado al oído—, fuerte y resistente con los demás.

—Soy pequeña y frágil porque tu existes —me dices, a la vez que tu nariz, refregándose en mi cuello, intenta refugiarse en la profundidad de mi pecho. —Contigo soy una mujer romántica —añades. —Necesito el olor de tu piel, respirarte. Me quedo embobada mirando como escribes. Me gusta mucho verte escribir.

—Y yo me he acostumbrado tanto a que estés a mi lado mientras escribo, que cuando no te noto cerca, siento que me cuesta escribir —te digo.

Acurrucas tu cuerpo con el mío, con tus brazos cruzados contra tu pecho y tus piernas encogidas en posición fetal.

—Cuéntame un cuento —me pides. —Hazme sentirme tu niña pequeña.

—¿Un cuento? —Mi mente se organiza con rapidez, tratando mis

neuronas de encontrar el cuento que voy a contarte. Te quedas expectante, mirando a mis labios, esperando que mi voz dé rienda suelta a tu imaginación.

—Alba tenía trece años cuando entró por primera vez en casa de su amiga —comienzo de esta manera mi cuento para ti. —En realidad no eran amigas, ya que nunca antes se habían visto. Sin embargo, aquel instante fue la antesala de una amistad que perduraría de por vida.

—¿Es esta la historia que estabas escribiendo con tu dedo en la mesa para no olvidarla? —me interrumpes para preguntar.

—Sí, la misma historia. ¿Cómo lo has sabido?

—Soy muy intuitiva —dices. Y mientras te miro, tu sonrisa se agranda y alegra mi cara. —¿Por qué has decidido contármela? —me preguntas.

—No encontraba el bolígrafo, así que no he tenido tiempo de escribirla. Ya que tengo una cabeza olvidadiza, he optado por que tú seas mi cuaderno, quien la recuerde —te digo sonriendo.

—¿Me estás utilizando de cuaderno para pintar sobre mí? —exclamas en tono juguetón.

—¿Acaso no te gustó que pintara sobre ti, en el interior de tus braguitas?

—Tenemos que repetirlo —me sugieres esbozando una provocativa sonrisa.

—Su madre no contaba con ningún familiar con quien dejar a Alba aquella tarde, para acudir a su cita con su abogado —prosigo con el relato—, por lo que decidió llamar a la puerta de su vecina, a la que ni siquiera había saludado con anterioridad, para que esta cuidara de su hija durante su ausencia, que calculó en un par de horas.

—Con trece años, y pechos que comenzaban a florecer, Alba disponía de edad suficiente para permanecer sola en casa y cuidar de ella misma. No obstante, su madre no lo veía de ese modo, y la obligó a peinarse y a rociarse de perfume, antes de presentarse con ella frente a la puerta de su vecina.

—Fue la primera vez que entró en casa de sus vecinos, a la que le siguieron muchas otras. Su vecina la condujo al dormitorio de su hija Gabriela, tres años mayor que ella, donde ambas se conocieron.

—Nada más ver a Gabriela, a Alba se le incendió el corazón. Nunca antes había sentido esa sensación de que algo le quemaba por dentro. Era un deseo contenido e incontrolado de abrazar y besar a su reciente amiga. ¿Podía una niña enamorarse a la temprana edad de trece años? Y además, ¿enamorarse de otra chica?

—¿Es esa la carta que leíste acerca del amor entre dos chicas? —me

frenas de nuevo y te mantienes pensativa. —No recuerdo haber leído esa parte.

Tu inquieta actitud evoca en mi mente el comportamiento impaciente de Emilia, cuando le narraba la historia sobre los dragones.

—Aquella carta entre ambas chicas me ha inspirado a contar esta historia —te aclaro. —Un relato fruto de mis fantasías, ya que el modo en que se conocieron no viene descrito en la carta.

—¿Y qué pasó después? —me pides deslizándolo tu dedo por mis labios.

—Gabriela veía la televisión mientras comía un cucurucho de helado, sentada sobre el suelo de madera del salón. Se había aficionado a una serie de televisión de la que ya no podía desengancharse.

—Mientras Alba no despegaba sus ojos de Gabriela, observando sus pestañas, la comisura de sus labios, y un gran lunar debajo de su oreja, que adornaba su mandíbula, Gabriela no quitaba ojo a la televisión. De repente, la señal se perdió, y la pantalla quedó toda en color blanco y sin sonido.

—¡Qué mala suerte!, exclamó Gabriela, quien estaba acostumbrada a sufrir este tipo de percances, y sabía de antemano que no iba a poder disfrutar del final del capítulo. La tele se avería demasiado a menudo, aclaró Gabriela a Alba. Una vez que se estropea, la señal no se recupera hasta el día siguiente.

—Alba creyó poder arreglarlo. Había visto a su hermano pequeño estampar cientos de veces los auriculares contra la pared de su habitación para hacerlos funcionar. Y de hecho, ella misma podía dar fe de su utilidad: estrellarlos había dado siempre resultado, y se había convertido en la única y preferida solución de su hermano para que los auriculares volviesen a escucharse.

—De ese modo, aprovechando la ausencia de Gabriela, quien se dirigió a la cocina a coger un helado para Alba, asestó a la plana pantalla del delgado televisor una fuerte cachetada que la hizo resucitar.

—¿Cómo es posible que cada vez que te invito a casa, la televisión recupera la señal enseguida?, preguntó Gabriela a Alba sorprendida.

—Aquel pequeño secreto le permitía a Alba sentarse al lado de Gabriela cada tarde, cuando esta la llamaba para que, argumentando que traía suerte, consiguiera revivir a su televisor.

—Y mientras Gabriela veía la tele, Alba, saboreando un cucurucho que le goteaba por las manos, le manchaba el vestido, y dejaba el suelo agujereado de lunares de helado, la miraba con ganas, cada día más tremendas, de besar sus labios.

—Un día, observando que Gabriela volvía de la cocina con su helado sin que todavía el televisor hubiese revivido, la cachetada al trasero de la pantalla fue tan descomunal, que el golpe se le fue de las manos, el televisor cayó al suelo, y la pantalla destrozada, se hizo añicos.

—No quiero volver a verte, dijo Gabriela enfurecida al ver los trozos del televisor esparcidos.

—Durante las siguientes semanas, sentada en el suelo de madera, mirando al hueco donde antes se hallaba su televisor, Gabriela deslizaba su lengua por el frío sabor de un cucurucho, a la vez que añoraba aquellos dulces lunares de helado que aún no se habían borrado del suelo.”

—¿Y se besaron? —me preguntas deseando conocer el desenlace final.

—¿Tú qué piensas?

—Bésame —me pides. —Bésame con lengua. Quiero sentirte. Presióname mis labios en un beso apasionado.

Y lo hago. Un increíble deseo emerge en mí por besarte. Mis labios se aproximan a los tuyos. Entreabres tus labios solicitando mi lengua. Deslizo mi lengua en el interior de tu boca, saboreando tus rincones, sintiendo cada uno de tus dientes, recolectando tu saliva con mi pasión. Te beso muy prolongado, en un intenso beso que parece no tener fin, en el justo momento en el que el estruendo de la tormenta provoca un temblor en la habitación. Un corte de electricidad deja al salón sin luz.

—¡Espera! No vayas por la linterna —te apresuras a decirme. —Deseo sentir este momento a oscuras contigo, palpando la conexión entre nosotros.

—¿Me quieres? —me preguntas en la oscuridad, sin que pueda ver tu cara.

Me sorprende tu pregunta tan directa. Una sorpresa positiva se refleja en mi cara, que no estoy seguro de que puedas ver. Tus oídos, en la negrura opacidad del salón, permanecen atentos a escuchar mi respuesta.

—Desde que te conocí hasta el día de hoy, siento que me he encariñado contigo. Adoro tu forma de ser, tan alegre y risueña. Claro que sí. Te quiero.

—¿Me quieres solo porque adoras mi forma de ser? ¿Y por qué más me quieres? —Escuchar tu voz sin poder verte, hace que aumente el suspense.

—Te quiero porque eres la mujer que me muestra una sonrisa en los días de tormenta, como hoy, quien me envuelve en un sincero abrazo para celebrar una victoria, como el día que descubrí el perfume adaptativo. Mi tiempo contigo es tiempo en el paraíso. ¿Y tú? ¿Tú me quieres? —te pregunto.

El caer de la lluvia, deseando adentrarse en el salón, es el único sonido

que escucho, en una espera que se torna prolongada.

—Sí —respondes a secas.

—¿Por qué me quieres?

—Te quiero porque desde el primer día que te vi me gustaron tus ojos —me dices. —Tienen una mirada familiar, como si ya me hubiese enamorado de esos ojos antes. Nadie me trata tan sensual como tú. Me amas de una manera que no es egoísta. Me siento muy comfortable contigo. Eres un hombre que da lo máximo de ti. ¿Sabes por qué me siento llena de ternura hoy? Es porque cada día te quiero más. Cuanto más te conozco más te quiero. Sin final. No me siento avergonzada delante de ti. Aunque a veces me sonrojo, y toda mi sangre se va a mis mejillas cuando te veo en camiseta interior y calzoncillos. Y si te desabrochas la camiseta me vuelvo loca. Te quiero porque un día paso sin verte y me parece un año.

—Ven. Huele el aroma de mi piel —me pides. —Acerca tu cara a mis tetas y pon tu nariz sobre mi blusa. Siente el calor de mi cuerpo y la esencia de mis pechos.

Inclinando mi espalda hacia adelante, hundo mi cara entre tus pechos, con mi nariz acurrucada en el centro de tu tórax, fundiéndome en los latidos de tu corazón, y sintiendo el aire que sale de tu respiración.

—Escucha a mi corazón latiendo —me dices. —Late de amor por ti.

En aquella postura, con mi rostro sumergido en el hueco entre tus tetas, me invade una paz universal. La calma viene a mi rescate, al reposar mi cara en el rítmico movimiento de vaivén, arriba y abajo, llenado y vaciado, de tus pulmones.

—Sé que estás preocupado por la pérdida de tu trabajo —continúas hablando, acariciando mi cabeza. —Pero no te preocupes. Yo estoy contigo.

—Conozco la fórmula del perfume adaptativo —te digo en la oscuridad. —Ya no necesito sofisticados aparatos para elaborar el perfume. Lo único que me haría falta por determinar, antes de poder comercializarlo, sería la replicación. Es decir, como replicar el perfume en cantidades industriales.

—Eso es lo que yo quiero —me dices—, algún tiempo privado entre nosotros para replicarme contigo. Tú y yo en la intimidad. Me siento muy conectada, muy atraída por ti. Nunca me quedo las noches. Quiero quedarme en el piso a pasar esta noche contigo.

En la negrura del salón, siento las ganas de ver tus ojos en este instante. Y antes de que mis labios puedan expresar una respuesta, oído tu pregunta.

—¿Quieres saber un secreto que nunca he contado a nadie?

—Sí —respondo, apoderándose de mí la curiosidad.

—Cuando duermo, suelo hacerlo boca abajo —me confiesas—, con mi vientre tocando el colchón. Sin embargo, desde el día que por primera vez te vi, sentí la necesidad de darme la vuelta. Y desde entonces, cada noche, cada vez que pienso en ti, siento el impulso urgente de dormir sobre mi espalda.

Tu revelación me resulta de lo más íntimo, de lo más privado y sensual.

—Hoy me he despertado, y deslizado mi mano por la sábana, te he sentido —añades. —He sentido que es muy normal que estuvieses a mi lado.

—De acuerdo. Quédate a dormir conmigo esta noche —te digo.

—No vamos a dormir —me dices. —No permitiré que te duermas hasta llegar la mañana —me adviertes. —Conozco mujeres con un nivel de deseo sexual muy bajo. Yo soy todo lo contrario. Quiero dormir acurrucada contigo, en tus brazos, después de explorar nuestros cuerpos y hartarnos de hacer amor.

La electricidad vuelve al salón, la luz de la lámpara se enciende, y de nuevo veo tu cara. Acercó mis labios al orificio de tu oreja y te hablo en voz baja. —¿Quieres que sea el hombre que desnude tu pijama?

—Sí —respondes sonriendo. —Quiero abrir mis ojos y despertar a tu lado, cubrir tu cuerpo con el mío por las mañanas, con mis tetas presionando tu espalda, resbalando mi humedad por tus nalgas, y susurrarte muy tierno al oído: cariño, ¿es muy temprano para follar?

—Me has dicho cariño —reflexiono en silencio. —Es la primera vez que me lo dices. ¿Y sabes qué? Me ha encantado oírlo.

—¿Crees que debo incluir escenas de sexo en nuestro libro? —te pregunto.

—Por supuesto —contestas. —Cuantas más mejor. Las escenas de sexo llenarán de amor y vitalidad nuestra historia.

—Yo dormiré en el lado de la cama más cercano a la puerta —te digo—, y tú en el lado más alejado.

Te levantas de mis rodillas de un respingo y te sientas a mi lado en el sofá.

—¿Por qué quieres dormir junto a la puerta? —preguntas con extrañeza.

—Puede que te resulte estúpido, pero se trata de mi forma inconsciente de protegerte. Ante cualquier sonido o movimiento extraño en la noche, lo que fuese que entrara en el dormitorio, primero deberá vérselas conmigo. Y tú, al estar más alejada de la puerta, quedarías a salvo.

—¡Me impresiona tu forma de pensar! —exclamas mostrando en tu rostro tu sorpresa. —Dormiré más alejada a la puerta —afirmas.

—Y no lloves sujetador cuando duermas conmigo, ¿de acuerdo?

—Vale —respondes. —Sin sujetador. ¿Quieres que duerma toda desnuda?

—Sí, toda desnuda —respondo.

Inclinas tu cabeza sobre mi hombro, y te mantienes pensativa, en silencio, con el único sonido de fondo de la lluvia. Siento como tu mente procesa tus pensamientos. Te conozco. Sé que tu mente no descansa. Si te mantienes callada es para dar tiempo a tu cerebro a procesar la información. Sé que algo estás pensando.

¿En qué piensas? —Mi brazo alrededor de tu espalda aprieta tu costado.

—Pienso en el día en que pintaste mis uñas de los pies con esmalte —dices evocando tus recuerdos—, cuando secaste mis piernas después del baño, en cómo me susurras al oído las palabras más dulces del mundo... Has accedido dentro de todos mis filtros y esto crea en mí un mayor magnetismo de atracción por ti. Me gusta que quieras conocer cada pequeño fragmento de mi personalidad. Me haces sentir muy femenina. Me siento muy sexi contigo. Tus palabras causan siempre una tormenta de emociones en mi alma.

—Yo también me siento muy cercano a ti —te digo. —Me encanta que estés a mi lado. Me atrae muchísimo tu sonrisa. Lo mejor de haber venido a esta ciudad no ha sido trabajar en una gran empresa, tampoco ha sido el conducir un coche de lujo, ni siquiera abrir las gotas de pulsina bajo la lluvia. Lo mejor que me ha ocurrido ha sido conocerte.

—¿Qué te gusta más de mí? ¿Qué es lo primero más bonito de mi cuerpo? —me preguntas.

—Por alguna razón me encantan tus pies. Me enamoré de tus pies cuando te vi descalza, sobre la plataforma, el día que compraste los zapatos blancos. Ya había visto tus pies antes, cuando caminaste conmigo bajo la lluvia. Y me resulta enterecedor, cuando de pie, desnuda en la bañera, juntas tus piernas y tu cara mira hacia abajo, a tus pies, hacia el suelo de la bañera, a la vez que el agua te sube a los tobillos.

—Tú estimulas mi mente al límite —me dices. —Has cruzado todas las barreras conmigo. Me seduces cada día más.

Mis dedos se deslizan con enamoramiento por tu clavícula, acariciándote.

—Me sumerjo en ternura al acariciar tus clavículas —te digo.

—Lo sé —dices. —Y a mí me encanta que las acaricies.

Mientras acaricio tus clavículas, coges mi otra mano y la acercas a tus labios. Provocas que dos de mis dedos toquen con suavidad la comisura de tu

boca. Tus labios semiabiertos buscan el tacto de mi mano. Recorro con mis dedos tu labio superior. Abres tu boca para dar entrada a mis dedos. Tu lengua resbala por mi dedo índice y corazón. Los lames metiéndolos en tu boca. Chupas mis dedos bañándolos en tu saliva. Los lames con excitación.

—Cuéntame que te gustaría hacer en el sexo que no hayas hecho —me pides. —Deseo oírlo mientras te chupo los dedos —me dices.

—Siempre me ha fascinado el sonido del agua —te digo. —Me gusta escuchar el sonido de las goteras del piso. A veces cuando escribo, sentado en la silla frente al escritorio, me levanto y me dirijo a la cocina con la intención de abrir el grifo del fregadero. Entonces, lo abro un poco, para que gotee y vuelvo al salón. Permito al agua gotear porque me encanta oír ese sonido del agua cayendo, tan rítmico, tan acompasado, siguiendo un compás, como si siguiera la cadencia marcada por un metrónomo.

—Ahora que lo pienso, me vienen recuerdos de mi infancia. Quizá lo hacía sin darme cuenta, de forma inconsciente, pero cuando mi madre, dejando la puerta entreabierta, accedía al cuarto de baño, y se sentaba en la taza del váter para orinar, allí acudía yo a hacerle una pregunta.

—Cada vez que orino vienes a preguntarme, me dijo mi madre una vez.

—Y allí permanecía a su lado, con la excusa de aquella pregunta, oyendo su chorro de pipí cayendo en el interior del váter. ¿Era aquello lo que buscaban mis oídos?

—Entonces mi madre se levantaba del váter, y en mi presencia, mientras daba respuesta a la pregunta que yo le había formulado, se secaba el chocho, delante de mis ojos, con un papelito. Creo que, provenientes de aquellos instantes de mi infancia, viene mi fantasía sexual.

—¿Y cuál es? —me preguntas, deteniendo el chupeteo de mis dedos dentro de tu boca.

—A menudo fantaseo con lavar las partes íntimas de una mujer sentada en un bidé —te respondo. —Lavar con mi mano su coño, enjuagando con agua caliente su vagina, deslizando mis dedos por los labios de su chocho, mientras mis oídos oyen el agua correr.

—¿Es esa tu fantasía sexual incumplida? —me preguntas. —¿Aquella que te gustaría realizar? ¿Lavar el chocho a una mujer sentada en un bidé?

—Sí, me encantaría sentirlo. Es lo más sexi para mí —te digo, al tiempo que mi mente comienza a imaginar el cómo sería hacerlo.

—¿Te lo estás imaginando conmigo? —me preguntas.

—Sí —contesto. —Tus piernas abiertas y tus bragas bajadas a los

tobillos. Un chorro de agua caliente moja tu chocho y te salpica. Mi mano, metida entre tus piernas. Mis dedos abren los labios de tu vagina, y deslizando mi mano por tu zona más íntima, te lavo con esmero y dedicación.

—¡Qué pena que no tenemos bidé aquí en el piso! —exclamas con gesto contrariado. —Quiero que cumplas conmigo tus fantasías eróticas —me dices, expresándome tus íntimos deseos de forma tan abierta.

—Llévame contigo —me solicitas. —Vayamos a un hotel, a una casa de campo, a algún lugar en la intimidad con cuarto de baño, donde estemos los dos juntos, solos tú y yo, y lávame el chocho en el bidé. Quiero que me lo laves mientras me abro de piernas para ti. Frótamelo bien —me pides. —Acarícialo cuanto quieras. Quiero que lo hagas conmigo, que me lo hagas a mí.

—¿Deseas acompañarme a donde quiera que vaya? ¿A cualquier lugar con tal de estar junto a mí? —te pregunto.

—Quiero cruzar los semáforos en rojo contigo —me dices. —Quiero verte, saludarte, decirte hola, tú me dices hola, y sin decir nada más, empezamos a follar. Estoy preparada para amarte, apoyarte, protegerte, y hacer amor contigo a todas horas. Quiero sentir total pertenencia a ti. Contigo sentiré el orgasmo más intenso que jamás haya tenido, porque te deseo con locura.

Capítulo 22

No pensé que podría llegar tan lejos en lo de escribir. ¿Cuánto tiempo hace que cogí el bolígrafo y me puse a ello? ¿Seis meses? Puede que más. Y fíjate donde estamos. Al ritmo en que me muevo, si continúo escribiendo cada día, para el final de la semana habremos alcanzado el ochenta por ciento del libro. Y si hay alguien a quien se lo debo es a ti. A tu perseverancia en animarme a que no abandone y siga escribiendo, y a tu insistencia, revisando cada página de nuestro futuro libro.

Hacemos un gran equipo. Yo escribo y tú lees. Y de esa compaginación, el libro va tomando forma. Tenerte a mi lado es una caja de inventos. Me sorprendes bastante, aunque supongo que ya te habías dado cuenta. Admiro tu inventiva. Me asombra tu capacidad de conectar ideas. Te lo he dicho varias veces: eres muy inteligente. Creo que este piso tiene mucho que ver con que nos sintamos tan apegados el uno al otro. ¿No te parece? Este piso tiene algo mágico. Se ha convertido en nuestro refugio de intimidad, donde juntos, nos contamos esa parte de nuestras vidas llena de sentimientos.

Me encanta que seas tan directa en tus emociones conmigo. Eso también lo ha conseguido el piso. Cuando pones un pie en este piso te dejas llevar. Yo también lo hago. Un lugar donde nos comprendemos. Además, me haces reír, con ese carácter que tienes tan imprevisible. No me importa que me corrijas y me des tu opinión de lo que escribo. Siento curiosidad por conocer tus pensamientos. Me gusta saber qué piensas. Siempre se te ocurren cosas nuevas. Siempre encuentras algo en lo que ocupar tu tiempo, aunque la mayoría de las veces, cuando vuelvo al piso, te veo leyendo.

Intento entrar sin hacer ruido, lo más cauteloso que puedo. A veces me delata el sonido de las llaves. Me quito los zapatos y los calcetines, y al girar mi vista te observo entre hojas de papel. Y se me cae la baba mirándote mientras lees. Me encanta tu pelo, que se empeña en leer antes que tú, colocándose delante del texto. Adoro tus ojos, tan abiertos y atentos, que moviéndose línea tras línea, no se percatan de mi presencia. ¿Y qué puedo decir de tus pestañas? Me he enamorado de ellas. Esas pestañas tan tuyas que, bajo la lluvia, cuando ando contigo por la calle, me sirven de paraguas. Y sin apartar mis ojos de tu cara, y sobre todo de tus labios, te ríes, sin darte cuenta de que te miro derritiéndome por ti. Y me pregunto: ¿qué estará leyendo?

Pienso en ti, en tu compañía, en los ratos tan agradables que paso a tu lado, en lo espontánea que eres, en tus apasionados besos, en cuando me ves y saltas corriendo a mi pecho, en lo cercano que hemos llegado a ser el uno del otro.

Hoy me he levantado nostálgico. ¿Se me nota mucho? Extraño tanto la multinacional de perfumes que esta mañana, tras afeitarme, he decidido visitarla. No sé muy bien que hago aquí. Necesitaba sentirla. Desde el portón exterior, frente a la verja de entrada, cerrada a cal y canto con un gran candado, permanezco de pie, añorando a lo lejos lo que fue mi laboratorio. Me gustaría acceder dentro, pero está cerrado por orden del juez hasta que se esclarezcan las causas del incendio. Ni siquiera a Laura, que posee las llaves, y que con anterioridad había accedido al recinto, se le permite entrar.

Con un aire revoltoso que me despeina y zarandea mi gabardina, miro en la pantalla de mi teléfono móvil nuestra fotografía. Aquella foto que nos hicimos frente al espejo, y que luego me enviaste, me pone más nostálgico. Tu cara y la mía juntas. Miro nuestras caras sonrientes como si fuese un lejano recuerdo, y te echo enseguida de menos. Una cercanía, la tuya y la mía, que se ha ido trenzando como crecen sin pausa las hojas de las enredaderas, hasta besarnos y enredarnos en abrazos. Y al mirar la foto, lo que más me gusta de tu cara son las líneas, que tanto se marcan cuando sonríes, esas líneas que separan tu nariz de tus mejillas. En la fotografía, también veo, en una esquina que se corta y no permite ver más allá, tu mano y tus uñas. Me resulta muy femenino cuando, mientras escribo, te sientas a mi lado en el salón y te pintas las uñas. Es muy dulce y me sugiere cuanto deseas estar conmigo. Me gustaría vértelas pintadas en azul, del color del cielo.

Cuando me siento nostálgico se me llena la mente de recuerdos, como aquella vez cuando, sentados en la bañera, de cintura para abajo sumergidos en agua, tuviste la iniciativa de dibujar con espuma, utilizando tu uña como lápiz, sobre la piel de mi espalda, las iniciales de nuestros nombres.

Hoy también me he levantado con una idea clara en la cabeza. Necesito conseguir un nuevo trabajo. No deseo abandonar el piso en el que vivo y la ciudad a la que me he aclimatado. El saber que el dinero del que dispongo se está agotando me aprieta como una soga al cuello. Puestos a pedir, me gustaría que fuera un trabajo relacionado con los perfumes. Los perfumes son lo que mejor sé hacer. Es por eso que he buscado en internet una lista con las perfumerías de la ciudad. No soy de los que van por la calle con un mazo de currículos bajo el brazo, entregándolos a diestro y siniestro. Primero prefiero

presentarme cara a cara, sin ningún papel, y hablar con la persona adecuada. No descarto trabajar en otros sectores distintos a la perfumería. Llegado el caso, si los perfumes no funcionasen, podría pintar los pasos de cebra de las carreteras, o inflar globos en los cumpleaños.

Entro en la primera perfumería de mi lista y hablo con una de las chicas que trabajan allí. Le pido si puedo hablar con el dueño. La chica me dice que espere un momento y desaparece. Pasados unos minutos se deja ver de nuevo acompañada de una mujer de unos cincuenta años.

—Venga conmigo —me solicita la mujer y me guía a su despacho.

Dialogamos un rato, donde expreso mis ganas por trabajar, mis destrezas como perfumista, y alguna que otra anécdota para hacer la charla más llevadera. —¿Trae consigo algún documento que acredite su experiencia?

—Pues no. No llevo nada conmigo —respondo. —El hablar con usted es solo una primera toma de contacto, para conocer si dispone de alguna vacante de trabajo que quisiera cubrir.

—Necesitamos un mozo para descargar voluminosas cajas de perfumes. Recibimos grandes envíos a diario. Deberá poseer el permiso de conducir, ya que su cometido también requiere el llevar y recoger pedidos desde las ciudades próximas. ¿Se siente capacitado para realizar esta labor?

—Podría hacer mucho más, además de conducir una camioneta y descargar pedidos. Dispongo de amplios conocimientos para crear nuevas fragancias a partir de ingredientes naturales recogidos desde la propia naturaleza.

—¿Ha trabajado usted en la empresa de Felice? —La expresión de su cara chirria cierta reticencia, como si sus oídos no quisieran escuchar la verdad de mi respuesta.

—Sí —respondo. —He trabajado para Felice casi durante un año.

—¿En cuál posición? —se apresura a preguntar.

—Tenía bajo mi mando a un equipo de científicos. Era jefe de laboratorio, y el director del departamento de elaboración de perfumes —le digo.

—¿Es usted el del incendio? —me suelta a la cara sin ningún refinamiento.

—¿Cómo dice? ¿El del incendio? ¿A qué se refiere?

—Ya sabe lo que intento decirle. El que ocasionó el fuego y ha llevado a Felice y a su hija Laura a la ruina económica.

—Señora, si necesita a alguien para descargar pedidos desde un camión,

yo lo haré—. La miro fijo a la cara, apretando mi mandíbula para contener mi rabia, con ganas de levantarme como un resorte de la silla, y examinar los cuadros de su despacho. —¡Yo no soy el causante de ningún incendio! Se debió a un infortunio.

—Lo siento —me dice—. No puedo arriesgar mi negocio contratando a un desconocido con antecedentes pirómanos e incendiarios como los suyos. Da igual cuantos permisos posea. Mi decisión ya está tomada y es un no.

Una a una, visito y tacho con mi bolígrafo las perfumerías de mi lista. —Buscaré un trabajo que no esté relacionado con los perfumes —me digo. —En cuanto me asocian con Felice y el incendio, me quedo sin opciones.

—Se necesita barbero —leo un cartel entretanto camino por la calle.

—Vengo por la nota que hay pegada en el cristal de la puerta.

—¿Sabes afeitarte? —me interroga un tipo melenudo.

—¿Qué tipo de pregunta es esa?

—No parece que sepas afeitarte por la barba tan mal peinada que llevas.

—¿Acaso una barba que me he afeitado esta mañana se puede peinar? —le digo.

—Me refiero a que se ve a leguas que no sabes afeitarte. Fíjate el corte que llevas en la barbilla —y me da un espejo para que me mire. —¡Si no te das cuenta de tus propios cortes, como vas a saber si cortas a los clientes!

—¡Pero bueno! ¿Qué forma de tratar a alguien que muestra su interés por trabajar en su barbería es esa?

—Buscamos personal con experiencia, no gente inmadura y presuntuosa como tú, que viene a trabajar de lo que sea. Aprende primero a afeitarte, y luego, cuando hayas aprendido, te pasas por aquí a afeitar a los clientes. ¡No me hagas perder el tiempo!

—¿Qué mosca le habrá picado a este tío? —salgo de la barbería frustrado. —Debo seguir intentándolo. Es cuestión de persistencia —me digo dándome ánimos a mí mismo. —Lo intentaré en aquella tienda de animales.

—¿Quieres trabajar limpiando las jaulas de los periquitos, cambiando el agua sucia de las peceras y quitando las cagadas a los ratones? —me pregunta el propietario.

—Sí —respondo, con voz decidida y emprendedora.

—Yo a ti te conozco—. Se me queda mirando. —Te metieron en chirona unos días. ¿No fue así? ¿No eres tú el que incendiaste la empresa de fragancias de Felice? Chaval, no quiero líos con Felice. Ese tío mueve mucho dinero, tiene muchos contactos, mucha influencia. Cuando sepa que trabajas

para mí puede mover los hilos para cerrar mi tienda. La tienda de animales es mi único medio de vida y tengo que mirar por ello.

—Yo no lo incendié. El fuego se produjo por accidente.

—No quiero contratarte. Si quieres comprar algo, adelante, si no, lárgate.

Salgo cabizbajo. Nadie quiere contratarme. A cada lugar donde voy me catalogan de lo mismo: pirómano, incendiario, fogata-man, cría-fuegos y quema-empresas. Me va a costar un suplicio encontrar trabajo en la ciudad. Va a resultar más difícil de lo que preveía.

Camino de vuelta a casa con un torbellino de dudas en mi cabeza. Cuando la gente te etiqueta, para bien o para mal, se hace complicado desetiquetarte. Y a mí ya me han colgado la banderola del incendiario. El cuerpo me pide una cerveza, y por un momento, tengo la tentación de dirigirme al Árbol-De-Cerezas, pero un segundo más tarde, mi mente cambia de opinión y continúo caminando en la misma dirección hacia el piso.

Tengo ganas de verte. Pero esta vez quiero que pasemos algún tiempo fuera del piso. Necesito romper con la monotonía de cada día.

Al llegar al tramo del puente, por inesperado que parezca, me cruzo con Laura, quien camina en dirección opuesta. Debería guardarle rencor por haberme despedido, y sin embargo, cuando la veo, no es rencor lo que me sale del cuerpo, sino alivio. Después de trabajar con ella durante casi un año, me he adaptado a verla cada día, y ahora que aparece delante de mis ojos, siento que su presencia me alegra la vida.

—Hola —le digo, deteniendo mi andar. La miro de arriba abajo, añorando los momentos que juntos hemos compartido en el laboratorio. Viste con elegante ropa de abrigo, con su largo pelo recogido dentro de un gorro de invierno.

—Hola —me dice devolviéndome el saludo. Permanecemos mirándonos el uno al otro como se miran dos desconocidos, durante un frío y desangelado encuentro en el que no sabemos qué decirnos. Una amistad congelada. Un silencio adornado por el sonido de un viento que, con violentas sacudidas, arrecia con fuerza nuestras vestimentas. —La vista de la ciudad es preciosa desde la altura del puente —añade Laura para romper el hielo.

Su comentario hace que gire mi rostro para observar la ciudad. Había atravesado a pie este puente peatonal cada día, y por extraño que suene, no me había detenido a mirar el paisaje desde este magnífico enclave. Lo había cruzado con rapidez, lo antes posible, quizá porque mi mente no veía más allá de los perfumes, o porque iba tarde y me angustian las estrecheces.

Apoyo mis codos sobre el pretil del puente y visualizo la abrupta topología de la ciudad, con sus montañas al fondo, y el agua del río en primer plano. El cuerpo de Laura se arrima al pretil del puente copiando mi postura, con su espalda inclinada y sus codos clavados sobre el borde de piedra.

—¿Qué vas a hacer sin trabajo? —me pregunta, girando su cara para encontrar mis ojos, poniendo el dedo en la llaga de mi sufrimiento.

—No lo sé —respondo apartando mi mirada de su cara y fijando mi vista en el horizonte, observando el agua del río correr.

—¿Es que no lo entiendes? —dice acercando su cara más a la mía, como si quisiera con su aliento despertarme. —No centralices el problema en ti. Todos estamos jodidos: la recepcionista, los de mantenimiento de los ascensores, los jardineros, la gente de finanzas. Todos los empleados de la multinacional de perfumes estamos sufriendo las consecuencias de un desastre que ninguno queríamos. ¿Y qué haces tú? Actúas como si fueras la única víctima, el único damnificado. ¡Por una vez, abre los ojos! ¡Y no te mires a ti! Mira a las personas que te rodean: a sus vidas, a sus maltrechos panoramas de futuro. El laboratorio está destrozado. No solo tú has perdido tu empleo, también lo he perdido yo. No solo tú estás angustiado al mermar tu poder adquisitivo, también lo estoy yo. ¿Te das cuenta? Todo lo que a ti te está pasando también me está ocurriendo a mí.

—¡Vaya reprimenda! —pienso. —Un rapapolvo que, aunque me cueste admitirlo, merezco. Hacía tiempo que no me reprendían de este modo tan severo—. Preferiría que lloviera, o incluso que granizara, antes que escuchar el chaparrón de sus palabras. Pero en el fondo Laura tiene razón. Me estoy comportando como un desaprensivo, eludiendo mis obligaciones y victimizándome a mí mismo en lugar de apechugar con lo que he hecho. Debo afrontarlo y hacerme consciente de mis actos. ¿Habrá un juicio laboral para determinar las responsabilidades penales del incendio? Me da miedo pensarlo. ¿Y si resulta que me declaran culpable? ¿Iré a la cárcel? Necesito tranquilizarme, pero ¿cómo? ¡Me abruma los pensamientos!

—¿Cómo está tu padre? —le pregunto, buscando una salida que desvíe y calme mi mente. —No lo he vuelto a ver desde el día del incendio.

—Bebe y fuma a todas horas. Nada nuevo que tú no sepas. Debe rehacer su vida, sobre todo, teniendo en cuenta que es el director de otras empresas. El perfume adaptativo no solo fue su negocio número uno, sino además, se convirtió en su entretenimiento, su ocupación favorita. En la actualidad, ocupa ese tiempo bebiendo, buscando un remedio que consuele su vacío, llenándose

de un maldito alcohol que le está agujereando el estómago.

—No deseo ponerte encima mis problemas —digo a Laura—, pero quiero que sepas que me siento apenado, responsable y muy dolido por el fatídico desenlace de la multinacional de perfumes. Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, elegiría quedarme en el laboratorio para que aquel devastador fuego nunca se hubiese producido. Si hubiese presagiado la más insignificante señal de que un grave siniestro pudiera destrozar todo cuanto habíamos construido, jamás me habría ausentado de mi lugar de trabajo.

—Lo sé—. Laura deja caer el peso de su cuerpo sobre el mío. Apoya su cabeza en mi hombro y comparte conmigo mi momento de mayor aflicción.

—¡Laura, me siento muy culpable! ¡No puedes imaginar cuanto lo siento! La economía familiar rota en muchas casas de esta ciudad por mi falta de cuidado. ¡Me invaden los remordimientos por el daño que te he causado a ti y a tu padre! Desestimé las medidas de seguridad. No tomé las precauciones debidas. Ni siquiera pensé que algo malo pudiese ocurrir en mi ausencia.

Un nudo se me hace en la garganta. Es un nudo de arrepentimiento que me aprieta hasta la asfixia. Trago saliva para no llorar. Se me saltan las lágrimas y no puedo evitar que los ojos se me humedezcan. Creo que no había llorado desde que Claudia, mi exnovia, me comentó que no me acompañaría en mi aventura como perfumista, aquel día en el que me dejó bien claro que no iría conmigo a la multinacional de perfumes, y que nuestras vidas seguirían caminos diferentes.

Laura se acerca a mí, y limpia una lágrima de mi cara con sus dedos, al tiempo que una inesperada ráfaga de viento se lleva volando su gorro. Por más que intenta agarrarlo, alargando su brazo a la desesperada, su esfuerzo resulta en vano. El gorro desciende en el aire y se precipita de manera irremediable sobre las aguas del río.

—¡Mierda! El gorro de lana que me tejió mi madre —exclama Laura, entretanto que observa a su gorro perderse en el curso de la corriente del río.

—Jamás has realizado el más breve comentario acerca de tu madre. Nunca me has contado nada de ella —le digo. Su pelo, antes protegido por su gorro, se desmelenan, y azota mi cara como si fuera un látigo.

—Ahora que ya no trabajamos juntos en el proyecto del perfume adaptativo, te miro con otros ojos —me dice.

—¿Con qué ojos?

—El compartir el laboratorio contigo me creaba un peso que, a día de hoy, ha desaparecido. Es como si hubiese tenido una piedra amarrada a mi

cintura todo este tiempo que me impedía moverme a mi voluntad. Me siento más liberada. Como si la cuerda que me ataba a esa piedra se hubiese partido y me hubiera liberado de un peso de encima.

—No sé si te entiendo —le digo. —¿Te agobiaba trabajar conmigo?

—No eres tú —responde. —Es por mi padre. Trabajar con él no es sencillo. Tú lo habías conseguido. Habías logrado congeniar con él a la perfección. Eres una persona que simpatiza bien con los demás. Le caes bien a todo el mundo —me dice y me mira con gesto complaciente.

—¿Incluso a ti? —le digo. —¿También he conseguido congeniar contigo?

—En breve trabajaré con mi padre en la compra y venta de unos terrenos —responde escabullendo mi pregunta. —Ya había trabajado con mi padre en ese tipo de negocios con anterioridad. En realidad no necesito un empleo. Puedo permitirme el lujo de permanecer sin trabajo por varios años. El remanente de mi dinero es muy superior al tuyo. Es lo que tiene haber nacido rica.

—Creo que me odias por haber destruido el sueño de tu padre de crear un perfume único para cada mujer, solo que no te atreves a decírmelo —le digo.

—No seas idiota —contesta. —No te guardo rencor. No podemos eludir lo irremediable. Debemos vivir con ello. Tu vivirás con la culpa del fuego sobre tus espaldas, y yo, con el no haber podido rescatar mi gorro de lana a tiempo, e impedir que mis sentimientos acerca de mi madre cayeran al río.

—Vaya, vaya... —dice una voz masculina a mis espaldas. Ve vuelvo para ver de quien se trata. —La parejita de moda apoyada sobre el puente mirando al río. Una escena para enmarcarla en una postal —añade.

Frente a mis ojos me encuentro a Sebastian junto a un acompañante: uno de los jugadores del club de billar. Su teléfono móvil, pegado a sus ojos, nos fotografía a Laura y a mí sin previo aviso. —La guardaré para el recuerdo —dice, lo que provoca la carcajada de su acompañante.

Su compañero saca un cigarrillo del bolsillo, y con la otra mano dentro de su pantalón, rebusca lo que supongo que es un mechero.

—Dale fuego —me ordena Sebastian, clavándome sus ojos.

—Solo fumo una vez al año y hoy no me toca —respondo—, no llevo ningún encendedor conmigo.

Sebastian saca una caja de cerillas de su bolsillo, y tras encender una y ofrecerle fuego a su amigo, me lanza a quemarropa la cerilla encendida.

—¿No es esta tu especialidad? ¿Encender cerillas? —me dice, lo que

provoca la risotada de ambos, quienes se destornillan de la risa. Laura, por el contrario, enmudece. Permanece callada, sin decir ni pio, casi inmóvil, con semblante inexpresivo, observando las risas de sus compañeros de billar.

—Tito Felice no está feliz —dice Sebastian dirigiéndose a mí, al tiempo que doy un pisotón a la cerilla para apagarla contra el suelo. —Has hecho a tito Felice enfadarse —añade sonriente.

Se mueve de un lado a otro sin quitarme los ojos de encima, como un gallo que se gira y vuelve sobre sus pasos, como un boxeador en el ring tambaleándose en continuo movimiento. Quizá se mueve por su nerviosismo, o puede que utiliza ese ir y venir para estudiarme con su mirada.

—No me gustas, y menos aún verte con Laura —me espeta Sebastian en la cara, con ojos que me atraviesan con desafío. Me habla como si hubiese comido algo que le produjera repugnancia y le obligara a soltar espuma por la boca. —¡Apártate de Laura! No quiero volver a verte con ella.

—No necesito un protector —se apresura Laura a decir. Son las primeras palabras de Laura desde la llegada de Sebastian. —Puedo valérmelas por mí misma —añade.

—No queremos verte por esta ciudad nunca más. ¿Lo has entendido? —El acompañante de Sebastian actúa como una marioneta que baila al son de su jefe, acomodando su conducta a sus peticiones. Su pregunta no hace más que reafirmar el desprecio que ambos me tienen.

—Dame una calada, Mario —ordena Sebastian a su compañero, y este, obedeciendo órdenes, le ofrece su cigarro.

—Puesto que el proyecto del perfume adaptativo se ha ido al garete, es un desperdicio que solo tú te quedes con una fórmula millonaria —dice Sebastian, soltando el humo por su boca. —Todos en la ciudad sabemos que has descubierto la fórmula del perfume adaptativo.

—Ni aunque te la diera, sabrías usarla —replico.

—¡No pretendas pasarte de listo conmigo!” Sebastian, en un arrebato de ira, intenta agarrar mi cuello, y en vez de eso, pone su mano contra mi pecho, resbalando sus dedos por la tela de mi gabardina, y dándome un empujón que me hace chocar hacia atrás contra el muro del puente a media altura.

—¡Desembucha la fórmula! —me grita Mario, al que le cuesta muy poco perder los estribos. Se deja de rodeos y se precipita sobre mí, desenfundando una navaja desde su bolsillo y apuntándome con ella a la garganta.

—¡Chicos, dejadlo marchar! —exclama Laura, a quien se le nota la voz alterada. —¡Por lo que más quieras! —le pide a Sebastian, ¡que no llegue la

sangre al río!” Laura se cubre el rostro con las manos como si no quisiera ver lo que sus ojos están presenciando.

Al sentir la punta de la navaja en mi yugular, en vez de quedarme estático, sin oponer resistencia, me revuelvo como un perro enrabiado a punto de sacar los dientes. Con mi mano, agarro con fuerza el brazo de Mario para apartarlo enseguida de mi cara.

—¡Eh, quietecito! —me advierte Sebastian, cerrando su mandíbula y apretando sus dientes unos con otros. Da un paso hacia mí, cerrándome el espacio, dejándome acorralado contra el muro del puente.

—Primero aparta la navaja de mi cuello —le exijo a Mario.

Siento un pinchazo en mi cuello que me hace recordar el día que te conocí, aquel día cuando a oscuras, tras el apagón, me corté con la cuchilla de afeitarse.

—¿Qué me has hecho, bastardo mal nacido? —pregunto a Mario, notando un sudor caliente por mi garganta. Es la sangre que me baja por el cuello.

—¡Como le aprietes más, te lo vas a cargar! —le advierte Sebastian.

—O me das la fórmula ahora mismo o no lo cuentas —me intimida Mario amenazándome de muerte, clavando todavía más hondo su navaja en mi piel.

—¿Os habéis vuelto locos? —grita Laura. —¡Lo vais a matar por una maldita fórmula que no sabéis usar!

—¡De acuerdo! Os diré la fórmula —les digo. Sebastian hace un gesto indicándole a Mario que retire la navaja, y este obedece. Sintiéndome liberado de tanta tensión, respiro aliviado antes de pronunciarme.

—El nombre de la fórmula adaptativa es monotricio O-ch₄ de fosferato.

—¿Fosfe qué? —pregunta Mario.

—Os va a costar una ronda de cervezas si queréis que os enseñe a usarla —digo a Sebastian, mientras me limpio la sangre con la mano.

—¿De verdad que nos vas a enseñar cómo se usa? —pregunta Mario incrédulo.

—Por supuesto —respondo—, a cambio de que Sebastian y tú os hagáis cargo de las rondas de cervezas.

—¡Trato! Eso está hecho —responde Mario.

Y durante la siguiente hora y media, Sebastian, Mario y yo, charlamos sobre el billar, el motociclismo, la fórmula del perfume adaptativo y las mujeres hermosas. Una charla acompañada por sucesivas frías jarras de cerveza a las que soy invitado.

De vuelta a casa, tan pronto como mis pies asoman a la entrada del piso,

corres hacia mí expectante.

—¿Cómo tienes el cuello? —Giras tu rostro para mirarlo, mostrando claros signos de preocupación. —Me moriría si algo malo te ocurriese —me dices a punto de darte un desmayo. —¿No estás preocupado por la fórmula?

—No —respondo. —Les he dado una fórmula falsa. La verdadera fórmula del perfume adaptativo sigue estando en mi cabeza.

—Tienes la sangre de horchata y el aliento a cerveza —dices sonriéndome. —¿Cómo es posible que hayas terminado bebiendo cerveza con ellos? —me preguntas sorprendida, con la boca abierta, sin poder creértelo.

—Yo tampoco concibo tu pericia para saber de mí antes que te lo cuente.

—Te quiero —me dices riéndote, abrazándote a mi pecho.

—Y yo a ti —te digo achuchando tu cintura hacia mi cuerpo. —Te quiero.

Capítulo 23

Sigo utilizando mi despertador de rana para levantarme, incluso en días como hoy en los que no es necesario madrugar. Podría pulsar el botón de apagado, desactivarlo, relajar mi cuerpo dentro de las mantas, y permitir que se me peguen las sábanas. Sin embargo, mi mente aún no ha asimilado que ya no dispongo de un empleo remunerado. Me levanto temprano cada mañana como si tuviera la obligación de ir al trabajo, deseando tener algo que hacer, y sin saber muy bien a donde dirigirme, a donde ir.

Hoy, tras despertarme, he mirado hacia arriba, y he observado el trazo de un rayo de luz que se ha colado por la ventana. Como un niño pequeño, me he divertido persiguiendo con mis ojos el reflejo de la luz, en la línea recta dibujada sobre el techo. Una vez he conseguido desprenderme del calor de las mantas, he tomado una rápida ducha, y sin ni siquiera desayunar, he descendido por el ascensor a la puerta principal del edificio.

No me considero una persona a la que le guste callejear. No soy de los que van por la calle, pese al mal tiempo, sin motivo aparente, encontrándose con amistades a cada paso y charlando con ellos, ya sea en bares, tomando un café, o al aire libre, en plazas y parques, cobijados bajo un paraguas. No obstante, existen periodos en los que parezco tener un muelle en el culo que me hace brincar hacia afuera del piso, lanzándome hacia la calle, un resorte que me impide quedarme ni un segundo más en casa.

Justo después de salir del edificio, me he puesto en camino para visitar la multinacional de perfumes. Necesitaba verla, sentirla, hablar con ella, a pesar de estar en ruinas. Una visita a su recinto exterior ha traído recuerdos alegres a mi memoria, y otros agridulces. Respirar su olor ha sido mi desayuno. Hace frío y viento, y no he cogido por descuido mi gorro de lana.

Soy consciente de que debería pasar página pero no puedo, al menos en este momento. Visitar la multinacional de perfumes solo consigue ahondar en mi sufrimiento. ¿Qué por qué lo hago? Ni siquiera yo lo sé. Supongo que me llevará algún tiempo aceptarlo. Mientras siga viviendo en esta ciudad, me levantaré por las mañanas, y actuando de forma mecánica, como si fuese un robot, la primera acción programada de mi mente será dirigirme por el camino que había recorrido otras tantas veces. Solo el transcurrir del tiempo hará posible que esa sensación de apego que ahora siento se vaya difuminando.

Temo que, puede que nunca se difumine. En realidad, no encuentro una respuesta a mi comportamiento que lo justifique. Tan solo lo extraño. Es añoranza. Echo de menos trabajar allí otra vez, envuelto en una amalgama de olores dispares que tanto me colmaban.

Visito a Marcos y a su madre. Marcos está zampándose un bocata de lomo recién hecho, con hojas de lechuga que sobresalen, y un buen chorreón de kétchup. No habiendo desayunado, me dan ganas de comerme un bocata a mí también. Hablo un rato con Marcos de, como dice su madre, los quereres.

—Salgamos fuera —dice el muchacho. —No quiero que mi madre se entrometa—. Se le llenan los ojos de ilusión cuando me cuenta que ha logrado acercarse a la chica que le gusta, y que su acercamiento va por buen camino.

—Me alegran tus buenas noticias —le digo.

Mientras conversamos, una ráfaga de fuerte viento salpica el kétchup de su bocata ametrallando mi gabardina de lamparones rojos.

—¡Vaya mala pata! —exclamo.

Volvemos dentro y Marcos me ofrece un pañuelo humedecido para limpiar las manchas, que solo consigue extenderlas y ensuciar mi gabardina todavía más. Y ya que estoy en su tienda, a pesar de que su madre piensa que lo mío es de tener mucha jeta, utilizo la oportunidad que me obsequia el momento para llenar gratis mis pulmones, mediante profundas inspiraciones, de gratos y agradables olores a flores que me transportan en el tiempo.

Sin ganas de repetir la búsqueda de empleo que realicé ayer, me despido de Marcos y me encamino a casa. Por el camino pienso en ti. Tengo ganas de abrir la puerta del piso y encontrarme que ya has llegado. Un cosquilleo me recorre el cuerpo ante la perspectiva de volver a verte. ¿Cómo es posible que nos hayamos encariñado tanto? Paso unos minutos sin tu presencia y ya te echo de menos: me apetece oír tus risas frente al espejo del dormitorio, proseguir nuestra batalla de cojines en el sofá, tus duchas y cuando me gritas para decirme que te has olvidado la toalla, tus sensuales bailes junto al viejo tocadiscos, el penetrante olor a esmalte mientras te pintas tus uñas, y esa felicidad con la que impregnamos el piso cuando estamos juntos.

De camino hacia el piso, diviso a una mujer morena, de pelo rizado. Permanece de pie, subida al escalón de su tienda de alimentación. Da una calada a su cigarrillo, con su hombro apoyado en la puerta, y la mirada perdida, mirando al limbo, como si estuviese allí plantada exhibiendo su figura, o quizá para tomar un poco de aire fresco. Sin inmutarse, exhala el humo por su boca a la espera de algún hambriento comprador.

Al detectar mi presencia, me mira a lo basto. Todo lo contrario a esas fugaces miraditas con las que las mujeres observan guardando la discreción. No se corta un pelo en focalizar sus ojos en mí. Sus grandes ojos negros me inspeccionan. Su mirada, antes sin rumbo, encuentra un claro destinatario.

Al pasar junto a ella extiende su brazo a lo largo de su cadera, y ocultando su cigarrillo, me sonrío de forma extraña. Una expresión de su cara con la que antes no me había topado: la sonrisa de un pirata que encuentra un tesoro. ¿Soy yo las monedas de oro? Me mira con una sonrisa codiciosa, como si deseara algo de mí.

—¿Deseas desvalijar mis pertenencias? Pues en bueno te has fijado — respondo a su sonrisa en silencio, sin pronunciarlo. —Por si todavía no lo sabes, estoy quedándome sin blanca —digo por lo bajini.

Llego a la esquina de la calle y veo a un hombre regordete, de anchos bigotes, con la cabeza agachada, escribiendo unas palabras en su teléfono móvil. Su dedo es más grande que las minúsculas teclas de su teclado virtual. Al transitar a su lado, continúa observando su pantalla sin que mi presencia le incomode, como si yo fuese un fantasma, vistiendo una sábana blanca, que vuela por su vera, y puede pasar a través de él.

Un grupo de tres mujeres, formando un corrillo, enfrascadas en una matinal conversación de vecindario, cesan de hablar al sentir que mis andares se aproximan. Una de ellas se gira, lo que provoca que las otras dos también lo hagan. Giran sus cuellos para seguir con lupa mis pasos. Sus miradas me radiografían. Sus ojos me persiguen, con rostros que me indican que están sorprendidas, que no salen de su asombro.

¿Por qué me miran de forma persistente? ¿Quizá miran mi vestimenta? ¿Les gusta mi gabardina? ¡Ahora lo entiendo! Miran a mi desafortunada gabardina manchada de salsa roja. ¿Pero cómo no me había dado cuenta antes?

Me gusta ir bien vestido, pero tampoco soy de los que van luciendo un modelito cada día. Si lo hiciese, iría amontonando ropa en una cesta para al final de la semana tener una montaña de ropa sucia que lavar. Intento economizar en lavadoras. Por eso me visto con la misma ropa varios días, a menos que sude. Detecto oler a sudor. Con una lavadora a la semana va que chuta. Así que no me cambio la ropa cada día, aunque sí de ropa interior. Tengo el cajón de la mesita de noche abarrotado de calzoncillos. Tantos que debo presionar para cerrarlo.

Mancharse la vestimenta de lamparones puede sucederle a cualquiera, y no es motivo para tanta burla. ¡Los modales están para usarlos! No me parece

certero ir riéndose de alguien solo porque tiene manchadas las ropas. Quizá no sea para tanto, pero me importa lo que la gente piense de mí. Y cuando me sacan de mis casillas, a menos que tenga cerca unos cuadros colgados sobre la pared donde descargar mi furia, me pongo a hablar más de la cuenta.

Me despojo de mi gabardina para finiquitar sus sonrisitas. Y con la gabardina hecha un gurrúño, envuelta bajo mi brazo, todavía siguen riéndose. Me siento tentado de ir y preguntarles de qué se ríen. ¿Pero qué les pasa? ¿Tengo monos en la cara? Sus miraditas, tan susceptibles de esconder algo bajo cuerda, me llenan de suspicacia. ¿Acaso me he dado una ducha tan ultra rápida que ni siquiera me he lavado las lagañas? Y ahora, encima, se ponen a cuchichear.

—Chicas, ¿tengo ketchup en la cara o en el cuello? —Acercó mi cara a una de ellas preocupado por mi apariencia. La muchacha, de labios carnosos y nariz chata, fija sus ojos en mi rostro, rastreando algún salpicón de ketchup.

—No me importaría que lo tuvieras —contesta.

—Te lo limpiaríamos a lametones —dice la otra.

—¡Vaya respuesta! —digo sintiéndome un tanto indignado. Y se ríen las tres a carcajadas. Debería sentirme elogiado por tener a tres mujeres deseosas de limpiar mi cara a lametones. Sin embargo, al instante actual, necesito saber de verdad que no voy como una marioneta pintorreada, haciendo el ridículo por la calle. Me agobia sobremanera sentirme el centro de atención cuando desconozco qué está sucediendo.

—Perdone —me dirijo a un anciano que camina despacio, con la ayuda de su bastón. —Estaba comiéndome un bocata y... bueno, era un amigo quien se lo comía, y entonces una ráfaga de viento me salpicó de ketchup. Preferiría evitar ir dando la nota por la calle. Ya usted me entiende. Lo que intento decirle es: ¿tengo ketchup en la cara?

El anciano se me queda mirando durante unos segundos, sin decir ni una palabra, como si le hubiese hablado en alemán japonizado. Tarda en reaccionar, pero una vez que lo hace, mete su mano en su bolsillo para sacar unas gafas. Se las coloca y me mira, examinando mi cara.

—No —contesta. Una respuesta seca y sin gracia, pero que sin embargo, era justo lo que necesitaba escuchar para tranquilizarme.

—Gracias, buen hombre —le respondo, inflándome de satisfacción. A veces, un simple sí o no, todo lo arregla, sin nada más que añadir. Y con una despreocupada sonrisa en la cara continúo mi camino.

Conduciendo una bicicleta en dirección contraria, una chica rubia, con un

gracioso flequillo que cae por su frente, toca la bocina cuando su bicicleta llega a mi altura. Me mira saludándome como si me conociera.

¿Ha pulsado el timbre para que me aparte? Ando por la acera y ella por la carretera. ¿Por qué me ha saludado? ¿Me ha reconocido como el incendiario?

Al cabo de unos metros, dos mujeres que se cruzan conmigo, también se me quedan mirando. Me miran sonrientes sin quitarme el ojo de encima.

¿Quizá estoy despeinado? ¿Y si me he levantado con los pelos tiesos como un erizo, el pelo pincho, y no lo he visto al mirarme al espejo? Y para colmo de males he olvidado el gorro. Por otro lado, con el viento que hace, lo normal es que se levante el pelo. Como ambas llevan gorro que las protege del viento, no tienen mi problema. En un gesto impulsivo, paso mi mano por encima de mi cabeza, con objeto de amainar mi peinado.

La sospecha de que se están burlando de mí, me irrita. Prefiero que la gente me trate con indiferencia antes que saber que estoy sirviendo de diana para hacer el ridículo. Al pasar delante de ellas, las miro bastante resentido, procurando desenmascarar de sus rostros algún recóndito secreto. —¡Qué hipócritas risitas! —me dan ganas de gritarles a la cara. Mi incapacidad para descubrir lo que está pasando me exaspera.

Aspiro por mi nariz, absorbiendo con fuerza, como si deseara esconder dos velas de mocos que llevo colgando. —Pero ¿qué estoy haciendo? —me digo. —No estoy resfriado—. Más vale que se me acerquen y confiesen lo que piensan. O a lo mejor debería preguntarles yo mismo.

—¿Llevo el pelo levantado? —le pregunto a una de las mujeres, al tiempo que aproximo mi cabeza a ella para posibilitarle que observe mi pelo con mayor atención.

—Somos hermanas —me contesta.

—Le pregunto que si tengo el pelo levantado, y me responde con que son hermanas —me hablo sin poder comprenderlo. —Otra que también me entiende en alemán japonizado.

Hoy, por alguna razón extraña, parece que no encajo con la gente.

—A lo mejor nos gusta vértela levantarse —dice la otra mujer mirando a mi entrepierna.

Con el mayor disimulo, planto mi mano en la cremallera de mi pantalón para cerciorarme de que: ¡la llevo abierta! Me gustaría poder desaparecer, o ser tan veloz como un ratoncillo y esconderme en una madriguera. Mi disimulo al cerrarla provoca que sus risas se conviertan en risotadas.

—No pasa nada —me digo a mí mismo a fin de tranquilizarme. Inspiro varias veces para sofocar mi irritación. Mi mente me transporta a alguna de las páginas del manuscrito de ACLUS para comprender cómo comportarme ante situaciones adversas. A veces las chicas, sobre todo cuando se reúnen en grupo, se ponen cachondas, y se ríen de cualquier cosa que suceda frente a ellas, incluso del volar de las moscas. ¿Acaso no ocurre lo mismo cuando se reúnen un grupo de chicos? Les sonrío y me marcho.

En muchas ocasiones, andando por la calle, o incluso en el supermercado, frente a los congeladores, mientras compraba una bolsa de cubitos de hielo para preservar el frío de las bebidas, me he quedado de piedra, maravillado, asombrado de la belleza femenina. Tan impresionado por la mujer que se hallaba a mi lado, frente a mis ojos, que la he mirado con atrevimiento, directo a sus ojos, sin apartarlos, manteniendo mi mirada sobre ella, embobado por su figura y su rostro. Y al descubrir ella que la miraba con descaros, su inmediata reacción ha sido inquietarse, bajar sus ojos al suelo, evitar el contacto con los míos y pasar de largo. Y ahora que lo pienso, cada vez que he clavado mi vista en una mujer desconocida, a la que nunca antes había visto, ella me ha evitado, ha esquivado el contacto con mis ojos y se ha largado lo antes posible.

Y sin saber por qué, hoy me siento el centro de atención de las miradas femeninas. Las chicas me miran más de la cuenta. ¿Qué digo más de la cuenta? Es que no me quitan ojo. Y si yo les mantengo la mirada, ellas me la aguantan aún más. No la apartan. No miran hacia otro lado. Ni hacia abajo. Me miran directo a mí.

¿Puede una mirada tan directa mirar con desprecio, buscando mis fealdades? No lo creo. No se trata de eso. No hay nada malo conmigo. No voy descuidado, ni estrambótico, ni estafalario. Es justo lo contrario. Las mujeres me miran con absoluta envidia, sin apartar la vista de mí, y por el contrario, para los hombres paso como un objeto desapercibido.

En un primer momento, pensé que estaba despeinado, que vestía mi gabardina manchada de ketchup, o que me había puesto un calcetín de cada color, desaparejado, algo que ya me había pasado. Incluso que llevaba los cordones sueltos. He pensado que algo en mi apariencia les divertía, y por eso se reían de forma socarrona. —Tengo que releerme la carta con el manuscrito de ACLUS a fin de refrescar mis conocimientos sobre la manera de actuar del sexo opuesto —he llegado a pensar—, porque hoy no me entero del significado con que me miran.

Nunca las mujeres me habían mirado con tanto descaro. Me miro a mí mismo otra vez, para cerciorarme si debajo de mi gabardina llevo puesta la chamarreta de las cuatro eses, aquella que me regaló Felice y que hace a las mujeres pararme en medio de la calle y apreciarme. Pero no la llevo, y aun así me miran.

Ni siquiera me había sentido tan protagonista cuando un grupo de chicas me paró en medio de la calle para fotografiarse conmigo tras descubrir la fórmula del perfume adaptativo. Aquel fue un momento glorioso.

¿Será que tengo el guapo subido? Un día te levantas de la cama y sin saber por qué, frente al espejo, te mires como te mires, estás más guapo de lo habitual. ¿Será este mi día? No es que yo vaya dándomelas de guaperas, pero reconozco que algunos días tengo el guapo subido.

Una cosa es ser guapo y otra distinta chulear de guapo. No entiendo a la gente que entra en la oficina con las gafas oscuras puestas. Que yo sepa, las gafas oscuras se crearon para protegerse del sol. Y en las oficinas no hay luz solar sino focos de luz eléctrica. Por lo que usar gafas de sol en la oficina no tiene sentido para mí, a menos que lo que pretendan sea llamar la atención.

Comienza a chispear, por lo que abro mi paraguas. Mientras camino, noto como las puntas de mis botas se colorean de mojados goterones. Me encanta la sensación de sentirme protegido, dentro de una casita, en el medio cascaron que forma el paraguas abierto.

Me detengo junto al escaparate de una pastelería. Sin haber desayunado, la presencia de unos pasteles me ha llamado la atención. Sí, soy un poco goloso. Raras veces puedo resistirme a la tentación de saborear un pastel. Los extremos de las varillas del paraguas chocan con el cristal del escaparate e impiden que pueda acercarme más.

A mi lado, aparece una mujer con cabeza cubierta en un gorro, llevando al igual que yo, un paraguas. Junto a ella, un carrito de bebé con un niño dentro. No distingo a adivinar si es un niño o una niña, pues se trata de un recién nacido, de unos seis meses de edad. La mujer, mientras mece a su hijo, parece indecisa acerca de cuáles pasteles elegir.

—Cuando se trata de pasteles, me gustan los pequeñitos, los llamados pastelitos de repostería —le digo, por si mi opinión pudiera ayudarla.

La mujer mira a los pasteles pequeñitos y luego me mira a mí. Veo en su cara su sorpresa. —¡Ojalá fuera para mí el premio! —exclama en un suspiro.

¿El premio? ¿De qué premio habla? ¿Soy yo el premio? Estoy a punto de preguntárselo, y me muerdo la lengua para no hacerlo, mas cuando me invade

una inquietante curiosidad por saberlo.

No pretendo aparentar ser un creído pero la verdad es que no estoy nada mal. Mi reflejo sobre el cristal del escaparate confirma que tengo el guapo subido. No estoy despeinado como pensaba. Me gusta. Tengo una apariencia muy apetecible. Vamos, hablando en claro, que hoy estoy bastante atractivo.

Nunca había sentido la envidia de las mujeres tan de cerca. Y siento curiosidad por conocer que les atrae de mí.

Decido proseguir mi camino sin perder el tiempo en la pastelería. —Ya me comeré lo primero que pille en casa para desayunar —me digo.

Me siento relajado y confiado. Las continuas miradas femeninas que recibo me ayudan a sentirme así. Tengo una apariencia poderosa. Me siento tan seguro de mí, que hasta vuelvo a colocarme encima la gabardina llena de manchas.

Camino despacio, sin prisas, jugando con el mango de mi paraguas, respirando el aire a cada paso, con una sensación de libertad, de sentirme a gusto conmigo mismo. Afianzo mi postura, con la barbilla alta, ensanchando mis hombros y sacando pecho. Camino a pasos amplios, marcando las huellas de mis zapatos sobre el terreno.

—Mírame cuanto quieras —le expreso con mi mirada a una mujer que pasa por mi lado.

Me siento afortunado. Tan afortunado que no me importaría gastar un par de monedas en un décimo de lotería, apostararlo en el casino, o tirarlas dentro de una máquina tragaperras y tentar a la suerte.

—¿Tiene fuego? —me pregunta un señor canoso sacando de su bolsillo un cigarrillo.

—Me temo que no fumo —respondo.

—Está bien. No se preocupe —dice el hombre continuando su camino.

—¡Espere! —le digo. —Ahí mismo tiene un estanco—. Y le indico con mi brazo la dirección. Me siento tan eufórico que decido acompañarlo. Una vez dentro de la tienda de cigarros, hablo con el dependiente.

—¿Tendría a mano un mechero para este señor? Necesita fuego para encender su cigarrillo.

El dependiente le da fuego, el hombre da una calada a su cigarro, y aquí todos contentos.

Unos metros más adelante, entro en la farmacia. Cierro el paraguas dejando un rastro de goterones salpicados en el suelo. Me he acordado que debo comprar un tubo de pasta de dientes. Y ya que estamos, también un

cepillo de dientes nuevo. Delante de mí, una mujer está comprando una crema.

—Le falta una moneda —dice el dependiente. —Si no la tiene me temo que no podré darle la crema.

—Por favor. Es para mi hija. La necesita. Tiene muchos picores —dice la mujer pidiendo auxilio.

—Lo siento —responde el dependiente.

—¿Qué mejor que gastar una simple moneda en una noble causa antes que perderla en el casino? —pienso. Y sacando mi cartera, pongo en la mano del farmacéutico la moneda que falta.

La mujer, que se ve a leguas que no está acostumbrada a recibir obsequios, permanece mirándome pasmada, sin decir nada. Es tal su asombro que ni siquiera me da las gracias.

—Para que no le pique a su hija —le digo sonriente.

Me pongo de nuevo en camino. Veo una aglomeración de gente y acudo a ver qué está pasando. —¿Qué ha ocurrido? —pregunto a un grupo de personas que forman un círculo.

—Con las gotitas que han caído, un anciano ha resbalado—. La mujer que me responde, al volver la cara se encuentra con mi cuello. —¡Ah, qué olor! —exclama. —Es tan... tan...

—¿Intenso? —le pregunto.

—Tan aromático y embriagador —dice la mujer casi cayendo desmayada.

Una vez pensé en fabricar el olor magnético. Una fragancia que, imitando las propiedades de un imán, atrajera la atención de todas las mujeres con solo verter unas gotas sobre mi ropa. —Si consigo fabricarlo, lo utilizaré solo para mí —me dije de forma egoísta.

Ahora que ando mal de dinero, no puedo permitirme perfumes caros como hacía antes, y me perfumo rociándome el cuello con gotitas de colonia de niño chico, que es más barata. Y aun así, hoy, por arte de magia, también funciona. Lo de fabricarme mi propio perfume es algo que ya se me ha pasado por la cabeza, pero después de este éxito, creo que seguiré perfumándome con colonia de recién nacido.

Continúo mi camino. Ya me falta menos. Me cruzo con hombres y mujeres de todas las edades. Una mujer, muy abrigada en la parte de arriba de su cuerpo, con un bolso rojo a juego con su minifalda, se cruza conmigo a paso acelerado. Cuando pasa por mi lado, ralentiza su paso, y todavía tiene tiempo de mantener su mirada fija en la mía, con esa mirada sugerente de: —qué suerte debe tener la que se lo folle. Ojalá fuera yo la que le desabrochara los

pantalones—. Y tras cruzarme con ella y volver la cara para mirarla, veo que ella también la vuelve sin apartarla.

Y a medida que voy caminando, más mujeres me prestan atención. Me entregan sus miradas que se clavan en mi cara. Mi miran con agasajo. Están hambrientas en lo sexual. Tienen un apetito insaciable. Miradas descaradas y tan provocativas, que me están entrando unas ganas tremendas de follar.

Estoy ya casi en casa. Me faltan unos metros para llegar. Ando por la avenida que me lleva al portalón de mi edificio. Una chica se aproxima. Al verme tan de cerca se estira dentro de sus ropas. Me mira entre la curiosidad y el acaramelamiento. Separa los labios, dejando su boca entreabierta. Me recibe con adulación, como si quisiera tocarme, acariciarme, como si yo le perteneciera y deseara devolverme su afectuosidad besuqueándome. La observo temblar de regocijo, reconcomiéndose en su interior, royéndose por dentro de la envidia. Una mujer devorada por los celos, los celos de poseerme, de quien no puede negar que le resulto sexual y apetitoso.

—¡Que preciosidad! —me dice, con una voz que le sale del alma.

Siento un ardor en las mejillas. Supongo que se me habrán puesto rojas. Una mujer me ha piropeado diciéndome que soy precioso.

—¡Gracias! ¿Me lo dices a mí? —le pregunto avergonzado. Realizo un trago de saliva, sintiéndome rejuvenecido por su halago, entrándome ganas de saltar de la euforia, incluso hasta de bailar.

—¡No, no es a ti! —responde. La chica se tuerce de un lado, como si un dolor se le hubiese cogido en el costado de la risa. Se ríe a carcajadas, a rienda suelta. La miro con cara de tonto, sin tener ni idea de lo que está ocurriendo, mientras se destroncha de la risa en el suelo. Casi se ahoga de tanto reírse. —¡Se lo he dicho a las flores! —consigue pronunciar. Le falta aire. Habla con dificultad. Intuyo que un pellizco se le ha cogido al estómago. —Las flores tan preciosas que llevas sobre tu brazo —me dice.

Su comentario me abre los ojos, la luz alumbra a mi cerebro y todo me encaja. —Entonces... esas miradas de mujeres recelosas... el premio no soy yo —me lo explico a mí mismo, sintiéndome apesadumbrado. —Es la envidia femenina a sentirse portadora del ramo de flores—. No pensé que unas flores pudieran tener un efecto tan atrayente entre las féminas. Ahora lo sé.

Subo en el ascensor, y extrayendo la llave de mi bolsillo, abro la puerta de nuestro piso. Te busco con la mirada. Tengo unas ganas locas de verte. Y para mi fortuna, te encuentro en casa, lo que me llena de alivio. Sostienes en tu mano mi cuaderno de notas. ¿Estás leyéndome? Verte me produce la sensación

más placentera que jamás había sentido.

Al verme, tiras el cuaderno de notas sobre el escritorio y corres de prisa hacia mí. Saltas encima de mi pecho, rodeando mi cintura con tus piernas, con la misma emoción que el primer día que nos conocimos.

—Toma —te digo. —Estas flores, de la floristería de Marcos, que han suscitado la más exaltada envidia entre las mujeres de la ciudad, ¡son para ti!

Capítulo 24

—¡Deja que lea lo último que has escrito!

—Todavía no —te digo riendo al observar tu impaciencia. —Espera un poco más a que termine de escribirlo.

—¡Quiero leerlo ahora! —me exiges. Y alargas tu brazo, por encima de mi cuerpo, para alcanzar el cuaderno que reposa al otro extremo del sofá, sobre el reposabrazos. Tumbado, con espalda hacia abajo, sostengo tu muñeca para impedir que lo alcances. En tu afán por lograr cogerlo, deslizas tu pecho por encima del mío, instalando tu cuerpo por entero encima de mí.

El aliento de tus labios airea mi barbilla de un calor acogedor, y cuando creo que vas a besarme, das un paso al frente, arrastrando tus codos sobre mis costillas para acortar tu distancia con el cuaderno.

—No voy a permitir que lo cojas —te digo con ojos pegados a los tuyos, declarándote la guerra en nuestra juguetona batalla. Ocultas tus dientes, apretando los labios, en una sonrisa donde aún deseas atrapar el cuaderno y salirte victoriosa.

¿Quieres que te lea la historia que estoy escribiendo en mi cuaderno de notas? —te pregunto, sintiendo todo el peso de tu cuerpo.

Hasta la fecha, alguna que otra vez te había narrado una historia desde mi ocurrencia, desde mis propias palabras. En otras ocasiones, había sido tú misma la que leíste mis anotaciones desde mi cuaderno de notas. Sin embargo, que sea yo quien te lea, contigo encima, me resulta una experiencia nueva y de lo más sensual.

—No hay cosa que desee más —contestas.

Y cogiendo mi cuaderno de notas, comienzo la lectura. —Viajó a un país diferente para aprender un nuevo idioma —te digo.

Escuchar mi voz, narrándote una historia, acompañada por nuestras respiraciones, en el momento en el que tus pulmones se hinchan de aire, y los míos también, y se aprietan al unísono, encoge la habitación del salón. Es como si nuestro alrededor empequeñeciera, como si la blusa que vistes para andar por el piso encogiera, y todo a la redonda se volviese minúsculo y sin significado, excepto tú y yo, y mi voz.

—Se instaló en una casa con una familia que no conocía, salvo por fotos —continúo. —Cuanto había visto en las fotografías que le enviaron encajaba

con aquella casa: las paredes de madera rasposa, las cortinas a medio correr, los jarrones de porcelana sobre la mesa, los muebles de la cocina tan relucientes, el pequeño caballo en el establo, y los rostros de aquel matrimonio que la iba a acoger: ella, con su larga melena y sus abultados mofletes, y él, con un bigote ancho, otorgándole una pinta de hombre campestre y campechano.

—Lo que no le dijeron fue que, en aquella casa rural, alejada de las grandes urbes, situada justo donde empezaba el bosque, también vivía un muchacho de su edad.

—¿Es una historia de amor? —me preguntas acallando mi habla.

—Un muchacho que iba a compartir casa con ella —continúo hablando. —Y que con su llegada, se vio obligado a mudarse a un mal ventilado salón, a dormir en un estrecho sofá, en el que casi no cabía, y se le salían los pies, puesto que a partir de aquel momento, ella se alojaría en su dormitorio.

—Y una noche, el muchacho se adentró en lo que fue su dormitorio, y ella le abrió un hueco en la cama —me dices, alterando el rumbo de la historia.

—Eso sucedió después —te digo sonriendo.

—¿Por qué no me avisasteis que ya teníais un hijo?, preguntó la muchacha quejándose a la familia de acogida. La mujer de la casa se echó su gran melena a un lado antes de contestar.

—Después de traer a nuestro primer hijo al mundo, el médico nos alertó que ya no podría volver a quedarme embarazada, dijo la esposa a la muchacha. Que tú aceptaras venir a nuestra casa significó para ambos el tener la hija que siempre deseamos. Tuvimos miedo a estropearlo diciéndote que ya teníamos un hijo.

—Soñábamos con tener una pareja: un niño y una niña, añadió el esposo.

—No soy vuestra hija, por más que lo deseéis. Solo estoy de paso, aclaró la muchacha. Antes que el bosque se llene de flores de primavera, ya no viviré aquí. Me habré marchado.

—Las flores que me has regalado son preciosas —me dices mirando hacia ellas. —Desprenden un olor tan aromático que me inundan de sensaciones.

—A los hombres también nos gustan las flores —te susurro acercando mi barbilla a tu oído—, solo que de otra manera.

—¿Podrías crear un perfume con esta fragancia a flores en el laboratorio?

—Por supuesto —digo sin dudar. —Sería tan sencillo como andar por

el parque—. Y me miras de reojo, un tanto incrédula.

—¿Cuántos olores puedes fabricar? ¿Infinitos?

—Tantos como quepan en tu imaginación—. Mi respuesta, tan segura por mi parte, provoca que me mires con una cara recelosa, aunque graciosa, desconfiando de lo que acabo de decir, permitiendo el margen a tus dudas.

—¿Puedes fabricar el olor del arcoíris? ¿A qué olería?

—Claro que puedo. Olería a una mezcla de colores, una fragancia por cada color de sus bandas: el rojo a fresa de temporada, y el violeta a uva morada.

—¿Y el olor a arena mojada? ¿Lo fabricarías? ¿Y el de cocos de palmera?

—También podría —respondo—, siempre que encontrara los ingredientes necesarios en la naturaleza. Incluso puedo fabricar el olor a queso roquefort, o el aroma a huevos de avestruces con remolacha.

—¿Olor de avestruces? —repites riéndote.

—¡Puedo fabricar cualquier olor que se te ocurra!

—¡Otra vez estás pavoneándote!” Te ríes de mis tonterías y mis aires de grandeza. —¿Has pensado un título para nuestro libro? —me preguntas cambiando de tema.

—He estado pensándolo —respondo. —Con todo lo que llevamos escrito hasta el momento, es oportuno pensar en ello. ¿Qué te parecen estos títulos? El primero: ACLUS – Sentimientos Sumergidos. Y el segundo: Difusión – Relatos en el olvido. ¿Qué me dices? ¿Con cuál de los dos te quedas?

Te mantienes un momento indecisa. El gesto de tu boca, levantado un poco el labio hacia arriba, me advierte que no estás muy satisfecha con ninguno de ellos. —Creo que no te gusta ninguno —te digo.

—No me llegan al alma —me dices. —Necesito sentirlos, y no me transmiten sentimientos.

—En ese caso, pospondremos la decisión del título hasta que se nos ocurra algo mejor. ¿Quieres que siga narrándote la historia?

—Sí —respondes. Y colocas tu cabeza descansándola en mi hombro.

—Durante los meses sucesivos, ella vivió disfrutando de la naturaleza. Le encantaba aquella casa de madera, un poco pequeña, no con todas las comodidades de las que ella disfrutaba en casa de sus padres, pero bastante confortable. Su vida cambió y también cambiaron sus costumbres. Su madre de acogida horneaba pan por las mañanas. Y ella se acostumbró a tomar su desayuno con una gran rebanada de pan, recién hecho, con mantequilla.

—¿Y qué pasó después?

—Ahora te cuento—. Te miro, y estás tan cerca de mí, que solo veo tus ojos, tus grandes pupilas.

—A él le encantaba adornarse la tostada con abundante mermelada de melocotón. El melocotón era su fruta preferida.

—¿Ese muchacho eras tú? —me preguntas.

—No, no era yo, aunque ambos coincidamos en nuestras preferencias por el sabor a melocotón. Una vez terminó su desayuno, el muchacho recogió en su mano todas las migas de pan que habían depositadas sobre la mesa, y antes de ayudar a su padre en las tareas cotidianas de la granja, tales como ordeñar las vacas o cortar el pelo a las ovejas, visitó el bosque durante media hora. Se sentó bajo un árbol, siempre el mismo árbol, a dar de comer las migas de pan a las aves que deambulaban por los alrededores.

—Un día, ella lo siguió al bosque, sin que él supiera de su presencia. Allí, sentado en la hierba, cada vez que lanzaba migas de pan al suelo, los pájaros las comían con rapidez. Las lanzaba cada vez más próximas a él para que los pajarillos se le acercasen, hasta que ocurría la magia y comían de su mano. Le recorrían sus brazos a saltitos y se le posaban en la cabeza.

—¿Cómo lo haces?, preguntó ella apareciendo en escena, sorprendida y maravillada por semejante hazaña.

—No lo sé, dijo él sin perturbarse, sin otorgarle mayor importancia. Puede que les guste mi compañía.

—Todas las aves comían de su mano, excepto una. Se trataba de un ave diferente al resto. No quería tomar riesgos. Tenía dos círculos plateados a ambos lados de su cabeza, similar a dos grandes pendientes circulares. Podía distinguirla con facilidad de los otros pájaros por sus pendientes.

—Y mientras él ponía su atención en conseguir que aquella ave también comiera de su mano, la muchacha se sentó entre sus piernas.

—Igual que yo a veces me siento entre las tuyas —realizas un incito.

—Sí, igual que tú te sientas entre las mías —respondo, y continúo el relato. —Ella deseaba experimentar aquella sensación.

—¿Cuál sensación? —dices. —¿La de su erección clavada a su espalda?

—No, la de los pajarillos posándose por primera vez en los brazos de ella, y recorriendo a saltitos su cuerpo y su cabeza. Cuando aquello ocurría, ella se sentía tan viva, y en tanta armonía con la naturaleza, que deseaba volver su cara hacia atrás y besar los labios del muchacho.

—¿Y lo besó?

—Él, se sentía tan ofuscado intentando averiguar la razón por la que aquella ave no venía a sus manos, que...

—...ni siquiera se percató de los deseos tan urgentes que ella sentía por besarlo —concluyes tú misma mi frase.

En ese instante, mi teléfono móvil suena. Echo un vistazo a la pantalla y veo que se trata de un número desconocido. —¿Quién será? —me pregunto. Decido coger la llamada, no sin antes titubear.

—Hola —me saluda una voz que distingo con rapidez. Se trata de Laura. —Nunca te he pedido nada —me dice—. Siempre me las he valido por mí misma. Sin embargo, hoy necesito tu ayuda.

—Claro —respondo. —¿De qué se trata? —pregunto un tanto alertado. Laura no es de las que llaman para entretenerse porque están aburridas y desean pasar el rato en conversaciones que no llevan a ninguna parte. Cada llamada de Laura tiene un motivo de trasfondo.

—Mi padre se encuentra grave en el hospital—. Un delgado hilo de voz sale de su garganta al pronunciarlo. —Sufre una recaída en su sistema pulmonar—. Desde el auricular de mi celular puedo distinguir su voz partida y apagada, ahogada por la preocupación.

Se veía venir. Felice es un fumador empedernido. Lo lleva arraigado en su estilo de vida. No obstante, desde que se produjo el incendio, su consumo de cigarrillos ha ido en aumento. Se ha incrementado de forma drástica. Sus maneras tan abusivas de fumar puros e ingerir alcohol lo han llevado a última instancia a que tenga que ser hospitalizado. En realidad no me opongo a su estilo de vida. Cada uno es libre de elegir como desea pasar su tiempo. Él ha decidido que sus puros, el whisky y las mujeres sean su mejor divertimento.

—Me siento agobiada —expresa Laura. —Necesito verte. ¿Puedes venir?

—¿En qué hospital te encuentras?

—Telefonaré al chófer de mi padre para que vaya a recogerte. El hospital está lejos, a unos sesenta kilómetros. Demasiado lejos para venir a pie.

—No creo que sea buena idea molestar a tu chófer. Iré en autobús —le confirmo a Laura.

Prefiero no usar favores que más adelante Felice querrá saldar. Lo conozco bien. Conozco su manera de proceder. Si utilizo a su chófer para que me acerque al hospital, tarde o temprano tendré que devolverle el favor. Felice suele aprovechar una deuda para pedir algo a cambio más tarde.

Buscará la manera de que se lo pague.

—¿Desde dónde me llamas? —pregunto a Laura. —El número que aparece en mi pantalla no es tu número habitual.

—Desde la habitación del hotel —me aclara. —He decidido alojarme en un pequeño hotel, detrás del hospital, durante el tiempo que mi padre esté hospitalizado.

—Es una llamada de Laura —te digo. —Su padre ha sido ingresado de gravedad en el hospital. Quiere que vaya a visitarlo.

—No vayas —me aconsejas. —Ya no trabajas para ellos.

—Ven conmigo. Iremos juntos —te pido.

—No. Me quedaré en nuestro piso leyendo y revisando lo nuevo que has escrito. Además, no deseo encontrarme con Laura—. Tus manos en mi cara se posan en mis mejillas. —Ten mucho cuidado —me avisas. —¿Lo tendrás?

—Descuida —respondo. —Volveré pronto.



El olor a desinfectante es demasiado intenso. Se mete en los orificios de mi nariz y no puedo sacarlo. Camino por los blancos pasillos del hospital, alicatados a media altura. Lo hago en solitario. Nadie se cruza conmigo. El hospital es tan inmenso que me siento perdido como en un laberinto. Al volver la esquina y andar por otro pasillo, diviso a varias personas sentadas esperando. Una niña, con una falda de lunares que pide un planchado a gritos, juega en el suelo con una pequeña pelota elástica. La pelota se le escapa y rebota contra una puerta. —Justo la puerta que andaba buscando —me digo.

Hallo la habitación de Felice. Entreabro la puerta con cuidado, sin llamar, y accedo a su habitación. Una habitación no compartida, para él solo, por tratarse de un hospital privado, de aspecto muy diferente a los hospitales públicos que yo había visitado, donde se agolpan las camas y los pacientes se apelotonan en una misma sala.

Felice está tendido. Me aproximo sin hacer ruido hasta alcanzar el filo de su cama. Lo miro a la cara. Duerme. No es el Felice que yo esperaba ver. Está más demacrado, más consumido, intubado, asistido en su respiración. Siento tirantez en su cara. Parece como si hubiesen pasado años desde la última vez que nos vimos. Al verlo, me inundan los recuerdos y siento dolor en mi corazón. Esos recuerdos vividos en la multinacional de perfumes que todavía no se han ido. Esos recuerdos del día que me invitó a su mansión.

—Tiene el hígado hecho polvo —dice Laura, entrando en la habitación. —El médico me ha comentado que, según el diagnóstico del último parte médico, las bebidas alcohólicas le han destrozado el hígado—. Trae con ella un botellín de agua. Lo abre girando el tapón. La mano le tiembla. Observo las venas de su mano más marcadas. Laura es demasiado joven para que le tiemble el pulso. Está nerviosa. El tapón resbala de su mano y se le cae al suelo. Ni se molesta en recogerlo. Aproxima la botella a sus labios y da un largo trago. Noto el agua correr por dentro de su garganta. Cesa de beber y toma un poco de aire. Su largo trago la ha dejado sin respiración. Pensaba que tras beber, iba a pasarme la botella y ofrecerme un buche pero no me lo ofrece. Coloca su mano encima de la mía, mientras mi mano descansa sobre la sábana de la cama donde duerme Felice. —Gracias por venir —me dice con voz aliviada.

Quizá, en otro momento, hubiese deseado sentir su mano recostada sobre la mía, el calor de su mano tocándome, su tacto acariciándome. Sin embargo, en este preciso instante me incomoda. Me desagrade sentir mi mano atrapada por la suya, por lo que decido retirarla de debajo.

Laura mira a su padre. Felice permanece inmóvil, con ojos cerrados, con el único movimiento de su respiración. Respira con lentitud, sin que su pecho se hinche en exceso en cada inspiración. De hecho, debo prestar atención al superficial movimiento de su pecho para verificar que aún sigue respirando.

—Lo he odiado en muchas ocasiones —confiesa Laura, y coloca su mano sobre su frente. Acaricia la frente de su padre echando hacia un lado los pocos pelos que quedan de su flequillo.

Su comentario no alberga ninguna noticia novedosa que yo no supiera. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que su padre y ella se llevan a matar. Incluso diría más. Creo que Laura a veces falta al respeto a su padre. Le grita, realiza en su nombre comentarios malsonantes, se muestra esquiva y áspera en su comportamiento. Todo lo contrario a una relación dulce y cariñosa, como debería ser toda relación entre padre e hija.

—Se ha llevado de mi vida lo que más amaba —continúa Laura hablando sin apartar la vista de su padre. —Me ha dejado desvalida y llena de rencores, con suficientes motivos para odiarle.

Laura toma la mano de su padre, y la aprieta contra su pecho. Tanto ella como yo nos quedamos en silencio, observándolo. Un silencio interrumpido por los regulares pitidos del electrocardiograma, que registra su pulso cardíaco en el monitor, a cada latido de su corazón.

—Recuerdo cuando era niña que mi padre solía peinarme con dos trenzas —dice Laura. —Le gustaba aquel peinado. Era como al que le encanta una comida, y no sale de ella, y cada día almuerza lo mismo. O quizá no sabía peinarme de otra manera. La cosa es que siempre salía a la calle con dos coletas, a lo que me acostumbré—. Sin darse cuenta sonrío. Una sonrisa compasiva y cargada de dulzura relumbra en su rostro, mientras rememora aquellos instantes de su infancia, y acaricia la mano de su padre entre sus tetas. —Disfrutaba chinchándome —prosigue, intentando ahondar en sus recuerdos. —Regocijaba con irritarme, tirándome de las coletas. Decía que eran trenzas de boxeadora, por más que él se esforzaba en que fueran trenzas de reina.

Mira de nuevo a su padre. Observa su cara entubada. Varios tubos le pasan por encima de la cara, uno entra en su boca, otro en su nariz.

—¡No puedo verlo así! —exclama. Los ojos de Laura se emborronan. Afloran las lágrimas. Unas lágrimas como si anticipara que el sonido de la máquina que registra las constantes vitales de su padre pudiera convertirse en un pitido final. Un pitido constante e ininterrumpido, confirmando la hora de su muerte.

Laura se lanza a mi pecho, y apoyando toda su frente en mi cuello, explota en un llanto cargado de tensión y dolor. Su lloro no encuentra consuelo. Lloro a lágrima viva. Sus retenidas lágrimas encuentran por fin una salida. Lágrimas que brotan a borbotones. Se desparraman por mi hombro. Se vierten amargas creando mojados surcos sobre mi camisa.

Alzo mi mano a sus cabellos. Cubro su cabeza con la palma de mi mano. Mis dedos enterrados en la madeja de pelo que forma su cabellera.

Laura aprieta su cara, hundiendo su nariz en mi piel, intentando esconder su rostro en la tela que cubre mi pecho. Su frente, como si sufriera contracciones, se golpea varias veces contra el longitudinal hueso de mi clavícula, cuando su corazón, encogido en la pena, fruto de un lloro descontrolado, le provoca una serie de súbitas e inestables convulsiones.

Levanta la mirada con los ojos anegados en su llanto. El maquillaje de sus ojos arruinado en lágrimas. Su respiración entrecortada no le permite hablar. Quiere expresarse y no puede. No le salen las palabras. —¿Crees que va a morir? —consigue pronunciar, y se derrumba todavía más en mi hombro.

La respuesta más fácil sería decirle que no, que no va a morir, pero... ¿cómo quiere que lo sepa? —Felice es un hombre de constitución fuerte. Se recuperará —le digo acariciando su pelo.

—Me siento agotada —me dice, entretanto que, a falta de un pañuelo que la calme, utiliza el filo de la sábana para limpiar sus ojos llenos de lágrimas. —Necesito un descanso—. Y expira tanto aire como puede, tranquilizándose. —¿Te importaría quedarte al cargo de mi padre durante unas horas mientras yo me vuelvo al hotel? Necesito recuperar fuerzas, dormir un poco. No puedo con mi cuerpo de lo agotada que me siento.

—Sin problemas. Déjalo en mis manos —respondo. —Vete tranquila y descansa. Yo cuidaré de tu padre en tu ausencia.

—No tienes por qué hacerlo. No somos tu familia—. Intenta darme motivos para que desista en mi iniciativa. Sin embargo, sus palabras no hacen más que afianzar una confirmación más contundente por mi parte.

—Vete a descansar. De verdad, yo me ocupo.

Laura, dándome las gracias, se marcha al hotel, y yo, sin nada mejor que hacer, me siento en un butacón, al lado de Felice, sin ninguna revista que leer con la que pasar el tiempo, a la espera que este despierte.

Durante el tiempo que Felice duerme, medito acerca de mi futuro, analizo mi situación actual, pienso que sería conveniente para mí, ir a hablar con Sebastian. Al fin y al cabo, él es un hombre influyente dentro de la ciudad. Ahora que hemos apuntalado una amistad después de tomar cervezas, quizá sea el momento de pedirle ayuda, y que me recomiende a alguien, con objeto de conseguir un ansiado trabajo.

Felice se mueve dentro de la cama. Cambia su postura. Me levanto del butacón para contemplarlo mejor. Abre los ojos y me reconoce enseguida. Me observa con unos ojos vidriosos que antes no tenía.

—Hola hijo —me dice. Casi no puedo entenderlo. Los tubos que le entran por la boca y la nariz distorsionan sus palabras. —No te esperaba aquí —prosigue. Habla con dificultad, con una voz que no es la suya. —Me he llevado una alegría al verte—. Su rostro presenta un aspecto bastante pálido y enflaquecido, con unas ojeras que parecen moretones debajo de sus ojos.

—Tengo ganas de mear —me dice—. ¿Puedes ayudarme a levantarme? —Arrastro un perchero desde donde cuelga una bombona de oxígeno y varias bolsas de suero. Todas ellas conectadas a Felice mediante tubos. Y con la otra mano, agarro su pijama por la cintura mientras él se apoya en mi hombro. Y de ese modo, arrastrando el perchero por el suelo y sujetándolo a él, lo acompaño al cuarto de baño.

De pie, me mantengo a su lado, por si pudiera sufrir un desmayo y caerse. Felice se saca la picha, bajando la cinturilla de su pijama, y mea.

—¿Sabes hijo? Siempre he confiado en ti —me dice mientras el chorro de orina golpea con fuerza la pared interior de la taza del váter. —No estuvo bien lo que hiciste: abandonar, sin notificarlo, la multinacional de perfumes. Pero no te culpo. Todos cometemos errores, yo el primero.

Sacude su picha, y acto seguido, le ayudo a subirse los pantalones del pijama. —Algún día me gustaría continuar el proyecto del perfume adaptativo —me comenta con un frágil y endeble tono de voz, como si estuviese confesándome un secreto. —Cuento contigo tan pronto como consiga reparar los desperfectos del laboratorio.

Lo ayudo a acercarse a la cama, y se acuesta de nuevo. —¿Tienes contigo la fórmula del perfume adaptativo? —me pregunta.

—Sí —respondo.

—Guárdala a buen recaudo. Lo haremos realidad. Construiremos un laboratorio nuevo—. De tanto hablar, su garganta se reseca y se pone a toser.

—Claro jefe —respondo sin pretender creerlo ni ilusionarme con sus palabras. —Primero debe recuperar su salud.

—Necesito que me hagas un favor —me pide Felice.

—¿Cuál favor?

—Tráeme un whisky sin que te pillen las enfermeras.

—¿Qué? —Me quedo mirándolo perplejo. Había llevado botellitas de whisky a mi abuelo cuando se encontraba en casa casi derrumbado, aunque su vida no corría peligro. Sin embargo, con Felice la situación es diferente. Con su recaída pulmonar, su vida está en juego. Y una botella de whisky no es la solución que necesita su cuerpo.

—No puedo hacer eso —le digo. —No puedo entrar en el hospital con una botella de whisky. ¿Dónde podría esconderla? Es demasiado voluminosa.

—Ten. Usa esto —me sugiere. —Me lo han dado esta mañana pero no lo he utilizado—. Y me da un vaso de plástico, de esos que usan los hospitales para que los pacientes meen y realizar luego con ellos análisis de orina. —Echa el whisky en ese vaso—. Lo miro sonriendo por su genial ocurrencia, a la vez que guardo el vaso en el interior de mi gabardina.

—Entonces, ¿no vas a mear en el vasito? —le pregunto.

—¿Ves esas pastillas? —y apunta con su dedo a una tableta de pastillas sobre la cabecera de su cama. —El médico me las ha recetado esta mañana pero no me las pienso tomar. ¿Y sabes por qué?

—Ni idea. Ilumíneme —respondo.

—Porque los médicos recetan a sus pacientes pastillas matarratas. No es

broma. Créeme. Sé muy bien cómo se las gastan los médicos. Tengo amigos comerciales. El comercial de las grandes farmacéuticas viene al médico y le dice: si me vendes diez mil cajas de pastillas matarratas, te regalo un viaje a Cancún, para ti y toda tu familia, en un hotel de cinco estrellas, a todo lujo, durante una semana. Y además conseguirás un juego gratis de maletas.

—Y entonces es cuando viene lo gracioso de la historia —sigue diciendo. —Si te duelen las muelas, el médico te receta las pastillas matarratas. Si tienes una infección pulmonar, el médico también te receta las pastillas matarratas. Supongo que ya lo vas captando —me dice—. ¿Y si acudes al médico porque te duelen las rodillas de subir escaleras? En ese caso, te manda de igual manera, las malditas pastillas matarratas. ¿Lo pillas? Beberse un whisky no es mucho peor que tragarse esas putas pastillas. ¿Entiendes, hijo? Y cuando te largas de su consulta, el médico pone una cruz en su cuaderno diciendo: otro pardillo más al que le he endiñado las pastillas. El médico se coloca las gafas y se frota las manos. ¿A ver cuánto me queda? Ya me falta menos para conseguir el viaje a Cancún.

Me río de la historia que me cuenta Felice, justo cuando suena el teléfono. —No puedo quedarme dormida —dice Laura. —Me hospedo en la primera habitación a la izquierda. Cuarta planta. Te espero en el hotel.

Capítulo 25

—No puedo dormir —dice Laura, sentada sobre una inmensa cama con dos amplios cojines y una larga almohada. —Soy incapaz de serenar mi cabeza.

Con cabellos esparcidos en la superficie de la cama, y las palmas de sus manos apoyadas en el blanco de las sábanas, sus brazos estirados sostienen el peso de la parte alta de su cuerpo. Vestida con un camisón de manga larga, en un color celeste muy claro, como el azul del cielo pero difuminado por un manto de nubes, su postura reclinada hacia atrás, por lo abultado de su delantera, provoca que imagine el cómo de redondas son sus tetas.

Con un corto pantalón de pijama tan ceñido a los muslos que escandaliza a sus rasuradas piernas, sus pies descansan desnudos en una alfombra que, según me agacho a comprobar la etiqueta, es de pelo natural de conejo curtido.

—Cierro los ojos e intento dormir —continúa diciéndome Laura—, pero mi mente me envía recuerdos. Imágenes que me mantienen en vilo.

Sobre una mesa redonda, dos copas vacías, fabricadas en un cristal que luce brillante y reluciente, esperan a ser llenadas de un vino rosado. Junto a la botella, por la que chorrean unas gotas de agua, un apetitoso plato de ensalada, a base de tomates cherry y rodajas de aguacate bañadas en aceite, motivan que, con punzadas, mi estómago me alerte al sentir hambre.

En medio de la habitación, la tentación me anima a meter mi mano en el interior de una bañera de hidromasaje, de forma cuadrada, perfecta para dos personas, colmada hasta el filo de agua por la que rebosa espuma.

—Está helada. ¿Se habrá bañado en agua fría? —me digo a mí mismo. — ¿Y cuáles son esas imágenes que te mantienen en vilo? —le pregunto.

—Quiero recuperar mi alegría en la vida —contesta.

—¿Alegría? Imagino cuantas personas estarían alegres por disfrutar de una habitación de hotel a todo lujo como esta —pienso—, con unos ventanales tan enormes, y una claridad tan imponente. ¿A qué tipo de alegría te refieres?

—A la que perdí hace tiempo—. Su cara se vuelve pálida al recordar aquel momento. —¿Recuerdas cuando te pregunté cuál era el componente esencial e indispensable para la elaboración del perfume adaptativo?

—Recuerdo una nube enorme en el cielo, mientras paseaba al perro de mi vecina, y un olor intenso a citrato de sodio —respondo.

—Adquirí todas las existencias de citrato de sodio, telefoneando a cada uno de los distribuidores en un radio de diez mil kilómetros a la redonda.

—Dijiste que los proveedores se habían quedado sin provisiones —le digo.

—Los camiones llegaron cargados. Mandé quemar el citrato de sodio en las calderas, y falseé las facturas para que no se notara el capital malgastado.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunto boquiabierto.

—Lo hice con la intención de agotar todas las reservas.

—¿Y por qué quisiste que se agotaran? ¿Qué te motivó a hacer aquello?

—Tú solicitaste a mi padre la instalación de las máquinas exprimidoras de zumo de naranjas. Al principio no encontré sentido a tu petición. Más tarde, todo me encajó. De las naranjas conseguiste fabricar una aleación mezclando otros productos. No sé muy bien como lo lograste, pero obtuviste el citrato de sodio que necesitabas para proseguir el proyecto del perfume adaptativo. Y de ese modo, fastidiaste mis intereses.

—¿Fastidié tus intereses? —Miro a la cara de Laura, con la esperanza de que pueda ofrecerme una explicación más detallada que aclare mis interrogantes.

—Desde la primera piedra que colocó mi padre, en el acto de inauguración, y que daría lugar al comienzo de las obras para levantar el macro edificio de la multinacional de perfumes, he deseado con todas mis fuerzas detener la fabricación del perfume adaptativo.

—¿Qué? No puedo creer lo que estoy oyendo. Si tanto deseabas detener el proyecto, ¿para qué me contrataste? —le pregunto.

—Era obvio. ¿No te parece? Tenías poca experiencia, y pensé que, si trabajabas en un proyecto de perfumería, que requería a una persona innovadora, con gran iniciativa, con poder de organización, capaz de dirigir a un equipo, y con un talento innato para sobreponerse a los contratiempos, serías el candidato perfecto para hacerlo fracasar—. Retira de su cara unos mechones de pelo que le tapan la visión. Se levanta de la cama. El camisón cae sobre su cuerpo, cubriéndola de una suave tela hasta tapar sus caderas. Prescindiendo de las zapatillas del hotel, camina descalza hacia la mesa, donde se sirve ella misma una copa de vino. —Me equivoqué al contratarte.

Permanezco a la espera, observando si se digna a ofrecerme una copa de vino, en una tarde donde además de compartir una velada repleta de interesantes revelaciones, también disfrutemos de beber juntos. Pero en su lugar, bebe de un trago rápido el vino de su copa, sin el menor propósito de

invitarme. Y siendo más que evidente de que no tiene intención de ofrecerme una copa, me acerco a la mesa para servírmela yo mismo.

—¿Dónde almacenaste el citrato de sodio que llegó a las oficinas?

—Ya te lo he dicho. Lo quemé en las calderas.

—¿Y quién te ayudó a cargar las calderas con toneladas de producto?

—Contraté a un grupo de obreros que trabajaron de noche. Tú ni te enteraste —me dice sonriendo, al tiempo que se sirve otra copa.

Miro al pantalón de su pijama, tan corto y apretado a sus muslos, que sus tentadoras piernas me resultan aún más apetecibles. Deposita su copa sobre la mesa, y se da media vuelta. Camina hacia la cama. En su trayecto, dispongo del tiempo suficiente para echarle un repaso a su culo, y a esos andares tan femeninos, moviendo las caderas, a un lado y al otro, a cada paso.

—También falseé tu experiencia laboral —dice antes de sentarse de nuevo al filo de la cama. —El informe que le di a Felice de ti era falso. Modifiqué tu experiencia para que parecieras un experto.

—Veo que lo de falsear se te da bien —le digo.

—Después me sorprendiste en lo positivo, a muy pesar mío.

—¿En qué sentido te sorprendí? —le pregunto mientras termino de beber mi copa de vino, y la coloco sobre la mesa.

—En tu liderazgo y el manejo de la empresa. Todo lo contrario a lo que yo había dispuesto —responde. —Deseé que te marcharas, que renunciaras a continuar en la empresa. Me percaté de que contigo, el proyecto del perfume adaptativo se convertiría en realidad. Tu renuncia a tu puesto de trabajo como jefe del laboratorio hubiese supuesto mi liberación, mi mayor satisfacción. Supe que tu marcha supondría el fracaso del proyecto. ¿Pero cómo podía lograrlo? Necesitaba a toda costa arruinar el proyecto de los perfumes.

—¿Sigues saliendo con tu novio? ¿El gigantón? —pregunto a Laura. Y antes que pueda contestarme, me dirijo hacia un armario empotrado de dos puertas, y abro una de ellas. Al abrirla, una tenue luz ilumina algunas ropas de Laura colgadas en diferentes perchas.

—No, lo dejamos. Ya no es mi novio —contesta.

—¿Cuánto duro el noviazgo? ¿Solo un día? —Descuelgo un jersey gris, de mujer, con dos bandas en color rosa que lo atraviesan a lo ancho. Me lo planto por encima de mi pecho y me lo pruebo, mirándome al espejo, comprobando que su talla está lejos de la que yo uso.

—Sí, solo un día. Fue un noviazgo corto —responde.

—¡Cortísimo! —puntualizo. —¿Cuánto le pagaste de más a tu novio, el

gigantón, para que me zurrara? —Cuelgo otra vez el jersey en la percha y cierro la puerta del armario. —En su perfil dice que admite pagos extra por pegar, que se ofrece a un precio especial por arrear un buena tunda de palos.

La cara de Laura se pone tensa. Estrecha sus labios hasta meterlos por dentro de su boca. Su mano apoyada en la cama, aprieta la sábana haciéndola un gurrño, arrugándola al encoger sus dedos, dentro del hueco de su mano.

—Alquilaste a tu novio desde un sitio web —le digo, clavándole la mirada.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta sorprendida, dejando entrever unos dientes, tan parejos y alineados, que da gusto mirar su boca.

—No soy tan estúpido como piensas —respondo. —¿Le pagaste extra para que me pegara un puñetazo en la cara?

—No esperaba que la conferencia anual de la empresa, con tantos inversores presentes, en la que mi padre solía participar hablando en público, y en la que en esta ocasión, fuiste tú el que saliste al estrado, tuviese tanto éxito. La gente te aplaudió tan conmovida por tu discurso, que...

—...le pediste a tu novio que subiera al estrado y me aporreara la cara —finalizo su frase.

—Lo siento, tuve que pagarle extra para que así lo hiciera —prosigue.

—¿Lo sientes? —me quedo mirándola fija con cara de pocos amigos. Mi mirada la petrifica. El gesto de su cara se endurece. —Lo tenías premeditado y te salió a la perfección, ¿verdad? —Mi pregunta no obtiene respuesta. Se mantiene observándome, sin apartar sus ojos de los míos, sin decir una palabra, como a un ratoncillo al que lo descubren robando un trozo de queso, y se queda inmóvil, paralizado sin saber qué hacer. —¿Cómo es posible que bajo esa cara angelical actúes con tanta mala leche? —le pregunto.

—Me inventé que me acosaste. Engañé a mi padre con lo de tus miraditas a mi escote. De hecho, las mismas miraditas que me estás echando ahora —me dice—. Fue mi oportunidad de provocar que la conferencia terminase siendo un espectáculo vergonzoso. Sentí lástima al verte tumbado en el estrado con la cara ensangrentada, pero no tuve otra salida. Tuve que hacerlo. Necesitaba que mi padre te expulsara de la empresa enseguida.

—Pero no lo hizo —replico enfadado, apretando la fila de dientes de arriba con los de abajo.

—No, el muy inútil no lo hizo —y resopla con disgusto y pesadez.

—Y como tu padre no me echó, entonces tú tomaste cartas en el asunto y me echaste tú.

Se tumba en la cama de lado, y encoge las rodillas. Apoya el codo en el colchón, y descansa el peso de su cabeza en la palma de su mano. Desliza su otra mano sobre la sábana para aplanarla, y empuja uno de los cojines a un lado para abrir un hueco en la superficie de la cama. Con un gesto de sus ojos, me invita a que me siente junto a ella. —¿A dónde fuiste? —me pregunta.

—¿Cómo que a dónde fui? —Me siento en la cama en el hueco entre su vientre y sus rodillas y, giro mi rostro hacia ella para que me explique qué desea saber con su pregunta. —No te entiendo —le digo.

—¿A dónde fuiste cuando se produjo el incendio? —me aclara.

No es la primera vez que lo pregunta. En anteriores ocasiones no contesté. Incluso le dije que jamás se lo diría. No obstante, dado que esta velada se ha convertido en una tarde de confesiones, siento que es el instante de decírselo.

—Fui a recoger a Emilia del colegio, la hija de mi vecina.

Sin ni siquiera ponerse la mano en la cara para cubrirse la boca, se ríe en una sonora carcajada que hace vibrar la mesa y las dos copas vacías.

—Se lo prometí a Emilia y cumplí con mi palabra—. Le hablo como si estuviese escudándome, por alguna causa, de sus descaradas risas.

—Pensé en mil motivos por los que decidiste ausentarte del trabajo. Se me ocurrieron razones de peso, como que revendías las fórmulas que fabricabas en el laboratorio a otras compañías, o que te escapaste a la taberna de Juan-De a follarte a una tía. Nunca imaginé que desaparecieras durante más de dos horas para acudir a la cita con una niñita malcriada a recogerla del colegio.

Me fastidia verla reírse por una causa tan noble, como la de ir al colegio y hacer realidad el sueño de Emilia.

—Te has puesto encendido —me dice en un tono guasón sin parar de reírse. —Tienes la cara en un rojo ardiendo—. Alarga su mano y la coloca en mi mejilla, como si deseara medir mi temperatura. —¿Te has ruborizado de vergüenza al confesarme que actuaste de padre?

—Me has puesto de malos humos —respondo de manera cortante. —Por reírte de Emilia y porque me siento indignado por la forma en que elegiste de ponerme en ridículo, delante de tanta gente, en la conferencia —contesto.

—Tu escapada al colegio fue el momento perfecto para mí de iniciar el incendio. Una oportunidad única para que te culparan. Mi ocasión perfecta para despedirte —me suelta de golpe y porrazo, acallando su risa.

—No me digas que también fuiste tú la que...

—...sí, fui yo —responde. —Aproveché la circunstancia de que tú no estabas para prenderle fuego al laboratorio.

—¿Pero cómo pudiste perpetrar semejante disparate? ¿En qué cabeza cabe incendiar el laboratorio donde tu padre puso todos sus sueños?

—Pensé en ello —dice. Y me mira sin un ápice de arrepentimiento.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora? ¿Acaso no sabes que puedo ir a la policía y denunciarte por tus declaraciones? La policía científica averiguará tarde o temprano que fuiste tú la causante del incendio.

—¡Qué iluso eres!” Apunta con su dedo a la botella para que me levante desde mi posición de sentado en la cama y le sirva otra copa de vino.

—¿Cómo puedes tenerlo todo tan maquinado? —le pregunto. —Tu cerebro es una máquina engrasada que piensa por delante de los acontecimientos.

—Una llamada de mi padre al jefe de policía, y lo tiene arrodillado a sus pies, besándole el culo —prosigue. —Creerán lo que mi padre les diga. Mejor dicho, no le creerán, pero de todas formas, redactarán un informe en tu contra, para evitar cualquier represalia. Mi padre es tan poderoso en esta ciudad que incluso el jefe de policía se acojona al verlo. Una sola llamada telefónica de mi padre hará que vengan a arrestarte. Da gracias a Dios que todavía no lo ha hecho.

Saca la lengua, indicándome que está sedienta, y que desea que le sirva otra copa de vino. —Es obvio que alguien deberá pagar por los platos rotos.

—Y por supuesto no vas a ser tú —le digo a la vez que le alargo la copa.

—Gracias a la red de contactos de mi padre, puedo conseguir un informe policial falso cuando quiera —añade. Me pregunto si con sus confesiones intenta intimidarme o tan solo pretende sincerarse conmigo.

—¿De dónde vienen tantas ansias de venganza, Laura? —Pienso en servirme yo mismo otra copa, pero me abstengo. En su lugar, me siento de nuevo a su lado. —Dime: ¿tan fuertes son tus deseos de resarcimiento?

—Mi rabia y mis deseos de venganza no tienen límites —me confiesa. La contemplo tendida en la cama mientras degusta el sabor del vino. El rostro de su semblante, tantas otras veces arrogante, se vuelve rencoroso y resentido.

—¿De quién te vengas? —le pregunto.

Un silencio se hace en la habitación. No oigo ni el murmullo de las limpiadoras atravesando los pasillos, ni el ruido del secador de la habitación contigua, ni el sonido de la ducha, ni el de la televisión del vecino. Nada de eso. Tan solo un silencio prohibido e inquietante, a punto de desvelar un

motivo, la razón de su incomprensible comportamiento.

—¿De quién te vengas? —Vuelvo a preguntarle. Laura alza su mirada a mi cara. Las lágrimas surgen en sus ojos mientras, de forma inconsciente, deja caer la copa de sus dedos causando que el vino se esparza sobre la sábana. Más lágrimas afloran a sus ojos hasta que se inundan. Sus ojos ahogados en un llanto silencioso me piden auxilio. —¿De mi padre!

—¿Podría haber costado vidas humanas! ¿No pensaste en ello? Tu padre podría haber muerto carbonizado en las llamas del incendio. ¿Era eso lo que pretendías? ¿Querías matarlo?

—¿No seas cruel conmigo! —dice Laura alterada. Su pijama se contagia de las manchas de vino de la sábana. —¿Solo pretendí arruinar su negocio!

—Podrías haber causado muertos, ¡y muchos! —le grito para hacerle ver, de una vez por todas, su imprudente y temerario comportamiento.

—¿Sabía que tú no estabas allí! —me chilla Laura llorando. Y de un brinco, se aúpa desde su posición, tendida en la cama, y busca consuelo en mi cuerpo, abrazándome primero, con sus pechos pegados a mi espalda, y sus brazos rodeando mis costillas, para luego buscar cobijo sobre mi pecho. Sus ojos vuelven a llorar. Unos ojos enrojecidos, rebosantes de lágrimas, que me miran por primera vez de manera contemporizadora, reflejando afabilidad, mostrando condescendencia. —Mi venganza se debe a un accidente —dice.

—¿Qué accidente? —le pregunto.

—Tuve un accidente de motocicleta hace seis años.

Mi vista recorre su cuerpo buscando una señal, una cicatriz, un desconchón en su piel que dé prueba de ello. —Nunca antes mencionaste nada que tenga que ver con un accidente. ¿De qué accidente estás hablando? ¿Qué ocurrió? Cuéntamelo.

—¿De verdad quieres saberlo? —Seca las lágrimas de sus ojos refregándose la manga de su camión. Entonces encuentra un momento de paz, y relaja su cuerpo apoyando su cabeza entre mi hombro y mi brazo.

—Claro que quiero saberlo —respondo.

—Está bien —me dice, y se toma su tiempo antes de hablar. —Conocí a Sebastian por medio de mi padre, cuando ambos trataban de formalizar, estampando sus firmas, un acuerdo de negocio. Sebastian se presentó ante mí como un río alborotado, con sus entusiastas ideas acerca de la vida y los deportes: el billar y su apasionada afición por el motociclismo. Me sentí arrollada por tal pasión, y a escondidas, sin el consentimiento de mi padre, Sebastian y yo nos hicimos novios.

—Algo de eso escuché una tarde en el Árbol-De-Cerezas mientras tomaba una cerveza —digo a Laura.

—Comencé a jugar a billar, y al poco tiempo después, me subí en una moto. Casi sin darme cuenta, absorbí, como si fuese una esponja, todas las aficiones de Sebastian. Cada vez jugaba al billar mejor, hasta que él mismo me animó a que me inscribiera y disputara un campeonato regional. Y a la vez que mejoraba jugando al billar, también lo hacía montando en motocicleta. Pronto me di cuenta de que el riesgo de la velocidad me encantaba. Llegué a asistir a varias carreras con pilotos profesionales, y participé en otras cuantas. Puede decirse que Sebastian me arrastró a sus aficiones deportivas, y yo, acepté, sin reparos, a incorporar esos nuevos hábitos que crecían en mi vida.

—¿Y qué ocurrió después?

—Cada vez que disputaba una carrera, cuanto más adrenalina corría por mis venas, más deseaba apretar el acelerador —confiesa Laura, rememorando aquellos instantes de su vida. —Conseguí ganar campeonatos, me obsequiaron con medallas y trofeos, aparecí en las portadas de los periódicos y me convertí en una popular y joven muchacha, capaz de conseguir una victoria tanto en el billar como en el motociclismo.

—Y cuanto más ganabas, más enamorada te sentías de Sebastian —añado a su historia mi comentario.

—Mi interés por la motos continuó, pero no así mi interés por Sebastian.

—¿Abandonaste a tu novio? ¿Qué pasó para que lo dejaras?

—Era un hombre que solo estaba por mí. Me colmaba en cuidados y me hacía regalos, no solo en los días señalados en el almanaque. Un hombre volcado en ofrecerme su atención. Recuerdo cuando me compró palomitas de maíz a la puerta del cine, y justo cuando iba a dármelas, se le escurrieron de las manos, y cayeron al suelo formando un charco de granizo blanco a la entrada del cine—. En los labios de Laura surge una sutil sonrisa al recordar aquella anécdota.

—¿Cómo pudiste abandonar a un hombre tan atento a los cuidados femeninos? —le pregunto.

—No volvía su espalda para mirar a otras chicas cuando paseábamos juntos. No conversaba con otras muchachas, ni siquiera cuando yo no estaba presente. Nunca lo pillé charlando ni coqueteando con mujeres. Sus ropas no olían contaminadas al aroma femenino. Lo abandoné de aburrimiento, porque no sentía el riesgo de que podía dejarme por otra.

—¿De aburrimiento? —Me quedo un poco pensativo, sin poder

entenderlo. —Háblame del accidente —le pido.

—Después de abandonar a Sebastian continué disputando carreras. Mi afición al motociclismo aumentaba. En esta ciudad donde todo se sabe, algunos rumores llegaron a oídos de mi padre. Nunca me preguntó de forma directa por ello pero se lo olía. Un día, mientras competía en una carrera de motos en la que iba ganando, en primera posición, mi padre, sentado en la grada a la que acudió de espectador sin que yo lo supiera, saltó a la pista con el objetivo de suspender la carrera y detenerme.

—¿Se puso en medio de la pista?

—Se situó en medio de la pista, con los brazos abiertos, moviéndolos como aspas de un molino. Yo corría a tanta velocidad que no tuve tiempo de reaccionar. Casi lo atropello. Y en mi afán por esquivarlo me caí de la moto.

Laura se echa a llorar, al tiempo que acaricio su mejilla. Ya no le quedan lágrimas. Su cuerpo se pega al mío. Necesita consuelo. La abrazo, y siento el calor mojado de sus lágrimas resbalando en la palma de mi mano.

—Perdí el equilibrio —dice. Con la mirada perdida, hace llegar a su mente más imágenes de aquel momento. —Me caí de la moto para no atropellar a mi padre —repite. —Quiso parar la carrera, intentó detenerme, interponerse en mi camino, y provocó un accidente donde su hija se vio envuelta.

Aprieto la cabeza de Laura contra mi cuerpo, acariciando su pelo, ofreciéndole mi pecho como almohada a su rostro, otorgándole un momento de calma a su desbocado llanto.

—Mi padre cortó de raíz mis ilusiones —continúa. —A causa de la caída, me deslicé por el asfalto y mi bonito cuerpo se deshizo en magulladuras. Algunas de ellas cicatrizaron y desaparecieron con el tiempo. Otras no. Mi cuerpo ya no reluce por su atractivo físico. Nunca he enseñado las secuelas de mi accidente a un hombre, ni siquiera a una mujer.

—Muéstrame a mí —le pido. —Ahora que me lo has contado, quiero verlo.

—Es un dolor que vive conmigo —contesta Laura. —Vivo destrozada por lo psicológico. Sonrío cuando deseo llorar, acaricio cuando deseo aniquilar, vivo actuando en una obra de teatro. No soy más que un títere, al que maneja la pena del pasado. Un pasado que no se puede cambiar. Un pasado que se vuelve presente cada vez que me miro desnuda al espejo, y mis ojos, al ver las cicatrices, se echan a llorar.

—Muéstrame tus cicatrices —le exijo en un tono mandatario.

—Te he escuchado decir muchas bobadas desde que te conozco, pero ninguna como esta. Felicidades. Te estás superando —responde Laura.

—Quiero ver tus cicatrices ahora.

—Están en mi cadera —responde.

—Quiero ver tu cadera —le solicito. Mi mano sobre su cuerpo, levanta la tela de su camisón.

—¿Estás loco? —dice Laura. —No voy a permitir mostrarte algo tan feo, motivo de mi mayor vergüenza y descontento. No te gustará contemplar una parte de mí tan desagradable a la vista.

Sin atender a sus palabras, subo su camisón y observo por primera vez las secuelas de su caída. Carne levantada a trozos. Costurones y grietas. Pedazos de piel chamuscados como si hubieran sido asados a la parrilla. Tengo que tragar saliva con fuerza para no partirme de la pena. —¡Dios, cuanto ha tenido que doler esto! —exclamo para mí mismo. —¿Puedo tocar tu piel?

Laura asiente con la cabeza mientras continúa llorando. Su llanto se incrementa hasta que se desboca. La cara se le encaja en congoja y sufrimiento. Mi mano acaricia las rajadas profundas y abultamientos de su cadera. Despacio, recorro con mis dedos su pelvis, intentando recomponer los trozos rotos de su piel. —¿Te duele cuando lo toco?

—Me duele el alma —responde.

—¿Nadie ha visto tu cadera? —le pregunto.

—Solo tú—. Se seca las lágrimas con la mano sin poder evitar que nuevas lágrimas aparezcan. —Guardo la pena conmigo. No he vuelto a tener un novio desde el accidente.

—¿Entonces? ¿Lo de tu novio, el gigantón?

—Es mentira —responde. —Nunca ha sido mi novio. Me produce tanto dolor el ver mis cicatrices, que no he querido compartir mi desdicha con nadie desde entonces—. Su apenado rostro recupera el impulso y se llena de rabia. —Deseo arruinar el proyecto de los perfumes de mi padre. Quiero que pague con la bancarrota de sus negocios el destrozo de sentimientos que ha ocasionado en mi vida.

—Bájate las bragas —le ordeno. —Quiero ver el resto de tu cicatriz.

—¿Qué? —Me mira sorprendida. —Es muy fea. Nunca más vas a hablar conmigo después de verla. Me prometí a mí misma que no le mostraría mi cicatriz a nadie. Y ahora tú, me has hecho romper mi promesa. ¿Vas a bajarme las bragas? —me pregunta.

Bajo los cortos pantalones de su pijama, y a continuación, mis manos descienden sus bragas a lo largo de sus piernas. Contemplo a Laura desnuda de cintura para abajo. Visualizo la otra parte de su cicatriz, sobre su ingle y su zona púbica.

—¡Es la cicatriz más bonita que he visto en mi vida! —exclamo maravillado. —El mapa de la cicatriz más bella que jamás había contemplado.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo una cicatriz puede ser bonita? —dice Laura, encogiendo su cuerpo, apretando sus piernas, y sintiéndose cohibida ante la mirada de mis ojos.

—¡Se asemeja con una similitud, casi calcada, al ancla de ACLUS! —digo atónito y fascinado, al tiempo que la toco con mi mano, siguiendo los senderos que marcan sus grietas.

—¡Los tres puntos de anclaje! —exclamo sorprendido, acariciando las hendiduras sobre su piel—, que representan los tres puntos cardinales. Junto con la línea maestra, de ida y vuelta, que los circunscribe formando la silueta del ancla.

—¿El ancla de ACLUS? —pregunta Laura extrañada sin entender una pizca de lo que hablo. —¿De verdad es bonita mi cicatriz?

—Ahora tenemos en común que los dos nos caímos de una motocicleta.

—¿Tú también te caíste? —Sus ojos me miran sorprendida, y sus tensas piernas se relajan, como si el hecho de conocer que comparte una caída conmigo la apaciguara.

—Sí, yo también me caí de una moto, pero es una larga historia.

Capítulo 26

—No te sienta nada bien esa barba tan larga de varias semanas —me dice Vanesa al encontrarme, de forma fortuita, en la cola del supermercado. — Me gustabas más con la barba rasposa de dos días que solías llevar.

—Me temo que no me queda dinero ni para espuma de afeitar — respondo, alisando mi barba con la mano. —Debo empezar a acostumbrarme a afeitarme sin espuma.

Y encima, ahora que ya no visto la chamarreta con el logotipo de la empresa, los mismos que me paraban y saludaban por la calle días atrás, se mudan a la acera de enfrente para evitar encontrarse conmigo. Incluso aquella mujer, tan anciana, que había contraído matrimonio en cuatro ocasiones, ha pasado de largo, con cabeza alta, sin ni siquiera dirigirme la mirada. Es lo que ocurre cuando la gente sospecha que ya no te queda dinero: te ignora.

Llega mi turno en la cola. Coloco mi compra sobre la cinta transportadora: una bandeja de filetes de pollo, un paquete de almendras, y una hogaza de pan. Una compra sencilla y saludable. —Voy a cocinar pollo con almendras —digo a Vanesa.

—¡Qué bueno! A Emilia le encanta. ¿Nos invitarás? Si no te sale, llámame, y te echo una mano. Ya sabes que lo de cocinar se me da bien.

—Te lo agradezco, pero quiero intentarlo por mí mismo —le digo.

El muchacho en la caja de cobro pasa el código de barras de cada artículo por el lector, y la máquina registradora ajusta la cuenta que aparece por pantalla. Echo mano a mi cartera para pagar con tarjeta. —Saldo insuficiente —leo en la pantalla del dispositivo tras introducir la tarjeta de crédito. Rebusco en mi monedero y encuentro un billete que todavía no es suficiente.

—Le faltan cuatro cincuenta, caballero —me dice el muchacho.

La realidad es que ya no me queda dinero ni para pagar tres simples productos de supermercado. Vuelvo a echar un vistazo al monedero en busca de algunas monedas sueltas.

—¿Puedes ayudarme? —pregunto a Vanesa, justo detrás de mí en la cola. —¿Tienes algún dinero para prestarme?

—¡Oh, claro! —replica Vanesa, un tanto aturdida, como si mi pregunta la hubiese cogido desprevenida. —Enseguida —me dice sonriente mientras abre

la cremallera de su bolso, y explora con su mano el fondo sin agachar la vista.

—Esta mañana encontré un hueco para el cosmetólogo. Fíjate en mi cara—. Acerca su cara a un palmo de mis ojos, desatendiendo por completo su rastreo del monedero. —¿No lo habías notado? Llevo puesta una crema facial reafirmante. Tengo la piel muy lisa después del masaje, ¿verdad?

El dependiente la mira parsimonioso, quedando a la espera de una resolución definitiva. Vanesa, con la mano dentro de su bolso, realiza una segunda búsqueda de su monedero.

—Tócamela —me pide. —Verás que suave—. Y aproxima su rostro, todavía más cerca, para que yo plante mis manos sobre su cara. Su rostro está tan cerca de mí, que podría besarla con facilidad. Indeciso, entre tantas miradas, acaricio, un poco avergonzado, la cara de Vanesa.

—Además, fui a la librería a comprar un estuche de rotuladores para Emilia—. Me mira mientras habla, y sigue tanteando con su mano el interior de su bolso.

—¿No llevas el monedero contigo? —le pregunto impacientándome. Aunque si lo pienso bien, puesto que se ha ofrecido a prestarme el dinero, tampoco debería exigirle o meterle prisa.

—¡Claro que lo llevo! —responde, poniendo más ahínco en lo que lleva haciendo durante los últimos dos minutos. —Ya sabes, rotuladores para la escuela —continúa. —La pobre Emilia llevaba una cartuchera de rotuladores muy rotos, donde faltaban algunos colores. Los antiguos estaban desgastados y ya no pintaban. Es lo mismo que ocurre con mi pintalabios—. Y saca de su bolso, a la primera, un pintalabios todo desgastado a la vez que me mira alegre. —Sé que estás pensando: necesito comprarme un pintalabios nuevo. Lo sé. No hace falta ni que lo menciones.

El muchacho, que ha seguido la conversación, con las manos apoyadas sobre la cinta transportadora, que al momento actual está parada, se queda mirando el pintalabios.

—Vanesa, faltan cuatro cincuenta —le reitero. —¿Tienes el dinero?

—¡Aquí está! —exclama. Abre su monedero y da al muchacho el dinero. La espero en el pasillo principal, a que ella también pague su compra.

A la salida del supermercado, charlando sin prisa, andamos por la acera, cada uno sosteniendo una bolsa de comida, camino a nuestro edificio.

—La cocinera del Árbol-De-Cerezas lleva varios días sin acudir al trabajo —dice Vanesa, sin dejar de caminar. —Ha llamado diciendo que está enferma, y parece que es algo serio, que va a estar de baja para rato.

—Pues que haya enfermado te viene de perlas —le digo. —¡Es tu gran oportunidad! La ocasión que llevabas tiempo esperando se ha presentado. Si yo fuera tú, no me lo pensaba dos veces. Ve mañana al trabajo, ponte el delantal de cocinera, y demuéstrole a tu jefe que se equivocó al no ofrecerte un puesto de trabajo en la cocina.

—No sé —dice dubitativa. —¿Crees que debería hacerlo? ¿Y si no le gusta lo que cocino? ¿Y si los clientes comienzan a protestar exigiendo que quieren las mismas recetas de la antigua cocinera? ¿Y quién va a servir las mesas si yo me ocupo de la cocina?

—¡Vanessa, créetelo! ¡Cocinas de maravilla! —le digo. —La última vez que cené en tu piso me chupé los dedos con tu guiso. Sin embargo, ahora tendrás que demostrárselo a tu jefe.

Hace tanto frío en la calle que preferiría seguir caminando en vez de estar parado en medio de la acera, en una conversación que podríamos mantener, con tranquilidad, dentro de casa. Llevo una bufanda cubriéndome el cuello, en parte porque hace frío, y por otro lado, porque todavía se me nota el corte en el cuello que me ocasionó Mario, y prefiero evitar que me pregunten.

—¿Pero cómo voy a presentarme allí, y sin decir nada, meterme dentro de la cocina con un delantal? ¡Necesito un contrato! Un acuerdo firmado que me permita ejercer de cocinera. ¡Estar al cargo de una cocina supone una responsabilidad muy grande! ¿Y si un cliente denuncia a la cafetería por un alimento en mal estado?

Empujarla para que consiga el puesto de cocinera, me está resultando más complicado de lo que pensaba.

—Vanessa —pronuncio su nombre en un intento por aflojar sus dudas. — Te mereces ese puesto.

—¿Solo porque lo merezco? Paso más de diez horas diarias trabajando de camarera, y al final del día, cuando todo el mundo se ha marchado, barro y friego el local. ¡Estoy reventada! ¿Eso también lo merezco? —La miro, sosteniendo mi bolsa, sin saber muy bien que decir. —Y antes de llegar a casa, paso cada tarde por una tienda con unos vestidos preciosos, y me quedo con las ganas de comprarme al menos uno de ellos, pero no tengo dinero para pagarlos. Dime: ¿me lo merezco? Entonces, ¿qué debería hacer? ¿Entro en la tienda, cojo el vestido que me gusta, me lo pruebo, y me lo llevo sin pagar? Porque, según tú, las cosas hay que cogerlas por la cara cuando te lo mereces, ya que nadie va a venir a dártelo. ¿No es esa tu forma de pensar?

Había conocido el lado más dulce de Vanessa. Ella es una mujer

dulcísima, con una sonrisa tan pegadiza, que hace relucir de brillante luz al día más sombrío. Sin embargo, hoy también estoy conociendo sus miedos.

—¿Y qué va a pasar conmigo? —me hace otra pregunta. —¿Me meterán en la cárcel por robar vestidos? ¿Es ese tu consejo? ¿Y qué pasará después? ¿Vas a venir tú a la cárcel a contarme tus cuentos de cómo actuar en la vida?



—¿Con quién hablas? —me preguntas al verme con el teléfono móvil pegado a mi oído, entrando en el piso.

—Hablo con Sebastian —te digo, mientras me despojo de mi abrigo. —Intento que me ayude a encontrar un trabajo, pero me está dando largas.

Te veo sentada en la silla de oficina, dichosa y feliz, como si tu posición, junto a la mesa de escritorio, te convirtiese en la jefa del salón. Estás sonriente, y me gusta que te sientas jefa. Una música de fondo agranda más tu sonrisa. Dirijo mi vista al tocadiscos pero está apagado. Entonces me doy cuenta. ¿Qué hace Lili encendida? La música proviene de ella. Tus manos escriben sobre su teclado. Te noto más alegre y radiante que otros días, y eso ya es difícil, puesto que cada vez que entras por la puerta del piso, lo haces sonriendo. Algo mágico tiene este piso para que ambos sonriamos. ¿Estás conmigo? Y sin embargo, hoy me siento intranquilo. No solo por la falta de dinero, y las pocas perspectivas de un futuro trabajo, sino además por Felice y su estado de salud, y por Laura y su decaído ánimo, y ahora también por Vanesa, y ese quiero y no puedo que tiene con lo de ser cocinera. Supongo que no es más que mi forma de ser, de sentirme preocupado por las personas más cercanas a mí.

—¿Cómo lo has logrado? —te pregunto mientras me alargo a la cocina y suelto la bolsa de compra sobre la hornilla.

—¿Lo qué? —me preguntas.

—Encender a Lili —te digo dejando atrás la cocina, y aproximándome a ti.

—Lili y yo hemos hecho las paces —me dices, con una sonrisa que no cabe en tu cara.

—Eso ya lo veo, pero ¿cómo lo has conseguido?

El gesto victorioso de tu rostro, aun cuando me complace verte orgullosa, sobre todo por haber contribuido a cambiar la forma de pensar de Lili, me indica que no vas a decirme lo más mínimo acerca de cómo lo has logrado.

—Secreto entre mujeres —me dices, riéndote.

No es solo estar contenta, sino que te siento eufórica. Noto que tu felicidad se irradia por todas partes, como si tu alegría quisiera transmitirse fuera de tu cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Escribiendo? Te observo bastante ocupada tecleando. ¿Tienes mucho que escribir?

—¡No mires a la pantalla! —me pides. Y claro, ¿qué puedes esperar de mí, si me pides que no mire a la pantalla? Pues justo lo contrario, que mire. ¡Te recuerdo que soy igual de curioso que tú!

—¡No mires! —me repites tapando a Lili con tus manos.

—Me gusta el color de uñas que hoy has elegido —pienso. —No he visto lo que has escrito —te digo. —Tan solo me ha dado tiempo a ver el nombre de la canción que está sonando: Piano Love Instrumental "My Angel" Song (Prod. Dizzla D). ¿A qué se debe tanto secretismo?

—Tan pronto como termine lo que estoy haciendo te lo diré —contestas.

—Está bien—. Y me dirijo a este pequeño cuartito, en un rincón del salón, donde se sitúa la cocina. —Sigue escribiendo que yo cocino —te digo. En cuestión de minutos, el sonido de la pulsación de las teclas se entremezcla con el del aceite hirviendo sobre la sartén. —Veo que Lili y tú os habéis hecho muy amigas —te digo sacando mi cabeza por la puerta de la cocina.

—Sí —respondes riéndote. —¡Estoy escribiendo el último capítulo de nuestro libro! —exclamas con una satisfacción que no había visto antes en tu rostro.

Oír esa noticia, hace que abandone la cocina, con los filetes de pollo sobre la sartén, y acuda con rapidez a la mesa de escritorio donde te encuentras.

—Prométeme que no lo leerás hasta que la novela sea publicada —me pides.

Todo lo que me estás contando me pilla tan de sorpresa, que no puedo hacer otra cosa más que sonreírte.

—¿Me lo prometes? —me preguntas.

—Te lo prometo —respondo. —No lo leeré hasta que la novela haya sido publicada.

—¿Confías en mi final del libro? —me dices.

—Sí—. Y me sale un sí de lo más profundo de mi alma, como si hubiera estado esperando durante un largo tiempo a que me hicieras esa pregunta. Un sí contagioso, al observar el entusiasmo con el que escribes. —Confío en ti y

en el final que has pensado para nuestro relato —añado.

—¡También he pensado en el título del libro! —me comentas eufórica. —
No te enfades si no he elegido ninguno de los títulos que seleccionaste.

—Eso quiere decir que tú has imaginado uno mejor —digo sonriente.

—Sí —y tu cara se llena de deseo por divulgarlo.

—¿Cuál es? ¿Cuál es el título que has imaginado en tu mente?

Me considero una persona paciente, aunque existen momentos, como el de ahora, en el que consigues que mi paciencia se derrita como un helado en pleno verano.

—¡Si buscas apasionarte! —exclamas.

—Si buscas apasionarte —repito tus palabras como un papagayo, y permanezco unos segundos degustando el título que has elegido, saboreando su significado. —¿Por qué has elegido ese título? —te pregunto.

—Conocerte ha sido lo mejor que ha pasado en mi vida —me dices. —
No solo me has dado la satisfacción de ser la primera que lee lo que escribes, sino que también, me has dado la oportunidad de escribir el último capítulo del libro. No estaba segura si podía escribirlo. Pasar tiempo contigo, en nuestro piso, mientras tú escribías y yo leía, me ha dado esa seguridad. Ahora estoy segura de conocerte mejor que cualquier otra persona en este mundo. Me siento una mujer más apasionada a tu lado, y tal como me siento, ese será el mejor título para nuestro libro.

El olor a filetes de pollo torrados y achicharrados en la sartén provoca que corra a toda prisa hacia la cocina. —¿Cómo podemos ir al otro lado de las montañas? —te pregunto mientras intento, con una espátula, hacer comestibles unos filetes de pollo con almendras superpegados a la sartén.

—Hay un autobús que realiza ese recorrido —me dices—, aunque no es directo. Suele hacer varias paradas.

Una vez he apagado la hornilla, me dirijo de vuelta al salón, y al llegar a la estantería, sacudo uno de los libros, cayendo al suelo un billete escondido de entre las hojas.

—¿Cómo sabías que ahí había un billete? —me preguntas.

—Lo descubrí por casualidad un día mientras lo ojeaba. Me hace falta el dinero así que lo cojo. Será suficiente para pagar el autobús.

—Pero no es tuyo —me dices.

—Alguien que leía el libro lo habrá olvidado. Puede que sea de la casera. En todo este tiempo que llevo viviendo en el piso, nadie ha venido a reclamarlo, y puesto que lo necesito, ya es mío. ¿Con qué frecuencia sale el

autobús que cruza las montañas?

—Una vez al día, y puede que esté a punto de salir —respondes.

—Coge a Lili contigo. ¡Nos vamos en autobús!” Vuelvo a la cocina y guardo el pollo en una fiambra. —Nos lo llevamos. Quiero despejarme y respirar aire fresco. Iremos a dar un paseo, a encontrar exóticos ingredientes para un perfume que quiero componer para ti. Y además visitaremos la costa, marcada en mi agenda desde el primer día.

Podría haber intentado telefonar a Felice y pedirle que me prestara uno de sus coches. No obstante, estando Felice ingresado en el hospital, y recordando lo que sucedió la vez anterior, cuando el Porsche, por causas desconocidas, se detuvo al poco tiempo de conducirlo, creo que ir en autobús es la decisión más acertada.

El hecho de encontrarme contigo, por segunda vez, en esta parada de autobús, hace que venga a mi cabeza el recuerdo de Eva y Bea, con quien coincidimos en este mismo sitio.

—¿Te gusta ir de excursión? —me preguntas mientras esperamos a que el autobús llegue.

—Me gusta recibir el aire fresco —respondo. —Un aire que aclare mis ideas y refresque mi mente. Casi de forma inconsciente lo busco. Es lo que hago cuando abro la ventana. No solo la abro para disfrutar del paisaje, también para gozar del aire. Y en ese sentido, contestando a tu pregunta, sí, me gusta ir de excursión, porque sé que de ese modo estaré al contacto con el aire libre, sintiendo la suavidad del viento, respirando su frescor, y puede que el viento tenga algo de culpa en lo de sentirme romántico.

El autobús aparece. Te subes primero. —Dos tickets por favor —digo al conductor. El autobús va casi vacío, por lo que podemos elegir los asientos que nos apetezcan. Te sientas al lado de la ventana, varias filas detrás del conductor, donde te da el reflejo del sol. Recuerdo que, la otra vez, cuando fuimos en autobús, también hacia buen tiempo. —Atraes al sol —te digo admirándote. Y sin tiempo para abrocharnos el cinturón de seguridad, partimos de inmediato.

Lo bueno y lo malo de ir en autobús, es que entra y sale de cada pueblo que queda a su paso. Lo bueno significa descubrir nuevos pueblos, si el trayecto lo realizas por primera vez. Lo malo es que el itinerario, recogiendo a más gente en cada pueblo colindante, hace el recorrido interminable. A medida que el autobús se detiene en cada parada, los asientos antes vacíos, se ocupan de pasajeros.

El reflejo del sol resalta las facciones de tu rostro. Te miro, a la vez que contemplas el paisaje por la ventana. Y ahora que no me ves, me quedo embobado mirando tu cara.

Tras dos horas de camino, por fin llegamos a la cima, donde realizamos una parada. —Tienen una hora de descanso a partir de este momento —dice el conductor. —Nos vemos en este punto de encuentro en una hora.

Llega el momento de almorzar. En la cima de la montaña todo se halla orientado al turismo. Diversas tiendas de obsequios, repletas de banderitas, espejos, mecheros, figuras de cerámica y pequeños regalos, son el deleite de los pasajeros, y una fuente segura de ingresos para los comerciantes.

Los turistas hambrientos disponen de una cantina donde sirven comidas caseras, tales como sopas calientes con huevo picado y hierbabuena, y guisos de carne de venado de la zona. Para los que prefieren alejarse del bullicio, unas mesitas de madera, esparcidas entre los árboles, ejercen de área de descanso donde comer algo.

El estómago me ruge de hambre. —Que bien que tenemos el pollo con almendras —te digo, destapando la fiambra que coloco en el centro de la mesa. Ni que decir tiene que, en la montaña, no disponemos ni de manteles ni de servilletas, tampoco de vasos de cristal, ni siquiera de plásticos. —Existe un problema —te digo. —¡Se me han olvidado los vasos y los cubiertos!

Te ríes, supongo que de mi cabeza olvidadiza, o porque ya te has dado cuenta de que, en lo de planificar una excursión, soy un desastre.

Arriba, en la montaña, hace un frío que pela. Tengo que apretar los dientes para que no rechinen. Se trata de un frío seco, de los que te deja los huesos congelados, con alguna racha de viento de vez en cuando. Te apresuras a ponerte la misma bufanda aplatanada que vestías el día que te encontré frente al escaparate de la zapatería, segura de ti misma de comprarte los zapatos blancos que tanto me ilusionaron. Visualizar tu bufanda, cubriendo tu cuello, inyecta aquellos agradables recuerdos de vuelta a mi mente.

—¿Eres la mujer a la que no le importa comer un frío filete de pollo sin tenedor, solo con la ayuda de las manos?

Tu sonrisa deja entrever algo de sorpresa, como si hubiese escarbado más hondo en tu personalidad, como si hubiese destapado una forma de ser en ti a la que no todos tienen acceso.

—Sí, soy esa mujer, pero solo contigo —contestas. Y me miras de una forma diferente, más profunda, más persuasiva. —En público, quiero ser la mujer educada a la que la gente admire, respete a tu lado, y envidie de manera

insana. La mujer que come pollo con cubierto y servilleta. Y sin embargo, contigo en privado, quiero ser mi otra yo: la que come con las manos, y es salvaje e insaciable en la cama.

Te observo serio, paralizado, incluso detengo el gesto de mi mano, en el momento cuando me disponía a introducir un trozo de pollo en mi boca. Con un frío de mil demonios, donde ni siquiera un largo lingotazo de aguardiente haría que me calentara el cuerpo, tu espontáneo comentario provoca que me suba un calor irremediable a la entrepierna.

—¿Sabes cariño...? —hablas poniendo en mis ojos tu fija mirada. —¿... por qué me comporto como una señorita delante de nuestros invitados, y como un volcán ardiente una vez los invitados se han marchado?

Es la segunda vez que me dices cariño, y el simple hecho de que lo pronuncies, provoca que un escalofrío de placer me recorra el cuerpo.

—En público, tú llevas las riendas, pero en la cama, yo llevo la iniciativa —me aclaras de forma tajante.

Una repentina ráfaga de viento, que consigue tirar al suelo la tapa de la fiambarrera, no logra que apartemos la mirada el uno del otro.

—¿Deseas follarme? —me preguntas, y noto que te tensas, dando un pequeño saltito sentada en el tronco que sirve de silla de madera, apretando tus muslos uno contra el otro, para luego relajar la opresión.

—Me encantaría follarte en el interior de un guardarropa —respondo.

—Cuéntame más —me pides. —Estoy segura de que, conociéndote, detrás de esa afirmación hay una larga historia—. Y te frota las manos, no sé si para entrar en calor, o por causa de la emoción que te embarga, al saber que mi respuesta trae consigo una explicación.

—Pues verás... Compró las entradas para un caro concierto. Tú vas engalanada con tu mejor vestido, y yo hago lo mismo con mi mejor traje de chaqueta. Antes de acceder a la sala de conciertos, ambos nos despojamos de nuestros abrigos. La encargada del guardarropa, etiqueta tu abrigo con un número, y te devuelve un resguardo. Yo también recibo mi justificante.

Me escuchas tranquila, gozando de mi voz, con manos pringadas en una pegajosa salsa con almendras.

—Entonces, en vez de acceder a la sala de conciertos, en un descuido de la encargada del guardarropa, cogiendo tu mano y tirando de ella, nos colamos en una inmensa habitación que atesora todos los vestidos y chaquetas de los asistentes a aquel concierto de invierno. Y mientras los espectadores se distraen, sentados en confortables butacas, escuchando el concierto, tú y yo

nos perdemos en los interminables pasillos del espacioso guardarropa: chaquetas colgadas, finos vestidos de terciopelo, trajes de gente adinerada, y un sin fin de pamelas, gorros, guantes y bufandas.

—Te pierdes entre los abrigos y bolsos. Más bien te escondes. Y una vez te has escondido, me llamas, pronuncias mi nombre. Yo te busco en un laberinto de perchas y ropas de alta costura, hasta que tu voz suena cercana. En ese momento, ya no me llamas por mi nombre, sino que corres de un pasillo a otro, mientras sientes que me aproximo. Poco a poco, voy acortando la distancia, hasta que nos separa la fina tela de una camisa colgada.

—Allí, refugiados entre tantas ropas, mis labios encuentran los tuyos, y nos comemos a besos. Nos desvestimos con urgencia. Tú, desabrochas mis pantalones, y yo, tu vestido, hasta que nos quedamos desnudos.

—Corres de nuevo, esta vez sin ropa que te cubra. Tu cuerpo de pie, con las manos abiertas y apoyadas sobre la pared, me mira de espaldas.

—Y cogiéndome por detrás, me follas empotrándome contra la pared —dices finiquitando mi historia. —¿Por qué no lo hacemos realidad? —me preguntas.

—Pues porque estamos en el bosque, no en un guardarropas —te digo.

Te quedas pensativa durante un instante, sin que pueda adivinar lo que cruza tu mente.

—Conozco un riachuelo no muy lejos de aquí. Vayamos a enjuagarnos las manos—. Y tal como sugieres, lavamos nuestras manos en el agua del río.

A lo largo de la vereda del río, crecen flores en color morado. Resulta sorprendente que florezcan en invierno. Me quedo tan impresionado al verlas, que decido coger algunas de ellas caídas sobre el terrero.

—Utilizaré este puñado de flores como el primer ingrediente para fabricar un aroma que te describa —te digo, acercándolas a ti para que tú también las huelas. Sobre tus manos descansan húmedos pétalos en color violeta.

—¡Se me acaba de ocurrir una magnífica idea para finalizar el libro! —exclamas, justo después de aspirar profundo y llenar tus pulmones de la sutil fragancia que desprenden. Me las cedés de vuelta, y de un inesperado brinco, trepando sobre una gran piedra situada a pocos pasos de la orilla del río, te sientas juntando las piernas, plantas a Lili sobre tus muslos, y te cleas acerca de tu ingeniosa ocurrencia.

—¡Que delicia de mujer! —me digo a la vez que te observo. Contemplo tu postura apoyada en la roca, te cleando, sin que tus piernas alcancen a tocar

el suelo. También miro a mis manos, que se han manchado de color morado.

—¿Alguna vez has pedido a un hombre que haga algo por ti? —te pregunto mientras enjuago mis manos en la orilla del río por segunda vez. Levantas tu mirada, para luego agacharla y seguir escribiendo. —Y si ese hombre fuera yo, ¿qué me pedirías?

—No lo sé —respondes sin pensarlo, como si mi pregunta no encajara con lo que estás haciendo, como si no llegara en el momento adecuado. —¡Ya he terminado el capítulo y el libro! —exclamas eufórica.

—Estoy seguro que, ahora que sois amigas, a Lili no le importará que hayas teñido sus teclas de tinta violeta por el despinte de los pétalos —te digo. Y al mirarte las palmas de las manos manchadas de morado, ambos nos reímos.

Capítulo 27

El chófer del autobús toca el claxon para que los pasajeros rezagados suban en el último momento. Partimos hacia la costa, descendiendo las montañas, por un paisaje rocoso, pero a la vez, de abundante y diversa vegetación. En poco más de dos horas llegamos al destino.

Desde el primer día que vivo en el piso, llevo queriendo traspasar las montañas. He deseado que el viento me transportara, percibir la cara opuesta, visitar la otra vertiente de las cumbres. He soñado con aquellas montañas que divisaba al fondo, llevando tacones, desde la ventana del piso, a sabiendas que en el otro costado de la ladera se hallaba la costa.

Sopla un viento racheado, cuando le viene en gana. El frío ha decidido esconderse. Nos sobran algunas ropas. Te desprendes de la bufanda y de tu gorro. Yo también me desvisto de mi abrigo y mis guantes de invierno. Cerca del mar, la temperatura se amaina, se torna más suave y apaciguada.

Lo que sientes ahora es la brisa del mar acariciando tu rostro. El silbido del viento te despeina. El aire viene cargado de sal.

—Respira. Inhala el frescor del aire salado en tus pulmones. Son rachas de viento salino, provenientes del mar, las que sazonan tus respiraciones.

—¿Las oyes? —te pregunto.

—Sí —dices mirando a lo lejos.

—Son olas. Es el cantar de las olas. Se aproximan a intervalos regulares. Agua de mareas. Olas que desde mi nacimiento viven en mis oídos. Y si miras al cielo verás, cobrando protagonismo, a gaviotas volando grandes distancias.

—Este lugar me recuerda a donde nací, cerca del mar. Estoy aquí y siento como si estuviese en mi tierra, como si mis pies anduvieran por un terreno que conozco. En esta avenida están marcadas las huellas que han caminado mis pies con anterioridad.

Alargas tu mano buscando el calor de mi tacto, y te respondo estirando mi brazo y alcanzando la punta de tus dedos. Tu mano y la mía se juntan, las palmas de nuestras manos se estrujan en un deseado abrazo. El sentir tus dedos apretados, agarrando con fuerza los míos, me transmite una sensación deliciosa. Una sensación que se mete dentro de mi piel, y me deshincho, mi musculatura se afloja, y toda mi sangre corre golpeándome insistente, aporreando la puerta de mi corazón.

Y así, caminamos de la mano por una larga avenida paralela a la costa. Una avenida que nunca termina, salpicada por altas palmeras y farolas que se encienden al percibir nuestros pasos, intentando indicarnos que la tarde está próxima a su oscurecer.

Según transcurre la avenida, piedras de granito blanco construyen una muralla de un metro de altura, la cual nos acompaña por todo el camino, y separa la línea de costa, natural y salvaje, de la zona urbanizable de la ciudad, poco poblada, con alguna que otra tienda de ropa, cafetería o restaurante.

—Siéntate en la muralla y mira hacia el mar —te digo. —Este es mi territorio.

La espuma de las olas, aterrizando en la orilla, igual a como se espolvorea un puñado de harina, relaja tus percepciones y tus sentidos. Tus ojos se contagian de un ensombrecido azul del mar. Y lo que ves, a lo lejos, es el horizonte entre el agua y el cielo, mientras el viento, que se vuelve agitado por momentos, aprovecha tu mirada embebida en la lejanía del mar, para descomponer tu peinado y esparcir tus cabellos.

Sentado a tu lado sobre la muralla, mis ojos te contemplan. Giro mi cuello para observarte, y me siento eclipsado por tu cara, por lo bonito de tus ojos, por la curva de infarto del arco de tus pestañas, por tu graciosa y receptiva nariz, donde de ser yo cigüeña construiría mi nido, para repetir con un beso tu despertar cada mañana. Y en mi mente surge una pregunta acerca de ti que jamás antes me habías contestado: ¿eres una chica de ciudad, tu infancia transcurrió en un área rural, o como yo, naciste junto al mar?

Mi hombro te sirve de apoyo para levantarte. Siento la presión de tu mano sobre mi espalda. Te subes de pie, a la muralla, y sin esperarlo, sin decir nada, comienzas a andar por ella, como una trapecista haciendo equilibrios. Tu cuerpo se tambalea, mientras tus pies intentan, a duras penas, mantener una línea recta, dejando marcada, tras cada pisada, la huella de tus zapatos blancos sobre el filo del muro.

Al ver que te alejas, con ese oscilante movimiento de caderas, doy un brinco, y coloco mis pies sobre el suelo de la avenida. Me apresuro a caminar a la par tuya: tú, subida en la pared de la muralla, y yo, más abajo, haciéndote compañía.

Alzo y te ofrezco mi mano, la cual aceptas. Con un gesto travieso de tu cara, te sujetas de mi mano, y andas con firmeza y desparpajo, con una mayor soltura y seguridad, consiguiendo el equilibrio que te faltaba. El agarre de mi mano te aporta estabilidad, sin balanceos. Y el hecho de sentirte segura

provoca que te rías. Y cuanto más te ríes, más me derrito por ti. Tu alegría me ilumina. La tarde ha dado paso a la noche, y la luna, junto a las farolas, son las únicas luces que nos alumbran.

Lo de caminar encima de la muralla te divierte. Tus ojos me miran desde arriba, desde una posición en las alturas. Como si el mirar hacia abajo te confinara a pertenecer a una clase poderosa, como si tuvieras el mando. Te noto eufórica, repleta de alegría. Pero al mismo tiempo, desde mi ubicación, mirando hacia arriba, sé que no es el poder lo que ansias, sino tan solo el compartir esa pequeña travesura de andar por la muralla conmigo de la mano.

Pegas un salto para caer al suelo. Caes tan cerca de mí que casi me pisas. Tu cuerpo frente al mío se deja caer sobre mi pecho. Me das un impulsivo y soberano abrazo, estrujando mi cuerpo con todas tus ganas.

—Me gustaría invitarte a un lugar donde cenar —te digo.

—¿De verdad? —Me miras boquiabierta, como si invitarte a cenar fuera tan paradisiaco como hacer juntos un viaje a la luna de ida y vuelta.

—He dicho que me gustaría, pero no puedo hacerlo. Ya no me queda ningún dinero en la tarjeta, ni tampoco en los bolsillos. Solo los tickets de vuelta del autobús.

—No hables de eso —me dices. —Llévame a caminar por la orilla. Me apetece mucho caminar descalza.

—¿Quieres bailar?

—Sí —contestas. —Bailar en la arena de la playa contigo, al igual que lo hicimos en nuestro piso.

Y sin la música del tocadiscos, con la única música de las olas que rebosan espuma sobre la orilla, bailamos.

—Te siento romántica esta noche.

—Se me ha pegado de ti —me dices con ojos que se ablandan al mirarme.

El agua salada encharca tus pies, también los míos, y humedece nuestras ropas. El oleaje nos salpica. Bailamos, una tras otra, cada canción que tararean las olas hasta romperse y disiparse en la orilla. Mientras bailas, giras tu cuerpo con gracia, de forma rítmica, al tiempo que tus pies juegan con el agua, como si quisieras enseñar a la espuma tus mejores pasos de baile. Y de ese modo, entre juegos y risas, continuamos danzando, entrelazando nuestros cuerpos, hasta que caemos rendidos, exhaustos sobre la arena mojada.

La arena encuentra mil formas de pegarse a tu cuerpo. Te envuelve como una croqueta en pan rallado. Tirada sobre ella, apoyada en tus codos, diriges

tu vista hacia las pocas luces encendidas de la ciudad, mientras el aire roza tu cara. Me tumbo a tu lado, también con los codos apoyados en la arena.

—Me gusta este momento contigo —me dices. —Tan íntimo y misterioso, tú y yo a solas, sin nadie más, en la compañía de las olas—. Mientras hablas, dibujo con mi dedo unas líneas sobre la arena.

—Ya veo que echas en falta tu libreta —me dices con una media sonrisa, un tanto sorprendida, al ver mi forma de perder el tiempo.

—Incluso en la intimidad de este instante, teniéndome a tu lado, en vez de abalanzarte, besarme y no soltarme, te pones a pintorrear la arena como un niño pequeño —me reprochas. —¿Qué estás dibujando?

—La palma de tu mano será mi libreta —te digo. Y sosteniendo tu mano, para volverla del revés, la punta de mi dedo rociada en arena, acariciando con un rastro de arenilla tu sensible piel, dibuja la curva de un corazón en la planicie de tu mano. Permanecemos mirándonos el uno al otro, como si quisiéramos eternizar en nuestras mentes lo bello del momento. Cierras tu mano como si conservaras con ello un grabado imborrable: la silueta de mi corazón.

—¿Vas a besarme de una vez o también tengo que pedírtelo? —me dices perdiendo la paciencia.

—Debo dos meses de alquiler a mi casera —respondo. —Ya no me queda dinero para pagarle. Me ha dado un ultimátum. Si mañana no ingreso el dinero, todo cuanto le debo hasta la fecha, me expulsará de nuestro piso.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntas con una inquietud que te asalta por todos lados. Tu cara se llena de dolor, como si los granos de arena, que antes espolvoreaban tu mano de forma dulce y apacible, ahora se hubiesen convertido en agujas clavadas en tu piel.

—Mañana le entregaré las llaves a mi casera. Me desalojará de la vivienda por impago.

—¿Te vas? —En una angustiada mirada, no puedes creer lo que estás oyendo.

—Me vuelvo a mi país.

—¿Me has traído al mar, a tu territorio, para despedirte de mí? ¿Para eso me has traído aquí? ¿Para decirme que te marchas? —Por primera vez, siento la angustia de tu enfado.

—En la multinacional de perfumes no tengo nada que hacer —te digo. —He buscado y rebuscado la manera de encontrar otro puesto de trabajo sin éxito. Nadie quiere contratarme después de lo del incendio. Me vuelvo a mi

país.

Te levantas de golpe, y tu pie se hunde en la huella dejada por mi pie sobre la arena. Al ver que casi te caes, yo también me levanto y te sujeto.

—Amo cada segundo que paso contigo —me dices furiosa. Tus manos agarran con fuerza los picos del cuello de mi camisa. —No te vayas, quédate conmigo. Te daré todos los abrazos que te han faltado en tu vida.

Y pronuncias las palabras exactas que ansiaba escuchar de una mujer. Tus palabras hacen que se me destroce el corazón. Siempre había soñado con un cuento de hadas, una historia romántica en la que la mujer de mis sueños, de quien yo estaba enamorado, me rogaba que me quedara con ella. Y yo, asintiendo con un gesto de mi cabeza, deseando hacer realidad lo que ella me imploraba, aceptaba permanecer para el resto de mi vida a su lado.

—No tengo ningún futuro económico —te digo. —No deseo depender de nadie. Vine a este país buscando un futuro que me abriera puertas, y después de haberlo conseguido, todo se ha ido al garete. El proyecto del perfume adaptativo no ha salido según mi conveniencia, según mis planes. Puede que haya resultado de acuerdo a los planes de Laura. Aunque ni siquiera creo que ella se sienta feliz de haber logrado su objetivo.

—Estoy muy sensible esta noche —me dices. —Tengo unos sentimientos muy profundos por ti.

—No dispongo de dinero para pagar ni un mes más de alquiler de nuestro piso. Debo marcharme. No me queda otra salida.

—¡Si la tienes!” Resurge de ti una fuerza arremolinada que parece salir del interior de tus entrañas. —Hemos escrito un libro juntos. ¿Ya se te ha olvidado? Un libro que, no me cabe duda que, va a ser un éxito.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —te pregunto.

—He leído cada página. Además, soy una mujer y tengo un sexto sentido —. Te das media vuelta, y a paso ligero, te alejas corriendo de mí.

—¡Espera! —exclamo atormentado. Te agarro del brazo, y dándote un tirón que gira tu cuerpo de cara hacia mí, te abrazo para no dejarte ir.

—Bésame mientras lloro —me pides. Y acercando mis labios a los tuyos, cumplo tus palabras. Te beso y te abrazo, y también lloro al mismo tiempo.

—No quiero obsequios, ni flores, ni vestidos. Solo quiero que me beses —me dices. Tus lágrimas se derraman como un grifo que se ha roto, y no puede repararse. Un grifo que expulsa agua a borbotones. Acercas tu cara a la mía, y te derrumbas sobre mi hombro. Luego te recompones, para cubrir mis mejillas con tus manos, y besar mis labios otra vez.

—Te beso con lágrimas —me dices. —Te beso como tu mujer. No sé qué voy a hacer sin ti.

Limpio tus lágrimas con mis dedos.

—Nadie sabrá como de terrible será para mí estar sin ti —me dices. —Mientras viva, mientras respire, mientras en mi cuerpo haya una gota de sangre, pensaré en ti.

Y lloras abatida en mi hombro. Tu entereza se desploma en una montaña de desconsoladas lágrimas, como si quisieras liberarlas todas y no guardarte ninguna en el cofre abierto de tu corazón. Siento sobre mi cuello tus enredadas pestañas bañadas en un charco de tristeza.

¿Cómo puedo ayudarte? Ni siquiera sé cómo ayudarme yo. Rodeo tu cintura con mis brazos. Te aprieto con fuerza. Te abrazo contra mí. Es lo que deseo. Sentirte a mi lado, disfrutar de tu chispa y tu salero, sorprenderme de tu ingenio y agudeza, contemplarte tal como eres tú, tan intrépida cuando se te conoce, tan espontánea cuando se intima contigo, tan desenvuelta cuando se escarba en lo más hondo de tu personalidad.

El roce de tu pelo en mi cara, tus cabellos, que anteriores veces me cubrieron para darme protección, no consiguen evitar la sensación que me embarga de desamparado.

Recorriéndome el pecho, tu mano se apoya en mi hombro. Un tacto más pesado de lo habitual. Tu mano sobrecargada, soportando el peso de tu pena, provoca que tus dedos se tensen, y tus uñas se claven en un pellizco sobre mi piel.

—Nunca pensé que el dinero pudiera destruir nuestro amor —pronuncias en un llanto desconsolado.

Rememoro la afirmación de Felice acerca del poder del dinero: compra las medicinas que te curan y a las mujeres que te aman. ¿Era ese mi caso? Te conocí como caída del cielo, ante mi deseo de conocer en mi vida a una nueva persona y entablar una conversación. Luego llegó el dinero, el disfrute de una vida holgada, sin mirar el precio de las cosas que compraba, durante el periodo que duró el proyecto del perfume adaptativo. ¿Y después qué? Se esfumó el dinero, pero conservo a una mujer en mi hombro, agarrada a mi cuello que llora por amor.

Acercas tu cara a la mía, buscando mis labios, sorprendida de sentir que mis labios también están mojados, aguados por mi silencioso llanto. Me besas de forma tierna, queriendo sentir el placer de besar despacio. Tu lengua dentro de mi boca. Degusto el salado de tus lágrimas. Nuestros labios no quieren

separarse. Un deseo de no separarnos nos mantiene besándonos.

—Me preguntaste si alguna vez había pedido a un hombre que hiciera algo por mí, y no supe contestarte —me dices con el corazón encogido. — Ahora ya lo sé. Ahora sé que pedirte. Te pediría que siempre me quisieras, aunque sé que en la distancia, los sentimientos cambian.

Tus palabras terminan por romper mi agrietado corazón. Un corazón desquebrajado que me duele por dentro. La angustia me aprisiona y respiro profundo. Una respiración que hincha mi pecho y lo aprieta contra tus tetas.

Me duele que tengas razón: la distancia enfría los corazones, y no quiero que el amor surgido entre nosotros lo enfríe el vacío y el alejamiento.

Siempre he perseguido mis sueños. De otro modo, no habría volado a un país distinto. Y ha sido mi recompensa por perseguir mis fantasías lo que me llevó a conocerte. Aún conservo el afán por alcanzar la gloria y sentirme importante, aunque quizá de un modo diferente. Mis sueños han cambiado. Ahora tengo otro sueño que nada tiene que ver con el éxito y la fama: el sueño de seguir viéndote, de pasar tiempo a tu lado, de reírnos de asuntos triviales, como el verte con las manos manchadas de tinta morada tecleando sobre Lili.

Pienso en las complicaciones que han llevado mi vida, un poco rutinaria, sí, pero tranquila y sin inquietudes en la multinacional de perfumes, a la situación actual, acuciado por problemas internos, en mi caso económicos, pero también externos, de otra índole, como cuando me pincharon con la navaja en el puente para que escupiera la fórmula del perfume adaptativo. A veces, parece como si la vida se empeñara en querer complicar las cosas, como si me empujara por un camino que no deseo transitar, y cuando me doy cuenta, cuando advierto que voy por el camino equivocado y quiero cambiar el rumbo, no consigo volver a donde estaba. ¿Pero por qué no puedo? ¿Qué alternativas tengo? Aquel día, aquel maldito incendio todo lo cambió, y pasé de sentirme iluminado, subido a un pedestal, a la más absoluta negrura y turbiedad, incluso me vi tirado en el suelo esposado y arrestado. Todo en un mismo día. ¿Debería culparme por no haber tomado otras decisiones?

—He hecho cuanto estaba en mi mano para revertir la situación —te digo. —Me he zapateado la ciudad en la búsqueda de un empleo que me otorgara el sustento económico para que las cosas volvieran a ser como antes.

—Nos las arreglaremos —me dices. —Viviré debajo de un puente si hace falta. Reparé mi pelo y lo venderé para ganar dinero, pero no te vayas.

No puedo soportarlo y me echo a llorar. No sé si lloro como un niño o como un adulto. Lo que sí sé es que mis lágrimas se derraman por mi cara.

Unas lágrimas calientes que surcan con hilos mojados mis mejillas.

—Te he esperado —me dices. —He esperado a que llegaran las tardes y volvieras de la multinacional de perfumes para estar contigo. Porque tú eres el hombre que ha despertado en mí, mi yo real.

Te escucho mientras me seco las lágrimas con mis nudillos.

—Me siento completa porque tú estás conmigo —continúas hablando. —Añades a mi vida la luz, el brillo y la chispa que necesito. Mírame —me pides. —Hemos creado un inusual y fuerte impacto emocional. Tiemblo de felicidad en tu presencia. Me das momentos conmovedores que me dejan sin aliento.

Tu voz me retumba en la garganta, por la que trago saliva para aguantar mis lágrimas.

—Soy la mujer que susurra tu nombre, la que salta de la silla y sale corriendo a abrazarte cuando te veo. Tú has abierto mi lado romántico. Me atraes como un imán.

—Tengo que marcharme. Lo he decidido —te digo con un nudo en la garganta que casi no me deja respirar.

—¿Siempre eres así de testarudo? —te apartas un paso de mí para mirarme a la cara.

—Mírame los bolsillos —te digo, sacándolos del pantalón hacia afuera. —Están vacíos.

—¡Me tienes a mí! —me gritas.

—Mañana me echarán del piso. ¿Acaso no lo entiendes? No deseo llevar una vida dependiente, teniendo que rogar a otras personas para que me ayuden, sin tener ningún dinero con el que mantenerme a flote.

Mi mano coge la tuya, y andando, nos acercamos juntos a la orilla. El agua salpicada de una brava ola alcanza nuestros tobillos, y causa que sienta un frío estremecedor en los pies. Es el frío de una despedida.

Extrayéndola del bolsillo de mi camisa, pongo en la palma de tu mano una moneda.

—Tírala al mar —te pido.

La coges y la inspeccionas, haciendo girar su canto por la punta de tus dedos. La miras del reverso y observas las cinco coronas. —Es la moneda de ACLUS —me hablas sorprendida. —¡No la tiraré al mar!

—En mi cultura, arrojar una moneda al mar significa el deseo de volver al mismo lugar de partida—. Me escuchas atenta sosteniendo la moneda, girándola en tu mano. —Lo que lanzas al mar, el mar lo devuelve. Y yo quiero

volver a verte —te digo. —Lanzar la moneda de ACLUS tiene un significado especial, no es lo mismo que arrojar una moneda cualquiera. ACLUS implica las cinco disciplinas de cómo tratar a una mujer: con atenciones, cuidados, amor, entendimiento y estabilidad. Lanza la moneda al mar, y siempre que recuerdes este momento, te sentirás completa, pues el mar te estará devolviendo las cinco coronas. Recordarás para siempre en tu mente este momento conmigo: tú y yo, en mi territorio.



Me paso por el Árbol-De-Cerezas con la intención de despedirme de quien ha sido hasta el día de hoy mi vecina. Visitar la cafetería temprano, por la mañana, cuando todavía no ha llegado el bullicio de la gente para desayunar, me produce una sensación agradable, llena de paz y tranquilidad. Y ya que estoy aquí, aprovecho la ocasión para sentarme en una mesa y tomarme mi última cerveza.

—¿Vas a pedir una cerveza para desayunar? —pregunta Vanesa extrañada por mi inusual elección.

—Tienes razón, es demasiado temprano —le digo. —Tomaré mejor un zumo de melocotón.

—Ven, entra —me dice cogiéndome del brazo. Y me lleva al interior de la cocina de la cafetería. Nunca antes había accedido a su interior. Y me sorprende encontrarme con una cocina tan espaciosa donde cuelgan del techo numerosas sartenes. Vanesa abre la puerta del horno y saca un delicioso pastel de manzana, mientras en la hornilla, en una cacerola enorme, se cuece un olor esquivito a pollo con curry.

—Mi jefe me ha contratado de cocinera. Soy la nueva jefa de cocina del Árbol-De-Cerezas —me dice radiante de felicidad.

—¡Me alegro muchísimo por ti! —le digo, y la aprieto en un sincero abrazo. Me despido de ella y le pido que dé a Emilia un cariñoso beso de mi parte.

Puede que de la emoción, me entran ganas de mear, por lo que accedo al cuarto de baño de caballeros, y para mi sorpresa, encuentro delante de mis ojos a Bea, agachada, arrodillada en el suelo, chupándole la polla, con unas ganas inmensas, en una mamada descomunal al jefe de finanzas, regalándole un intenso placer con sus labios, entregándole un ramo de flores para hombres.

—¡Que suerte tienen algunos! —exclamo, embargándome la envidia. —

Ojalá a mí también me hubiesen alegrado con flores para hombres —me digo a mí mismo. Y tras mear y salir del cuarto de baño me llevo otra sorpresa.

—¡Hola! —me saluda Emilia al lado de Vanesa. —Hemos comprado un ejemplar de tu libro —dice Vanesa. Me muestra la portada con el título. —Si buscas apasionarte —lee Emilia.

—Este no es un libro para jovencitas como tú —digo a Emilia, agachando mi espalda para dirigirme a ella. —Tendrás que esperar a hacerte mayor para leerlo—. Y en ese momento pienso en ti, en el libro que hemos escrito juntos, y en tu sexto sentido.

—¿Será un éxito? —pregunta Emilia.

Esta vez sí, beso a Emilia en la frente y me despido de ella. Y sin perder mis costumbres, visito una vez más la multinacional de perfumes. Al mirar a lo lejos, entre las rejas, veo excavadoras removiendo la tierra y retirando escombros.

Felice, ya recuperado de sus dolencias pulmonares, se ha propuesto reconstruir la multinacional de perfumes, lo que considero una muy buena noticia. Se ha empeñado en reparar el laboratorio y proseguir con el proyecto del perfume adaptativo. —Cuento contigo —me dijo, apretujándome con un último y fogoso abrazo en la espalda. La mala noticia es que, según los cálculos de Felice, las obras de reconstrucción van a tardar dos largos años.

Me hubiese gustado encontrarme con Laura y verla caminar de la mano con un novio, aunque ese novio hubiese sido el gigantón que me dio el puñetazo. —¿Qué será de ella? —me pregunto mientras ando de vuelta al piso.

Entro en nuestro piso y te veo sentada en el sofá. Me desprendo de mis botas y me acerco a ti. Miras en tu teléfono móvil la fotografía que juntos nos hicimos frente al espejo del dormitorio. Tus lágrimas, silenciosas, caen sobre el cristal de la pantalla.

—¡Eh! No me mires en la fotografía —te digo. Mi mano levanta con ternura tu barbilla para que tus ojos se claven en mi mirada. —Me tienes delante.

—¿Volverás por mí? —consigues pronunciar con un hilo de voz que se atraganta en tus cuerdas vocales. —¿Vendrás a buscarme?

—Me encantaría volver a este piso y que escribiésemos juntos una nueva historia —te digo.

Abro la maleta y me dispongo a empaquetar mis pertenencias esparcidas por el piso. Pliego el portátil para guardarlo, y recuerdo el momento en el que las teclas se mancharon de pintura roja, y mis manos pintaron las uñas de tus

pies.

De repente, el timbre de la puerta suena. —Qué raro. No espero ninguna visita —me digo. —Quizá sea mi casera para que le entregue las llaves—. Y abro la puerta.

—Hola. No esperabas mi visita, ¿verdad? —Una voz conocida me habla. Claudia, mi exnovia, después de un año sin saber nada de ella, se presenta de forma espontánea e imprevista en el piso. —¿Puedo pasar? —me pregunta.

—No vienes en el mejor momento —contesto con gesto sorprendido.

—El tren siempre pasa dos veces. Solo que, la segunda vez, tienes que ir tú mismo a buscarlo —me dice—. Tú me lo enseñaste. ¿Lo recuerdas? Y aquí estoy. Reencontrándome con un tren que partió sin mí. ¿Puedo pasar?

Agradecimientos

Gracias por leer este relato. Si te enamoraste leyéndolo, escíbeme un correo electrónico a raico.calamonte@gmail.com y detállame tus sentimientos: ¿qué sentiste mientras lo leías?

Si recibo un millón de peticiones, entonces escribiré el siguiente libro de la serie: si buscas apasionarte.

Referencias

Referencias a las canciones citadas en el libro:

- Kiss the rain. Compositor: Yiruma.
- Nueva Beatz - A Good Day (Happy Romantic Guitar Rap Beat Hip Hop Instrumental 2015). Intérprete: YourRapBeatsTV / Trap Beats - Rap Instrumentals.
- Piano Love Instrumental "My Angel" Song (Prod. Dizzla D). Intérprete: R&B Beat Rap Instrumental Piano Instrumental Music.